

HAVEN RIVER RANCH

SUN LIGHT

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

DEVNEY
PERRY





ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!



IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



CRÉDITOS

TRADUCCIÓN

Mona

CORRECCIÓN

Niki26

DISEÑO

Kaet

4



LIGHT
HAVEN RIVER RANCH - 2

SUN LIGHT

**DEVNEY
PERRY**

5



DEVNEY

SUN

PERRY

ÍNDICE

IMPORTANTE -----	3
CRÉDITOS -----	4
SINOPSIS -----	8
CAPÍTULO 1-----	9
CAPÍTULO 2-----	18
CAPÍTULO 3-----	32
CAPÍTULO 4-----	44
CAPÍTULO 5-----	52
CAPÍTULO 6-----	62
CAPÍTULO 7-----	72
CAPÍTULO 8-----	83
CAPÍTULO 9-----	88
CAPÍTULO 10-----	91
CAPÍTULO 11-----	100
CAPÍTULO 12-----	111
CAPÍTULO 13-----	123
CAPÍTULO 14-----	133
CAPÍTULO 15-----	142
CAPÍTULO 16-----	150
CAPÍTULO 17-----	160
CAPÍTULO 18-----	168
CAPÍTULO 19-----	177
CAPÍTULO 20-----	185
CAPÍTULO 21-----	192
CAPÍTULO 22-----	199
CAPÍTULO 23-----	206



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

CAPÍTULO 24	213
CAPÍTULO 25	220
CAPÍTULO 26	226
CAPÍTULO 27	234
CAPÍTULO 28	241
EPÍLOGO	247
ACERCA DE LA AUTORA	254

7



DEVNEY

SUN

PERRY

SINOPSIS

De Devney Perry, autora de bestsellers *del USA Today*, llega un arrollador romance del Oeste sobre una atracción innegable, circunstancias imprevistas y probabilidades aparentemente insuperables.

8



Mi primer día en Montana, me vi envuelta en un tira y afloja por el carro de la compra de un supermercado. **EL HOMBRE MÁS GUAPO QUE HABÍA VISTO EN MI VIDA** puso fin a la refriega antes de pedirme una cita. Estuve a punto de aceptar, pero entonces me dijo su nombre.

Como propietario del rancho Haven River, Jax Haven no era mi jefe. Pero tampoco *no* era mi jefe.

OBVIAMENTE, MI ÚNICA OPCIÓN ERA RECHAZARLO, salir corriendo y fingir que era un extraño en mi primer día de trabajo. Y, obviamente, nunca podría admitir que él era **MI AMOR SECRETO**.

Por mucho que me esfuerce en mi trabajo, me esfuerzo el doble en fingir que Jax no existe. **NO ME PERMITO PENSAR EN SUS OJOS DESLUMBRANTES NI EN SU SONRISA ENCANTADORA**. Me niego a reconocer lo bien que le quedan unos jeans Wrangler desteñidos. Y por muy tentador que sea con un sombrero vaquero, Jax es una distracción que **NO ME PUEDO PERMITIR**.

Todo iba según lo previsto hasta la fiesta anual. Hasta que bebí demasiadas copas de champán y me dejé llevar por él. Después de **UNA NOCHE EN SU CAMA**, ya no podía ignorar a Jax Haven. No estando **EMBARAZADA** de él.



CAPÍTULO 1

JAX

El gruñido que resonó en el aparcamiento del IGA sonaba más animal que humano.

—Voy a llamar a la policía.

¿Pero qué demonios...? Las puertas dobles del supermercado se cerraron tras de mí justo cuando vi a Carla, la propietaria, enfrentada a otra mujer. Ambas sujetaban los extremos opuestos de un carrito repleto de bolsas de papel.

—No estoy robando. —La otra mujer dio un tirón al carrito—. Se lo juro. Se lo juro. Sólo necesito que me preste esto. Se lo devolveré.

Carla resopló.

—¿Esperas que me crea esa mierda?

Mi camioneta estaba aparcada en el otro extremo del estacionamiento, pero en lugar de dirigirme a casa, caminé hacia el alboroto.

—Dé-ja-lo. —Carla tiró del carro con cada sílaba, tirando con tanta fuerza que la mujer casi fue arrancada de sus pies.

—Por favor. Estos son mis comestibles. Acabo de comprarlos. Sólo necesito llevarlos a casa. —Ella extendió un brazo—. Son tres manzanas. Estaré allí y de vuelta en menos de quince minutos.

—No me vas a robar el carrito.

—No estoy robando...

—Señoras. —El tira y afloja se detuvo en el instante en que puse la mano en la cesta de metal del carro—. ¿Todo bien?

—No, no está bien. —La cara de Carla se sonrojó cuando dirigió su atención en mi dirección. Sus mejillas estaban tan rojas como su cabello de fuego—. Me está robando el carrito.

La otra mujer abrió la boca y luego la cerró, tomando aire mientras se serenaba. Luego me miró y el corazón me dio un vuelco.

Hermosos ojos marrones. Cabello largo y liso del mismo tono chocolate, con mechones tan lisos que reflejaban el sol de la tarde. Una cara en forma de corazón con rasgos delicados y una pizca de pecas en su bonita nariz.



Maldita sea. ¿Quién era ella? Definitivamente no era alguien que hubiera visto antes por el pueblo. La suya era una cara que habría recordado.

—Caminé desde mi casa hasta la tienda. —Enunció cada palabra con voz tranquila y suave. Cada sílaba servía para rebajar la tensión.

Con cualquier otra persona, probablemente lo habría conseguido. Excepto que Carla era... Carla. La racionalidad no estaba en su lista de puntos fuertes.

—Supuse que las bolsas serían de plástico —dijo la mujer.

Ah. Ahí estaba el error. Carla odiaba el plástico.

—Odio el plástico. —se quejó Carla—. Es malo para el medio ambiente.

La mujer levantó una mano mientras con la otra sujetaba firmemente el asa del carrito.

—No estoy discutiendo. Sólo supuse que las bolsas serían de plástico y que podría llevar más de una a la vez hasta mi casa, a tres manzanas de distancia. No puedo cargar con todas estas bolsas de papel.

El carrito tenía al menos seis más un galón de leche.

—Echa un vistazo —dijo la mujer, con su bonita mirada suplicante hacia Carla—. He comprado helado para celebrar la mudanza. Sólo quiero llevarlo a casa y al congelador antes de que se derrita.

Carla frunció los labios.

—Bien. —Saqué mi cartera y un billete de cien dólares—. Carla, ¿cuánto cuestan estos carritos?

—Doscientos setenta dólares más gastos de envío.

Por supuesto, tenía el precio memorizado. Carla no era precisamente sensata, pero dirigía su negocio con mano de hierro.

—Toma esto. —Saqué otros dos de cien y levanté el dinero—. Es un depósito. Acompañaré el carrito hasta la casa de esta mujer y volveré. Si nunca regreso, tendrás suficiente para comprar un carro nuevo.

—Bien. —Carla me quitó los billetes tan rápido que casi me hace un corte. Luego lanzó a la mujer una mirada letal antes de marcharse furiosa.

—Dios mío. —La mujer soltó el carro, finalmente, levantando ambas manos para frotarse las sienes—. No sé si debería estar furiosa o mortificada.

Me reí entre dientes.

—Carla se pone un poco nerviosa a veces.

—Vaya. —Exhaló un largo suspiro—. ¿Debo esperar esto cada vez que venga a la tienda?

—No. La única vez que la he visto tan encendida fue cuando pilló a su hijo robando condones en una tienda cuando éramos adolescentes. Todavía le gusta echárselo en cara, pero sólo han pasado quince años.

—¿Sólo quince? —La comisura de su boca rosada se levantó. Dios, era guapa.

—Eventualmente Carla dejará esto. Puede que tarde un par de décadas, pero yo no perdería la esperanza.

Dejó caer la mirada hacia el carro, con esa leve sonrisa aún en los labios.

—Gracias.

—De nada.

—No necesitas escoltar el carro hasta mi casa. Prometo devolverlo.

—Carla está, sin duda, mirando desde la ventana. No voy a correr el riesgo de caerle mal, así que puedes dejar que te lleve o podemos caminar las tres manzanas. Sólo tienes que saber que si eliges el aventón, inmediatamente me sumergiré en un sermón sobre subir a vehículos con extraños.

—No hace falta sermonear. Iré caminando, gracias. Pero tampoco estoy segura de querer que un extraño que conocí en el estacionamiento del supermercado sepa dónde vivo.

—Buen punto. —Me reí entre dientes—. Puedo dar referencias. El sheriff es un buen amigo. Podemos llamarle para que venga y dé fe de mi carácter. Aunque lo más probable es que tu helado no sobreviva a la espera.

—Entonces supongo que por el bien de mi Cookies and Cream, el paseo es un riesgo que tendré que correr. —Agarró el asa del carrito y se dirigió a la acera—. Lo siento. Te estoy apartando de tus propias compras.

—Está todo bien. Ya he hecho la compra. —Saqué del bolsillo de mis jeans los billetes de lotería «rasca y gana» que había comprado dentro, los sostuve en alto antes de volver a guardarlos—. Tengo un trato con mi abuelo. Cada semana, le compro billetes de lotería en las dos gasolineras del pueblo y en el supermercado. A cambio, mi abuela me prepara la cena una o dos veces por semana.

—Así que tu abuelo tiene la oportunidad de ganar dinero y tú tienes comidas gratis. ¿Y tu abuela? Parece que a ella no le dan nada.

—Bueno... Le doy abrazos cuando voy a cenar.

Frunció el ceño entre sus dos cejas perfectamente arqueadas.

Me incliné más cerca.

—Soy muy bueno con los abrazos.

Sus ojos brillaron y soltó una carcajada. Adoptó un ritmo rápido y natural.

Las ruedas del carrito eran un traqueteo sobre el cemento, que ahogaba el ruido sordo de mis botas de vaquero cuando la primera cuadra desaparecía demasiado deprisa.



—No estoy seguro de haber conocido a alguien que camine tan rápido como tú.
—Normalmente, acortaría el paso para caminar al lado de una mujer, pero no en este caso—. Supongo que no tiene nada que ver con el helado, ¿verdad?

—Camino rápido. —Se encogió de hombros cuando llegamos a la primera esquina, cada uno de nosotros comprobando ambos sentidos antes de cruzar la intersección. Luego estábamos en la acera de nuevo, ya a toda velocidad por la segunda cuadra.

Excepto que no estaba listo para que este paseo terminara todavía. No tan rápido.

—Dime una mentira.

Redujo la velocidad —misión cumplida— y sus cejas se fruncieron.

—¿Eh?

—Una mentira. Dime una.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Una mentira parece más interesante que una charla.

—Nunca nadie me había pedido que le dijera una mentira. —Un fantasma de sonrisa se dibujó en sus labios—. De acuerdo. Me encanta el queso a la parrilla.

—¿Qué? —Me detuve en seco—. ¿No te gusta el queso a la parrilla?

—Ni siquiera un poco.

Me llevé una mano al corazón.

—Esa es una de las dos cosas que puedo cocinar.

—¿Cuál es la otra?

—Desayuno para cenar. Soy muy bueno con los abrazos y los panqueques. —Y repartiendo orgasmos, pero eso era algo que prefería mostrar a las mujeres, no contar.

—Nunca he desayunado para cenar —dijo.

—¿Perdón? —Mi mandíbula casi golpea la acera de hormigón—. Nunca has desayunado para cenar. Eso es... inaudito.

—Siento decepcionarte. —Ella sonrió, más ampliamente esta vez, y continuó caminando.

—Cuéntame un secreto.

—¿Secretos y mentiras? Esta podría ser la conversación más rara que he tenido con un extraño.

Rara. Pero, espero, inolvidable.

Lo meditó unos instantes y luego dijo:

—No me gustan los gatos.

—Eres un monstruo. —Fingí horror y volví a llevarme una mano al corazón—. Carla tenía razón. Ibas a robar este carrito, ¿verdad?



Se rio, y eso la transformó, como si hubiera encendido una luz y ésta irradiara a través de su rostro. Aquellos ojos marrones deslumbraban, revelando motas de oro y canela. Sus dientes blancos y rectos destellaban mientras el rosa coloreaba sus mejillas.

Bueno, mierda.

Ahora tenía problemas.

—En mi defensa diré que soy alérgica. Pero prefiero tener una araña de mascota que un gato, y además me aterrorizan las arañas. No es que me den miedo los gatos. Simplemente no me gustan. Son demasiado independientes.

—¿Y los gatitos bebés?

—Son adorables. Pero no tan adorables como los cachorros.

—Así que te gustan los perros. ¿Qué opinas de los caballos?

—Nunca he estado cerca de ellos antes.

Nunca ha desayunado para cenar. Nunca había estado entre caballos. Ambos eran problemas que quería resolver.

Pero antes de que pudiera invitarla a dar un paseo y cenar en el rancho, señaló una casa de dos pisos con revestimiento de color café. De alguna manera, las cuadras dos y tres habían ido más rápido que la primera.

—Esa es mi casa.

Era una casa antigua, pero el jardín parecía recién cortado y, aparte del auto abandonado en la entrada del vecino, la calle parecía tranquila. Al otro lado de la calle, su vecino había llenado el jardín de decoraciones hinchables de Halloween.

—Voy a meter esto dentro rápidamente —dijo, deteniéndose en la boca del pasillo que conducía a su puerta principal.

—¿Quieres ayuda?

—No, está bien.

—Está bien. —Tal vez algún día me invitaría a entrar. Pero hasta el día en que no fuera un extraño, no iba a presionar.

Hizo dos viajes con las bolsas, metiéndolas dentro, hasta que todo estuvo descargado, y se reunió conmigo en la acera.

—Puedo devolver esto —le dije, girando el carro.

—¿Te importa si te acompaño? En este momento, mi honor está en juego.

Claro que sí.

—¿Quién soy yo para negarte tu honor? —Sonreí mientras ella se ponía a mi lado, dejándome empujar el carro en el viaje de vuelta.

—Tu turno. Dime una mentira —dijo.

—Nunca miento.



—¿Es esa la mentira? ¿O estás diciendo que no puedes decirme una mentira porque nunca mientes?

Le guiñé un ojo.

—Eso no es una respuesta. —Puso los ojos en blanco—. Bien. ¿Qué tal un secreto?

—No tengo secretos.

—Todo el mundo tiene secretos.

—Yo no. —Desde luego, no en mi pequeño pueblo natal. Por aquí, la ropa sucia de todo el mundo colgaba en el tendedero, una al lado de la otra, incluida la mía.

Estudió mi perfil mientras caminábamos.

—¿De verdad no vas a soltarlo?

—Ya te lo dije. No puedo mentir y no tengo secretos. —Mantuve la mirada al frente, luchando contra una sonrisa burlona.

¿Cuándo fue la última vez que coqueteé con una mujer así? ¿En la universidad, tal vez? Las chicas del pueblo eran dulces, pero coquetear no era exactamente necesario. Mi buena apariencia era usualmente todo lo que se necesitaba para llevar a una mujer a la cama. Eso, o mi apellido.

Pero maldición, esto era divertido. Refrescante. Había algo diferente en esta mujer. Ella me desafiaba, ¿no?

De momento, no se me ocurría otra cosa que trabajar por ello. Diablos, ni siquiera sabía su nombre.

—Vas a comer helado esta noche. ¿Qué tal si cenamos primero? —pregunté—. No tienen panqueques, pero la Tortuga Sedienta hace unas hamburguesas estupendas.

Se quedó callada y siguió caminando.

A cada paso, mi corazón subía más y más hacia mi garganta. Mis nervios se dispararon. ¿Estaba pensando en cómo rechazarme? Por primera vez en mucho tiempo, estaba a punto de ser rechazado, ¿no?

Me hizo esperar, con la invitación a cenar colgando entre los dos mientras cruzábamos el último cruce y caminábamos hasta el aparcamiento del IGA.

—Estás arriesgando tu reputación al estar afiliado a un presunta ladrona —dijo finalmente.

Joder, sí. Eso era un sí. Lo estaba tomando como un sí.

—Un riesgo que estoy dispuesto a aceptar. —Extendí mi mano—. Soy Jax Haven.

—Haven. —Algo parecido al pánico apareció en su expresión, sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Como en el Rancho Haven River?

—Sí —dije. La mayoría de las veces mi apellido jugaba a mi favor. Entonces, ¿por qué se le iba el color de la cara?



—Oh. Um. —Capturó su labio inferior entre los dientes mientras daba un paso atrás, luego otro—. Gracias. Pero creo que mejor me quedo con mi helado. Encantada de conocerte.

Espera, espera. ¿Qué? Antes de que pudiera pedir una explicación, se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé con la mano agarrada al carrito de la compra, con la mandíbula desencajada, hasta que desapareció de mi vista.

—¿Qué carajo?

No. ¿Me había dicho que no?

¿Había interpretado mal la situación? Habíamos estado coqueteando, ¿verdad? ¿Qué demonios estaba pasando ahora?

Mi buen humor se convirtió en mierda cuando empujé el carrito de vuelta a la estantería y entré a hurtadillas, luego le tendí la mano a Carla para que me devolviera el dinero. En cuanto me lo dio en la palma de la mano, me marché sin decir palabra y me dirigí al camioneta.

Conduje hasta el rancho, con el ego herido a cuestras. Luego me hice panqueques para cenar e hice todo lo posible por no pensar en la belleza morena que debería haberlos compartido conmigo.



—¿Cuánto tiempo va a llevar esto? —le pregunté a West.

—No lo sé. Diez minutos.

Suspiré.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque eres propietario de este complejo. —Me miró de reojo—. ¿Qué te pasa hoy?

—Nada —mentí.

Mi hermano frunció el ceño.

—Entonces deja de ser tan malhumorado.

—Ahora sueñas como papá —murmuré.

Quería a West, pero el problema de que yo fuera nueve años más joven era que había veces en que me trataba más como a su hijo que como a su hermano.

Estábamos en el vestíbulo del hotel, bajo la brillante araña de astas. Había huéspedes sonrientes tomando café y sidra caliente. Una familia de cuatro miembros estaba en el mostrador, con el equipaje a sus pies.



Todo el mundo estaba tan feliz esta mañana. Todos, excepto yo.

—Acabemos con esta reunión. —Luego desaparecería en los establos para ensillar mi caballo y dar un largo y duro paseo. Tal vez un día al aire libre, disfrutando del aire fresco del otoño, me ayudaría a olvidar a la mujer que había conocido ayer en la tienda.

Su rechazo me roía más profundamente esta mañana, de algún modo peor de lo que lo había hecho anoche mientras daba vueltas en la cama, repitiendo cada minuto de aquel paseo. Ni siquiera podía maldecir su nombre porque no lo sabía.

Sin embargo, ella conocía el mío. Y claramente, era razón suficiente para correr en otra dirección.

¿Era amiga de una mujer con la que me había enrollado antes? Quizá sabía que yo prefería los rollos de una noche y quería mantenerse alejada. ¿Pero cómo? Era nueva en el pueblo, ¿verdad? A menos que yo fuera más infame en el circuito de mujeres solteras de lo que creía.

—Deja eso. —West me dio una bofetada en el brazo.

—¿Qué? —Ladré.

—Deja de fruncir el ceño. Sonríe, joder. Esto es importante para Indya.

Le enseñé todos mis dientes.

—Cara de mierda —murmuró.

Relajando los labios, hice lo posible por suavizar el ceño fruncido que llevaba desde ayer.

—No sé por qué necesitábamos contratar a un gerente. Te dije que me haría cargo mientras Indya estuviera de baja por maternidad.

—Tienes mucho en tu plato. Y yo tengo muchos en el mío. Necesitamos ayuda al ritmo que estamos creciendo. Tener a alguien que pueda estar aquí para gestionar el albergue y el complejo nos facilitará la vida a todos.

—Bien. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Será mejor que él o ella no se la pase dándome órdenes.

—Ella. Y estoy seguro de que no lo hará.

—Indya lo hace.

Se rio entre dientes.

—Conmigo también.

La única mujer en el mundo de la que West recibiría órdenes con gusto era su esposa. Y quizá a su hija, cuando naciera.

Se oyeron voces en el pasillo que conducía a las oficinas ejecutivas, y West se volvió, con una sonrisa en la boca, al ver el cabello rubio y rizado de Indya.



Normalmente, me burlaría de él por ser tan tonto cuando su mujer estaba en la habitación.

Excepto que me fue imposible formar palabras con mi mandíbula en el suelo.

Junto a Indya caminaba la Chica de la Tienda.

Hermosa. Sorprendente. Tan perfecta como ayer.

Que me jodan.

La sonrisa de Indya se iluminó cuando llegó al lado de West.

—Chicos, les presento a Sasha Vaughn, nuestra nueva gerente. Sasha, este es mi marido, West, y mi cuñado, Jax. Juntos, los tres somos dueños del rancho y del complejo.

Juntos era generoso. Yo era dueño de una mera fracción de este lugar en comparación con West e Indya. Pero esos detalles no importaban hoy. No cuando estaba contemplando unos impresionantes ojos marrones y aquella salpicadura de pecas sobre una piel tersa.

Sasha. Se llamaba Sasha.

—Encantado de conocerte. —West le estrechó la mano—. Me alegro de que estés aquí.

—Yo también, Sr. Haven.

—West. Sólo West —corrigió.

—West. —Sasha me dedicó una sonrisa cortés cuando me miró a continuación. No había ni un atisbo de sorpresa o familiaridad en su rostro. No es que lo hubiera. Sabía con quién se encontraría esta mañana. ¿Conmigo?

Totalmente despistado.

—Encantada de conocerte. —Extendió una mano en mi dirección.

Así que así es como quería jugar a esto, ¿eh? ¿Fingir que lo de ayer no había pasado?

Bien. Jugaría a ese juego. Por ahora.

—Encantado de conocerte a ti también. —En cuanto nuestras manos se tocaron, sentí un hormigueo bajo la piel. Sus ojos se abrieron de par en par y ella también lo sintió. Sonreí mientras sostenía sus delicados dedos por un momento demasiado largo, luego la dejé ir—. Bienvenida al rancho Haven River, *Sasha*.



CAPÍTULO 2

SASHA

18



TRES MESES DESPUÉS...

Un ruido metálico resonó en mi ducha. Un ruido persistente, como si se abriera paso a través de un laberinto de tuberías.

Tenía las manos en el cabello. Mis dedos estaban cubiertos de espuma de champú. El agua tibia caía en cascada por mi cuerpo desnudo.

Hasta que no lo hizo.

—No. No, no, no.

El agua se ralentizó hasta convertirse en un hilillo.

—Dios mío. —Todavía necesitaba enjuagarme.

»Vamos. —Torcí el pomo, girándolo de un lado a otro—. Por favor.

Apagado. Encendido. Apagado. Encendido. Nada.

La única agua que quedaba se precipitó por el desagüe con un gorgoteo.

Gemí, dejando caer la frente contra la pared.

—Tienes que estar bromeando. ¿Cómo es esta mi vida?

Odiaba esta ducha. Odiaba este alquiler.

Odiaba Montana.

La piel se me puso de gallina cuando el aire se volvió frío. Salí corriendo de la ducha y me envolví en una toalla. Luego me escurrí todo el agua y el jabón que pude del cabello antes de correr al armario a ponerme un par de pantalones calentadores.

Quizá el agua volvería pronto, pero si esperaba demasiado, llegaría tarde al trabajo. Y en ese momento, el trabajo era lo único positivo en mi vida. No podía llegar tarde.

Eso, y que había una ducha en el vestuario de mujeres con agua caliente garantizada.

Así que recogí rápidamente la ropa, el cepillo, el secador y el estuche de maquillaje, y me calcé un par de botas de nieve antes de salir por la puerta.

El aire frío me sobresaltó. Respiraba y se me helaban los pulmones. Antes incluso de llegar a mi auto, mi cabello mojado empezó a ponerse blanco de carámbanos.



Me deslicé al volante de mi Mazda, con el cuerpo temblando por el frío que me calaba hasta los huesos. Tardé dos intentos en meter la llave en el contacto. El motor emitió un sonido sibilante, protestando por el arranque, pero finalmente encendió. Cuando prendí la calefacción, sólo me sopló aire helado en la cara, así que la apagué.

Cuando el tablero se iluminó, el termómetro marcó diez negativo.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Me froté las manos y me las llevé a la boca mientras soplaba aire caliente en las palmas.

Con los dientes castañeando, esperé unos minutos a que el auto se calentara y, cuando por fin el parabrisas se descongeló lo suficiente como para que pudiera ver, salí a la calle cubierta de nieve y lancé una mirada fulminante a la casa contigua a la mía.

Probablemente los vecinos seguían durmiendo. Habían pasado la noche teniendo sexo salvaje y ruidoso y asegurándose de que su cabecero golpeará contra nuestra pared contigua tantas veces como fuera posible. *Idiotas*. Había durado hasta las tres de la mañana. Me metí en la ducha sobre las cinco.

Dios, necesitaba mudarme.

Algún lugar cálido. Algún lugar tranquilo.

Algún lugar con agua corriente caliente.

Excepto que ahora, estaba atrapada en Montana. Estaba atrapada en una casa de mierda. Estaba atrapada con las temperaturas bajo cero. Estaba atrapada.

Atrapada de tantas maneras que había dejado de llevar la cuenta.

Pero al menos tenía un buen trabajo.

Tomé despacio las calles secundarias de Big Timber hasta llegar a la autopista. Conducir sobre nieve era una habilidad que aún no dominaba, y mi auto de dos ruedas motrices se manejaba sobre el hielo con la misma elegancia que una jirafa sobre patines.

Era un viaje angustioso de cuarenta y cinco minutos hasta el rancho Haven River. Cada día me apetecía menos hacer este trayecto.

Cuando me mudé aquí hace tres meses, me gustaba conducir de casa al trabajo. Me gustaba estar sola en una carretera abierta. Me había empapado del paisaje, de los extensos campos extendidos entre escarpadas cadenas montañosas.

Pero entonces llegó la primera tormenta de invierno y el viaje al trabajo se convirtió en puro estrés. Echaba de menos el tráfico de las horas punta de California, algo que nunca pensé que llegaría a admitir.

Tenía los nudillos blancos cuando salí de la autopista y entré en una carretera de grava helada. Pero no respiré de verdad hasta que pasé por debajo del arco de la estación.

—Lo conseguí.

Este viaje podría ser la única victoria de hoy. Una que necesitaba repetir de camino a casa.



Aparté los hombros de las orejas y aparté el cuerpo del volante. Luego pisé el freno para reducir la velocidad en la última curva de la carretera.

En un momento, me dirigí directamente por el carril de grava. Al siguiente, mis neumáticos traseros derraparon hacia un lado.

—Oh, mierda. —Giré el volante, tratando frenéticamente de corregir.

Sólo provocó que las ruedas delanteras empezaran a derrapar también.

—Para. No. —Jadeé mientras el auto se acercaba más y más a la zanja—. Por favor, para.

Pisé el freno.

El auto siguió deslizándose. Directo a la zanja, donde se detuvo con un golpe sordo.

—Maldita sea. —Pisé el acelerador. El motor aceleró, pero el auto ni siquiera se movió.

Esto no iba a pasar. Hoy no.

Estaba muy cerca. Podía ver el tejado de hojalata roja de una cabaña. Prácticamente podía oler el tocino y los huevos cocinándose en el comedor del albergue.

—Aah. —Dejé caer la frente sobre el volante. Un mechón de cabello mojado cayó de mi coleta y me golpeó en la mejilla—. Odio Montana.

Tal vez, si me gustaran las actividades al aire libre, no me importaría caminar por la reluciente nieve de la mañana. Quizá si hubiera dormido más de dos horas, no me habría despertado con el despertador y mi ducha no se habría cortado. Tal vez si hubiera tomado mejores decisiones en los últimos diez años, no estaría en Montana en primer lugar.

Sin embargo, aquí estaba yo, recogiendo mi bolsa repleta de artículos de aseo del asiento del copiloto. Porque me gustara o no, iría caminando al trabajo.

El auto estaba inclinado hacia un lado y, cuando intenté abrir la puerta, se cerró de golpe sobre mi brazo. Así que me retorcí y empujé con los pies para abrirla. Luego, con la bolsa colgada del hombro, salí del auto hundiéndome en la nieve hasta las rodillas.

Los terrones helados llenaron mis botas.

—Apesta, invierno.

Como si la Madre Naturaleza me hubiera oído, una ráfaga de viento me azotó la cara con cristales de hielo.

Perra.

Avancé a duras penas hasta salir de la zanja y llegar a la carretera. Luego me quité toda la nieve que pude de la sudadera y me dirigí hacia el albergue.

Mi aliento se agitó alrededor de mi cara en una nube blanca. El cabello se me volvió a cubrir de carámbanos antes de haber recorrido quince metros. La punzada de frío en mis fosas nasales era tan aguda que me hizo llorar.



La gente elegía vivir aquí. Permanentemente. La gente venía de visita. Para Diversión. ¿En serio?

Yo no era ese tipo de persona.

Pero era el tipo de persona que necesitaba un sueldo, y éste era el mejor.

Un motor retumbó a lo lejos.

—Por favor, que sea West. Por favor.

El marido de Indya rescataría mi auto y no haría una producción de ello. No me ridiculizaría el resto de mi vida por caer en la cuneta.

No era la camioneta de West la que apareció por la curva. Claro que no. Mi suerte no mostraba signos de mejorar hoy.

El Silverado gris que apareció pertenecía a la última persona en la tierra que quería ver esta mañana.

Jax Haven.

No estaba solo. Claro que no estaba solo.

Mindi, una de mis recepcionistas, iba en el asiento del copiloto.

Lo que significaba que al mediodía, todo el mundo en el complejo sabría que me había quedado atascada.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —murmuré—. Este no es mi día.

Jax aminoró la marcha hasta detenerse y bajó la ventanilla para mostrarme una sonrisa arrogante tan blanca como la nieve.

—Buenos días, Sasha. ¿Atascada?

—No, sólo pensé en probar una nueva zona para el aparcamiento de los empleados —dije inexpresiva—. Por supuesto que estoy atascada.

Muy, muy, muy atascada.

Sus ojos celestes se arrugaron a los lados mientras me miraba de arriba abajo y su sonrisa se convertía en una mueca ladeada.

Esa maldita sonrisa. Era tan arrogante, como si cualquier réplica que se le pasara por la cabeza fuera infinitamente divertida. En cualquier otro hombre, habría parecido condescendiente, pero, de algún modo, funcionaba en su preciosa cara, lo que la hacía aún más irritante.

¿Le sonreía a todo el mundo? ¿O era yo la desafortunada destinataria? En los últimos tres meses, no podía pensar en un encuentro con Jax en el que esa sonrisa no hubiera sido un intruso odioso.

Bueno, había sido la tienda de comestibles. No me había sonreído entonces. Pero hacía lo que podía para no pensar en ese día. En lo diferente que podría haber sido ese día si Jax no fuera técnicamente mi jefe.



—Hola, Sasha. —Mindi se inclinó hacia delante y me saludó con el dedo. Su sonrisa era condescendiente.

—Hola, Mindi.

—Tu cabello está helado. —Mindi sobresalía en decir lo obvio—. Deberías secarlo en mañanas frías como esta.

—Un gran consejo —murmuré, y luego volví a centrar mi atención en Jax, que luchaba contra una carcajada.

—Sube. —Levantó la barbilla hacia el asiento trasero—. Te llevaré al albergue, luego sacaremos tu auto.

—Gracias. —Subí a la camioneta, suspirando por el calor y el aroma.

Cedro y especias y cítricos, como si hubiera pelado una naranja esta mañana y el olor perdurara en sus dedos.

Probablemente había pelado esa naranja para Mindi.

Llevaba una sudadera con capucha que era enorme en su pequeña figura. Probablemente la había robado del armario de Jax. Llevaba semanas coqueteando con él y, al parecer, todo el esfuerzo había dado sus frutos.

Bueno, esperaba que no se pusiera demasiado cómoda en ese asiento. Desde que me mudé a Montana, más de una mujer me había dicho que Jax era un playboy descarado y un coqueto.

Teniendo en cuenta cómo nos habíamos conocido, no era difícil de creer.

—Le estaba diciendo a Jax que hace mucho frío —dijo Mindi.

—Sí. Hace frío.

Odiaba las conversaciones triviales. Realmente odiaba las conversaciones triviales sobre el clima.

Los ojos de Jax se encontraron con los míos a través del espejo retrovisor mientras nos daba la vuelta para ir al albergue.

—Mindi, Sasha odia hablar del clima.

—¿Ah sí?

—Sí —dijimos Jax y yo al unísono.

Espera. ¿Cómo lo sabía?

—¿Cómo lo sabías?

—Tu labio se curva cada vez que sale a colación.

¿Sí? Sí. Y se había dado cuenta. ¿Por qué?

—Es sólo el clima. —Mindi soltó una risita—. Todo el mundo habla de ello.

Mi labio se curvó automáticamente.

Esta vez, Mindi también se dio cuenta y levantó las manos.



—Bien, no hablaré de ello. Cielos.

—Yo sólo... —Me masajeeé las sienes, el dolor de cabeza floreciendo en mi cráneo—. Ha sido una mañana y sólo quiero lavarme el champú del cabello. No soy buena compañía en este momento.

No es que fuera especialmente habladora con Mindi en un día normal. No habíamos congeniado precisamente en los tres meses que llevaba trabajando en el rancho Haven River. Yo era su jefa y me parecía bien mantener una relación profesional.

Esa regla se extendía a Jax también. Además, los vaqueros no eran lo mío.

—Imaginé que te tomarías el fin de semana libre —dijo Jax.

—Están pasando muchas cosas. Quiero pasar el mayor tiempo posible antes de que Indya se vaya de baja por maternidad.

—¿Incluso un sábado?

—Incluso en sábado. No todo el mundo puede galantearse los fines de semana.

Se burló y miró a Mindi.

—Yo no galanteo. ¿Me galanteo?

—No. —Batió las pestañas mientras soltaba una risita.

Cuando Jax soltó una risita, miré el picaporte de la puerta. Por primera vez en mi vida, consideré la posibilidad de lanzarme a la carretera.

¿Me había convertido ya en el hazmerreír? Durante mi primera semana aquí, había estado hablando con un huésped que vivía en Big Timber. Había traído a su mujer para su fin de semana de aniversario, una escapada corta para disfrutar de nuestro spa y de la cocina del chef. Cuando le dije que era de Sacramento, bromeó diciendo que la mayoría de los californianos sólo habían pasado un invierno en Montana.

Quizá tuviera razón.

¿Qué demonios hacía yo aquí?

Yo no pertenecía. Todos en esta camioneta, todos en este rancho, sabían que yo no pertenecía.

Pero mi trabajo como gerente del complejo pagaba casi el doble de mi salario anterior. Y claro, me había quedado sin agua esta mañana y mis vecinos eran estrellas del porno amateur, pero el alquiler era baratísimo.

En este momento, necesitaba cada centavo.

Para que Jax y Mindi se rieran. No estaban equivocados. Yo no pertenecía.

Pero no me iría. Todavía no.

Respiré mientras Jax se acercaba a la entrada de empleados del hotel. Al menos no me haría atravesar el vestíbulo con el cabello helado y enjabonado y una sudadera que había tenido días mucho mejores. Ni siquiera llevaba sujetador.



—Gracias. —Salté, a punto de escapar, cuando Jax volvió a bajar la ventanilla y me tendió la mano. ¿Era para chocar los cinco o algo así?—. ¿Qué?

—Llaves.

—Oh. —Temperaturas bajo cero, sin embargo, mi cara ardía alrededor de este hombre. Maldita sea. Eso realmente, *realmente* tenía que parar.

—Um... gracias. —Saqué las llaves del bolso y se las entregué. Luego, mientras me alejaba, hice una reverencia.

En un aparcamiento, con una sudadera raída, hice una reverencia como si saludara a la reina de Inglaterra. El bolso se me resbaló de un hombro y casi pierdo el equilibrio antes de enderezarme.

¿Qué fue eso? No hacía reverencias. Jamás. Ni una sola vez en mi vida había hecho una reverencia. ¿Por qué demonios estaba haciendo una reverencia? Esto era una pesadilla. Esto era como esos momentos en los que un camarero decía: «Disfrute de su comida», y yo respondía con un: «Gracias, usted también». ¿Qué me pasaba hoy?

Jax, como era de esperar, sonrió satisfecho.

Antes de que subiera la ventanilla para marcharse, corrí hacia la puerta.

Los vestuarios de los empleados no eran espaciosos, pero por suerte estaban vacíos. Y después de una larga ducha caliente —vestida con un par de jeans y mi suéter más abrigado— me busqué una taza de café hirviendo y me retiré a mi despacho.

—¿Una reverencia? —Me encogí mientras me sentaba detrás de mi escritorio.

Algún día, cuando estuviera muy, muy lejos de Montana, probablemente recordaría ese momento y me reiría. Pero hoy no. Hoy luchaba contra el impulso de hacerme un ovillo bajo mi escritorio y esconderme para toda la eternidad.

Como eso tampoco era una opción, pasé las siguientes horas enterrada en el trabajo, haciendo todo lo que estaba en mi mano para olvidarme de la mañana. Para quitarme de la cabeza la sonrisa de Jax.

Llevaba tres meses recibiendo esa sonrisa burlona. La primera había sido al día siguiente de conocernos, mi primera mañana como gerente del rancho Haven River. La mañana que había fingido que nunca había conocido a Jax.

Él había sonreído, y lo había estado viendo desde entonces. Y después de tres meses, todo en él me ponía de los nervios.

Ese hombre no se tomaba nada en serio, y cada vez que teníamos una reunión de gestión, se comportaba más como un empleado que como un propietario. Era tan arrogante. Tan despreocupado. Tan ridículamente atractivo que me hacía enojar irracionalmente.

¿Por qué tenía que estar tan bueno? ¿Por qué tenía que ser el tipo de la tienda de comestibles? ¿Por qué no podía trabajar en otro sitio?

—Hola, Sasha. —Indya llamó a la puerta abierta de mi despacho y entró. Su cabello rubio y rizado le caía en cascada sobre los hombros, una parte le caía sobre la cara



mientras rebuscaba en su bolso y sacaba mis llaves para dejarlas sobre el escritorio—. West aparcó tu auto en el sitio de siempre.

—Gracias. —Exhalé un largo suspiro—. Me siento como una idiota.

—No lo hagas. —Agitó su mano—. La gente se queda atascada por aquí todo el tiempo. A nadie le importa.

—Se lo diré cuando le vea la próxima vez, pero ¿podrías transmitirle mi agradecimiento a West?

—Claro. —Se acercó a una silla de invitados, no tanto para sentarse como para reclinarsse en el asiento, con las manos extendidas automáticamente sobre su barriga de embarazada.

Indya, junto con West y Jax, eran los dueños del rancho Haven River. Eran más ricos de lo que yo jamás hubiera soñado acumular, al contrario que la mayoría de los huéspedes del complejo. Atendíamos a una clientela rica de todo Estados Unidos. Pero a pesar de su riqueza, Indya era dulce, realista y... normal. Trabajar para ella los últimos tres meses había sido un sueño.

En otra vida, habría querido ser su amiga.

En esta vida, me conformaría con ser su empleada.

—Hoy hace un día precioso. —Sus ojos se desviaron más allá de mí hacia las ventanas que daban al patio.

Giré mi silla, siguiendo su mirada.

El sol brillaba en la nieve. El cielo estaba despejado. Salía vapor del jacuzzi exterior. Era un paraíso invernal. Al menos, eso les decíamos a nuestros huéspedes.

Sí, era precioso. Pero, ¿por qué tenía que hacer tanto frío?

—No te gusta el invierno, ¿verdad? —preguntó Indya.

—Tengo debilidad por el verano.

—¿Te gusta aquí? ¿En Montana? —La expresión de su cara era tan esperanzadora que casi mentí.

—Es diferente. No soy realmente una amante del aire libre, así que ha sido... —*Horrible*—. Un ajuste. Mi alquiler no es exactamente de ensueño tampoco. Los vecinos son, um, ruidosos. Y ha habido un par de problemas de mantenimiento.

Los ojos de Indya se abrieron de par en par.

—¿Odias estar aquí?

Esta vez, mentí.

—No, no lo odio.

Estudió mi rostro durante un largo momento.

—Sasha, sé sincera. ¿Te gusta este trabajo?

—Sí. —Era la verdad—. Sólo estoy luchando con el invierno. No es mi favorito.



—¿Te sientes miserable? No quiero que seas desgraciada.

—No miserable. —No era feliz, pero tampoco miserable.

—Por favor, no nos dejes —susurró, con pánico en la voz.

—No voy a renunciar.

—¿Estás segura?

—Sí, segura.

—¿Qué puedo hacer? —Indya extendió sus manos como si pudiera atarme mágicamente a esta silla—. ¿Qué puedo hacer?

—Nada. No pasa nada. De verdad. —Más mentiras. Nada de estar en Montana estaba bien. Pero era necesario. Por ahora.

—¿Puedo pedirte un favor? Si decides irte, por favor, ven a hablar conmigo primero.

Asentí.

—No me voy a ir. Pero si eso cambia, sí, hablaré contigo primero.

Sus hombros se hundieron.

—Voy a pasar la tarde en mi despacho poniéndome al día con el correo electrónico, por si necesitas algo. West traerá a los chicos más tarde para la fogata del sábado.

Era una tradición en Haven River. Todos los sábados encendían una hoguera en el patio, donde los chicos podían cocinar perritos calientes y asar s'mores. Los invitados degustaban hamburguesas a la parrilla. Antes de la nieve, había juegos de patio y actividades en el césped. A veces, Indya contrataba a un músico local para que cantara y tocara la guitarra.

Los Haven se aseguraban de asistir todos los sábados. Por lo general, West e Indya estaban aquí. Aunque Jax también venía a menudo. Yo también me esforzaba por estar disponible para apoyar al personal y mezclarme con los invitados.

El olor a humo de hoguera siempre se me quedaba en el cabello. Normalmente no era un problema porque me iba a casa y me duchaba antes de acostarme. Pero esta noche, no había garantías de que tuviera agua.

—¿Te importa si me pierdo la fogata de esta noche?

—En absoluto —dijo Indya—. Siempre es opcional.

—Gracias. Me aseguraré de asistir cuando nazca el bebé.

—Jax prometió estar aquí también. Quizá puedan coordinar.

—Por supuesto. —Ahogué un gemido.

Me gustara o no, Jax era inevitable. Y cada sonrisa que me dedicaba era un recordatorio silencioso del día en que nos conocimos. Cómo había estado gritando sobre



un carrito de la compra. Cómo había coqueteado descaradamente mientras mi helado se había derretido en una bolsa de papel de supermercado.

Yo era un desastre. Había sido un desastre durante diez años.

Finge hasta que te rompas. Ese era mi lema. Trabajaba duro para ocultar el desastre que era mi vida. Pero Jax había visto mi verdadero yo. Había visto el desastre que era Sasha Vaughn.

¿Era realmente una maravilla que sonriera?

Al menos no trabajábamos juntos a diario. A menos que fuera a la cabaña a visitar a Indya, nuestros caminos no se cruzaban a menudo. West pasaba la mayor parte del tiempo trabajando para el rancho y la explotación ganadera. Jax gestionaba las excursiones de los huéspedes y trabajaba principalmente en su oficina de los establos.

—Antes de tener este bebé —dijo Indya, acariciándose el vientre—, me gustaría que empezaras a coordinar con Jax las excursiones de los invitados. Él se encarga de la mayoría, pero solemos reunirnos una vez a la semana para sincronizarnos.

—Dudo que necesite mi opinión. —Ay. Mi labio se curvó antes de que pudiera detenerlo.

E Indya, aguda como una tachuela, definitivamente se dio cuenta.

—¿Es Jax un problema? ¿Ha hecho algo?

—No. Es... No creo que tenga nada que ofrecer. Es su especialidad. No creo que le guste que me meta en su camino. No somos exactamente amigos.

—Así que es un problema.

—No —repliqué—. Está bien. Él está bien. Todo está bien.

Indya me miró tanto tiempo que empecé a retorcerme. No quería que renunciara. Gracias a Dios. Pero definitivamente no podía permitirme que me despidieran. Especialmente si pensaba que yo tenía un problema con Jax.

—Me encantaría reunirme con él —le aseguré—. No hay problema. ¿Café? Voy por más café. ¿Puedo traerle algo? Agua. Té. Galleta.

—No, gracias. —Entrecerró la mirada—. Sasha, ¿estás bien?

—¡Genial! —mentí, recogiendo mi taza vacía del escritorio mientras me ponía en pie—. Probablemente demasiado café. Estoy un poco nerviosa. Será mejor que cambie al agua.

Seguía en mi despacho, en la silla, mirándome como si me hubieran salido alas, mientras yo me dirigía a la puerta y desaparecía por el pasillo.

—Mierda. —Maldito Jax.

Era culpa suya. Me había desconcertado esta mañana y ahora estaba agotada. O tal vez fue la ducha. Tal vez fue el auto. Tal vez fue la falta de sueño.

Este no era mi día.



Rellené mi café en el vestíbulo, desesperada por la cafeína, y luego me retiré a mi despacho. Indya se había trasladado al suyo. En cuanto me senté detrás de la mesa, sonó el teléfono.

Micah.

Me apresuré a contestar.

—Hola. Hola. Gracias por devolverme la llamada.

—Hola, Sasha.

—¿Cómo está? ¿Está bien?

—Ha sido un ajuste.

Casi me río de su elección de palabras. Pero en cuanto a los ajustes, el mío era menor comparado con el de Eddie.

—Pero, ¿está...? —Ni siquiera pude terminar la pregunta.

Vivo. ¿Estaba vivo?

¿Tan malo era que simplemente quería que estuviera vivo? ¿Cómo habíamos llegado hasta aquí?

—Está bien —dijo Micah—. Como te dije la última vez, no hay mucho que pueda decirte.

—¿Puedo hablar con él?

Micah dudó, y fue respuesta suficiente.

—Todavía no.

¿Era decisión de Micah? ¿O Eddie le había dicho a bocajarro que no quería hablar conmigo? No estaba segura de qué me dolía más.

—Sigue escribiéndole cartas —dijo—. Las lee.

¿Cuentan como cartas? Hasta ahora todo lo que había escrito había sido corto.

—No sé qué decirle. Son sólo notas en este momento.

—Está bien. Di lo que quieras. No hace falta que sean largas ni profundas. A veces menos es más. Sólo necesita saber que estás ahí.

—Estoy aquí —susurré pasando el nudo en la garganta—. Gracias por llamarme.

—No hay problema. Hablaremos pronto.

—Adiós. —Terminé la llamada y cerré los ojos.

No para mantener a raya las lágrimas. No había lágrimas.

Había llorado hasta quedarme seca hacía mucho tiempo.

A veces, parecía un mal sueño, y si cerraba los ojos lo suficiente, si bloqueaba todos los sonidos y las imágenes, cuando abriera los ojos, me despertaría y todo iría bien.



Excepto que cuando abrí los ojos, solo vi ese cegador invierno blanco más allá de mis ventanas. Le di la espalda y me fui a trabajar. El almuerzo —dos barritas de cereales que saqué de un cajón— lo pasé en mi mesa.

La tarde se estaba convirtiendo en noche cuando por fin me tomé un descanso para devolver mi taza vacía a la cocina. La sala bullía de actividad mientras el personal se preparaba para la comida de esta noche. Entré y salí sin detenerme a saludar a Reid, el chef del complejo.

Un bostezo me tiró de la boca mientras volvía a mi mesa. Se oían voces en el despacho de Indya y me desvié hacia su puerta abierta, con la esperanza de darle las gracias a West por rescatar mi auto.

Me detuve en seco cuando Indya apuntó con el dedo a la cara de Jax.

—Tienes que ser amable con Sasha.

—¿Qué? —Jax se burló—. Soy amable con Sasha.

—¿Entonces por qué te odia?

Odio fue una palabra fuerte. Nunca dije *odio*.

—¿Realmente usó la palabra *odio*? —Jax preguntó.

—No. Pero no es tu mayor fan. —Indya juntó las manos—. Te lo ruego. Sé bueno. Necesito que se quede hasta después de mi baja por maternidad.

—Soy amable.

—Entonces sé *más amable* —dijo.

—Bien —refunfuñó—. ¿Tenías que contratar a alguien tan... tensa?

Tensa. ¿Tensa? No estaba tensa.

Antes de que pudiera detenerlo, un gruñido salió de mi garganta.

West, Indya y Jax se giraron al oírlo.

Pero ya me había ido, furiosa hacia mi despacho. Mi mano se aferró al borde de la puerta, dispuesta a cerrarla de golpe. Pero contuve la rabia y cerré el pestillo con un suave clic. Luego me senté y escribí una carta a Eddie.

Las voces llegaban desde el patio exterior mientras yo ponía un sello en el sobre. Los invitados, ataviados con abrigos, gorros y guantes, permanecían de pie bajo las estufas de propano. Un grupo de hombres saludaba mientras West y Jax se unían a ellos alrededor de la hoguera.

Recogí mis cosas, empujé la silla en mi escritorio y apagué las luces antes de retirarme a mi auto en el aparcamiento. El camino a casa fue tan angustioso como lo había sido antes.

En la puerta de mi casa había una nota del casero disculpándose por lo del agua. Había arreglado parte del problema, así que el agua fría funcionaba, pero no tendría duchas de agua caliente hasta el lunes.



Debería haber sido un alivio. Llegar a casa después de un día estresante debería haberme hecho sentir bien. Pero cuando me metí en la cama, me sentí entumecida.

En cuanto cerré los ojos, empezaron los gritos. Si los vecinos no estaban follando, se estaban peleando.

Apreté tanto los ojos que me mareé.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Ni siquiera una almohada sobre mi cabeza amortiguaba el ruido de la puerta de al lado. Por fin, al cabo de una hora, dejaron de gritar. Oí un portazo, luego el rugido de un motor. Después, silencio. Un silencio increíble.

Me dormí unos segundos.

El aullido del viento me despertó de un tirón. Sacudía las ventanas y chirriaba a través de la noche.

—¿En serio? —refunfuñé, salí de la cama y me dirigí al baño. Encendí la luz y me dirigí al lavabo, pero no me había lavado el maquillaje de la cara porque no tenía agua caliente.

El agua fría tendría que bastar.

Abrí el grifo y me eché un chorro de jabón en las yemas de los dedos. En un momento hice una mueca ante las ojeras. Al siguiente, la casa se quedó a oscuras.

¿Qué mierda?

El viento parecía reírse, enorgulleciéndose de anular mi energía.

—Odio Montana.



Querido Eddie,

Hacía tanto frío esta mañana que, cuando salí, mi cabello mojado se congeló en carámbanos. Ha sido como un viaje al futuro para ver qué aspecto tendré con el cabello blanco. Nunca había sentido tanto frío. No estoy segura de estar hecha para el invierno.

¿Estás cálido? ¿Te gusta la nieve? Pienso en ti cada hora de cada día.

Alguien del trabajo me ha llamado tensa hoy. Al principio me enfadé. Hirió mis sentimientos. Pero tenía razón. Estoy tensa. No sé cómo relajarme y bajar el ritmo. Te presioné demasiado, ¿no? Estaba tan ocupada tratando de mantenerme ocupada que no me di cuenta de que las cosas estaban mal hasta que estuvieron tan mal que no pudimos recuperarnos.



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

Mantente caliente, ¿de acuerdo? Te echo de menos.

S

31



DEVNEY

SUN

PERRY

CAPÍTULO 3

JAX

32



«S é amable». Indya me había ordenado ser amable con Sasha.

Maldita sea, yo era amable. Había sido la personificación de la amabilidad desde el día que nos conocimos en el supermercado. ¿Sabía alguien en el rancho sobre el fiasco del carrito de compras? No. Porque había mantenido la boca cerrada. Desde que empezó a trabajar en el resort, ¿no había sido cortés? Diablos, sí, había sido cortés, a pesar del hecho de que ella apenas reconocía mi existencia. ¿Quién sacó su auto de la zanja el sábado? Yo.

Ese fui yo siendo amable.

Pero toda esa amabilidad no servía de nada para ganarme el favor de Sasha. Todo lo que había conseguido en tres meses era una mirada fría y algunos comentarios sarcásticos. El sábado, añadió una reverencia burlona a su repertorio.

Un hombre más inteligente probablemente se daría por vencido. Seguir adelante. Cada encuentro con Sasha era brutal para mi ego.

Excepto que no podía sacármela de la cabeza. Me gustaban sus comentarios sarcásticos. Esa reverencia burlona había sido linda. No había razón para que su mirada gélida me resultara atractiva, pero maldita sea si no me excitaba. Quizá porque sabía, hasta la médula, que la mujer vibrante que había conocido en el aparcamiento del supermercado estaba ahí, en alguna parte. Tenía que estar en alguna parte.

Habían pasado tres meses. Tres putos meses, y todavía no admitía que nos habíamos conocido antes de su primer día en el albergue. ¿Y por qué?

La razón por la que me había rechazado para cenar ese día tenía que ser su trabajo en el complejo. Era comprensible. De acuerdo, podría haberme dicho que venía a trabajar al rancho, pero daba igual. Tal vez se había sentido avergonzada. Yo no era su jefe, pero como propietario, *era* su jefe, y esas líneas eran borrosas.

¿Pero estaba descartada la amistad? A estas alturas, me conformaría con ser un conocido. Aceptaría cualquier cosa menos su frialdad.

Tres meses, y Sasha aún no se había descongelado.

Era una maldita estirada, probablemente no debería haberlo dicho en voz alta el sábado, pero era cierto. Y le gustara o no, íbamos a tener que trabajar juntos. Mientras Indya estuviera de baja por maternidad, Sasha y yo tendríamos que pasar más tiempo juntos.



Me negué a pasar esas semanas trabajando con una reina de hielo.

Era hora de aclarar las cosas. Para siempre. Tal vez entonces podría sacar a Sasha Vaughn y sus bonitos ojos marrones de mi cabeza.

Pisé fuerte con las botas ante la puerta principal del albergue, quitándome la última pizca de nieve antes de entrar. Una ráfaga de calor me recibió en el vestíbulo. El aroma a tocino y azúcar moreno llenaba el ambiente. El tintineo de los cubiertos sobre los platos y el murmullo de la conversación sonaban en el comedor. La araña de astas que colgaba de las vigas proyectaba un resplandor dorado por toda la estancia.

Indya había cambiado muchas cosas del complejo en los últimos siete años. Había ampliado el albergue con un spa, un gimnasio y vestuarios para el personal. Había convertido nuestro antiguo granero en un lugar para celebrar bodas y fiestas. Renovó cabañas y habitaciones. Había transformado el pequeño negocio de nuestra familia en un centro turístico de primera categoría en Montana. Estábamos llenos para los próximos dos años, y la lista de espera era un kilómetro de largo.

Pero aunque había habido innumerables cambios, Indya también se había mantenido fiel a las raíces de nuestra familia. Las áreas sentimentales se habían dejado casi intactas.

Aparte de algunas luces adicionales, el vestíbulo tenía el mismo aspecto que cuando yo era niño. Paredes rústicas de madera. Suelos de roble que mi abuelo había instalado él mismo. Y esa araña de astas que mi abuela había encargado específicamente para este espacio.

Este era uno de mis lugares favoritos en el rancho. La energía de los huéspedes. La nostalgia. La comida y el café caliente. Cada vez que lo visitaba, me sentía como en casa.

El albergue solía ser una parada habitual en mi rutina diaria. Pasaba por allí para rellenar mi termo o tomar una bolsa de comida para empleados de la cocina. Los días que no tenía mucho trabajo, charlaba con Indya en su despacho o con los huéspedes.

Pero había estado evitando el albergue últimamente.

Por Sasha.

No más. Esto tenía que acabar. No necesitábamos ser amigos, pero estaba harto de verla fruncir el ceño cada vez que entraba en una habitación.

—Buenos días —le dije a Mindi mientras cruzaba el vestíbulo.

—Hola, Jax. —Agitó sus dedos hacia mí desde el mostrador de recepción.

—¿Sasha está aquí?

Mindi asintió.

—Está en su despacho.

—Estupendo. —Me dirigí al vestíbulo, pero antes de que pudiera desaparecer, Mindi salió de detrás del escritorio, bloqueando mi camino.



—Gracias de nuevo por el aventón del sábado —dijo.

—No hay problema. Iba a ir a el pueblo de todos modos. —El abuelo necesitaba sus billetes de lotería.

Mindi había hecho autostop hasta el rancho el sábado por la mañana para su turno. La amiga que la había llevado se había marchado y pensaba volver a recogerla por la tarde. Pero Mindi no trabajaba el sábado. Se había confundido de horario.

Así que me ofrecí a llevarla a casa para que no se pasara el día sentada en el albergue.

Me moví para esquivar a Mindi, pero me puso la mano en el brazo y se acercó. Demasiado cerca.

Bueno, mierda. Mindi era bastante agradable, pero no estaba interesado en nada romántico. Ni siquiera un poco. Ahora las cosas se iban a poner incómodas.

—¿Quieres tomar algo después del trabajo? —Batió las pestañas al hacer la pregunta.

¿Por qué las mujeres batían las pestañas? A mí no me hacía nada, pero me pasaba mucho.

Espera. ¿Se había equivocado de turno el sábado? ¿O había sido algún tipo de estratagema?

—Mira, Mindi. Te agradezco la oferta, pero no, no podemos tomar algo después del trabajo.

—Oh. —Hizo un mohín.

Odiaba los pucheros.

—Es porque trabajo aquí, ¿no? Ya que eres el jefe de mi jefe. —Miró por encima del hombro, asegurándose de que estábamos solos antes de bajar la voz—. Podría renunciar.

¿Qué carajo? ¿Dejaría su trabajo por una cita? No entendía a las mujeres.

—No dejes tu trabajo.

—¿Estás seguro? No me encanta trabajar para Sasha. Ella es muy...

Profesional. Compuesta. Organizada.

—Mandona —dijo Mindi.

—Ella es tu jefa.

—Sí, pero ya sabes lo que quiero decir.

No. De verdad que no.

—No renuncies, Mindi. ¿De acuerdo?

Otro puchero.

Era hora de terminar esta conversación. Tiré de mi brazo para soltarme de su agarre. Una parte de mí quería dejarlo así y marcharme. Pero no estaba seguro de que Mindi fuera de las que leen entre líneas. Así que me aseguré de que mi mensaje fuera perfectamente claro.

—Aunque no trabajaras aquí, no creo que salir juntos sea una buena idea.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Hubo un tiempo en que me inventaba tonterías ridículas, como que me daba miedo comprometerme o que tenía demasiada carga personal para una relación. Pero la mayoría de las veces, cuando mostraba mis banderas rojas, atraía a las mujeres en lugar de hacerlas huir.

Aparentemente, me veían como un desafío. Un tipo que podían arreglar.

—Me gusta otra persona —le dije. Y era la verdad.

—Oh. ¿Entonces por qué estabas coqueteando conmigo el sábado?

¿En serio? ¿Pensó que hablar con ella sobre su perro era coquetear?

—Bueno, llego tarde a una reunión con Sasha. —La rodeé, con éxito esta vez—. Nos vemos.

Ella arrugó la nariz.

—Sí. Supongo.

Sí, incómodo. Fantástico. Así era exactamente como *no* quería empezar mi lunes.

Me pasé una mano por el cabello mientras avanzaba por el pasillo. Luego me alisé la parte delantera del abrigo y tomé aire antes de llegar al despacho de Sasha. El corazón se me aceleró al cruzar el umbral.

¿Qué tenía Sasha Vaughn que era tan jodidamente agotador? Ninguna mujer me había desconcertado de esta manera. Eso significaba algo, ¿verdad?

Me aclaré la garganta y llamé a su puerta abierta.

Sus bonitos ojos se desviaron del monitor. Por un breve instante, se ensancharon y su boca se entreabrió, como si le faltara el aire. Luego, la sorpresa desprevenida desapareció y fue sustituida por una mirada fría y una expresión inexpresiva.

Grrr. Era exasperante y molesta y... preciosa. No había razón para que una mujer tan irritada por mi presencia estuviera tan buena.

—Adelante —dijo, con voz llana.

Me paré en la puerta y crucé los brazos sobre el pecho. Hoy no me apetecía mucho acatar sus órdenes.

—O no —murmuró, alisándose el cabello de la sien. Se lo había recogido en un moño por encima de la nuca. Tenso.



E impresionante. Tan deslumbrante como el paraíso invernal tras las ventanas a su espalda.

Aparte del sábado, cuando tenía el cabello mojado y helado, rara vez la veía con el cabello suelto y largo como lo había llevado en el supermercado.

Como la mayoría de los días, estaba alisado a la perfección. Ni un mechón fuera de lugar.

Dios, lo que daría por tirar de ese cabello. Desenredar a esta mujer con mis manos y verla deshacerse bajo mi tacto.

Pero como no era probable que eso ocurriera, era hora de hacer lo que había venido a hacer. Empezando con una disculpa.

—Siento haberte llamado tensa.

—Oh. —Parpadeó, esperando claramente que yo continuara con otra cosa. Bajó la guardia por un momento y sus hombros se hundieron. Pero tan rápido como habían caído, volvieron a su sitio, con la columna rígida y la voz impasible—. Soy una persona tensa. No tienes que disculparte por decir la verdad. No pasa nada.

¿Estaba bien? No sonaba bien.

—También eres inteligente. Y trabajadora. Y hermosa.

Un rubor rosado coloreó sus mejillas mientras miraba a cualquier otro sitio menos a la puerta.

Por una vez, era agradable no ser el único agotado aquí. Empujé el marco de la puerta y entré en el despacho. Los ojos de Sasha se clavaron en los míos.

—Según West, no me tomo casi nada en serio —dije—. Quizá ser un poco tenso no sea malo.

Me observó con cautela mientras me hundía en una de las sillas frente a su escritorio, relajándome en el asiento para levantar un tobillo sobre mi rodilla.

—Indya me dijo que tenemos que empezar a coordinar las excursiones de los invitados.

—Sí. —Se aclaró la garganta.

—De acuerdo. —Asentí—. ¿Qué necesitas?

—Honestamente, no sé mucho acerca de tu lado del negocio.

—Entonces te daré una visión general. —Desde que Sasha había comenzado como gerente, su atención se había centrado principalmente en el albergue. Limpieza. Mantenimiento. Comedor. Si ocurría bajo este techo, caía bajo su paraguas.

En sólo tres meses, parecía haber adquirido un profundo conocimiento de todas las operaciones del complejo. Era increíble lo rápido que lo había asimilado todo.

Indya tampoco había querido abrumar a Sasha con las excursiones, no cuando acababa de empezar. Pero ahora que Sasha estaba instalada, había más cosas que aprender.



—Quizá podrías explicarme cómo funciona la programación —dijo—. Así puedo responder a las preguntas de los invitados. Ahora mismo, sólo envío esas preguntas a Indya.

—Claro. Sería bueno que también hicieras algunas de estas excursiones.

—Oh, uh... —Sacudió la cabeza—. No pasa nada. Sólo la logística estará bien.

—¿Ni siquiera un paseo en carro de heno?

—Alergias. —Sus ojos miraron al techo. Sucedió tan rápido que casi me lo pierdo. Casi.

Sasha no era alérgica, ¿verdad?

—¿Y los caballos? ¿También eres alérgica a ellos?

—No. Pero no me gustan mucho los caballos.

—Sin embargo, aceptaste un trabajo en un rancho de Montana donde la equitación es el principal atractivo.

—Para los invitados.

—¿Por qué no tú?

Se encogió de hombros.

—No estoy particularmente interesada.

—Ah. —La comisura de mi boca se levantó—. ¿Miedo a los caballos?

—No. —Esa bonita mirada volvió a mirar hacia el cielo.

Interesante. Había visto ese parpadeo antes, pero no me había dado cuenta hasta ahora de lo que significaba. ¿Sabía que miraba hacia arriba cuando mentía? Eso me delataba.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi boca. Iba a ser divertido ver sus mentiras.

—¿Emocionada por la fiesta del sábado? —pregunté, cambiando de tema.

—No especialmente. No soy muy fiestera.

Esta mujer. Nada de paseos en heno. Ni caballos. Nada de fiestas. ¿Odiaba todas las cosas divertidas?

El sábado era la celebración anual de los empleados del rancho Haven River. Es una tradición que Indya y West iniciaron hace cinco inviernos. En lugar de celebrar una gran fiesta de Navidad en una época del año tan ajetreada, organizamos una fiesta en enero para el personal.

Durante una sola noche, cerramos casi todo en el complejo. Bloqueamos el día para que hubiera el menor número posible de reservas. A menudo, los miembros del personal alquilaban habitaciones para no tener que conducir hasta el pueblo. Dirigimos el albergue con un equipo reducido para que pudiera participar el mayor número posible de personas.



Habría una banda local en el espacio para eventos para bailar. Tendríamos comida y bebida toda la noche. Incluso tendríamos un servicio de transporte de ida y vuelta a el pueblo para los que no pasaran la noche, para que nadie tuviera la tentación de conducir borracho a casa.

—Es una noche divertida —le dije a Sasha—. No te la saltes.

—No pensaba saltármela. —Otro parpadeo. Otra mentira.

Sonreí y negué con la cabeza, a punto de reprenderla por eso, cuando sonó el teléfono de su mesa.

Lo levantó y miró la pantalla.

—Tengo que contestar.

—Búscame más tarde cuando quieras hablar de programación.

—De acuerdo. —Miró a la puerta, un claro «sal y sé rápido al respecto».

Me puse en pie de un empujón y salí mientras la oía responder a la llamada.

—Hola, Micah.

Micah. ¿Quién era Micah?

Si preguntara, probablemente me darían otra mentira.

Así que cerré su puerta y me retiré hacia el vestíbulo. Había ido como esperaba. Nada mal. No muy bien. Pero no mal.

La suerte estaba de mi lado cuando salí del vestíbulo. Mindi estaba al teléfono con un invitado, así que pude saltarme otro momento incómodo. Alargué mis pasos, queriendo escabullirme antes de que terminara. Estaba casi en la puerta, casi libre, cuando se abrió y Lily entró.

Maldición. No habría forma de evitar lo incómodo, no hoy.

—Jax. Oh, um, hola. —Disimuló la sorpresa rápidamente mientras se quitaba la última pizca de nieve de los zapatos.

—Ey.

—Hola. —Se acomodó un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja. Tenía más canas de lo normal. Supuse que había dejado de teñírselo—. ¿Cómo te va?

—Bien —contesté secamente.

¿Se iba a mover? ¿O simplemente bloquear la puerta para siempre? Definitivamente debería haber tomado la entrada del lado de los empleados hoy.

—He quedado con West para tomar un café y desayunar, si quieres....

—No puedo. —¿Unirme a ellos? Por supuesto que no. Con gusto desayunaría con mi hermano, pero no con Lily. Señalé con la cabeza la puerta que ella seguía bloqueando—. Tengo que ir a trabajar. Hoy voy a sacar el carro de heno.



De acuerdo, no era hasta las tres, y no necesitaba más de una hora para prepararme. Algo que Lily sabía. A diferencia de Mindi, Lily podía leer entre líneas. Y prefería limpiar establos que compartir la mesa del desayuno con ella.

—Bien. —Hizo una mueca de dolor mientras se movía fuera del camino—. Voy a dejar que te pongas a ello.

Sin despedirme, abrí la puerta y salí a su lado. Una ráfaga de viento helado me golpeó en la cara y el frío no ayudó a enfriar mi temperamento mientras me dirigía a los establos.

Lily había estado viniendo al complejo más a menudo estos días. Demasiado a menudo para mi gusto. Cada vez, era como una bofetada en la cara.

Llevaba años casada con papá y dirigía el complejo. De niño, las horas que había pasado en este vestíbulo las había pasado a su lado. Pero era la madre de West, no la mía. Algo que había dejado muy claro.

Así que si conducía hasta aquí para verlo, bien. Este era su rancho. Pero podía dejarme en paz.

Yo no era su hijo; esa había sido su elección, no la mía.

Lily era la única madre que había conocido. Me había cambiado los pañales. Me acunaba para dormir. Me cantaba canciones de cuna cuando tenía pesadillas.

Pero ella había trazado una línea. Yo no era más que el hijo bastardo de la aventura de una noche de papá décadas atrás. Lily había trazado esa línea.

Sería genial que lo respetara y me dejara en paz.

Cuando llegué a los establos, mi ira se había calmado. Abrí la puerta y respiré el olor a heno, tierra y caballos. Hoy sólo había un puñado de animales dentro. La mayoría estaban fuera, pastando el heno que les habíamos puesto esta mañana.

Esta construcción fue otra de las mejoras de Indya. Era enorme, con amplios establos para los animales y mucho espacio para almacenaje. Al lado había otro edificio nuevo, una tienda donde guardábamos el equipo y las herramientas al abrigo de la intemperie. Tanto los establos como el taller estaban alejados del albergue, pero lo bastante cerca como para que los huéspedes pudieran dar un corto paseo para sus excursiones.

Caminé por el largo pasillo central hasta mi despacho, abrí la puerta y encendí la luz. Mientras que el despacho de Sasha estaba organizado y limpio, el mío era un desastre. Había papeles esparcidos por la mesa. El calendario de la pared llevaba dos meses de retraso. La papelera rebosaba de agendas enrolladas y algunas latas de cerveza aplastadas.

Si Sasha quería revisar el proceso de la excursión, sería más fácil hacerlo aquí fuera que en el albergue. Pero tenía la sensación de que echaría un vistazo a mi desorden y saldría corriendo en dirección contraria, así que recogí la basura y la llevé al cubo más grande que teníamos junto a los establos.



Un caballo relinchó, el sonido resonó en las vigas de madera, justo cuando se abrió la puerta. La luz del exterior fue un destello de blanco antes de desaparecer cuando papá entró, cerrando el frío tras de sí.

Pisó las botas y se quitó los guantes de cuero.

—Hola.

—Hola.

—Me imaginé que estarías aquí. Acabo de encontrarme con Lily en el albergue.

Probablemente le había echado un vistazo y había cambiado de opinión sobre el desayuno. O tal vez por eso estaba aquí. Él había sido el que huyó.

Aunque hacía años que no hablaba mucho con Lily, desde nuestra gran pelea antes de irme a la universidad, seguíamos reconociéndonos, aunque esas interacciones fueran breves y atrofiadas.

Pero hacía años que no le dirigía la palabra a papá. Ni una sola palabra. Ella había tomado el tratamiento de silencio a un nivel completamente nuevo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a papá.

—Pensé en ver si necesitabas ayuda hoy.

—No, la verdad es que no.

—¿Seguro?

—Sí. Estoy bien. Hoy está tranquilo.

—Oh. —Papá frunció el ceño. ¿Se aburría o algo así? A papá no se le daba muy bien estar ocioso y, aunque llevaba jubilado más de siete años, todavía se estaba adaptando a un ritmo más lento.

Los lunes de invierno eran los días más tranquilos para las excursiones de los huéspedes. Hacía demasiado frío para dar largos paseos. La mayor parte de mi equipo tenía el día libre, y aunque ofrecíamos clases particulares de equitación, ninguno de los huéspedes actuales se había apuntado, por lo que yo también tenía la mayor parte del día libre.

Teníamos un puñado de motos de nieve para dar vueltas por el rancho, pero esa excursión en concreto no funcionaba los lunes. Hoy era el paseo en heno con cacao caliente. Así que los establos estaban tranquilos. El balneario, en cambio, estaba a tope los lunes.

—Yo podría hacer el paseo del heno —ofreció papá.

—¿En serio? Está helado.

—No me importa.

Entonces debe de estar desesperado. La última vez que papá se había ofrecido a dirigir una excursión había sido, bueno... No podía recordar cuándo. Definitivamente no cuando la temperatura estaba bajo cero.



Había sido antes de que Indya comprara el rancho. Y antes de eso, West y yo los habíamos administrado con el personal.

Papá suspiró.

—Sólo intento ayudar. Si puedo.

—Ah. —¿Era esta oferta para ganarse mi favor? ¿O de West?

Había mucha tensión entre mi padre y mi hermano mayor. Años atrás, papá había vendido el rancho a Indya a espaldas de West. Fue antes de que West e Indya se juntaran.

Para mí, esa traición se había desvanecido con el tiempo. ¿Para West? No estaba seguro de que lo superara. Al final todo había salido bien, pero los rencores de mi hermano habían perdurado.

Mientras que la venta había hecho mella en mi relación con papá, casi había roto la suya con West.

—Si realmente quieres hacer el paseo del heno, no voy a interponerme en tu camino. —Había algunos proyectos esperándome en casa que no me importaría abordar.

—Estupendo. Me encantaría hacerlo. —Me dio una palmada en el hombro y se puso los guantes—. Volveré esta tarde. ¿El paseo es a las tres?

Asentí.

—Sí. A las tres en punto. Los invitados pueden pasar por el comedor a recoger sus bebidas. Luego caminarán hasta aquí para subir.

—Me parece bien. —Se despidió con la mano y se dirigió a la puerta.

Una vez que se hubo ido, giré en círculo lentamente, asegurándome de que no había nada urgente para el día. Luego apagué las luces de mi despacho y me dirigí a la camioneta que tenía aparcada fuera para volver a casa.

El carril no era más que dos caminos estrechos y trillados de huellas de neumáticos en la nieve, pero yo no necesitaba mucho camino. No cuando era la única persona que venía por aquí con regularidad. De vez en cuando papá, West o mis abuelos se pasaban por casa, pero en general no tenía muchas visitas. Tenía este tranquilo y apartado trozo del rancho Haven River para mí solo.

Hacía años, mis abuelos habían construido dos cabañas para alojar a los empleados a tiempo completo. Las habían utilizado durante un tiempo, cuando papá era niño, pero eso fue mucho antes de que yo naciera. La mayor parte de mi vida habían estado vacías, sufriendo las estaciones de Montana año tras año.

De niño, las cabañas habían sido mis fuertes escondites. De adolescente, mis amigos y yo nos escapábamos y organizábamos fiestas en su interior. Después de la universidad, cuando me trasladé a vivir al rancho, decidí hacerme cargo de ellas y restaurarlas pieza a pieza.

Me había costado años de sudor convertirlas en hogares. La mayor parte de la remodelación la había hecho yo mismo, robando la ayuda de West cuando había



necesitado manos extra. Mi casa ya estaba terminada. Había hecho una enorme ampliación hacía unos años, y apenas se parecía al pequeño lugar que había sido antes.

La otra cabaña había sido mi proyecto más reciente. Como no vivía allí, las actualizaciones habían sido lentas, pero después de meses y meses, también estaba casi terminada.

Poseía los quinientos acres que rodeaban mis casas. Un regalo de Indya y West que aún no estaba seguro de merecer.

Aunque ella y West poseían la mayor parte de la finca, mis abuelos, papá y yo también teníamos una parte considerable.

El mío era el lugar más bonito de toda la propiedad. West argumentó que la parcela donde habían construido su casa era mejor; mi hermano no se equivocaba a menudo, pero en este caso, se equivocaba.

El extenso prado que rodeaba mi casa estaba cubierto de nieve. Los árboles de hoja perenne estaban cubiertos de escarcha y brillaban bajo el sol de la mañana. Un penacho de vapor salía del respiradero de la caldera de mi tejado.

Abrí un camino en la nieve hasta la cabaña que había junto a mi casa y entré. Los suelos de roble eran nuevos y quería que siguieran perfectos un poco más, así que me quité las botas al entrar y me dirigí al lavadero, en la parte trasera de la casa.

Fue el último espacio en completarse. Todas las demás habitaciones estaban terminadas y amuebladas. La baldosa de piedra estaba en su lugar y necesitaba lechada. Luego terminaría con un poco de sellador y traería una nueva lavadora y secadora.

Papá pensaba que arreglar este lugar era una pérdida de dinero. Pensó que derribarlo habría sido un mejor uso de mi tiempo. Tal vez tenía razón. Estaba a cincuenta metros de mi propia casa, y no tenía ningún deseo de tener un vecino. Pero la idea de arrasar una de las creaciones del abuelo no me gustaba.

Claro que tenía un aspecto diferente al que tenía cuando la construyó. Pero todavía estaba en pie. Eso contaba para algo, ¿verdad?

Había salvado todas las piezas posibles. En ambas casas, conservé el revestimiento de madera original y lo utilicé para acentuar el nuevo entablado. Había restaurado y vuelto a colgar algunas de las puertas originales, una de la despensa y otra del lavadero. Incluso guardé una de las viejas bañeras con patas de la abuela para el cuarto de baño de la suite principal.

Con las provisiones listas, me puse manos a la obra y apliqué la lechada a todo el suelo justo cuando me empezaba a rugir el estómago, hambriento de comer. Estaba en el fregadero lavándome los platos cuando oí el ruido de un motor fuera. Me sequé las manos y me dirigí a la puerta, abriéndola justo cuando West salía de su camioneta.

—Hola. —Le hice señas para que entrara.

—Hola. —Me estrechó la mano al entrar y sus botas se unieron a las mías—. Este lugar se ve muy bien. Has hecho mucho desde la última vez que estuve aquí.



—Gracias. Me ha mantenido ocupado desde Navidad.

Se adentró en la casa, dando vueltas en un lento círculo.

—¿Lo amueblaste todo?

Me encogí de hombros.

—Pensé que podría ser una casa de huéspedes cuando tuviéramos visitas que no quisieran quedarse en el albergue.

No es que tuviéramos mucha compañía. Yo, desde luego, no. Ni tías ni tíos. Mis abuelos tenían su propia casa. Papá tenía la suya. Mis compañeros de universidad venían de vez en cuando, pero era raro.

Tal vez dormiría aquí cuando necesitara una vista diferente.

—Mmm —canturreó West, frotándose la mandíbula—. Esto podría funcionar.

—¿Qué podría funcionar?

—Necesito un favor. —Dio otra vuelta lenta antes de encararme de nuevo—. Necesito que dejes a Sasha vivir aquí.

No es posible que lo haya oído bien.

—Dilo otra vez.



CAPÍTULO 4

SASHA

44



En la pantalla de mi ordenador apareció un correo electrónico. Las palabras se confundían en borrones grises. Era mi tercer intento de leer el mensaje. Era de una organizadora de bodas de Phoenix. Su novia quería... algo. Cada vez que llegaba a la segunda frase, mi mente divagaba.

Mi cerebro estaba atascado en esa llamada de Micah.

Había habido un incidente con Eddie ayer. Un «altercado» según Micah. Lo que significa otra pelea. Tuvieron que internarlo. Otra vez.

Micah no pudo ampliar los detalles. El programa de Eddie conllevaba estrictos protocolos de confidencialidad. Pero como había habido necesidad de tratamiento médico, no había querido que me sorprendiera al ver el cargo añadido en mi próxima factura.

Había pedido hablar con Eddie, pero Micah me había dicho que aún no.

Sigue escribiendo cartas.

¿Esa iba a ser la respuesta de Micah para todo? ¿Cartas?

Lo último que quería era escribir otra nota. Cada vez que echaba una al buzón, sentía como si enviara un trozo de mi corazón al vacío, sabiendo que nunca lo recuperaría. Pero si eso era todo lo que teníamos, que así fuera. Lo superaríamos. Lo superaría. Incluso si eso significaba cartas.

Así que después de que Micah hubo terminado nuestra llamada, había escrito una nota a Eddie.

No era mucho. Mis cartas parecían cada vez más cortas. Quizá cuando Eddie respondiera, cuando entabláramos un diálogo a través de estos mensajes, tendría más que escribir. Hasta entonces, lo breve tendría que bastar.

Después de cerrar el sobre y guardarlo en mi bolso, listo para llevarlo a la oficina de correos cuando volviera a casa, volví a centrarme en mi correo electrónico. La cuarta vez que lo leí fue la vencida. La novia quería hacer fotos a caballo para su boda, pero no cualquier caballo, sino dos caballos negros. ¿Lo podíamos hacer? ¿Teníamos dos caballos negros?

Responder a ese email significaba preguntarle a Jax.



No quería hablar con Jax, no otra vez. No dos veces en un día. Si no estaba pensando en esa llamada con Micah, entonces estaba repitiendo cada segundo de la visita de Jax esta mañana.

Qué buen aspecto tenía en la silla de mi despacho, con la mandíbula afeitada y el cabello revuelto. Despeinado nunca había sido mi tipo hasta Jax.

También olía muy bien. Siempre olía bien, pero tenía un toque de jabón, como si acabara de ducharse. Se había estado disculpando conmigo mientras yo me lo imaginaba desnudo. Apuesto a que tenía grandes abdominales y un culo duro como una roca. Apuesto a que podría hacer que los dedos de los pies de una mujer se curvaran con un solo beso. Apuesto a que el sexo con Jax era...

—Concéntrate, maldita sea —murmuré. Deja de pensar en sexo con Jax.

—¿Sasha?

Mi atención se desvió hacia la puerta, donde Indya estaba de pie en el umbral. Se me calentó la cara y tragué saliva.

—Oh, hola.

—¿Estás bien?

Forcé una sonrisa.

—Estupenda. ¿Cómo estás?

—Bien. —Alisó una mano sobre el suéter color avena que se extendía sobre su vientre—. Tengo algo que quería enseñarte. Una idea.

—De acuerdo. —Me levanté de la silla, agradecida por cualquier cosa que me hiciera dejar de pensar en Jax Haven—. ¿Qué pasa?

Indya se dirigió al perchero de la esquina y me quitó el abrigo.

—Necesitarás esto. Y yo voy a necesitar que mantengas la mente abierta.

—De acuerdo —dije. *Uf*. Cada vez que me decían que mantuviera la mente abierta, odiaba el resultado.

—Es algo bueno, te lo prometo —me dijo mientras me ponía la parka y la seguía al pasillo—. ¿Confías en mí?

—Por supuesto —mentí. No estaba segura de confiar en nadie en ese momento, ni siquiera en Indya.

—Voy a buscar mi abrigo. —Se metió en su despacho y volvió rápidamente con una chaqueta Carhartt de lona marrón que le quedaba tan grande que debía de ser de West. Pero la cremallera le cubría el vientre, aunque las mangas le llegaban hasta la punta de los dedos.

Se cubrió el cabello rizado con un gorro y atravesó el edificio hasta la puerta de salida que daba al aparcamiento de empleados. Su todoterreno estaba en marcha y listo.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras ambas subíamos dentro, los asientos de cuero calientes bajo mis jeans.



—Ya verás. —Guiñó un ojo y se alejó del albergue.

En lugar de emprender el camino que la llevaría a la autopista, giró junto a los establos y la tienda, serpenteando por los senderos cubiertos de nieve que rodeaban la estación.

La carretera no había sido arada y, de no ser por el camino de huellas de neumáticos, ni siquiera habría sabido que se trataba de una carretera. Estábamos rodeados por un mar de blanco en todas direcciones.

Por un momento, pensé que tomaría el camino hacia su casa, pero cuando pasamos el desvío, miré a mi alrededor, intentando averiguar adónde íbamos.

—Nunca has estado aquí, ¿verdad? —preguntó.

—No lo creo, pero sinceramente, con la nieve, no puedo decirlo. —Levanté una mano para taparme los ojos. Debería haber sacado mis gafas de sol antes de salir de la oficina.

El sol brillaba en un cielo azul sin nubes, sus rayos atrapaban el blanco cegador y lo reflejaban en todas direcciones. Si no hiciera tanto frío, me habría gustado la nieve. Estaba limpia y crujiente. Pero la temperatura en el tablero tenía un signo menos delante del número.

Me marchité con ese menos.

¿Adónde íbamos? Las sorpresas no eran mis favoritas. En absoluto. Parte de mí ser *tensa*.

Indya me había llevado de excursión al rancho cuando empecé a trabajar en el complejo, pero aquellas primeras semanas habían sido un torbellino. Quizá habíamos venido aquí, pero ahora no me acordaba. Me habían metido tantas cosas en la cabeza en los últimos tres meses que me había sido imposible retenerlas todas.

—Cuando me mudé a Montana y me hice cargo del complejo, West vivía aquí —explica—. Vivimos en su casa hasta que se construyó la nuestra. Hace unos años, hubo una enorme fuga de agua, y como no veníamos a menudo, no la detectamos lo bastante pronto. Cuando lo descubrimos, los daños eran tan graves que acabamos derribando la casa.

—Oh, no. Lo siento.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Yo también. Era una de las casas originales del rancho. Le rompió el corazón a West el día que tuvo que demolerla.

Sabía lo que significaba despedirse de una casa importante.

—Curtis vive por aquí —dijo Indya, señalando hacia delante a través del parabrisas—. Pasando su casa está la de Alan y Sarah.

Los abuelos de West y Jax eran visitantes habituales del albergue. Aunque no los conocía bien, siempre eran amables cuando nos cruzábamos.



Indya abandonó la carretera y tomó otra. Las huellas de los neumáticos eran más finas y la carretera más estrecha.

¿Estaba planeando una expansión o algo así? ¿Quizá otro edificio para los huéspedes? Ella había mencionado que quería más cabañas privadas, pero esto parecía demasiado lejos de la casa de campo. Nuestro personal tendría que caminar hasta aquí para limpiar. Y para cualquiera que llegara sin auto, tendríamos que proporcionarle transporte de ida y vuelta. Estaba demasiado lejos para ir caminando, sobre todo porque ella seguía conduciendo.

Pero todas las razones por las que esto no funcionaría se desvanecieron en el momento en que pasamos junto a una arboleda y aparecieron a la vista dos casas impresionantes. Estaban situadas en medio de un prado cubierto, con el bosque y las montañas como telón de fondo.

El exterior de ambas casas era de un marrón tan oscuro que casi parecía negro. Los tablones de granero que servían de acento estaban grises y desgastados, como si hubieran resistido cien inviernos en Montana.

La mayor de las dos tenía un garaje anexo y era más grande que cualquiera de los otros chalés privados. La cabaña más pequeña estaba acabada en el mismo estilo, con espacio suficiente entre los dos edificios para que los huéspedes no estuvieran unos encima de otros.

Aunque tenían un estilo rústico, era un poco diferente de las cabañas del albergue. Estas tenían un toque fresco y moderno.

Indya condujo hasta la cabaña más pequeña y aparcó.

—Vamos.

La seguí dentro y me quité las botas mientras ella hacía lo mismo. Luego caminamos en calcetines por la cabaña.

—Esto es adorable.

—¿A que sí? —Pasó la mano por el respaldo de un enorme sillón de cuero. En un día tan frío como este, nada me gustaría más que acurrucarme bajo una manta en ese lugar y leer.

No recordaba la última vez que había leído un libro. Me encantaba leer. Tal vez retomaría la lectura mientras Eddie y yo estuviéramos separados. ¿Cuántos libros harían falta para llenar ese vacío? ¿Cinco? ¿Doce? ¿Noventa y uno?

—Así que esta es mi idea. —Indya aplaudió—. Tu situación de vida actual, bueno... apesta.

Abrí la boca para discutir, pero la cerré de golpe.

Le había insinuado suficientes problemas con mi alquiler como para que supiera que tenía razón. Esta misma tarde, después de que Jax entrara en mi despacho y me pusiera nerviosa, le conté lo de los cortes de agua y electricidad del fin de semana.

—No es la mejor —admití.



—Aún quedan semanas de invierno. El viaje de ida y vuelta a el pueblo es estresante en esta época del año. Y mientras yo esté de baja maternal, tu horario podría volverse impredecible. No me gusta la idea de verte en carreteras heladas a altas horas de la noche. Así que mi sugerencia es que te mudes aquí.

—Aquí. ¿Aquí? —Señalé el suelo. El precioso suelo de roble teñido de marrón chocolate.

—Sí.

—¿Y nuestros invitados?

—Esto no está disponible para los huéspedes —dijo.

—¿No? —Mis cejas se juntaron. ¿Dónde estábamos?—. Entonces qué...

—Sólo di que sí. —Ella juntó las manos frente a su pecho—. ¿Por favor?

Mi mirada se desvió hacia el sofá. Era de la misma piel que el sillón grande. Le vendría bien una almohada o una manta, pero por lo demás, era un sofá para maratones de películas los viernes por la noche y siestas los domingos por la tarde.

Todo era tan bonito, limpio y fresco. Alojarme aquí sería un sueño.

No podía permitirme sueños. Literalmente.

—¿Cuánto cuesta el alquiler?

¿Realmente me lo estaba planteando? ¿Importaba el precio? Sería al menos el doble de lo que pagaba en el pueblo. No podía permitirme esta cabaña. Había una razón por la que tenía un alquiler de mierda. Los alquileres de mierda eran baratos. Claro, estaba ganando un sueldo fantástico trabajando para Indya, pero necesitaba cada centavo en este momento.

—Es gratis —dice.

Me ahogué con mi propio aliento y tosí por un momento. Cuando por fin me aclaré la garganta, conseguí decir:

—¿Gratis? ¿Qué?

—Sé que las cosas han sido difíciles y quiero hacerlas más fáciles. No puedo hacer nada con el tiempo. Pero puedo hacer tu vida un poco más cómoda.

¿Cómoda? En comparación con mi alquiler en el pueblo, esto era tan cómodo como una bata de felpa y pantuflas peludas.

Capturé mi labio inferior entre los dientes mientras echaba un vistazo a la cocina. Armarios blancos de líneas limpias. Encimeras de mármol. Electrodomésticos de acero inoxidable que parecían nuevos.

Gratis. Gratis.

—Es demasiado —dije—. Es demasiado generoso.

—Entonces puedes pagar lo mismo que pagas por tu casa en el pueblo.

—Indya —gemí. No me lo estaba poniendo fácil—. No puedo.



—Claro que puedes. Sólo tienes que decir que sí. Es fácil.

Maldita sea. ¿Fue fácil? Ya ni siquiera sabía lo que era fácil. Y esto parecía demasiado bueno para ser verdad.

Indya debió leer la indecisión en mi cara.

—¿Qué tal si te quedas aquí hasta después de la fiesta? No tomes ninguna decisión todavía. A ver si te gusta primero.

¿Una semana de prueba? Me las arreglaría. Estaba a punto de aceptar cuando llamaron a la puerta.

Entonces Jax entró.

Espera. ¿Por qué estaba aquí? ¿Dónde estábamos? ¿Quién vivía en la casa grande de al lado? Las preguntas empezaron a dar vueltas.

—Hola. —Levantó la barbilla hacia Indya—. ¿Todo bien?

—¿Sí? —Indya me miró, asintiendo como si esperara que imitara el movimiento.

Miré entre los dos. No. No está bien. Nada bien.

Indya frunció el ceño, la esperanza en su rostro muriendo rápidamente.

—Esta es la cabaña de Jax. Vive en la casa de al lado. Te juro que iba a decírtelo. Después de que aceptaras probarla unos días.

—Ah. —Demasiado bueno para ser verdad. Como era de esperar.

Fue inteligente por parte de Indya no decírmelo al principio. No me habría subido a su auto.

—Mira, realmente aprecio la oferta. Pero creo que por ahora, me quedaré donde estoy. Me gusta estar en el pueblo.

No era del todo mentira. Era agradable estar a unos segundos de la tienda de comestibles, aunque hiciera todo lo posible por ir allí con la menor frecuencia posible.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Estoy segura.

Suspiró.

—Bueno. Bueno, si cambias de opinión, está aquí.

—Gracias —le dije, y luego miré a Jax, a punto de decirle lo mismo. Excepto que él estaba usando la maldita sonrisa. Dios, estaba cansada de esa sonrisa. Era condescendiente, arrogante y jodidamente sexy. Maldito sea por ser guapo.

—¿Qué? —solté.

—Nada. —Levantó ambas manos, estirando su sonrisa burlona. ¡Gah!—. Como dijo Indya, está aquí si cambias de opinión.

—No lo haré. —Me acerqué a las botas y me las puse. Luego esperé en la puerta a que Indya se reuniera conmigo.



El viaje de vuelta al albergue fue en silencio. Incómodo. Indya no me preguntó por qué tenía un problema con Jax. Hasta ahora, había dejado que asumiera que era su caótica y arrogante personalidad lo que me molestaba.

De verdad, era yo.

Siempre era yo. Yo era el problema.

Y todo surgió de ese día en el supermercado. No podía mirarlo sin pensar en ese día. En lo mucho que había querido una cita. O un beso.

¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué no podía ser un compañero de trabajo más? ¿Por qué no podíamos reírnos de los carritos de la compra?

Porque lo había hecho raro. Porque lo había rechazado sin motivo. Porque había intentado ignorarlo durante meses y mantener todo estrictamente profesional, pero entonces había empezado a pensar en él desnudo, ¿y qué demonios había de profesional en los pensamientos desnudos? Nada.

Nada. Nada. Nada. Quería ver a Jax Haven desnudo, y ese era el quid de mi problema.

Bueno, uno de mis problemas. La lista era larga.

Dios, era un desastre.

Volvimos al albergue y nos retiramos a nuestras respectivas oficinas. Trabajé el resto del día y, después de pasar una hora en la recepción saludando a los huéspedes que se dirigían al comedor para cenar, me dirigí a mi auto.

El viaje de vuelta a casa fue lento y estresante —lo normal. Y cuando entré por la puerta principal, el estado de mi sala era tan deprimente como el saldo de mi cuenta bancaria.

No tenía un sillón de cuero afelpado para leer. Ni sofá para dormir la siesta. Ni televisor para ver la tele. No había ni un solo mueble en ninguna habitación excepto en mi dormitorio. ¿Un colchón hinchable contaba como mueble?

Tenía una lámpara. Eso era algo, ¿verdad? Y tenía mi portátil para ver Netflix. Mi suscripción era el mayor derroche de mi presupuesto mensual.

El estado de mis alacenas también era deprimente, pero por suerte, me encantaban los cereales fríos. ¿Fruity Hoops? ¿Cinnamon Crunch? ¿Money Nut O's? Mi alacena estaba repleta de imitaciones de marca. Saqué la caja de Coco Roos, los favoritos de Eddie, y comí de uno de los tres cuencos que tenía. Luego lo dejé en el fregadero con dos centímetros de leche con chocolate en el fondo.

Lo limpiaría mañana.

Sin nada más que hacer, me retiré a mi habitación y me puse una sudadera. Luego me metí bajo las mantas y me acurruqué con una almohada, viendo una película hasta quedarme dormida.

Unos golpes en la pared me despertaron con una sacudida. Jadeé, me incorporé y me aparté el cabello de la cara.



—¡Vete a la mierda! —gritó una mujer fuera.

Me arrastré fuera de la cama, parpadeando para alejar el sueño mientras corría hacia la ventana para descorrer las persianas de vinilo.

Una mujer a la que había visto un puñado de veces estaba de pie en medio de la calle, con ambos brazos y el dedo medio levantados mientras seguía gritando obscenidades al cielo nocturno.

—¡Hijo de puta! Espero que te pudras en el infierno, bastardo. ¡Vete a la mierda, idiota! ¡Que te jodan!

—Cállate. —Dejé que las persianas encajaran en su sitio mientras me golpeaba la cabeza contra la pared—. Cállate. Cállate. Cállate.

Por una noche, sólo por una noche, sólo quería dormir sin interrupciones. Sin apagones. Sin aullidos de viento. Sin orgías en la puerta de al lado.

Nada de maldecir a las mujeres.

—Odio Montana —murmuré, saliendo a trompicones de la habitación. Ahora que estaba despierta, no podría dormir hasta que cesaran los gritos. Supongo que lavaré mi plato de la cena.

Excepto que nunca llegué a la cocina.

Porque mientras cruzaba el salón, la puerta principal se abrió de golpe.

La puerta principal cerrada.

Un hombre muy borracho, muy confundido y muy grande irrumpió dentro.

Y vomitó en la alfombra.



Querido Eddie,

Te echo de menos. Echo de menos tus cuencos de cereales en el fregadero de la cocina. Echo de menos que me digas que lavarás los platos mañana. Echo de menos tus botellas de agua en todas las habitaciones. Echo de menos tropezar con tus zapatos cuando entro por la puerta principal. Echo de menos tu ropa sucia esparcida por todas partes. Echo de menos tu risa. Echo de menos tu sonrisa.

Te echo de menos.

S



CAPÍTULO 5

JAX

El ruido de los cascos se mezclaba con las voces fuera de mi oficina. Los chicos se preparaban para la jornada, ensillaban los caballos mientras hablaban y bromeaban.

Disfruté dirigiendo a los guías y teniendo esa responsabilidad, pero una parte de mí echaba de menos los días en que era guía de senderos. Cuando solo Wyatt y yo dirigíamos las excursiones.

Pero Wyatt ya no estaba. Había trabajado aquí durante años hasta que se jubiló este otoño. Ahora pasaba los inviernos en Arizona y los veranos en Montana.

Sin él, yo era la persona de más edad en los establos. Con veintinueve años, yo estaba al mando. ¿No era raro? Había días en los que echaba de menos que me dijeran lo que tenía que hacer. Cuando no tenía que ser el hombre con respuestas.

Al menos tenía autoridad para contratar. Era agradable elegir a mi propio personal.

Cuando Indya se mudó aquí, contrató a unos chicos del instituto para que vinieran a trabajar en verano. Fueron de gran ayuda en un momento en que lo necesitábamos. Desde entonces, yo había seguido su ejemplo, y habíamos tenido una rotación de jóvenes que trabajaban en diferentes temporadas.

Significaba que había un flujo constante de caras nuevas. Y aunque no me había importado la constante reorganización, este año era extraño sin Wyatt. Él había proporcionado una constante que no había notado hasta que faltó.

Sólo había tres guías trabajando durante el invierno. Los días en que no había mucha demanda de excursiones o clases particulares de equitación, los chicos echaban una mano quitando nieve o haciendo otros trabajos en la estación.

Este verano, mi plantilla se cuadruplicaría. Había cuatro chicos que volvían de la universidad y trabajarían para nosotros durante la temporada alta. Los otros los contrataría a principios de primavera. Siempre parecía haber uno o dos vagabundos esquiadores que se aburrían en verano, necesitaban un dinero extra y les gustaba dirigir las excursiones guiadas.

Mientras tanto, me encontraba en este escritorio más a menudo que no. Si alguien se ponía enfermo, yo le cubría. Dirigía paseos para invitados VIP si era necesario, pero por lo demás, me aseguraba de que mi equipo estuviera formado y capacitado. Y hoy era mi día semanal *de organizar la mierda*. Los papeles de la mesa crujieron al apilarlos.



La conversación en el exterior se detuvo bruscamente, el cambio fue suficiente para desviar mi atención hacia la puerta abierta, con los papeles congelados en las manos.

—Buenos días. ¿Está Jax aquí?

Sasha.

Sonreí. Por fin se había aventurado en mi terreno.

—Buenos días, Srta. Vaughn —dijo uno de los chicos—. Está en su oficina.

—Gracias.

Dejé los papeles a un lado y me relajé en la silla, cruzando las manos sobre el estómago mientras esperaba.

Sasha se acercó lentamente al umbral, cada paso vacilante acentuado con el chasquido de sus zapatos sobre el hormigón. Luego se asomó por la esquina y entró en el despacho como si un coyote rabioso estuviera esperando dentro para morder. Se enderezó, aclarándose la garganta, cuando encontró mi mirada expectante.

—Hola.

—Buenos días. —Señalé la silla al otro lado del escritorio—. Pasa. ¿Café?

—No, gracias. —Su mirada se posó en el desorden de mi escritorio y sus labios se curvaron como cuando alguien hablaba del clima. Cuando se sentó en uno de los sillones de cuero para invitados, su mirada recorrió toda la habitación.

—¿Quieres quitarte el abrigo? —le pregunté.

—No, está bien. —Su parka negra parecía abrigada, pero tenía la nariz y las mejillas sonrosadas por el paseo. Aunque se quitó los guantes y se los metió en un bolsillo—. Esto sí que es una oficina.

—Me gusta.

Era un despacho que Indya había diseñado originalmente para West, espacioso y con los mismos acabados de alta gama que había incorporado en todo el complejo. Pero West prefería trabajar desde su despacho en casa, lejos del bullicio de los huéspedes. Así que con este espacio libre, lo había cambiado. El despacho de al lado, que originalmente había sido mío, era ahora una sala de descanso para los guías.

—Tienes mucho... mucho. —Todo su cuerpo se estremeció al ver el desorden.

Estaba tan jodidamente contento de no haber ordenado todavía.

El sofá pegado a la pared estaba enterrado bajo abrigos y ropa de nieve. Mis zahones estaban colgados sobre el sillón reclinable de cuero que utilizaba para mis siestas energéticas vespertinas. Había un par de botas extra tiradas en un rincón junto a las zapatillas de tenis que me había dejado este otoño después de hacer footing.

El bar donde guardaba mi cafetera de cápsulas y unas cuantas botellas de mis bourbon favoritos estaba en completo desorden. Tazas sucias. Cápsulas de café usadas. Una servilleta arrugada.



Mi casa estaba limpia. Me gustaba tener la casa limpia. Pero mi camioneta y mi oficina nunca recibían el mismo trato. Mi camioneta sólo se limpiaba cuando la ventana estaba tan sucia que no podía ver con claridad. Y esta oficina, bueno... hay que admitirlo, estaba atrasado.

—¿Vienes a hablar de excursiones? —pregunté.

Sasha apartó su mirada del desastre, encontrándose con la mía durante un breve instante antes de mirar al escritorio.

—Quizá debería volver. Darte tiempo para prepararte.

—No, estoy listo. —Revolví unos papeles—. Esto no llevará mucho tiempo. Hay un método para este caos.

—No creo que quiera aprender este método —murmuró.

—Inteligente elección. —Me reí entre dientes—. Todo lo que realmente necesitas saber es que cada semana envío por correo electrónico a Indya una lista de las excursiones de la semana anterior. Resume cada actividad. El guía. La duración. Los invitados. También te lo mando a ti. Si necesitas más información, dímelo. Encantado de añadir más detalles.

—¿Obtienes esa información de la base de datos del sistema de reservas?

—Si por base de datos te refieres a esto, entonces sí. —Recogí uno de los papeles de mi mesa y se lo entregué. Era un informe de excursión que los guías rellenaban después de cada actividad.

—Esto es lo que se usa. —Sasha dio la vuelta al papel, probablemente buscando más. Pero era sólo una página.

—Sí, eso es lo que usamos. Los guías rellenan los datos y los entregan al final de cada salida. He descubierto que anima a los chicos a aprender y recordar los nombres. Si hay algún problema o incidente, pueden añadirlo a la sección de comentarios.

Recorrió mi mesa y vio los montones de hojas de resumen.

—Ya he enviado un correo electrónico a Indya sobre esto. Sólo que no he archivado las originales. Odio archivar.

—Archivar. —Sasha parpadeó—. Quieres decir archivos reales, físicos.

Señalé los armarios de debajo de la barra.

—Sí.

—¿Y cómo se apuntan los invitados?

—Hay una hoja de inscripción para cada excursión en la recepción. Los huéspedes sólo tienen que bajar e inscribirse. Antes de cada actividad, los guías recogen la lista definitiva y reúnen a los participantes. En este calendario de aquí... —Revolví suficientes papeles para que ella pudiera ver el gran calendario que había bajo el desorden—, apunto las excursiones que se ofrecen cada día. Una vez a la semana, llevo las inscripciones al vestíbulo.



—Así que papel. Todo se rastrea en papel. —Se pellizó el puente de la nariz—. Me siento como si hubiera retrocedido en el tiempo cincuenta años.

—Lo creas o no, a veces un bolígrafo y un papel funcionan bien.

—Es tan...

—Anticuado.

—Iba a decir ineficiente.

—Usemos anticuado. Es un término más bonito. —Sonreí mientras su labio se curvaba. Sasha no tenía cara de póquer. Eso me gustaba. Me gustaba mucho.

—Yo... —Se detuvo, extendiendo ambas manos—. De acuerdo. Papel.

—¿No me sugerirás que pruebe una aplicación o un programa informático?

—¿Dirías que sí si lo hiciera?

—No.

—Eso pensaba —murmuró.

Me eché a reír.

—Mis abuelos utilizaban este sistema. A ellos les funcionaba. Pensé que a mí también me valía.

—Así que eres sentimental.

Me encogí de hombros.

—Podrías llamarlo así.

—De acuerdo. —Dejó caer la mirada hacia los dedos que jugueteaban en su regazo.

Esperé a que se fuera corriendo a la cabaña, al mundo en el que Indya estaba al mando y había modernizado los sistemas del complejo. Cada ama de llaves llevaba un iPad. Las reservas para el comedor se hacían electrónicamente. Lo mismo ocurría en el spa.

Pero en lugar de irse, Sasha se hundió más en la silla, apoyando finalmente los hombros en el respaldo.

—Esto no está relacionado con tu proceso. Pero si la oferta sigue disponible, ¿sería posible que me quedara un tiempo en tu cabaña?

Ja. Bueno, eso fue inesperado. Ayer se había ido con tanta prisa que supuse que o bien odiaba la cabaña —lo cual no era probable, porque era una puta maravilla— o bien le había encantado. Y si a Sasha le gustaba algo que era mío, tendría que admitirlo. De ahí la rápida partida.

Sonreí con satisfacción.

—¿Tan difícil era hacer esa pregunta?



En cuanto se le encendieron las fosas nasales, me arrepentí de haber abierto la maldita boca. Como si le hubiera mordido una serpiente en el culo, salió disparada de la silla y salió furiosa por la puerta.

—Maldita sea. —Me puse en pie tan rápido que las ruedas de mi silla patinaron por el suelo y se estrelló contra la pared—. Sasha.

Siguió caminando por los establos.

—¿Podrías esperar un minuto?

—Olvidalo —ladró por encima del hombro. Hoy llevaba el cabello sedoso suelto, un cambio poco habitual. Se balanceaba sobre sus hombros.

—Sí, puedes quedarte en la cabaña. —Alargué la zancada y la rodeé hasta bloquearle el paso hacia la puerta.

Se detuvo para que no chocáramos. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y me fulminó con esa mirada que no debería haberme parecido tan sexy.

—Si me mudo, ¿me lo echarás en cara cada cinco segundos?

—No, soy un vaquero. Una vez pensé que sería divertido ser jinete de toros. Disparamos durante ocho segundos, no cinco.

—Dios mío, esto fue un error. —Se movió para rodearme, pero volví a bloquearle el paso.

—Es broma. —Me reí—. No tengo planes de echarte nada en cara, ¿de acuerdo? La cabaña es toda tuya, libre de acoso.

Me estudió durante un largo rato antes de bajar los brazos.

—Bien. Bien. Gracias. Saldré después del trabajo.

—Casi he terminado de remodelar el lavadero. Debería tener la lavadora y la secadora la semana que viene. Tendrás que esperar para lavar la ropa hasta entonces, o puedes usar mis máquinas.

—No hay problema.

Eché un vistazo a los guías que —mierdas entrometidas— estaban merodeando junto a un puesto cercano, intentando escuchar. Levanté la barbilla y les envié un ceño fruncido para que volvieran al trabajo, luego me acerqué a Sasha y bajé la voz.

—Por curiosidad, ¿por qué has cambiado de opinión sobre la cabaña?

Se tiró del lóbulo de la oreja, algo que no le había visto hacer antes. Era bonito. Y, extrañamente, también sexy. ¿Qué significaba? Tal vez, si vivía en la casa de al lado, tendría la oportunidad de averiguarlo.

—Mis vecinos son idiotas —dijo—. Anoche dieron una fiesta o algo así, y uno de sus invitados se confundió de puerta de entrada. Entró en la mía y procedió a vomitar su cena en el suelo de mi salón.

—¿Qué demonios? —Mi voz fue más alta de lo que esperaba, y ella se sobresaltó—. Perdona. ¿Lo dices en serio?



—Sí... No ha sido la mejor noche que he tenido. Mi casero está arreglando la cerradura de la puerta y va a limpiar las alfombras. Si pudiera quedarme en tu cabaña hasta entonces, sería genial.

Oh, ella se quedaría más que eso. De ninguna manera la dejaría volver a ese agujero de mierda. Pero eso sería una discusión que tendríamos más tarde.

—No hay problema.

—Gracias.

Me acerqué.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Sasha no miró al techo mientras hablaba, pero no necesité que me lo dijeran para darme cuenta de su mentira.

Levanté la mano y me entraron ganas de tocarle la cara, pero me detuve. ¿Qué tenía ella que me hacía querer tocarla siempre? Todo el maldito tiempo. Las mejillas rosadas. Su cabello sedoso. Esas pecas espolvoreando su nariz.

Me acerqué tanto que apenas había un centímetro entre nosotros, pero ella no se amilanó. Esto era lo más cerca que habíamos estado desde la tienda de comestibles. Eso era algo, ¿verdad?

Los ojos de Sasha se posaron en mi boca. Su mirada se aferró a ella, por un instante, hasta que se estrelló contra el suelo.

Así que le gustaba mi boca. Lo sabía. Lo sabía, joder. Esta atracción no era unilateral. Ni siquiera un poco.

Cuando volvió a levantar la vista, su fría mirada estaba fija en su sitio.

Sólo me hizo sonreír, lo que hizo que su ceño se frunciera aún más.

Podía mirarme todo lo que quisiera. Me importaba un bledo. Sabía cómo lucía cuando una mujer quería un beso. Y Sasha quería ser besada.

Hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no apretar el puño.

¿Por eso había estado tan irritable estos tres meses? ¿Porque ella también sentía esa atracción?

—¿Quieres que te ayude a sacar cosas de tu casa en el pueblo? —pregunté.

Se aclaró la garganta, sacudiendo la cabeza mientras daba un paso atrás.

—Puedo arreglármelas.

—¿Segura? —Di un paso adelante, manteniéndonos tan cerca que las puntas de mis botas casi tocaban las suyas—. Podríamos recoger tus cosas. Ir a cenar...

Un caballo relinchó.

El sonido me llamó la atención lo suficiente como para apartar la mirada. Y esa fue toda la ventana que Sasha necesitó para escapar. Me esquivó más rápido de lo que esperaba y corrió hacia la puerta.



Sólo cuando se hubo ido dejé escapar un gemido frustrado, inclinando la cabeza hacia las vigas.

—¿No pudieron callar a los caballos unos putos minutos, eh, chicos?

Los tres guías se rieron.

—Lo siento, jefe.

—No, no lo sienten —refunfuñé y me retiré a mi despacho.

Olía a café, heno y caballos, los aromas habituales. Pero debajo de ellos había un toque de algo dulce y fresco. El perfume de Sasha.

Cerré la puerta con la esperanza de atraparlo dentro unos instantes. Luego me puse a archivar papeles y a limpiar el despacho.

Cuando se reunieron los cinco huéspedes de la excursión de media mañana, les saludé y les di la mano antes de que se marcharan a dar un corto paseo por la nieve. Cuando regresaron, les ayudé con los caballos y volví a hacerlo para la excursión de la tarde.

Los días de invierno en Montana eran cortos y, para cuando salí a las cinco, ya había oscurecido. El auto de Sasha seguía en el aparcamiento de empleados, así que me dirigí a casa.

Aparqué en el garaje y me dirigí a la cabaña, haciendo un rápido barrido de las habitaciones para asegurarme de que no quedaba ninguna herramienta que pudiera estorbarle. Me metí en el lavadero, me quité la franela que me había puesto encima de la camiseta esta mañana, me puse los auriculares y me puse a trabajar.

Me corría el sudor por las sienes tras la hora que tardé en aplicar el sellador a la baldosa de piedra. Una vez terminado, me levanté de las manos y de las rodillas, sacándome los auriculares. Luego utilicé el dobladillo de la camiseta para secarme la cara.

Un cosquilleo de aire frío patinó sobre mi piel, llamando mi atención hacia el pasillo.

Sasha estaba en la puerta abierta con una maleta en cada mano. Tenía la boca entreabierta y los ojos clavados en mi vientre plano.

Otro hombre se habría bajado la camiseta, pero yo tenía unos abdominales de puta madre, así que la mantuve levantada.

—Hola.

Parpadeó y apartó la mirada para recorrer la habitación. Su cara siguió el movimiento de sus ojos en círculo.

—Hola. No sabía que estarías aquí.

—Acabo de terminar por hoy. —Volví a frotarme la frente. Estaba seca, pero me gustaba mucho el color que teñía sus mejillas cuando estaba nerviosa. Y al parecer, un paquete de seis era todo lo que se necesitaba para desentrañar Sasha Vaughn.



De mala gana, dejé caer mi camisa y recogí la franela del suelo, así como mi esponja y el resto del bote de sellador.

—¿Hay más en el auto? —Señalé con la cabeza su equipaje.

—Sí, pero puedo recogerlo. —Sacó las maletas por la puerta, las dejó a un lado y volvió a salir corriendo. Cuando terminé de lavar la esponja y mis manos, ya había metido tres maletas más y las había apilado junto a las otras.

—¿Y los muebles? —pregunté—. West y yo podemos traer un remolque de caballos al pueblo mañana para traer tus cosas más grandes.

—No pasa nada. —Hizo un gesto con la mano mientras cerraba la puerta y se agachó para bajarse la cremallera de los botines.

—¿Vas a dejar tus cosas en el alquiler?

—Sí, por ahora. No veo ninguna razón para molestarse con ello si sólo estoy aquí por un corto tiempo.

Esta situación no tenía nada de *breve*, pero primero dejaría que se enamorara de la cabaña. Dejaría que estas paredes la convencieran, y luego trasladaríamos los muebles.

—¿Cómo fue el resto de tu día? —le pregunté.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. —Me apoyé en el mostrador, con las manos agarrando el borde mientras cruzaba un tobillo sobre el otro.

La mirada de Sasha recorrió mis piernas hasta llegar a mis calcetines blancos; mis botas también estaban junto a la puerta. Me miraba los pies como si fueran más seguros que mi cara.

Moví los dedos de los pies.

Inmediatamente se puso en acción, yendo por sus pertenencias para guardarlas.

Esperé a que llegara al final del pasillo antes de empujar la encimera y acarrear el resto de sus bolsas, siguiéndola hasta el dormitorio principal.

Tenía la cara entre las manos cuando llegué a la puerta. Sus maletas en la alfombra a sus pies.

—¿Qué pasa?

Dio un respingo y se llevó una mano al corazón.

—Mierda. Me has asustado.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Hizo un gesto con la mano—. Gracias.

—¿Dónde las quieres? —Levanté sus bolsas.

—Cualquier sitio está bien.



Entré y las puse sobre la cama.

Sasha me dio un amplio margen, pero no fue suficiente distancia para que no oliera su perfume.

Un perfume que no me importaría tener en mis sábanas y almohadas.

—¿Tienes hambre?

El destello de los faros parpadeó a través de la ventana del dormitorio.

Sasha salió disparada del dormitorio como si estuviera ardiendo.

Lancé una mirada fulminante a quienquiera que estuviera aquí para arruinar otro intento de invitar a Sasha a cenar. Pero mi irritación duró poco cuando el Jeep Wrangler de Emery aparcó frente a mi casa.

—Mierda.

Sasha estaba de pie en el centro de la sala de estar cuando llegué por el pasillo. Había colocado tantos muebles entre nosotros como le era posible.

—Dejaré de molestarte —dije—. Avísame si necesitas algo.

—Claro. Gracias de nuevo por dejar que me quede.

—No hay problema. —Agarré mi franela de donde la había dejado en la encimera, me la puse rápidamente antes de guardar la esponja y el sellador bajo el fregadero de la cocina y me calcé las botas—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Sasha asintió mientras yo levantaba una mano y me escabullía fuera.

Emery estaba en la puerta cuando me acerqué, con la respiración agitada por el crujido de mis botas en la nieve. Tenía una bolsa de viaje a sus pies.

—Hola.

—Hola. —Ella sonrió durante tres segundos antes de que se arrugó.

Joder. La abracé mientras empezaba a llorar.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Qué ha pasado?

No contestó. No es que lo necesitara.

Calvin, el imbécil de su marido, era lo que había pasado.

—¿Qué necesitas?

Se apartó y exhaló un suspiro.

—Un trago fuerte. Y tal vez una noche en tu sofá.

—Ya lo tienes. —Me agaché para recoger su bolso.

LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

—¿Quién es? —preguntó, con la mirada clavada en la cabaña, más allá de mi hombro.

Me giré justo cuando Sasha se alejaba de la ventana del salón.

—Sasha. Es la nueva gerente del complejo. Ella tiene un lugar en el pueblo que está teniendo un poco de trabajo hecho por lo que se está quedando aquí por un tiempo.

—Ah.

Una noche diferente, le contaría a Emery todo sobre Sasha. Cómo nos conocimos. Cómo había venido a quedarse en la cabaña. Cómo no podía dejar de pensar en ella.

Pero esta noche no era la noche.

No cuando, incluso en la oscuridad, podía ver las huellas de lágrimas en las mejillas de Emery.

Así que le pasé el brazo por los hombros y la llevé dentro.

—Vamos a ver esa bebida.

61



DEVNEY

SUN

PERRY

CAPÍTULO 6

SASHA

62



Cuatro noches. Esa mujer se había quedado con Jax cuatro noches.

¿Quién era ella? ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? ¿Qué opinaba Mindi de que otra mujer compartiera la cama de Jax?

—¿Por qué no puedo dejar de mirar por esta estúpida ventana? — murmuré para mis adentros mientras movía la parte posterior de mi pendiente, tratando de deslizarlo en su sitio—. Simplemente. Entra. Entra.

Este par siempre era difícil. O quizá no tenía nada que ver con las joyas y sí con la ira irracional que me recorría el cuerpo. Una ira ligada directamente a ese Jeep Wrangler de al lado.

Dejé caer las manos y cerré los ojos. Luego quise que la frustración se manifestara en otro lugar que no fueran mis dedos.

No importaba a quién se estuviera follando Jax. No. Importaba. No era mío. No tenía ningún derecho sobre él y ninguna razón para estar celosa. Entonces, ¿por qué no podía dejar de mirar por la ventana del salón?

¿Fue porque había visto sus abdominales? Tenía que ser. Ningún ser humano en la vida real tenía abdominales como esos. Jax tenía abdominales de modelo de ropa interior. Abdominales al estilo Thor de Chris Hemsworth. Abdominales tipo cubre-su-piel-en-crema-batida-y-lámelo-limpio. Y ni siquiera me gustaba la crema batida, me daba acidez.

Pero el simple vistazo que le había echado a su vientre el martes me había obsesionado. Llevaba días sintiendo la piel demasiado sensible y el cuerpo demasiado caliente. Si siquiera pensaba en el nombre de Jax, sentía un latido sordo en el corazón.

¿Era realmente Jax y sus magníficos abdominales? ¿O esta frustración sexual se debía al hecho de que me había privado de contacto físico estos últimos meses?

Echaba de menos tomarme de la mano con alguien. Echaba de menos los besos. Echaba de menos los abrazos.

Echaba de menos unos brazos fuertes y la sensación de que me abrazaran mientras me dormía. Echaba de menos a Eddie. Echaba de menos a mis amigos, mi casa y... mi vida.



Pero ahora era la casa de otra persona, ¿no? Era el trabajo de otra persona. Alguien nuevo dormía en mi antiguo dormitorio. Alguien nuevo estaba trabajando el turno del sábado con mis amigos.

Antes de mudarme a Montana, había sido subdirectora de un balneario de Sacramento durante cinco años.

Después de la graduación, la mayoría de mis amigos habían ido a la universidad, mientras que yo había optado por quedarme en casa y trabajar, tomando clases nocturnas hasta que finalmente obtuve mi título. Habían sido cinco años duros, pero me había dejado la piel, y mi trabajo en Serenity Rise Wellness Resort había sido mi recompensa.

Los amigos que había hecho en el trabajo habían sido buenos amigos. Quizá no para toda la vida, pero sí buenos amigos. Nos habíamos compenetrado en horarios ajetreados y largas horas de trabajo. Sobre invitados esnobs y quejas ridículas. Sobre los martinis de los viernes por la noche y *Vanderpump Rules*.

Nuestro hilo de texto había estado muy tranquilo últimamente.

Probablemente ya tenían un nuevo chat de grupo en marcha.

Esperaba hacer nuevos amigos en Montana, pero era diferente ser la gerente, no la subdirectora. No podía quejarme del jefe porque yo *era* la jefa. Las recepcionistas no me invitaban a la noche de chicas. Las amas de llaves no cotilleaban conmigo en los pasillos.

Era difícil no pensar que Montana era otra mala decisión más en la lista de decisiones horribles que había tomado en los últimos diez años. Pero al menos era barato. El coste de la vida era una fracción de lo que había sido en California, y mi sueldo era más del doble de lo que había estado ganando en Serenity.

Claro que mudarme aquí había tenido un coste: mi felicidad. Aunque no había sido precisamente un rayo de sol en California. Pero esa luz, aunque tenue, empezaba a apagarse.

Era irónico, en realidad. El primer día que había venido aquí había empezado tan mal con ese incidente en el supermercado. Luego Jax había ahuyentado todo. Durante tres increíbles cuerdas, de un lado a otro, había pensado que todo iba a ir bien. Que había hecho una buena elección. Que Montana iría bien.

Excepto que no iba bien. Esto no estaba bien. *Yo no* estaba bien.

No había estado bien en mucho, mucho tiempo.

Pero lo fingiría. Seguiría fingiendo.

El sonido de un portazo puso fin a mi fiesta de compasión y atrajo mi mirada hacia la ventanilla. La mujer que llevaba cuatro noches compartiendo la cama de Jax saludó desde detrás del volante. Las luces del porche iluminaban su sonrisa.



Jax, descalzo en la puerta, le devolvió el saludo. Los jeans le colgaban de las caderas. La camiseta blanca le cubría el pecho. Tenía el cabello húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

Probablemente de una tarde de sexo y siesta.

La sonrisa que le envió hizo que se me retorcieran las entrañas.

—Ay. —Estos celos me estaban comiendo viva. No es que alguna vez se lo admitiría.

La mujer era preciosa. Por supuesto que era hermosa. Los hombres que se parecían a Jax Haven siempre estaban unidos a mujeres hermosas.

Su cabello castaño era unos tonos más claro que el mío, con reflejos rubios y caramelo. Era alta y de constitución musculosa. Antes de ella, nunca había visto a una mujer en Wranglers, pero hacían que sus piernas parecieran kilométricas.

Era la vaquera del vaquero de Jax. Una pareja perfecta.

Ella pertenecía. Y yo no.

Montana no era para mí, pero no tenía más remedio que aguantar hasta el verano. Cuando terminara la temporada turística, encontraría un lugar donde empezar de nuevo.

No sería California. Después de todo lo que había pasado, no podía volver allí ahora. Tal vez Eddie tendría un lugar en mente.

Antes de que Jax me pillara espiando, me alejé de la ventana y me centré en mis pendientes, consiguiendo por fin abrochármelos. Luego me retiré al baño a secarme el cabello para la fiesta de esta noche.

Mi vestido negro ya estaba sobre la cama. Las mangas abullonadas me llegaban a las muñecas. Era entallado por el torso y holgado por las caderas, y la falda me llegaba hasta las rodillas. Pero la abertura que subía por un lado le daba un toque sexy, y el escote era un amplio cuadrado que dejaba al descubierto mis clavículas.

El material no era de alta calidad. Lo había comprado en rebajas. Era aburrido. Pero se trataba de una función de trabajo, y era apropiado para el trabajo. Además, era barato. Algún día, cuando tuviera tiempo y dinero y viviera en algún lugar con un centro comercial, volvería a ir de compras. Por ahora, Amazon Prime era mi mejor opción.

Con el cabello seco y liso, me rizaba las puntas para darle un poco de volumen. Después me maquillé más de lo normal y me pinté los labios de un rojo carmesí intenso.

Estaba abrochándome el collar —una cadena de oro con un pequeño colgante de diamantes que hacía juego con mis pendientes— cuando llamaron a la puerta. Teniendo en cuenta que solo unos pocos sabían que vivía en esta cabaña, no me sorprendió encontrar a Jax en la entrada.

—Hola. —Sus ojos azules brillantes se arrugaron a los lados mientras la comisura de su boca se torcía en esa sonrisa burlona.

Me dio un vuelco el corazón.

Maldita sonrisa. Realmente, *realmente* no debería estar caliente. O su sombrero de vaquero.

Era negro y estaba limpio, un sombrero distinto del que llevaba en el rancho para trabajar. El ala le sombreaba la cara lo suficiente para definir las líneas y ángulos de sus rasgos. Su mandíbula, sin su barba habitual, bien podría haber sido de granito cincelado.

Llevaba una camisa blanca almidonada y unos jeans oscuros que le caían hasta las botas pulidas de punta cuadrada. La hebilla de su cinturón era la misma que llevaba todos los días, pero esta noche parecía más brillante, el oro y la plata captaban la luz desde el interior.

Hace tres meses, habría dicho que un hombre con esmoquin entallado era el epítome del atractivo. Pero al parecer, un vaquero arreglado era mi nueva debilidad. Me temblaban las rodillas.

Ni una sola vez en mi vida me habían temblado las rodillas.

Y no me gustaba ni un poco.

—Estás preciosa. —Su voz era profunda y suave, pero le faltaba ese toque de ronco, como si se lo hubiera quitado junto con los jeans polvorientos y la mandíbula llena de barba.

—Gracias. —¿Qué demonios le pasaba a mi voz? ¿Por qué era tan jadeante y patética?

Estúpido sombrero de vaquero.

Me miró fijamente, su mirada recorrió perezosamente mi cara, bajó por mi vestido y llegó hasta los tacones de tiras de mis pies.

Los zapatos no eran nada prácticos para la nieve. Probablemente me congelaría antes incluso de llegar a la fiesta, pero habían sido una compra impulsiva de hacía años y años. De una época en la que la vida era más sencilla. De una época en la que yo era el tipo de chica que llevaba tacones sexys y pintalabios rojo.

No me permití llorar por esa chica.

Había gente más importante a la que echar de menos.

—Pensé que podríamos ir juntos —dijo.

—Oh, um, yo iba a conducir. —Así podría irme antes.

—¿Planeas escabullirte cuando empiece la banda?

Maldita sea.

—Sí —admití.

—Hagamos un trato. Conducimos juntos, y si lo pasas mal, te llevaré a casa.

—O podemos conducir por separado. Así puedo irme cuando quiera.

—Puedes irte cuando quieras. Pero si conduzco yo, puedes relajarte. Tómate unas copas de champán.



¿Champán? No, no habría champán. Cuando se trataba de alcohol, yo era un peso ligero, y lo último que necesitaba era emborracharme y perder mi filtro verbal en una fiesta con todos mis empleados presentes.

—Este es un evento de trabajo.

—Un evento de trabajo con champán y whisky. —Guiñó un ojo—. Mi tipo favorito de evento de trabajo.

—Sigo pensando que debería conducir yo. Así, puedes quedarte.

Sacudió la cabeza, estirando esa sonrisa diabólica.

—¿Tienes que hacer las cosas tan difíciles?

—Si difícil significa lógico.

Jax se rio, sacudiendo la cabeza.

—Bien.

—Bien.

—Llevaremos tu auto.

—Vaya, vaya. Calma. —Mierda—. Eso no es lo que quise decir.

Sonrió satisfecho.

—Lo sé.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo llegarás a casa?

¿Otra mujer? ¿Mindi, tal vez? ¿O la mujer del Jeep vendría a rescatarlo? Tal vez se había ido a casa a cambiarse para la fiesta.

—O me voy contigo, o West puede llevarme.

—Oh. —¿Eso significaba que el Jeep no estaría aparcado fuera de su casa esta noche?

—¿Estás lista o necesitas un poco más? —preguntó.

—No vas a conducir por separado, ¿verdad? Si dijera que necesito unos minutos más, me esperarías.

Le brillaban los ojos.

—Te estás dando cuenta.

—Bien. —Suspiré y levanté un dedo—. Un minuto.

Su risita resonó por toda la casa mientras me apresuraba a recoger el bolso del dormitorio, me revisaba el cabello a última hora y me echaba perfume.

En realidad, necesitaba cinco minutos más, pero no quería que entrara. Ya me estaba costando olvidar lo cómodo y natural que se le veía en la cocina el otro día.

óó



Con el abrigo puesto y las llaves en la mano, salí con Jax. Mis tacones chasquearon en el rellano de hormigón. Siseé al dar el primer paso y caer en la nieve.

La mano de Jax estaba instantáneamente en mi codo, su agarre ligero y listo para atraparme si resbalaba.

—Cuidado.

—Estos zapatos no son apropiados para la nieve.

—No te dejaré caer.

Mis ojos volaron hacia los suyos y me quedé helada.

Nadie me había dicho eso antes.

No significaba nada. Estaba siendo literal. Pero algo en su afirmación hizo que se me subiera el corazón a la garganta. Como si tal vez supiera que llevaba demasiado tiempo caminando sola.

—¿Bien? —preguntó Jax.

—Sí. —Me aclaré la garganta y di pasos de bebé hasta llegar a mi auto. Luego me deslicé detrás del volante mientras Jax cerraba la puerta y rodeaba el capó por el lado del pasajero.

En cuanto estuvo dentro, me di cuenta de la magnitud de mi error.

El Mazda no era un auto grande, pero Jax era un hombre grande.

Sus piernas eran tan largas que las rodillas le apretaban contra el salpicadero. Su sombrero rozaba el techo. Y sus hombros eran tan anchos que su cuerpo estaba a escasos centímetros del mío.

El aroma de su colonia llenó mi nariz. Masculino, amaderado y limpio, con un toque cítrico. No era un aroma picante. No era abrumador ni fuerte. Era... Jax.

El delicioso, tentador y vividor Jax, que no era mi jefe, pero en cierto modo lo era. Fuera de los límites, destinado a romper mi frágil corazón —Jax.

—¿Segura que no quieres que conduzca? —preguntó.

Sacudí la cabeza y arranqué el auto, luego conduje hasta el albergue, ignorando el calor que irradiaba su cuerpo. Ignoré muchas cosas en aquel trayecto, como la forma en que sus jeans se amoldaban a sus muslos voluminosos. Como sus largos dedos golpeando su rodilla y cómo nunca en mi vida había encontrado una mano tan hipnótica. Como la forma en que su camisa tensaba ligeramente sus bíceps.

Lo bloqueé todo y conduje, siguiendo el rastro de las huellas de neumáticos que cortaban la nieve hasta que aparcamos frente al albergue. Por una vez, agradecí el invierno. Un trozo de nieve en los dedos de mis pies desnudos fue un alivio para el calor que corría por mis venas. El aire frío refrescó el rubor de mis mejillas antes de entrar en el lugar del evento.

—Vaya —susurré mientras entrábamos en el local.



Se habían colgado luces en las vigas, que iluminaban la enorme sala con un resplandor dorado. El espacio estaba lleno de mesas altas cubiertas de manteles blancos. Los empleados y sus acompañantes se arremolinaban con copas de cóctel y copas de champán.

Habíamos celebrado una boda en el complejo desde que empecé a trabajar aquí, pero había sido un asunto íntimo con una ceremonia al aire libre. Utilizaron el comedor en lugar del antiguo granero para el banquete.

Se lo habían perdido. Si alguna vez me casaba, querría celebrarlo en un lugar así. Un lugar besado por una luz suave y dorada y la magia arremolinándose en el aire.

En el otro extremo de la sala había una pista de baile frente a un escenario elevado. La banda aún no había empezado a tocar, aunque el equipo estaba preparado. Los altavoces emitían una tranquila música de fondo que se mezclaba con el murmullo de las conversaciones.

En un rincón, el camarero sacaba cervezas de un depósito lleno de hielo y mezclaba bebidas mientras los camareros llevaban bandejas de champán y vino.

Nuestra coordinadora de eventos, con un vestido verde entallado, me saludó cuando me vio en la puerta. Era una de las pocas empleadas que trabajarían esta noche. Incluso Reid, nuestro chef, tenía órdenes de limitarse a disfrutar. Habíamos contratado a un proveedor local para que preparara aperitivos y un bufé.

—¿Te traigo algo de beber? —preguntó Jax, ayudándome a quitarme el abrigo.

No había planeado beber, pero cuando pasó una camarera con una bandeja de champán, se me hizo la boca agua.

—Eso sería...

—¡Tío Jax! —Dos niños gemelos chocaron contra sus piernas. Sus pequeños brazos y piernas se enredaron alrededor de las pantorrillas de Jax.

Era imposible no sonreír a Kade y Kohen Haven. Eran tan adorables como bulliciosos.

El rostro de Jax se suavizó mientras se inclinaba para alborotar sus rubios y rizados cabellos.

—¿Cómo están los monstruos esta noche?

—Hambre. —Kade señaló hacia la mesa repleta de aperitivos.

Kohen sonrió a su tío.

—Apuesto a que no puedes caminar todo el camino con nosotros en tus piernas.

—Apuesto a que no pueden aguantar mientras lo hago. —Jax levantó la pierna con Kade, balanceándola y sacudiéndola furiosamente hasta que ambos chicos se disolvieron en un ataque de risa.

Se rio mientras daba dos pasos y luego miró por encima del hombro.

Levanté una mano para saludar.

Levantó la barbilla.

Con el abrigo colgado en una percha, esboqué mi sonrisa cortés y profesional y me metí en la refriega.

Durante horas me mezclé con los empleados y conocí a sus cónyuges y parejas. Bebí a sorbos una sola copa de champán hasta que se acabaron las burbujas y la copa medio llena estaba caliente. Escuché desde el otro extremo de la sala la primera presentación del grupo.

Pero no importa lo que estuviera haciendo, donde mirara, siempre podía encontrar a Jax.

Había un lazo invisible entre nosotros. Un lazo que se estrechaba a medida que avanzaba la noche. Se reía con algunos de los chicos que se agrupaban cerca de la barra y me dedicaba una sonrisa cuando le echaba un vistazo. Cuando su abuela lo abrazó, su sonrisa se ensanchó al verme. Cada vez que me movía de una mesa a otra, él parecía moverse también, manteniéndome en su línea de visión.

Era inquietante la frecuencia con la que lo buscaba a lo largo de la noche.

Era inquietante la frecuencia con la que su mirada azul esperaba.

La mujer del Jeep no había venido a la fiesta. Mindi había traído una cita.

Jax había venido solo.

En realidad, vino conmigo.

Esto no era una cita. Me negaba a pensar en ello como una cita. Pero era... algo. El mismo algo que el día en el supermercado.

Una pausa en la música robó la atención de todos. En el escenario, West tendió una mano para ayudar a Indya a subir. Estaba impresionante con un vestido burdeos que abrazaba su barriga de embarazada. El dobladillo ondeaba por encima de un par de botas bordadas.

—¿Dónde está Jax? —preguntó por el micrófono, escudriñando las caras. Cuando lo vio, le hizo señas para que subiera al escenario.

Se acercó con paso rápido, levantando una mano para saludar a la multitud.

—Gracias a todos por venir —dijo, sonriendo al micrófono mientras mantenía su mano entrelazada con la de West.

Jax ocupó el espacio junto a su hermano, echando un vistazo a la habitación. Buscaba. Su mirada se clavó en mí y la comisura de sus labios se torció.

Mis mejillas se encendieron cuando algunas personas que estaban cerca me miraron a mí en lugar de al escenario.

¿Por qué no podía apartar la mirada? ¿Por qué no podía romper esa mirada?

Jax me sostenía con esos ojos impactantes mientras Indya continuaba. En una sala abarrotada, entre ruidos, risas y aplausos, me mantenía cautiva.



—Estamos muy agradecidos de celebrarlo esta noche —dijo Indya, su voz un murmullo sordo más allá de mi corazón palpitante—. Este complejo no sería lo mismo sin ustedes. Así que en nombre de West, Jax y el mío propio, levantemos nuestras copas por otro año increíble en el Rancho Haven River.

Las copas se alzaron mientras el público silbaba y vitoreaba. E incluso cuando Jax se llevó a los labios su propio vaso de líquido helado y ámbar, su mirada no se apartó de mí.

Sentí el cambio en la sala. No sólo los que estaban cerca miraron hacia mí. Todos en la fiesta parecían seguir la trayectoria de la mirada de Jax, incluidos Indya y West.

¿Qué estaba haciendo? No había venido a Montana para esto. No por un romance con mi especie de jefe que había tenido a otra mujer en su cama las últimas cuatro noches.

Necesité todo lo que tenía, pero mis ojos cayeron al suelo.

La ola de decepción de Jax me golpeó desde el escenario.

Se oyó un movimiento en el escenario mientras la banda volvía a su sitio. Cuando empezaron una nueva canción, me deslicé hacia un pilar de madera, haciendo todo lo posible por esconderme detrás de la viga.

Hora de volver a casa. Sola. Jax tendría que conseguir que West lo llevara.

La multitud se movía hacia la pista de baile. La música estaba más alta y animada que antes. Un montón de gente giraba y se balanceaba. Sonreían.

Con el ruido añadido, salí corriendo hacia la puerta. No había dado ni cinco pasos cuando una mano grande y cálida me rodeó el codo. La misma mano que había evitado que me cayera fuera de la cabaña.

Jax se deslizó a mi lado, bloqueándome el paso como había hecho en los establos a principios de semana. Estaba igual de cerca. Demasiado cerca.

—Oye, tú.

Mis ojos se posaron automáticamente en su boca, perdidos en la forma en que sus labios formaban las palabras. Tenía que dejar de mirarle la boca. Nuestros ojos chocaron.

Eso fue peor. Mucho peor.

Vi el deseo arremolinándose en sus ojos azules. Era el mismo deseo que había encontrado en ellos toda la noche. El resto de la fiesta se desvaneció con una inhalación de su colonia.

—¿Bailarías conmigo?

No era la primera vez en los últimos diez años que un hombre me sacaba a bailar. Pero era la primera vez que estaba tentada de decir que sí. Tan, tan tentada.

Excepto que no habría baile. Aunque algún día me casara en una habitación así, no bailarías.

—No, gracias.



Cualquier otro hombre habría dejado que rebanara su ego. Cualquier otro hombre me habría dejado marchar. Jax no. Esa sonrisa sexy se extendió por sus labios mientras se acercaba imposiblemente. Tan cerca que podía sentir el calor de su pecho. Tan cerca que tuve que inclinarme hacia atrás para mantener su mirada.

—¿No te gusta bailar? —preguntó.

—El último recuerdo que tengo de mis padres es que bailaban juntos. —La verdad salió volando de mis labios. Me arrepentí en cuanto se me escaparon las palabras. Dios mío. ¿Por qué había dicho eso?—. No sé por qué acabo de decir eso.

Su expresión se suavizó.

—Sasha, lo siento.

—Está bien. —No estaba bien—. Simplemente no bailo.

Pasó un camarero con una bandeja de champán.

Jax agarró un vaso y me lo entregó.

—De acuerdo. Nada de bailar. ¿Qué tal una copa?

Tomé la flauta de su mano, me la llevé a los labios y bebí hasta vaciarla.

—Buena idea.



CAPÍTULO 7

JAX

72



Hipo. Sasha soltó una risita.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Esa risa. Cada vez que tenía hipo, se reía. Esperaba que ese hipo nunca desapareciera.

—El champán es mi favorito, pero siempre me da hipo. ¿Cuál es tu bebida favorita?

—Bourbon. Whisky. Una cerveza fría después de un largo día.

Sasha tarareó, relajando la cabeza contra el respaldo de su asiento. Otro hipo. Otra risita.

—¿Sabes? Nunca había montado en el asiento del pasajero de mi auto. Siempre soy la conductora.

—¿Y?

Cruzó y descruzó las piernas, sus rodillas golpeando contra la guantera.

—¿Cómo has cabido aquí? Eres enorme.

—Me siento en ángulo. —No era el primer auto pequeño en el que me metía. El truco era sentarse en diagonal.

Sasha giró, y esta vez, cuando cruzó las piernas, superó el tablero sin problemas. *Hipo.* Una risita.

Si hubiera sabido que bastarían dos copas de champán para que por fin se relajara a mi lado, habría traído botellas al albergue todos los días durante los últimos tres meses.

—¿Te divertiste esta noche? —le pregunté.

—Sorprendentemente, sí. —Su sonrisa era fácil, desprevenida. Su bello rostro estaba cubierto por las sombras y el resplandor de las luces del salpicadero—. ¿Ah, sí?

—Sí. Me lo pasé muy bien. —Especialmente las últimas dos horas.

Sasha y yo habíamos estado en una mesa al fondo de la sala, hablando entre nosotros y con cualquiera que se hubiera acercado a visitarnos.

Al principio había estado callada. Retraída. Probablemente por el desliz que había tenido sobre sus padres. No me cabía duda de que no había querido compartirlo.

Por mucho que hubiera querido preguntarle, tampoco me había cabido la menor duda de que habría salido corriendo del edificio.



Así que cambié de tema. Había chismoseado con ella sobre los guías. Uno de los chicos estaba enamorado de una masajista, y yo lo había señalado entre la multitud. Otro de los chicos acababa de ser abandonado, y su ex había venido del brazo de nuestro camarero de fin de semana: corrían rumores de infidelidad.

Tal vez fuera el chisme, tal vez fuera el champán, pero Sasha había acabado por relajarse. Y entonces ella había encantado a todos. A mí. A los empleados. A todo el mundo.

Su sonrisa había sido contagiosa. Era absolutamente encantadora. Con cada visitante de nuestra mesa, se había mostrado divertida e inteligente. Su seco sentido del humor hacía reír a todo el mundo, incluso a ella misma. Y Dios, cuando reía con esos ojos marrones bailando...

Había una posibilidad muy real de que hubiera ido demasiado lejos esta noche. Que había mostrado mi mano a todos los empleados en el rancho.

Excepto que había sido imposible no mirarla. No encontrarla entre la multitud.

La fiesta seguía animada cuando nos fuimos. Los miembros más jóvenes del personal probablemente se quedarían bebiendo y bailando hasta que saliera el último transbordador, hacia las dos. Pero después de que West e Indya llevaran a los chicos a casa, acompañé a Sasha a la puerta.

Cabía la posibilidad de que si nos íbamos juntos empezarían los rumores, pero me importaba una mierda. No cuando había ido conmigo de buena gana. No cuando me dejó ayudarla a ponerse el abrigo. Ni cuando me dejó sujetarla del brazo y acompañarla al auto para llevarnos a casa.

Hipo. Soltó una risita.

—Gracias por conducir.

—No hay de que. —Había dejado de beber después de los brindis, no es que hubiera bebido mucho antes de ese momento de todos modos. Me había concentrado en Sasha toda la noche, no en el whisky de mi vaso.

Se acercó a la ventana y miró al cielo.

Las noches de invierno eran mis favoritas. Cuando la luz de la luna brillaba sobre la nieve y el cielo de medianoche centelleaba.

—Las estrellas son preciosas —susurró, casi como si no quisiera que la oyera admitirlo.

Cuando mi casa y su cabaña estuvieron a la vista, se sentó derecha.

—¿Cansada? —pregunté.

—La verdad es que no.

—¿Quieres entrar a beber algo?

—Siempre que por *beber* quieras decir agua. Estoy perfectamente picada pero no tengo ganas de tener resaca mañana.



—Estás de suerte. Resulta que tengo agua.

—Qué suerte. —Se rio, sin necesidad de hipar esta vez.

Aparqué fuera de mi casa para que no tuviera que caminar mucho por la nieve, luego me deslicé fuera del Mazda y rodeé el maletero para abrirle la puerta.

Salió y miró al cielo por última vez antes de seguirme hasta la casa.

—Siéntete como en casa —dije, quitándome las botas y poniéndolas en el perchero junto a la puerta principal junto con mi sombrero.

Sasha se agachó para desabrocharse los tacones antes de quitarse el abrigo. Luego atravesó la entrada y me siguió hasta el salón y la cocina.

—Esto es precioso.

—Gracias. —Llené un vaso con agua helada y se lo entregué antes de prepararme un bourbon con hielo.

—Hiciste la mayor parte de esto tú mismo, ¿verdad? —Pasó una mano por la superficie de la isla—. Indya mencionó que fueron construidas por tu abuelo como viviendas para empleados, pero que estaban en ruinas.

—Sí, he estado remodelando desde hace un tiempo. Sobre todo aquí. Añadí el garaje y dos dormitorios.

Movió los dedos de los pies desnudos en el suelo de madera.

—Estos son los mismos que en la cabaña.

—Lo son. —Tomé un sorbo, uniéndome a ella en la isla.

Ella se apoyó en una esquina y yo en la otra, con un metro de granito liso y pulido entre los dos.

—Me gustan —dijo.

Me gustaba.

Me gustó que Sasha se hubiera quitado los zapatos cuando entramos porque yo me había quitado las botas. Me gustó que no hubiera pestañeado cuando la invité a entrar. Me gustó que, por primera vez en meses, fuera la mujer que había conocido en el supermercado.

—Dime una mentira.

Arqueó las cejas, con una sonrisa jugueteando en su boca.

También me gustó eso.

—¿Otra vez esto?

Me encogí de hombros y di un sorbo a mi bebida.

—A menos que prefieras hablar del clima.

—Está bien. Odio tu aspecto con sombrero de vaquero. —Levantó su agua, ocultando una sonrisa tras el borde del vaso—. Tu turno.



—Te ves horrible esta noche.

Sus mejillas se tiñeron de rosa cuando dejó de mirar un botón de mi camisa.

—Cuéntame un secreto —dije, reduciendo la distancia entre nosotros a un palmo.

Sasha ni siquiera parpadeó.

—Odio las judías verdes.

—Eso no es un secreto. —Mi mano ansiaba enrollar un mechón de su sedoso cabello oscuro alrededor de un dedo.

Así que lo hice.

Esta vez, parpadeó. Lo hizo con un respiro entrecortado, y el mundo entero se estrechó ante sus ojos color chocolate.

—Cuéntame otro secreto —dije, con el dedo todavía enroscando aquel cabello alrededor de un nudillo.

—Eres guapo.

—Tampoco es un secreto.

Puso los ojos en blanco mientras yo me reía.

—No quiero contarte otro secreto.

Otro secreto. No se refería a las judías verdes. Se refería a sus padres. Ese era el verdadero secreto que había compartido esta noche. Era suficiente.

—¿Quieres un secreto mío?

—Sí.

—Quiero besarte.

Tragó saliva y su mirada se posó en mi boca.

—¿Es realmente un secreto?

—Tan secreto como tu odio por las judías verdes. —Le quité el vaso de agua de la mano y lo dejé sobre la encimera junto con mi vaso.

Sasha cambió el peso de un pie a otro cuando me acerqué lo suficiente como para sumergirme en su cabello y enhebrar mis dedos en las sedosas hebras de sus sienes.

Su boca se entreabrió, pero antes de que pudiera capturar sus labios, susurró:

—Quiero que me beses. Eso es un secreto.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—Quizá para ti. Pensé que era bastante obvio por cómo me estuviste mirando toda la noche.

Se puso rígida.

—*Tú me* estabas mirando.



—Porque quiero besarte. —Me incliné, rozando mis labios con los suyos. Era una provocación. Una prueba.

O se apartaba y caminaba hacia la puerta. O...

Se estiró. Se levantó sobre esos delicados dedos de los pies.

Claro que sí. Esta vez, cuando mi boca tocó la suya, no hubo burla. Ninguna caricia suave. Aplasté mis labios sobre los suyos, mi lengua barriendo el interior.

Sasha dejó escapar un suave zumbido que se disparó directamente a mi polla. Se derritió contra mí y sus manos se deslizaron por el algodón almidonado de mi camisa.

Incliné mi boca sobre la suya y rodeé su espalda con los brazos para acercarla. Luego saboreé cómo su lengua se enredaba con la mía y profundicé en todos los rincones de su boca hasta que los lamí todos.

La forma en que encajaba contra mí era perfecta, como las piezas de un rompecabezas encajando.

Sus manos serpentearon alrededor de mi cintura, deslizándose por mi columna hasta que ya no pudo llegar más alto. Entonces me aferró a la tela de la camisa.

No es que tuviera intención de dejarla marchar.

La besé hasta que gimió, hasta que el pulso me retumbó en las venas. Hasta que todo mi cuerpo palpité de calor y mi excitación se tensó contra mis jeans.

—Joder, nena. —Aparté los labios y le besé una línea en la mandíbula antes de bajar a lamerle la garganta.

—Jax. —Sus manos se enredaron en mi cabello, tirando de las raíces—. Más.

Me incliné hacia abajo, chupando y saboreando cada centímetro de su cuello. Mis manos subieron hasta sus hombros, bajaron por sus costillas y descendieron hasta que le cogí el culo con las palmas y apreté. Con fuerza.

Ella gimió.

—Sí.

—Te deseo, Sasha. Tanto, joder.

—Entonces tómame.

Me aparté, encontrándome con su mirada.

Aquellos hermosos ojos eran claros. Confiados. Cuando me hizo una leve inclinación de cabeza, fue toda la invitación que necesitaba para levantarla y llevarla por el pasillo.

Mi dormitorio estaba envuelto en sombras plateadas, la tenue luz de una clara noche de invierno se colaba por las ventanas. Había luz suficiente para ver cómo Sasha abría los ojos cuando la tumbé en el colchón.

Su cabello se abrió en abanico sobre las sábanas oscuras cuando me eché encima de ella y le di otro beso en los labios.



Mis manos siguieron vagando, memorizando cada centímetro, cada curva, hasta que llegué a la piel desnuda de su muslo y patiné bajo el dobladillo de su falda.

Rompió el beso, jadeando mientras se arqueaba contra mi pecho.

—Jax.

Todas las noches. Quería mi nombre en sus labios cada noche. Sentía la ropa demasiado apretada, demasiado caliente. Necesitaba piel. La suya. La mía. Quería quitarle el vestido del cuerpo y cubrirla con el mío. Pero obligué a mi mano a deslizarse centímetro a centímetro por su pierna, saboreando el temblor de sus miembros a medida que subía.

Sasha bajó la mano entre los dos, aflojando frenéticamente los botones de mi camisa hasta que quedó abierta hasta mi ombligo. Empujó el algodón, intentando quitármela de los hombros.

—Quítatela.

—Paciencia.

Se retorció debajo de mí, ensanchando las piernas.

—Tócame. Por favor.

¿Qué era mejor? ¿Mi nombre? ¿O escucharla suplicar?

Acribillé a besos sus clavículas, mientras mi mano se detenía bajo su falda. En cuanto mis dedos dejaron de acercarse a su vértice, soltó un gemido frustrado.

—Sólo espera.

—No quiero esperar. —Me agarró de la barbilla, me obligó a levantar la cara y cerró la boca sobre la mía. Su lengua se introdujo entre mis dientes, tanteando antes de enredarse con la mía.

Dejé que tuviera el control durante un minuto, que tomara lo que necesitaba. Luego me separé y me levanté para arrancarme la camisa de los jeans y terminar de abrochármela. El tintineo de mi cinturón llenó la habitación cuando me desabroché el cierre.

Sasha se apoyó en un codo y buscó la cinturilla de mis jeans, pero con la mano en el corazón la volví a tumbar en el colchón.

Frunció el ceño.

Me gustaba ese ceño fruncido.

Cuando metí las manos por debajo de su espalda, buscando la cremallera de su vestido, se levantó para ayudarme, pero la detuve con un movimiento de cabeza.

—Yo lo haré.

Tiró de su labio inferior entre los dientes mientras le quitaba la tela del cuerpo. Primero el brazo izquierdo, luego el derecho. Se la quité de los pechos desnudos, arrastrándola por las costillas y el vientre.



Era como desenvolver un regalo, y esta noche no iba a apresurarme.

—Llevo toda la noche queriendo quitarte esto.

Abrió la boca cuando el aire fresco besó su piel. Se me hizo la boca agua con sus pezones, rosados y rojos. Me incliné y capturé uno entre los dientes para metérmelo en la boca.

—Oh, Dios. —Sus manos se hundieron en mi cabello mientras gemía.

Succioné con más fuerza, ganándome un siseo, antes de pasar al otro pezón para darle el mismo tratamiento. Mis manos siguieron moviéndose, tirando hasta que el vestido quedó sobre sus caderas y ella se contoneó, tirándolo al suelo para unirse a mi camisa.

En cuanto mi pecho desnudo chocó contra su piel, gemí con un pezón aún en la boca. El calor entre nosotros era abrasador. Un zumbido me recorrió la espina dorsal y mi erección se volvió dolorosa detrás de la cremallera.

Sasha se arqueó en mi boca, con los ojos cerrados mientras la mantenía sujeta a la cama, atormentando sus pechos. Mientras mi boca trabajaba un pezón, mis dedos acariciaban el otro, pellizcando y desplumando hasta que una sarta de maullidos escapó de sus labios. El agarre que tenía en el cabello se hizo más fuerte.

—¿Podría hacer que te corrieras sólo con esto?

Asintió con la boca entreabierta.

Dejé que mi mano recorriera su vientre, haciéndole cosquillas en las costillas, antes de deslizarla por debajo de sus bragas negras de encaje.

—¿Estás mojada para mí?

Tragó saliva.

Eso fue un sí. Le pasé un dedo por la raja.

—Empapada.

Sasha se llevó una mano a la cara, tapándose los ojos mientras intentaba juntar las rodillas.

—Oh, Dios mío.

—No te escondas, cariño. —Envolví mi mano alrededor de su muñeca, apartándola—. Es tan sexy que estés mojada por mí.

Volvió a mordisquearse el labio inferior mientras yo le apartaba las bragas y le pasaba un dedo por el clítoris. Se estremeció. Un gemido y un grito resonaron en las paredes.

Besé el interior de su muslo, a punto de arrancarle las bragas, cuando ella se movió, cerrando las rodillas.

—No me gusta. —Tiró de mi antebrazo, un débil intento de arrastrarme a la cama.

—¿No te gusta? —¿En serio?



—No. La verdad es que no. Yo no... Yo sólo... —Apretó los ojos—. Sólo fóllame, ¿sí?

Había más cosas, pero por esta noche, por esta primera vez, dejaría que ella decidiera. Pero más pronto que tarde, quería su dulzura en mi lengua. Quería saborear cada centímetro de su cuerpo y sentir cómo se deshacía bajo mi boca.

Me puse de pie, agarré sus bragas por los lados y se las quité de las piernas. Luego me bajé la cremallera de los jeans y los tiré al suelo junto con los calzoncillos.

Los ojos de Sasha se abrieron de par en par mientras miraba mi polla.

—Eres...

Enorme. Como había dicho en el auto. Se me dibujó una sonrisa en la cara mientras me acariciaba la polla con fuerza. Ella me miraba, con los ojos fijos en cada uno de mis movimientos. Sacó la lengua para lamerse el labio inferior.

Algún día, la probaría. Algún día, tendría esa boca a mi alrededor. Algún día, jugaríamos.

Porque que me aspen si es la única vez que está en mi cama.

Me dirigí hacia la mesilla y saqué un condón del cajón. Y cuando estuve enfundado, me acomodé en la cuna de sus caderas, enmarcando su cara con los codos.

Sus ojos recorrieron la habitación, mirando a cualquier parte menos a mi cara.

—Sasha —murmuré.

Cerró los ojos.

—No me dejes fuera. —Le aparté un mechón de cabello de la sien y esperé a que me mirara—. Podemos parar esto ahora mismo.

—No, eso no es... —Suspiró—. Estoy nerviosa. Yo no... No soy buena en esto.

—¿Esto?

—Sexo —susurró.

—¿Quién lo ha dicho?

Se encogió de hombros.

—Yo. Se me hace difícil, um...

Tener un orgasmo. O porque había tenido amantes imbéciles en el pasado, algo en lo que no quería pensar en este momento, o porque estaba atrapada en su propia cabeza.

Ambos problemas me encantaría resolverlos.

Le besé la comisura de los labios mientras metía la mano entre nosotros, arrastrando la punta de mi polla por su centro hasta su clítoris. Cuando jadeó, volví a besarla, meciéndome contra ella.

—Vamos a follar. Y mañana, cuando te despiertes, vamos a follar otra vez. Entonces podrás decidir si no eres buena en esto. Pero todavía no.



La boca de Sasha se entreabrió.

—Eh...

Lo que iba a decir, lo capté con mis labios, besándola hasta que se aferró a mis hombros, clavándome las uñas en la piel. Cuando esta vez empezó a mecerse contra mí, buscando esa fricción, me acerqué a su entrada y la penetré con fuerza.

—Joder —siseé. Apretada. Estaba tan apretada—. Dios, te sientes bien.

—Jax. —Esas uñas se clavaron más profundamente mientras se estiraba a mi alrededor—. Muévete.

Me di un momento para no correrme como una adolescente, luego aflojé y volví a avanzar.

Sus paredes interiores ya se agitaban.

¿No era buena en esto? Todo su cuerpo encendió el mío. Ese arañazo de sus uñas. Esos pezones arrastrándose por mi pecho. Sus piernas largas y tonificadas rodeando mis caderas.

—Tan malditamente buena. —Apreté los dientes. Esto iba a durar cinco minutos si no me contenía.

Sasha soltó un suspiro tembloroso, pero en lugar de hundirse más en esto, de dejarse llevar y disfrutar del viaje, una tensión se introdujo en su cuerpo.

—Los ojos en mí, nena.

Los abrió, de mala gana, y esta vez cuando la besé, fue dulce. Suave.

Nos balanceé juntos lentamente, chasqueando la punta de mi lengua contra la suya mientras acompañaba el ritmo. Y todo el tiempo le sostuve la mirada oscura.

Hicieron falta cinco golpes para que se derritiera debajo de mí. Hasta que ese aleteo en su coño volvió, más fuerte y más rápido.

Cada vez que intentaba apartar la mirada, capturaba su boca, obligándola a quedarse conmigo.

—Mira cómo me tomas. —Miré entre nosotros hacia donde estábamos conectados, frenando para que ella pudiera ver mi polla hundirse dentro—. Es jodidamente mágico, Sasha.

Le temblaba todo el cuerpo.

—Oh, Dios, Jax.

Apreté el acelerador, aflojando un poco el control.

Sus ojos se cerraron mientras respiraba entrecortadamente. Su rostro se torcía, como si se esforzara por llegar hasta allí, pero su hermosa mente siguiera estorbando.

Me incliné y me metí un pezón en la boca. Luego metí la mano entre los dos y encontré su clítoris.

—Sí —gimió—. No pares.



Rodeé el manojito de nervios con el dedo, cada vez más rápido. Hasta que, finalmente, su cuello se arqueó y su espalda se despegó de la cama. Y se hizo añicos.

Pulso tras pulso, temblaba. Su rostro estaba desprotegido mientras el éxtasis puro bañaba sus facciones. Sus labios se separaron en un grito silencioso mientras el orgasmo la sacudía de pies a cabeza.

Nunca había estado más guapa.

Cerré los ojos, saboreando el sonido de sus gemidos incoherentes. Luego la solté, uniéndome a ella mientras ambos caíamos al vacío.

—Joder, Sasha. —Me derramé dentro de ella, mi mente se fue a cualquier cosa menos a ella.

Cada hueso temblaba al liberarse, cada terminación nerviosa zumbaba. Fue como ser sacudido boca abajo y girado hacia arriba. Como si girara más rápido que la tierra y la gravedad perdiera su control.

Sentí un trueno en el pecho y un relámpago que me recorría las extremidades. La realidad volvió lentamente, como la niebla matinal que se disipa en un prado primaveral mientras el sol la quema.

Me desplomé sobre Sasha, enterrando la cara en su cabello mientras inhalaba.

Maldita sea. Ese fue el mejor sexo que había tenido en, bueno, nunca. Esto cambiaba... mucho.

Se aferró a mí, con las piernas alrededor de mis caderas y los brazos sobre los hombros. Nuestros cuerpos, aún unidos, estaban resbaladizos de sudor. Nos latía el corazón con fuerza y nos dolía el pecho. Pero ninguno de los dos hizo ademán de desenredarse, no hasta que las estrellas desaparecieron por completo de mis ojos. Entonces rodé hacia un lado y la subí a mi pecho.

Necesitaba ocuparme del condón, pero la mantuve cerca, no dispuesto a perderla todavía.

—¿Todavía crees que no eres buena en esto?

Se apoyó en un brazo y me miró con ese adorable pliegue entre las cejas.

—Era una pregunta fácil, Sasha. Con una respuesta fácil. —Le aparté un mechón de cabello de la frente y pasé los dedos por los mechones hasta llegar a su nuca. Luego la acerqué hasta que nuestras bocas se fundieron.

Gastamos tres condones más antes de desplomarnos sobre un montón de miembros retorcidos. Tenía la espalda pegada a mi pecho y, cuando cerré los ojos, exhausto, aspiré su cabello.

—Buenas noches, Sasha.

Se acurrucó en mi abrazo.

—Buenas noches, Jax.



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2



No debería haberme sorprendido despertarme solo a la mañana siguiente. No después de que me hubiera mantenido a distancia durante tres meses.

Pero maldita sea si no dolió.

Dolió de verdad, carajo.



CAPÍTULO 8

SASHA

83



El hotel estaba tranquilo para ser domingo por la mañana. Cuando entré a las siete, el vestíbulo estaba casi en silencio. El recepcionista tenía una resaca miserable de la fiesta de anoche y guardaba la basura cerca. Pero con el recuento de huéspedes bajo, con suerte hoy sería fácil para todos.

Yo incluida.

Pero teniendo en cuenta dónde me había despertado esta mañana, no estaba conteniendo la respiración.

Había correos electrónicos en mi bandeja de entrada, cada uno de ellos en negrita y gritando: «¡Léeme primero!». Pero en lugar de mover el ratón o tocar el teclado, me senté con las manos sobre el regazo, observando la entrada con el rabillo del ojo.

¿Estaba Jax despierto ya? Eran las nueve. Probablemente estaba despierto. ¿Estaba enfadado porque me había escapado de su cama antes del amanecer? ¿O estaba aliviado porque pudo saltarse la incómoda mañana después de una aventura de una noche?

No es que Jax lo hubiera hecho incómodo. No podía imaginármelo diciendo: «Bueno, ha sido divertido. Gracias por el sexo. Te veo en el trabajo». No había sido más que un sueño.

Pero antes que enfrentarme a él, antes que arriesgarme a una conversación sincera en la que bajara la guardia, me había marchado.

Dios, era tan cobarde.

Anoche había sido...

Alucinante. Alucinante. Me cambió la vida. Nunca me había sentido así. Ni siquiera sabía *que podía* sentirme así.

Me aterrorizaba lo mucho que lo deseaba de nuevo. Una y otra vez. Mío y sólo mío.

Pero eso era imposible. Había demasiados obstáculos entre nosotros, y al final de todo, me iría de Montana. No hoy, pero algún día. Más pronto que tarde.

Apegarme a Jax era garantía de que me rompería el corazón. Y en mis veintiocho años había sobrevivido a tantas cosas como para toda una vida.

Así que me escabullí de su cama y corrí a la cabaña descalza en la nieve para poner distancia entre nosotros.



Perder el control no era una opción. Tampoco lo era perder este trabajo. Necesitaba este trabajo.

Y de verdad, de verdad que no debería haberme acostado con mi casi jefe y casero.

¿Por qué era un desastre? Dejé caer la cara sobre las palmas de las manos y solté un gemido de frustración.

Al oír pasos en el pasillo, bajé las manos y contuve la respiración, con los ojos clavados en la puerta abierta mientras esperaba. Pero cuando la puerta del baño se abrió y se cerró, exhalé y me hundí en la silla.

Si Jax decidía rastrearne hoy, no le costaría mucho esfuerzo. No tenía un buen sitio donde esconderme. Ni amigos que me invitaran a pasar el día en su sofá ni familiares que me dejaran colarme en una cena de domingo.

Esta oficina era mi lugar seguro en ese momento. El trabajo era mi retiro. ¿Cómo de patético era eso?

Tal vez podría haber conducido hasta el pueblo y haber pasado el día en una cafetería, pero me daba demasiado miedo meterme en el auto aparcado en su casa, así que había ido andando hasta el albergue. Caminé a través de la nieve, abrigada con mi mejor abrigo, botas y guantes, para no tener que enfrentarme al hombre que me había dado cuatro orgasmos.

Cuatro. ¿Cómo era posible? Normalmente era un milagro si podía fingir uno.

No había nada falso en la reacción de mi cuerpo. De algún modo, Jax había sabido exactamente qué hacer, exactamente cómo moverse, y yo había cobrado vida bajo su contacto.

Me resultaba difícil desconectar el cerebro durante el sexo. No podía relajarme. Así que aprendí a fingir. Los pocos hombres con los que me había acostado no parecían darse cuenta.

Si hubiera fingido con Jax, ¿se habría dado cuenta? Probablemente.

—Oh, Dios. —Volví a enterrar la cara entre las manos. ¿En qué demonios había estado pensando?

Primero en la fiesta, soltando la verdad sobre mis padres. Luego el champán. No me había emborrachado, pero definitivamente había bajado mis inhibiciones. Lo suficiente como para dejar que Jax me llevara a su habitación y me follara sin sentido.

Fue el sombrero. Había sido ese sombrero de vaquero. Se había visto tan sexy llevándolo toda la noche, y luego me había dado esa ridícula emoción de que yo era la mujer que había estado con él cuando se lo había quitado.

—Estúpido. Estúpido. Sombrero de vaquero.

—No culpes al sombrero.



Mis manos se abrieron de par en par, mi corazón saltó a mi garganta mientras mi mirada se dirigía hacia la puerta.

Jax estaba de pie con los brazos cruzados, apoyado en el marco con un tobillo cruzado sobre el otro. Era la personificación de lo casual. Relajado. Amigable.

Excepto que había tensión en su mandíbula y fuego en esos ojos azules.

¿Iba a entrar en el despacho? ¿O se iba a quedar en la puerta?

Quédate. *Por favor, quédate.* No confiaba en mantener la compostura si se acercaba demasiado.

Levantó una mano e hizo sonar las llaves de mi auto. Con un rápido movimiento de muñeca, volaron por la habitación para que yo las atrapara.

—Gracias. —Tragué saliva. *Mierda.*

Me había traído mi auto. ¿Significaba eso que le parecía bien que me escapara? ¿O que estaba cabreado?

Frunció los labios.

Cabreado. Definitivamente cabreado.

—Sasha...

—Espera. —Levanté una mano y le corté antes de que pudiera decir algo que me hiciera cambiar de opinión.

Tenía que decir esto. Tenía que acabar con esto.

Antes de joderlo todo, si no lo había hecho ya.

—Necesito que olvides lo que pasó anoche. —Las palabras sabían agrias pero necesarias, como una píldora amarga que ambos teníamos que tragar—. Por favor. No puedo ser una de las muchas que revolotean dentro y fuera de tu cama.

Su mandíbula se flexionó, las comisuras tan afiladas que podrían haber cortado vidrio. Pero no habló. No se movió más que para parpadear y respirar.

—Trabajamos juntos —le dije—. Tú eres mi jefe.

Arqueó las cejas.

—Casi-jefe —murmuré. Uf. ¿Por qué hacía tanto calor aquí? ¿Era el termostato? ¿O el calor de su mirada ardiente?—. Necesito este trabajo, Jax. Lo necesito.

De momento, era lo único que me mantenía a flote.

—Por favor. —Se me quebró la voz—. ¿Podemos olvidarlo?

Se quedó callado, mirando fijamente mientras mi corazón galopaba cada vez más rápido hasta que temí que se me saliera del pecho. Luché contra el impulso de retorcerme y retractarme. De decirle que la de anoche había sido la mejor noche en años.

Que me hacía reír, y hacía mucho tiempo que no me reía.



Tres meses, en realidad. No me había reído de verdad desde la tienda de comestibles.

Quería decirle que era el mejor beso que me habían dado nunca. Que aunque me había despertado temprano, las horas que había dormido entre sus brazos habían sido las más tranquilas que había tenido en meses. Quería decirle que *me gustaba*. Que me gustaba mucho.

Excepto que nada había cambiado. Que me gustara Jax probablemente acabaría en desastre, y en este momento, ese no era un riesgo que pudiera permitirme.

Así que mantuve la boca cerrada y dejé que me fulminara con la mirada hasta que se irguió y se marchó.

Mi corazón se partió un poco cuando el sonido de sus botas se desvaneció.

Cerré los ojos y respiré entre el dolor que sentía en el pecho. Cuando volvió la calma, cuando supe que me dejaría en paz el resto del día, me hundí en la silla, levanté las rodillas y las abracé contra el pecho.

Este era el único camino. Esta era la mejor opción.

Jax no era del tipo de relaciones. No tenía ningún deseo de convertirme en pasto de los chismes del complejo por una aventura casual que probablemente acabaría con el corazón roto.

Era mejor parar esto ahora. Así, cuando dejara este trabajo, podría irme sin ataduras.

Mejor. Esto era mejor. Entonces, ¿por qué no me sentía mejor?

Se me daba bien fingir. A veces, incluso podía engañarme a mí misma.

Esta vez no.

Se me hizo un nudo en el estómago y las sienes empezaron a palpitarme. Me mordí el interior de la mejilla para evitar que me temblara la barbilla y agité el ratón, despertando el ordenador para consultar mi correo electrónico personal.

La parte superior de la bandeja de entrada era una factura.

Eso es todo lo que parece que recibo estos días. Sólo facturas y spam.

Nada de Eddie.

Abrí la factura, hice clic en el sistema de pago hasta que se procesó. Luego consulté mi cuenta bancaria y me estremecí al ver el escaso saldo.

¿Cuándo iba a avanzar? ¿Cuánto tiempo iba a tardar en sentir que avanzaba y no que me quedaba quieta?

De verdad, *de verdad que* no debería haberme acostado con Jax. ¿Cómo de incómodo se iba a poner esto? Todo empeoraría por el hecho de que, de momento, era mi vecino y trabajábamos juntos.

Durante tres meses, había intentado evitarlo y escapar de él. Fue casi imposible.



¿Dónde había estado mi cabeza anoche? El sexo no era la razón por la que había venido a Montana. Una aventura con un vaquero caliente no era la razón por la que había desarraigado mi vida para soportar un invierno miserable.

Se me hizo un nudo en el estómago y agarré un papel y un bolígrafo.

Mi letra era descuidada, más garabatos que escritura. No importaba. Era una carta más que quedaría sin respuesta.

Una carta que arrugué hasta hacerla una bola al terminar.

Una carta que nunca enviaría.



Eddie,

Lo siento.

Lo siento mucho.

Metí la pata.

S



CAPÍTULO 9

SASHA

88



SEIS SEMANAS DESPUÉS...

Había metido la pata. *Dios mío*. Había metido la pata. Esto no estaba pasando. Esto no podía estar pasando.

Me temblaban las manos y tenía las palmas húmedas. Salí del baño y me desplomé en la cama, abrazando una almohada contra mi pecho.

¿Lloré? ¿O grité?

Me abracé más fuerte a la almohada, dejando que el entumecimiento se extendiera por mis venas como una niebla. El débil eco del portazo de un auto se coló por las ventanillas.

Ciertamente no era un visitante que venía a verme. Yo no recibía visitas. No, probablemente era la novia de Jax.

Había estado por aquí bastante a menudo en las últimas dos semanas. ¿Sabía que Jax se había acostado conmigo después de la fiesta de enero? Tal vez no le importaba. Tal vez no habían estado oficialmente juntos todavía. Bueno, si no lo sabía, pronto lo sabría.

Apreté los ojos mientras se me revolvía el estómago.

—Oh, Dios. —Enterré la cara en la almohada mientras se me escapaba un sollozo.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué diría Jax?

No habíamos hablado en seis semanas. Ni una sola palabra. Me enviaba por correo electrónico los resúmenes de sus excursiones semanales. Asentía con la cabeza si nos cruzábamos en el alojamiento, lo que rara vez ocurría ahora que Indya estaba de baja por maternidad y él no pasaba por su oficina para visitarla.

Si ambos estábamos fuera de nuestras casas al mismo tiempo, me miraba, pero nada más. O se subía a su camioneta y se iba, o se metía en su casa.

Había terminado la lavandería la semana después de la fiesta. Había venido mientras yo estaba en el trabajo e instalado la nueva lavadora y secadora. Pero no había dejado ninguna nota. No me había enviado un mensaje para decirme que estaba hecho. Nada.



Tampoco es que hubiera intentado hablar con él. Se había vuelto tan incómodo que si lo veía, me daba la vuelta y me iba en otra dirección. Siempre que estaba segura de que no estaba en casa, le pasaba el cheque del alquiler por debajo de la puerta.

¿Cómo iba a enfrentarme a él? ¿Cómo iba a decirle que estaba...?

Se me escapó otro sollozo. Se me revolvieron las tripas y la cena que había mordisqueado amenazó con reaparecer, pero no iba a vomitar en la cama, así que me la tragué respirando por la nariz.

¿Cómo se lo diría a Jax cuando ni siquiera podía pensar la palabra, y mucho menos pronunciarla?

Un portazo me obligó a levantarme de la cama. Me acerqué a la ventana del dormitorio y aparté la esquina de la cortina para mirar al exterior.

Jax estaba de pie en el marco de la puerta principal, con una postura relajada y tranquila. Levantó una mano hacia la mujer del Jeep Wrangler mientras daba marcha atrás.

¿Entonces no era una fiesta de pijamas?

Maldita sea. Esperaba que estuviera allí toda la noche. Sería más fácil convencerme de aplazar esto, de retrasarlo hasta mañana o pasado o al día siguiente, si tenía una invitada.

Dejé caer la cortina y dejé caer la frente contra la pared. *Mierda.*

Retrasarlo sólo lo haría más difícil. Así que, antes de perder los nervios, salí a la fuerza del dormitorio y me dirigí a la puerta de la cabaña. Me abrigué con mi mejor abrigo y mis botas, y salí al frío.

El invierno era interminable. Durante casi una semana, la madre naturaleza me había hecho creer que habíamos visto la última ventisca. El tiempo había sido lo bastante cálido como para derretir las carreteras y, aunque aún quedaban manchas y ventisqueros blancos, los prados que rodeaban el rancho eran sobre todo barro y húmedos cúmulos de hierba marrón dorada.

Empecé a empacar mis cosas, preparándome para volver al piso de alquiler en el pueblo ahora que el camino no sería tan traicionero. Mi casero me había prometido que la moqueta no solo estaba limpia, sino que era nueva, y que habían cambiado el pestillo y la cerradura de la puerta.

La última vez que había hablado con él, hacía unas dos semanas, parecía desesperado por que volviera. Probablemente porque me había negado a pagar mientras no vivía allí. Pero también porque mi contrato de alquiler era de mes a mes, y tenía la sensación de que no tenía muchos interesados en las vacantes.

No, sólo yo. El idiota que era nuevo en Montana y no se dio cuenta de que la gente de al lado era propensa a fiestas nocturnas y sexo estridente.



Por muy mierda que fuera el alquiler, era mejor que estar al lado de Jax. Así que había planeado dejar la cabaña esta noche mientras Jax estaba en la barbacoa del sábado en el albergue.

Pero hacía tres días que se había desatado una gran tormenta que había acabado con mis esperanzas de primavera y frustrado mis planes de mudarme.

No estaba dispuesta a arriesgarme con las carreteras. Y tampoco es que tuviera muchas ganas de mudarme.

Esta cabaña era un sueño. Era acogedora y cálida. Estaba limpia, y me había acostumbrada a tener muebles. A dormir en una cama de verdad.

Pero por mucho que quisiera quedarme, pagar el alquiler de dos propiedades era ridículo, sobre todo con mi presupuesto. Mi casero esperaba un cheque del alquiler si no cancelaba mi contrato. Y él, a diferencia de Jax, cobraría los cheques que yo dejara.

Las cosas no habían ido muy bien en las últimas seis semanas, pero habían estado bien. ¿Y ahora? Esto no estaba bien. Yo no estaba bien.

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Hacia delante. Un paso cada vez, como había hecho durante los últimos diez años, por mucho que me costara levantar los pies. Así que forjé un camino a través de la nieve hasta la casa de Jax. Respiré hondo cuando llegué al porche, me armé de valor y levanté un dedo para pulsar el timbre.

Mi corazón martilleaba mientras sonaba. Cuando giró el pomo, estaba segura de que vomitaría. Otra vez.

Pero entonces él estaba allí, sus ojos azules entrecerrados y su mandíbula flexionada.

Incluso enfadado, estaba guapísimo.

Jax cruzó los brazos sobre el pecho. «*Dime qué quieres*» podría estar escrito en su frente.

No me molesté en saludar ni en charlar. No me molesté en sonreír.

Esta noche, no estaba aquí para contarle mentiras. Pero tenía un secreto.

—Estoy embarazada.

90



CAPÍTULO 10

JAX

91



«E *Estoy embarazada.*»

Dos palabras en seis semanas. Dos malditas palabras.

«*Estoy embarazada.*»

Esas dos palabras habían estado resonando en mi cabeza desde que Sasha había vuelto furiosa a su casa hacía una hora.

Se enfadó cuando me quedé con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

Di algo.

¿Qué esperaba que le dijera?

Está claro que «usamos condones», no era la opción adecuada, porque me fulminó con la mirada antes de marcharse.

Embarazada. ¿Estaba embarazada?

—Mierda. —Alcé el vaso y me llevé el hielo a los labios. Cuando lo incliné hacia atrás, el bourbon había desaparecido—. Mierda.

Hora de otra recarga.

En lugar de levantarme del suelo de la cocina, donde estaba sentado, estiré el brazo para tomar la botella que estaba en la encimera, encima de mi cabeza. La tapa estaba... en alguna parte. Como fuera.

No necesitaba la tapa. No cuando planeaba terminar hasta la última gota de la botella.

Me lo llevé a los labios y no bebí solo un trago, seguí y seguí bebiendo. El líquido ámbar se llenó de burbujas. El alcohol me quemó el pecho y se asentó en mis entrañas.

Se suponía que el licor ayudaría. ¿Por qué no ayudaba?

«*Estoy embarazada.*». La voz de Sasha sonaba en mi cabeza, jodidamente fuerte. Estar sentado en el suelo de la cocina, con una resaca de mil demonios, tampoco ayudaba.

¿Qué se suponía que debía hacer? Quizá West lo supiera. Mi hermano era bueno en este tipo de cosas de emergencia.



Mi teléfono estaba al otro lado del salón, así que dejé la botella y me puse en pie, balanceándome ligeramente al caminar. O bien el alcohol me había hecho efecto rápidamente, o bien aún estaba aturdido por la visita de Sasha.

Probablemente ambos.

Llevaba seis semanas esperando a que llamara a mi puerta. Que reconociera mi existencia. Pero me había evitado por completo. No había dicho una palabra en mi dirección desde la mañana siguiente a la fiesta, cuando me pidió que la olvidara.

¿Olvidar una de las mejores noches de mi vida? No. ¿Olvidar mi nombre en sus labios? Ni por asomo. ¿Olvidar cómo se sentía entre mis brazos? De ninguna manera.

No quería olvidar, así que maldita sea, no iba a olvidar. Ella no podía obligarme, así que ya está. En vez de eso, le había dado tiempo y espacio para echarme de menos.

Me había echado de menos, ¿verdad?

La había echado de menos. Sasha y yo éramos prácticamente extraños, pero la echaba de menos. Eso era raro, ¿verdad? ¿Qué significaba eso? Nunca había echado de menos a una mujer con la que me hubiera acostado antes.

Echaba de menos la expresión de su cara cuando me veía de lejos y, por una fracción de segundo, antes de que pudiera ocultarlo, sus ojos se volvían suaves y brillantes. Echaba de menos su forma de reír. Echaba de menos su ceño fruncido.

¿Por qué no podía admitir que le gustaba? Yo le gustaba. Tenía que gustarle, ¿no?

¿Cómo podía olvidar nuestra noche juntos? La había estado repitiendo durante seis malditas semanas. Una y otra vez. No podía parar. No podía quitarme a esa mujer de la cabeza, por mucho que lo intentara.

Había algo entre nosotros que se sentía... diferente. Importante. Había una chispa. Una conexión. Un potencial.

Y... un bebé.

¿Qué carajos?

¿En serio íbamos a tener un hijo?

Estaba a mitad de camino hacia el salón cuando me desvié y me dirigí hacia la puerta. El bourbon que se me había metido en la sangre hizo que ponerme las botas fuera todo un reto, pero después de chocar dos veces contra la pared, ya las tenía en los pies, con los jeans abultados alrededor de las pantorrillas. Abrí la puerta de un tirón y la cerré de un portazo mientras seguía el camino de Sasha por la nieve.

El frío no era tan aleccionador como debería. A medio camino de la cabaña, perdí el equilibrio y resbalé, cayendo de rodillas. Pero conseguí mantenerme en pie y, cuando por fin llegué a la cabaña, apoyé un codo en el marco de la puerta para sostenerme mientras llamaba.

No hubo respuesta.

Maldita sea esta mujer. Llamé de nuevo.



—Sasha.

Sus pies golpearon el suelo antes de abrir la puerta de un tirón.

Tenía un cepillo de dientes en la boca. Llevaba el cabello recogido en un nudo desordenado y vestía un pantalón de chándal negro desteñido y una camiseta de tirantes verde que se amoldaba a sus pechos.

Su rostro tenía una palidez grisácea. Sus mejillas parecían hundidas. Tenía los ojos enrojecidos y cansados.

—Te ves como el infierno.

Sasha se quitó el cepillo de dientes de la boca, con el labio curvado.

—¿Eso es lo que vienes a decirme? ¿Que tengo un aspecto horrible?

—Tienes un aspecto horrible. Y sigues siendo la mujer más hermosa que he visto.

La furia de su rostro se desvaneció, el color rosa subió a sus mejillas.

—¿Preparándote para ir a la cama? ¿O vomitaste?

—Vomitó. —Volvió a meterse el cepillo de dientes en la boca y se hizo a un lado para que yo pudiera entrar.

Mientras cerraba la puerta y me quitaba las botas de los pies, ella desapareció por el pasillo, probablemente hacia el baño.

Entré en el salón y me senté en el sofá. La casa olía a ella. Dulce, fresca y única. Un aroma que era sólo de Sasha. Había echado de menos ese olor.

Con los codos apoyados en las rodillas, dejé caer la cara entre las manos y me restregué. El licor me empapaba, haciendo que el mundo se volviera borroso en los bordes.

Sasha volvió, sin el cepillo de dientes, y se sentó en la silla extragrande del otro lado de la habitación.

—Estoy borracho —anuncié.

—Fantástico —contestó, tirando distraídamente del lóbulo de una oreja.

—¿Por qué haces eso?

—¿Hacer qué? —murmuró.

—Tirar de tu oreja.

Se detuvo al instante, su mano cayó a su regazo como si ni siquiera se diera cuenta de que lo hacía. Tal vez era un hábito nervioso. Algo que hacía cuando estaba ansiosa o incómoda.

—¿Qué quieres, Jax?

La miré fijamente, deseando saber qué demonios debía decir.

—Usamos condón.



—Otra vez con eso, ¿eh? —Abrazó sus rodillas contra su pecho—. Soy consciente de que usamos condón. Múltiples condones. Uno de ellos no funcionó.

Apoyó una mejilla en su rodilla. Parecía pequeña. Agotada. Distante. Cuanto más se recogía en sí misma, más me arrepentía del bourbon. A cada segundo que pasaba, me dejaba fuera y mi cabeza estaba demasiado confusa para detenerla.

—Sasha.

Sus ojos parpadearon hacia los míos.

—Lo siento.

—Yo también —susurró.

Le dediqué una sonrisa triste y luego me recosté, descansando con un brazo detrás de la cabeza. El sofá era demasiado pequeño, y mis pies se extendían fuera del extremo opuesto, pero el mundo se había vuelto del revés esta noche. Estaba girando demasiado rápido, y si no reducía la velocidad, Sasha no sería la única que vomitaría esta noche.

—Arreglé este lugar —dije.

—Lo sé.

Levanté un brazo, señalando al techo.

—Hay un remolino en la textura que parece un elefante ahí arriba.

Sasha se quedó callada un momento y luego soltó una carcajada hueca.

—Esto es de lo que vamos a hablar.

—Sígueme la corriente, cariño. Divago cuando estoy borracho. —Dejé caer el brazo a mi lado—. Arreglé este lugar.

—Eso ya lo has dicho.

—No te vayas. —Giré la cabeza para mirarla—. No quiero que te mudes.

Tragó saliva.

—Tengo mi casa en el pueblo.

—Déjala.

Su mirada se posó en un punto invisible de la alfombra bajo la mesa de café.

—Todos pensaban que debía derribar este lugar. Pero pensé que sería un buen lugar si alguna vez tenía compañía o si un amigo como Emery necesitaba quedarse aquí por un tiempo.

—¿Quién es Emery?

—Mi mejor amiga. Se ha estado quedando en mi casa de vez en cuando. Su marido es un idiota. Quería que este lugar estuviera listo para cuando ella decidiera dejarlo. Lo más probable es que nunca lo haga. Pero por si acaso, quería un lugar seguro para ella.



—Oh. —Sasha parpadeó, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Pensé...

—¿Que era mi novia? No. Qué asco. —Hice una mueca—. La besé cuando teníamos trece años. Fue asqueroso.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No tengo novia. No he estado con nadie desde ti.

Algo parecido al alivio cruzó su expresión.

—Um, yo tampoco.

—Sí, lo sé.

Sasha estaba en casa todas las noches. No parecía tener amigos. Nunca había invitado a otra persona a la cabaña. Si no estaba en la oficina, estaba en casa.

Había prestado mucha atención.

Porque si otro hombre hubiera aparecido en su puerta, lo habría sacado a rastras de mi propiedad.

—El marido de tu amiga. ¿Le golpea? —preguntó.

—Golpes verbales. También cuentan.

Ella asintió.

—Lo siento por tu amiga.

—Yo también. —Me desplazé para volver a mirar al techo, al elefante que vería siempre a partir de ese momento—. No sé qué decir.

—Yo tampoco. —Le temblaba la voz—. Nunca esperé esto.

Exhalé un largo suspiro. Bueno, al menos no estaba sola en el shock.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—¿Qué hora es?

Me moví para sacar el teléfono del bolsillo de los jeans.

—Ocho treinta y nueve.

—Entonces lo sé desde hace una hora y treinta y nueve minutos. No me he sentido muy bien últimamente. Las cosas han estado... delicadas. Y me retrasé. Fui a la tienda después del trabajo y compré una prueba. Me la hice poco antes de ir a tu casa.

No mucho después de que Emery se hubiera ido.

Una parte de mí deseaba que se hubiera quedado esta noche en vez de irse a casa a trabajar en la mierda con Calvin. Si hubiera estado allí, habría sabido qué decir. Eso, o me hubiera dado una bofetada en la cabeza en cuanto hubiera recogido la botella de bourbon y me hubiera dicho que moviera el culo hasta casa de Sasha.

—Dime qué tengo que decir —le dije.

—No lo sé —murmuró—. No puedo creer que esto esté pasando.



—Lo mismo.

No había tenido sexo sin condón ni una sola vez. Ni una sola vez. Tenía tanta confianza en que simplemente... funcionaban. Todas las veces. Excepto uno que no había funcionado. Y ahora iba a ser padre.

Carajos.

Iba a ser padre.

Definitivamente, definitivamente no está listo. Ni siquiera un poco. Ni siquiera tenía un perro. O un gato. Mis caballos eran lo más parecido a mascotas que tenía, y no me costaban mucho. ¿Qué demonios sabía yo de ser padre?

Sí, iba a vomitar.

—Dime una mentira —solté.

—Estoy emocionada por este bebé. —Sasha moqueó, y cuando la miré, se estaba limpiando los ojos.

Se me estrujó el corazón. Quizá por las lágrimas con las que luchaba. O la realidad de que todo esto podría desaparecer. Esto no tenía que ser un cambio de vida monumental, no si ella estaba en contra.

Se me revolvió el estómago, como si estuvieran a punto de tirarme del maldito caballo.

—Cuéntame una historia.

Volvió a enjugarse los ojos.

—¿Qué clase de historia?

—Cualquier cosa. —En este punto, tomaría las sobras. Cualquier cosa con tal de conocerla mejor.

Cualquier cosa para retrasar la pregunta que tendría que hacer eventualmente.

Su mirada recorrió mis piernas y se detuvo en mis pies.

—Mis padres eran muy estrictos a la hora de quitarse los zapatos en casa, sobre todo mi padre. Llevaba calcetines blancos, como tú. El día que me mudé aquí, cuando estabas trabajando en la lavandería y no llevabas botas, me acordé de él y de sus calcetines blancos.

No sabía qué responder, así que moví los dedos de los pies.

—Tengo miedo, Jax.

El temor a lo que pudiera decir a continuación se manifestó como un nudo en la garganta.

—¿Qué quieres hacer?

Sasha se encogió de hombros, pero permaneció callada.

—Mi madre me abandonó.



—¿Qué? Pensé que Lily era...

—Mi madre no. La madre de West. No la mía. No pasa nada. —Me desentendí como si no fuera para tanto.

No era para tanto. La verdad es que no. O tal vez había estado ignorándolo durante tanto tiempo que me había convencido de que no era un problema. Esta noche no era la noche para resolver esa mierda.

—Nunca la conocí. Era un bebé cuando se fue —le dije a Sasha—. Ella tuvo una aventura de una noche con papá en Las Vegas. Me trajo a Montana después de nacer. Me dejó. Nunca volvió.

—Jax, yo... si eso te preocupa, nunca abandonaría a mi hijo. —Había un filo en su voz.

—Eso no era una acusación. Te lo dije, divago cuando estoy borracho. Mi punto era que ella me tuvo. Incluso si me dejó, al menos me tuvo. Luego me dio a papá.

—Oh.

Sacudí la cabeza, deseando saber cómo hacer esto de la manera correcta. ¿Había una forma correcta? ¿Cómo reaccionaban otros hombres cuando una mujer soltaba la bomba del embarazo?

Lo que tenía que decir no era algo que se pudiera decir tumbado, así que me giré hacia un asiento, ignorando las vueltas que me daba la cabeza mientras sostenía la mirada de Sasha.

—Lo entenderé si no quieres seguir con esto. Te lo prometo. Pero creo... ¿Creo que lo quiero?

Parecía una pregunta. ¿Era una pregunta? No. Incluso con sólo una hora para asimilarlo, fue todo el tiempo que necesitó mi corazón para decidirse. Mi cerebro tenía que ponerse al día, pero mi corazón sabía lo que quería.

De alguna manera, incluso borracho y conmocionado, sabía lo que quería.

—Quiero seguir adelante con esto —dije—. Si te parece bien.

¿Estaba preparado para ser padre? La verdad es que no. Pero podía prepararme. Tenía tiempo para prepararme, ¿no?

—Creo que... —Sasha tragó con fuerza—. Creo que yo también. Quiero seguir con esto, quiero decir.

—¿En serio?

Levantó un hombro.

—Sí. No estoy segura de poder explicar por qué me siento así. Pero creo... Quiero este bebé.

—Gracias, joder. —El aire se me escapó de los pulmones mientras agachaba la cabeza. Luego me moví para volver a tumbarme porque la borrachera no era tan mala si me quedaba mirando al elefante—. Probablemente deberíamos conocernos.



—Probablemente.

—¿Cuál es tu sabor favorito de pepinillos encurtidos? ¿Eneldo? ¿O de mantequilla?

—Eneldo.

—Me gustan las dos cosas. Me gusta el helado de chicle. De los que te ponen la lengua azul y llevan chicle de verdad. No se puede conseguir en muchos sitios, pero todos los veranos, durante la feria del condado, hay un puesto de gofres que lo tiene. ¿Te gusta la feria del condado?

—Nunca he estado en una.

—Te llevaré. Compraremos helado de chicle y montaremos en el Sizzler. No en el Zipper. Esas jaulas son trampas mortales. No lo haré. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Sasha se movió en la silla, acurrucándose de lado para poder apoyar la mejilla en el respaldo—. ¿Cuál es tu película favorita?

—*The Notebook*.

Ella levantó la cabeza.

—¿En serio?

—No.

Levantó la comisura de los labios y aquella sonrisa apenas esbozada bastó para aflojar parte de la presión que sentía en el pecho.

—Me encantan las viejas películas de vaqueros. Cualquier cosa de John Wayne o Clint Eastwood. Si tuviera que elegir una favorita, probablemente *Lonesome Dove*.

—Nunca la he visto.

—Pronto lo arreglaremos —prometí, cerrando los ojos—. ¿Te da miedo algún animal o insecto?

—Me aterrorizan las serpientes. No me gustan las arañas.

—Me lo dijiste el día que nos conocimos. Sobre las arañas. No me molestan las serpientes ni las arañas. Pero creo que las hienas son espeluznantes.

—¿Hienas?

—Sí. ¿Por qué tienen el cuello tan largo?

Una leve risita recorrió la habitación. Esa risa fue mi victoria de la noche.

—Nada de hienas. Entendido. ¿Gatos o perros?

—Ambos —dije—. Pero no tengo mascotas. No me gusta la idea de tener animales dentro. Mis abuelos también son así. ¿Cuántos años tenías cuando te dieron tu primer beso?

—Dieciséis. ¿Y tú?



—Trece. Emery y yo pensamos que debíamos ser novios en octavo curso. Así que la besé en un partido de fútbol del instituto debajo de las gradas. —Había sido descuidado y húmedo. Ambos nos estremecimos después, y desde ese momento, no había sido más que mi mejor amiga.

No había muchas cosas que no le contara a Emery. Pero por alguna razón, había mantenido a Sasha en secreto.

Emery *sabía de* Sasha. Que trabajaba como gerente en el albergue. Que se estaba quedando en la cabaña por el momento.

Pero no quería que nadie supiera de nuestra noche juntos. No Emery. Ni Indya. Ni siquiera West.

Sasha era mía y sólo mía.

¿Cómo íbamos a decirle a la gente que estaba embarazada? ¿Cómo íbamos a manejar esto? Quizá debería mudarse a mi casa. Sería más fácil si estuviéramos bajo el mismo techo. ¿O quería mantener cierta separación?

—¿Irás a cenar conmigo mañana por la noche? —pregunté, aguantando la respiración por su respuesta.

Excepto que la habitación estaba en silencio.

Abrí los ojos de golpe y miré hacia la silla.

El cuerpo de Sasha se hundió contra los cojines, con los ojos cerrados y la boca entreabierta mientras dormía.

Señalé al elefante del techo.

—Ahora te veo, colega.

Luego cerré los ojos y me dormí.

CAPÍTULO 11

SASHA

100



Un carraspeo en la puerta de mi despacho me desconcentró.

Jax se apoyó en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hola, déjà vu. Fue como una ráfaga a hace seis semanas, la mañana después de la fiesta. Era otra mañana de domingo en la que me había escapado de su casa para esconderme en mi despacho. Y Jax me había encontrado.

Jax estaba dormido en el sofá cuando salí de la cabaña al amanecer. Tan silenciosamente como me fue posible, subí a mi auto y me dirigí a la cabaña. Y durante los últimos treinta minutos o así, había estado mirando fijamente, sin pestañear, mi pantalla, preguntándome cuánto tardaría en aparecer.

Unos treinta minutos.

—Hola.

—Hola. —Llevaba una gorra de béisbol y el ala le ensombrecía los ojos. Las puntas de su cabello rubio oscuro estaban húmedas por la ducha. Llevaba unos jeans desteñidos y sus botas de vaquero marrones. Pero en lugar de su típica camisa de botones, llevaba una sudadera con capucha. El logo de la Universidad Estatal de Montana estaba bordado en letras blancas sobre el algodón azul marino.

—¿Es ahí donde fuiste a la universidad?

Asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Tú?

—Una universidad comunitaria de California. —No el tipo de universidad por la que comprar ropa oficial o lucir con orgullo sus colores.

Jax parecía cansado esta mañana. Probablemente porque había pasado la noche en un sofá demasiado pequeño para su corpulencia.

Cuando me desperté en la silla, con la baba cayéndome por la barbilla, él roncaba suavemente. No recordaba que hubiera roncado la noche que pasé en su cama. Quizá divagaba y roncaba cuando estaba borracho.

—¿Resaca? —pregunté.

Levantó un hombro.

—Me he sentido mejor, y me he sentido peor.



Asentí, sin saber adónde mirar, así que me quedé mirando un punto de mi escritorio. Anoche había sido más fácil cuando él llevaba la conversación. Cuando había llenado los momentos de silencio, balbuceando sobre elefantes en mi techo.

—Voy a pedir cita con el médico —dije. Esta mañana, me había despertado con mil preguntas explotando en mi cerebro.

Si íbamos a hacerlo, si *realmente lo íbamos* a hacer, quería prepararme.

¿Cuándo daría a luz? ¿Cuáles eran los alimentos prohibidos? ¿Podría tomarme el café de la mañana? Hoy me lo había saltado y el dolor de cabeza que se me había metido entre ceja y ceja era el resultado.

—¿Puedo acompañarte? —Jax preguntó—. Me gustaría ir.

—Claro. —Sentía el pecho demasiado apretado, como si no pudiera llenar los pulmones, y estaba a punto de llorar o reír o gritar. Tal vez todo lo anterior.

Me rodeé la cintura con los brazos, agarrándome fuerte.

—¿Nauseas? —Jax se apartó de la puerta, erguido y preparado, como si se fuera a apresurar a recoger un cubo de basura si yo estuviera a punto de vomitar.

—No. —Sacudí la cabeza—. Más o menos. Es sólo... abrumador.

—Sí. —Su brazo se estrelló contra el marco de la puerta de nuevo, el peso de este asentamiento sobre sus hombros—. ¿Vas a esconderte aquí todo el día?

—Si dijera que sí, ¿me dejarías?

Levantó la comisura de los labios.

—No.

—Me lo imaginaba —murmuré—. De todas formas, no puedo concentrarme.

—Hmm. —Se frotó la mandíbula con la mano, rozando la barba incipiente—. Así que odias Montana.

—No odio Montana.

Jax sonrió satisfecho.

—Mentirosa.

Era inútil negarlo.

—No es mi primera opción como lugar de residencia —admití, levantando mi botella de agua para beber un sorbo.

—Voy a hacer que te enamores.

El agua brotó de mi boca, algunas gotas incluso salieron de mis fosas nasales mientras tosía y me atragantaba.

—¿Q-qué?

—De Montana. Haré que lo ames.



—Oh. —Volví a toser, limpiando la última gota de agua. *Uf.* No Jax. No quería que me enamorara de él. Sólo de Montana.

Eso era un alivio, ¿verdad? ¿Por qué no me sentía aliviada? Lo último que necesitábamos era un romance. Ya era bastante complicado con el embarazo. Y después de que naciera el bebé...

¿Cómo funcionaría esto cuando me fuera de Montana? ¿Adónde iría? ¿Y Eddie? *Eddie.* Se me revolvió el estómago y me tocó buscar una papelera.

Hoy no se me había pasado por la cabeza. Anoche tampoco. ¿Por qué no había pensado en Eddie? Había estado tambaleándome desde el momento en que oriné en esa prueba de embarazo, y él había sido olvidado. Dios, era la peor.

Bueno, ahora que Jax sabía la verdad, podía pensar más allá de los próximos cinco minutos.

Tarde o temprano, tendría que decírselo a Eddie. Tendría que admitir una aventura de una noche con Jax. Ser descuidada e imprudente.

¿Me odiaría? ¿Le rompería el corazón? ¿O ya nos habíamos hecho tanto daño que esto sólo sería otra cuña que nos separaría?

—Sasha. —Jax dio un paso en la oficina, sus ojos se entrecerraron con preocupación—. ¿Qué?

—Simplemente... todo cambió. El mundo sigue al revés.

Me dedicó una sonrisa triste mientras se acercaba al escritorio y me tendía la mano.

—Ven. Vámonos de aquí.

—¿Y a dónde?

Jax sonrió. Era suave, gentil y dulce. Era una sonrisa que sólo había visto una vez. La noche de la fiesta. Y como entonces, mi corazón dio un vuelco.

Me tomó de la mano mientras salíamos de mi despacho y caminábamos por el pasillo.

Moví los dedos mientras llegábamos al vestíbulo, intentando soltarme, pero él me apretó más fuerte.

—Jax —siseé.

Lanzó esa sonrisa exasperante y adorable por encima del hombro.

Mis fosas nasales se dilataron.

Mindi estaba trabajando en el mostrador esta mañana. O le importaba un bledo lo que ella pensara, o me llevaba de la mano para demostrar algo.

Seguí contoneándome.

Siguió tirando de mí.

La gente iba a hablar. El complejo se llenaría de rumores.



Excepto que siempre iban a hablar, ¿no? No podía ocultar un embarazo por mucho tiempo. Tal vez era mejor que la gente pensara que estábamos juntos. Que este bebé no era un gran error que descarrilaría todos mis planes.

—Jax. —Tiré de su brazo en cuanto estuvimos fuera y nos detuvimos en el amplio porche de la cabaña—. No quiero que este bebé piense nunca que es un error. No quiero decir nunca que fue un accidente.

Me estudió durante un largo momento y luego asintió.

—De acuerdo.

El aire se escapó de mis pulmones, formando una nube blanca en el frío. Con el tiempo, tendríamos que idear una historia que contar, pero por ahora, mientras tuviéramos ese entendimiento, era suficiente.

—¿Crees que es niño o niña? —preguntó.

—Niña. —Era una ilusión. La mayoría de las futuras madres probablemente responderían que no les importaba mientras el bebé estuviera sano. Pero yo quería una niña—. Si es niña, quiero llamarla Josephine, como mi madre.

—Josephine. —Jax pronunció el nombre como si estuviera probando un buen vino tinto, dejándolo girar en su lengua para ver cómo sabía—. Es precioso.

—Gracias.

Me apretó la mano, manteniendo ese agarre constante, y luego siguió bajando las escaleras hasta su Silverado gris que le esperaba en el aparcamiento. Me abrió la puerta y me ayudó a entrar antes de ir al lado del conductor. Luego, mientras el motor aceleraba y el calor salía por las rejillas de ventilación, se alejó del rancho.

—¿Adónde vamos?

—Ya verás. —Jax conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la consola central. Era relajado pero seguro y totalmente atractivo, como su pavoneo. Y esa maldita gorra de béisbol. ¿Desde cuándo me gustan tanto las gorras?

Se me aceleró el pulso y se me cortó la respiración mientras intentaba no mirar. ¿Eran ya las hormonas del embarazo? ¿Cuándo empezaron?

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. —Aparté la mirada, manteniéndola fija en el camino de grava que tenía delante—. ¿A dónde vamos?

—Eso ya me lo has preguntado.

—Pensé que tal vez me lo dirías esta vez.

Su risita era profunda y suave, llenando la cabaña del camioneta.

—Tengo que conseguirle al abuelo sus billetes de lotería.

—Oh —gemí—. Vamos a la tienda de comestibles, ¿no?

—Volviendo a la escena del crimen.



Había una y sólo una tienda de comestibles en el pueblo. No había forma de evitarla en los meses que llevaba viviendo en Montana, pero siempre intentaba ir por la noche, cuando la dueña se había ido y los dependientes eran adolescentes que trabajaban después del colegio.

Anoche, cuando fui a comprar la prueba de embarazo, había un chico con acné severo en la caja registradora. Ni siquiera había parpadeado, ya que había escaneado el test porque estaba demasiado ocupado intentando no quedarse embobado mirando a la adolescente que hacía cola detrás de mí.

—Podríamos pasar por tu casa también —dijo Jax—. En caso de que quieras recoger algo.

—Está bien.

—Así que vas a dejar tus cosas en el pueblo, seguir pagando un alquiler de mierda, pero vivir en el rancho.

—Sí. —Tal vez. Tenía cero sentido financiero mantener el alquiler. Pero era la red de seguridad—. ¿Vas a cobrar mi cheque de alquiler de la cabaña?

—No.

—No lo creía —murmuré—. Ese fue el acuerdo que hice con Indya.

—Indya no es dueña de la cabaña.

Suspiré.

—No me gusta ir gorreando a las personas.

—Llevas a mi Josephine. Eso no es exactamente gorrear.

Mi Josephine.

Las emociones me invadieron tan rápido que no podía respirar. Abrí la boca, pero no salió nada. Mis ojos se anegaron, el mundo se volvió un borrón acuoso.

Mi Josephine.

Dos palabras y lo hizo real. Lo hizo especial. Hizo que no me sintiera sola.

La mano de Jax se extendió por la cabaña mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Sus dedos se deslizaron por debajo de mi cabello hasta mi nuca. Su palma estaba caliente cuando me acarició la piel. Su pulgar trazó una línea por la columna de mi cuello, arriba y abajo, mientras me secaba la cara, luchando por llenar mis pulmones.

—No tengo cosas —solté cuando pude volver a hablar—. Todo lo que tengo cabe en mi auto. Así que el alquiler está vacío. Allí no tengo nada que recoger.

Su pulgar se detuvo.

—¿Y los muebles?

—Nada.

—¿Tu cama?

—Sólo un colchón inflable.



La presión de su agarre se tensó mientras su mandíbula se apretaba.

—Entonces no lo necesitas. Llama al casero. Avisa. Hoy mismo.

—Pero...

—Hoy, Sasha. O llamaré yo.

Exhalé temblorosamente. Era la decisión correcta. En el fondo, también sabía que había sido una decisión inteligente. De ninguna manera quería volver a vivir allí.

Adiós, red de seguridad.

—Bien. —Quizá debería haberme resistido, pero no quería cambiar la cama de felpa de la cabaña por un colchón de aire agujereado. No quería vecinos ruidosos o un suministro de agua caliente cuestionable.

Y Jax la había llamado *mi Josephine*.

Así que saqué mi teléfono y llamé al casero, prometiéndole dejar las llaves en el correo mientras él hacía lo mismo con mi depósito de garantía.

—Hecho.

—Te cobraré el cheque del alquiler si eso te hace sentir mejor.

—Sí, por favor.

Asintió con la cabeza, reduciendo la velocidad en la autopista al llegar a el pueblo. Antes de que me diera cuenta, habíamos aparcado delante del supermercado.

Al entrar, nos cruzamos con una mujer mayor que salía.

—¡Jax! —Soltó su carrito, cargado de bolsas de papel, para abrir los brazos tan anchos como su sonrisa—. Oh, es tan bueno verte.

—Hola, Sra. Miller. ¿Cómo está?

—Estupendo. —Los ojos de la Sra. Miller miraron en mi dirección, pero Jax no nos presentó—. ¿Y tú?

—Muy bien. Haciendo unos recados rápidos esta mañana antes de volver al rancho.

—Bueno, entonces no te retendré. Las patatas y el tocino están de oferta.

Jax bajó la barbilla y le dio un último abrazo de lado antes de entrar.

—La señora Miller era mi profesora de tercero. Ahora está jubilada. Lamento no haberlas presentado. Pero nos habría tenido ahí fuera charlando una hora.

—Ah. —¿Quién era mi profesora de tercero? No podía recordar su nombre.

En lugar de dirigirse a la caja, sacó una cesta del estante junto a la puerta y se dirigió a la sección de frutas y verduras, donde compró una bolsa de patatas y una cebolla. Luego se dirigió al fondo de la tienda y escogió una caja de huevos.

—Normalmente, consigo huevos de las gallinas de mi abuela. Pero hubo un incidente con un halcón pollero hace un par de semanas. Fue un baño de sangre.

—Un halcón pollero. —¿Qué demonios era un halcón pollero?
Antes de que pudiera preguntar, un hombre con overol marrón se detuvo junto a Jax.

—Buenos días, Jax.

—Buenos días, Hank. —Se dieron la mano y el hombre agarró su propio cartón de huevos mientras Jax se dirigía a la nevera de la lechería.

Cuando llegamos a la sección de carnes, Jax tomó tres paquetes de tocino mientras otro hombre, vestido con jeans y un abrigo de lona, le golpeaba en el hombro.

—Jax. ¿Qué tal?

—Hola, Mike. ¿Cómo estás?

—No me puedo quejar.

—Mike, esta es Sasha. Es la gerente del resort. —Jax se apartó para que pudiera estrechar la mano de Mike—. Mike es un contratista local. Es el que remodeló la mayor parte de Haven River.

—Ha hecho un trabajo increíble. Encantado de conocerlo.

—Igualmente. —Mike sonrió, dando a Jax otra palmada en el hombro, y luego nos dejó para reanudar nuestras compras.

—¿Conoces a todo el mundo en el pueblo? —pregunté mientras recorriamos el pasillo de los cereales.

—No todos, pero cerca. Así son las cosas cuando creces en un pueblo pequeño. —Cambió la cesta a su otro antebrazo para poder agarrarme la mano.

Esta mañana, mientras el mundo daba vueltas, dejé que lo sostuviera.

—Te acostumbrarás —dijo.

¿Lo haría? Una sacudida de pánico aceleró mi ritmo cardíaco. Montana nunca había sido permanente. Esta era mi oportunidad de ganar algo de dinero mientras todo con Eddie estaba en el aire. Entonces encontraríamos un lugar juntos. Empezaríamos de nuevo.

Pero no se podía volver a empezar, ¿verdad? Ya no.

Se me fue la sangre de la cara. Mi cabeza empezó a dar vueltas mientras mis pies dejaban de moverse. Rodeada de cajas de cereales de colores, de pie junto a un hombre que bien podría ser un desconocido, sentí que todo mi futuro ardía en llamas.

—¿Qué pasa, nena?

Tragué saliva, cerrando los ojos para tratar de encontrar el equilibrio.

—Todo sigue dando vueltas.

—Sólo agárrate fuerte. Parará.

Tras unas cuantas respiraciones profundas, empecé a caminar de nuevo por el pasillo.



—¿Cómo estás tan firme?

—No lo estoy. —Se acercó más, dejando caer sus labios sobre mi cabello. No fue un beso, no realmente. Era más como si se apoyara contra mí, respirándome.

Apoyándote en mí.

Así que me apoyé en él.

Permanecimos juntos, en una burbuja privada, hasta que se acercó una mujer empujando un carrito de la compra. El traqueteo de las ruedas nos separó.

—Disculpen —dijo, pasando por delante de nosotros.

Jax tiró de mí hacia su lado, su brazo alrededor de mi hombro, y nos acompañó a la caja.

Carla, la dueña, era la cajera hoy. Me echó un vistazo y su sonrisa se transformó en una mueca.

—Buenos días —dije, ayudando a Jax a sacar las cosas de su cesta.

Dirigió su mirada hacia Jax, y aunque permaneció callada, su expresión gritaba *Traidor*.

Se rio entre dientes.

—Hola, Carla.

El código de barras de los huevos sonó al pasarlos por el lector, con el ceño fruncido.

—Y mis billetes de lotería semanales —le dijo, sacando la cartera del bolsillo trasero.

Ella escudriñó y miró.

Me retorcí, mirando hacia la puerta.

En cuanto el último paquete de tocino estuvo en una bolsa de papel, me lo eché a los brazos y emprendí una rápida huida.

—Me odia —le dije a Jax mientras caminábamos hacia el camioneta.

—Sí.

—¿Cuánto va a durar?

—Hasta que Josephine tenga diez u once años.

Josephine. No paraba de decir su nombre. Seguía haciéndolo real.

—¿Y si es un niño? —susurré cuando la compra estaba cargada y estábamos sentados en el camioneta.

—Es una niña.

Ninguno de los dos tenía la menor idea. Pero necesitaba creer que era una Josephine, al menos hoy. Y de alguna manera, él sabía que yo también necesitaba oírlo.



Jax saludó a cada persona que nos cruzábamos en el camino de vuelta al rancho. No era un saludo normal. Pasaba dos dedos por encima del volante y hacia el parabrisas, casi como un saludo.

Un Tahoe blanco pasó rodando, y lo hizo de nuevo.

—¿Quién era?

Se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Pero saludaste.

—Sí.

—¿Por qué? No los conoces.

—¿Por qué no? —Me lanzó una sonrisa burlona—. Es bonito.

No se me ocurría ninguna vez que me hubieran saludado mientras conducía. Al menos no de forma amistosa.

—Inténtalo —dijo mientras otro vehículo se acercaba desde la dirección opuesta.

—No, es raro desde el asiento del pasajero. —Además, eso era algo que hacían los montaneses. Algo para la gente que pertenecía aquí.

—Es sólo un saludo, nena. —Eché un vistazo, con un desafío brillando en sus ojos azules.

Eran unos ojos realmente hermosos. Esperaba que este bebé, niña o niño, los tuviera.

Al cerrar la brecha con el otro auto, hizo girar la muñeca, recibiendo el mismo saludo a cambio.

Metí las manos entre las rodillas.

El brillo se atenuó en la mirada de Jax, la única señal de su decepción.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—Pop. Algo de rock. ¿Y tú?

—Country. —Encendió la radio, dejando que la música nos hiciera compañía durante el resto del trayecto.

Cuando llegamos al albergue, la camioneta de West llamó su atención y, en lugar de llevarme a mi auto, se dirigió a los establos, aparcando junto a su hermano.

El sonido de dos chicos salvajes y el olor a caballo nos saludaron al cruzar la puerta.

—Hola. —A Indya se le iluminó la cara cuando me vio con Jax. En sus brazos estaba Grace, envuelta en un pequeño traje de nieve rosa y en una manta peluda.

—Oh, um, hola. —*Mierda*. Debería haber pensado qué decir antes de parar. Tal vez pedirle a Jax que no se detuviera.



Tendríamos que decírselo. ¿Lo haríamos hoy? Deberíamos esperar, ¿no? ¿Hasta más adelante? ¿Pero y si Jax quería decírselo? ¿Qué iba a decir? ¿Cómo iban a reaccionar? ¿Indya se iba a enfadar? ¿Qué significaba esto para mi trabajo?

Con cada pregunta, el mundo daba la vuelta. *Daba la vueltas. Vueltas y vueltas.*

Mi mirada recorrió la habitación y encontró un montón de paja en un rincón.

Ese era mi lugar. Ahí era donde vomitaría.

Pero antes de que pudiera alejarme, West se nos acercó con dos cuerdas en las manos.

—Hola. ¿Qué han hecho hoy?

—Comestibles —dijo Jax, poniendo más espacio entre nosotros que en toda la mañana—. Compartimos el auto hasta el pueblo.

El aire salió de mis pulmones. *Gracias a Dios.*

—¡Tío Jax! —Kade estaba de pie sobre un fardo de heno, mirando por encima de la puerta de un establo—. ¿Quieres venir a cabalgar con nosotros?

—Claro. —Jax tomó una cuerda de West y se dirigió hacia su sobrino.

—Mami. —Kohen se acercó corriendo, con el dedo índice levantado en el aire—. Tengo una astilla. Duele mucho.

—Oh, no.

—Hay pinzas y un botiquín de primeros auxilios en el baño —dijo Jax mientras abría la puerta, entrando en el establo para reunirse con un bonito caballo marrón.

—De acuerdo. ¿Te importaría sostenerla? —Indya miró a Grace y me puso a la bebé en los brazos en lugar de esperar una respuesta.

No es que hubiera dicho que no. Aún no había podido cargar a Grace. El día que Indya la trajo al albergue la semana pasada por primera vez, había tanta gente pidiendo cargarla que dejé que otros se adelantaran. Cuando me tocó a mí, Grace estaba inquieta y lista para irse a casa.

Mientras Indya seguía a Kohen hasta el otro extremo del edificio, hacia el despacho de Jax, estudié la cara de la bebé.

Grace tenía dos semanas y era ligera como una pluma. Sus suaves pestañas formaban medias lunas sobre sus suaves mejillas. Su boca rosada estaba fruncida en un pequeño arco.

Era perfecta. Preciosa y aterradora.

En nueve meses, tendría uno de estos. Un bebé mío perfecto, precioso y aterrador.

Mi Josephine.

Otra vuelta. Pero esta vez, no dejé que me revolviere la cabeza me hiciera caer de pie. No mientras tenía a Grace en mis brazos.



Cuando volví a mirar hacia el patio de butacas, los ojos azules de Jax estaban esperando.

Me dedicó una suave sonrisa, como si supiera que sostener a una bebé hoy me estaba poniendo los pelos de punta, pero de todos modos la estaba sosteniendo. Me guiñó un ojo antes de volver al caballo marrón.

Era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Robusto, masculino e hipnótico. Era tan hermoso que casi me hizo desear un niño que se pareciera a su padre.

Casi, pero no del todo.

Grace gimoteó, pateando las piernas.

—Shh. —La mecí de un lado a otro. Hacía mucho tiempo que no tenía un bebé en brazos, pero algunas cosas eran difíciles de olvidar.

Esperaba que las otras piezas también volvieran a mí.

—¿Crees que puedo hacerlo? —susurré.

Grace abrió su pequeña boca.

Y chilló.



Eddie,

Nunca fuiste un error. No para mí.

S



CAPÍTULO 12

JAX

Levábamos cinco minutos aparcados delante del hospital y Sasha aún no se había movido para abrir la puerta. Si esperábamos mucho más, llegaríamos tarde a la cita. Pero si ella necesitaba sentarse aquí y mirar fijamente el Centro Médico Pioneer, entonces yo también me sentaría aquí.

Yo mismo había necesitado los cinco extra.

Había programado esta visita inicial con el médico hacía dos semanas. Desde entonces, me lo había recordado siete veces. Supuse que en cuanto aparcara, saldría del camioneta y entraría a toda velocidad.

Pero Sasha me sorprendía más a menudo que no. Hacía una pausa cuando yo esperaba que se precipitara. Se quedaba callada cuando yo esperaba una respuesta sarcástica. Levantaba sus muros justo cuando yo creía que empezaba a derribarlos.

Comprendía sus dudas. En el momento en que cruzáramos las puertas del hospital, esto sería real. Esto estaba ocurriendo.

Íbamos a tener un bebé.

—Lo siento —murmuró mientras finalmente se acercaba a la puerta—. Sólo necesitaba un segundo.

—Tómate tu tiempo.

Me dedicó una pequeña sonrisa y se bajó de un salto.

Allá vamos. Preparados o no. Yo también salí y la seguí por el aparcamiento, metiéndome las manos en los bolsillos de los jeans para ocultar su ligero temblor.

Sasha no era la única perdiendo la cabeza. Pero ella necesitaba que me mantuviera firme en este momento. Así que guardaría mis momentos de pánico para cuando estaba solo. Mi ansiedad tenía su momento para brillar en medio de la noche cuando no podía dormir.

¿Podríamos hacerlo? ¿Podría ser padre?

Dios, quería hablar con West. O incluso con papá. Ellos siempre sabían qué decir, pero hasta que terminara esta cita, hasta que supiéramos más del médico, mantendría la boca cerrada.

Habían sido las dos semanas más largas de mi maldita vida.

No se me daban bien los secretos.



Sasha lideró el camino a través de la entrada del hospital. A la izquierda estaba la sala de urgencias. Todo recto, las puertas de la residencia de ancianos. A la derecha, la pequeña clínica local donde ejercían los médicos de medicina familiar.

Nos registramos en la recepción y Sasha se pasó diez minutos rellenando formularios en un portapapeles mientras yo me sentaba en la silla junto a la suya, luchando contra el impulso de hacer rebotar mis rodillas.

—Yo no, um... No sé cuál es tu cumpleaños. —Sasha entregó el papeleo—. ¿Puedes rellenar tus datos?

—Claro. —Agarré el bolígrafo y el portapapeles, equilibrándolo sobre un muslo mientras marcaba rápidamente las casillas y garabateaba mi dirección—. Tres de noviembre. Tengo veintinueve años.

—Tengo veintiocho años. Mi cumpleaños es el primero de enero.

—Año Nuevo. —Espera. Había estado trabajando en el albergue en su cumpleaños—. No tuvimos una fiesta en tu cumpleaños.

—Indya se ofreció. —*Ella lo rechazó*—. Yo no quería una.

Fruncí el ceño y le devolví los papeles para que pudiera terminar.

Los cumpleaños se habían convertido en un gran acontecimiento en el complejo. Indya siempre se aseguraba de que celebráramos el día especial de un empleado, ya fuera con pastel o galletas o un postre de su elección. Traía globos y una tarjeta para repartir. No recordaba haber firmado una para Sasha.

Y los cumpleaños también se habían convertido en algo importante en nuestra familia desde que West e Indya se habían casado.

West siempre planeaba una fiesta para Indya. Ella hacía lo mismo para él. Uno o los dos planeaban algo para mí. Y la fiesta de los gemelos era multitudinaria y solía incluir hinchables o un zoo de mascotas.

¿Alguien lo había celebrado con ella? ¿Tenía amigos en el pueblo? ¿O se había pasado el día trabajando y luego había vuelto a casa, a una casa vacía y a un colchón inflable?

Un maldito colchón inflable.

¿Por qué no tenía muebles? Llevaba meses aquí antes de mudarse a la cabaña. Había tiempo de sobra para encargar algo y que se lo trajeran.

Lo tenía en la punta de la lengua, como desde hacía dos semanas. Pero me tragué las preguntas, guardándolas para después de esta cita. Guardándolas para un momento en el que Sasha pudiera responder.

Había vuelto a evitarme en las últimas dos semanas. Se lo había permitido. Aparte de una parada diaria en su despacho para asegurarme de que se encontraba bien, le dejé espacio.

Yo también necesitaba un poco de espacio. Tiempo para asimilarlo todo. Aún no lo había conseguido, ni de lejos, pero lo estaba intentando.



Se abrió una puerta frente a la pequeña sala de espera y una enfermera vestida con bata rosa llamó:

—Sasha Vaughn.

Se puso en pie de un salto con el portapapeles pegado al pecho.

Le puse la mano en la espalda mientras caminábamos hacia la enfermera.

Sasha miró por encima del hombro hacia donde mi pulgar dibujaba círculos en su suéter negro.

Si quería que dejara de tocarla, pues... mala suerte. Tener una mano sobre ella tenía algo que la anclaba. Era un recordatorio que estábamos resolviendo esto juntos. Un recordatorio de que si yo perdía los estribos, ella se derrumbaría. Y no iba a dejar que eso pasara.

La enfermera era mayor que yo, probablemente de unos cuarenta años. Nos dedicó una amable sonrisa cuando cruzamos la puerta y yo di las gracias en silencio por no reconocerla ni a ella ni a la recepcionista. No es que pudieran decírselo a nadie, pero quería que mi familia lo supiera antes que la gente del pueblo.

¿Cuándo deberíamos decírselo a West e Indya? ¿No había un tiempo de espera o algo así? ¿Tres meses o algo así?

—Estamos aquí. —La enfermera nos hizo señas para que entráramos en la sala de reconocimiento más cercana y cerró la puerta tras nosotros.

Me senté en otra silla rígida e incómoda mientras le tomaban la tensión y la temperatura a Sasha.

Cuando la enfermera le entregó una bata de papel y le dijo que se desnudara, tragó saliva.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté cuando la enfermera nos dejó solos para que Sasha pudiera cambiarse.

—No es como si no me hubieras visto desnuda —murmuró, el papel de seda de la mesa se arrugó al bajar de un salto.

Sí, la había visto desnuda. Cada glorioso centímetro. Pero eso no era algo en lo que necesitaba estar pensando ahora mismo. No era algo que la haría sentir más cómoda. Así que me quité la gorra de béisbol y me cubrí la cara para darle un momento de privacidad.

—Apesta aquí.

—¿En esta habitación? —El crujido de la ropa llenó la habitación mientras empezaba a desvestirse—. No huelo nada.

—No, en mi gorra. ¿A esto huele mi cabello?

—Jax. —Sasha soltó una pequeña carcajada. Era mi victoria del día—. No necesitas hacer eso.

Sí. Sí, lo necesité.



En lo que respecta a Sasha, mi polla parecía tener una mente propia, así que realmente necesitaba mantener mis ojos cubiertos. Lo último que necesitaba era una erección en esta habitación estéril y fría. Y si la veía desnudarse, mi cuerpo reaccionaría.

—Bien, he terminado. Puedes dejar de respirar con tu apestosa gorra. —El papel de seda volvió a arrugarse y la mesa de exploración crujió cuando ella removió a su sitio.

Me descubrí la cara y me encontré con su mirada de chocolate esperando.

Se apretó la bata contra el corazón. Tenía las rodillas apretadas y los hombros encorvados. Parecía rígida e incómoda.

—Quizá no debería haber venido —le dije.

—Creo que si no estuvieras aquí, todavía estaría en el aparcamiento.

—Sasha...

Antes de que pudiera terminar la frase, aunque ni siquiera estaba seguro de lo que iba a decir, llamaron a la puerta y la doctora entró.

La suya era una cara que reconocí. *Oh, mierda.* Mi estómago salpicó mis botas. *Robin.*

—Hola, Sasha. Soy la Dra. Anderson. —Le tendió la mano para que se la estrechara y luego se volvió hacia mí, con los ojos desorbitados—. ¿Jax?

Tragué saliva.

—Hola, Robin.

Miró entre Sasha y yo, atando cabos.

—Así que vas a...

—Tener un bebé —terminé, haciendo mi mejor esfuerzo para mantener mi expresión neutral a pesar de mi corazón acelerado—. No sabía que habías vuelto al pueblo.

—Sí. Me mudé a casa el mes pasado cuando terminé mi residencia. El Dr. Smith se jubila y yo ocupo su lugar.

¿Lo sabía Emery? Si es así, iba a masticar su culo por no darme una advertencia.

Sasha frunció la frente. De todas las cosas que no quería explicar hoy, la razón por la que conocía la doctora de Sasha era la primera de la lista.

—Robin y yo crecimos juntos —dije. Era sólo una parte de la historia, pero el resto tendría que esperar.

—Nos conocemos desde hace mucho. —Había un filo en la voz de Robin, pero se lo tragó y puso una sonrisa cortés antes de dar toda su atención a Sasha—. Felicidades. ¿Cómo te sientes?

—Um, bien.

—Ha estado un poco enferma —le dije.

Robin se tensó al oír mi voz, y tuve la sensación de que si Sasha no estuviera aquí, me habría mandado callar.

Sasha también lo notó. Sus ojos parpadeaban entre nosotros, tratando de leer esa tensión. Era una mujer inteligente. Sacaría una conclusión.

La correcta.

—Las náuseas son normales en esta etapa —dijo Robin—. ¿Todavía puedes comer? ¿Comes una o dos veces al día?

—Sí, no ha sido tan malo. —Mientras Sasha hablaba, mantenía su atención en Robin. Y Robin hablaba sólo con Sasha.

Bien podría haber habido una cortina en la habitación para cerrarme el paso. Entre sus hombros fríos, me alegré de no haberme quitado el abrigo. Y cuando Sasha se sometió a un examen completo de mamas y pelvis, volví a taparme la cara con el sombrero.

—Todo tiene muy buena pinta —le dijo Robin cuando terminaron—. Puede que aún sea pronto, pero vamos a ver si oímos el latido.

Los ojos de Sasha finalmente se desviaron hacia los míos desde donde estaba tumbado en la mesa.

Le dediqué una sonrisa mientras mi corazón galopaba tan rápido que casi se me salía del pecho.

—Puedes conseguir uno de estos para casa. —Robin echó un chorro de gel en el vientre de Sasha y levantó una caja que parecía un walkie-talkie conectado a una varita—. Pero comprobaremos los latidos en cada cita. A algunos pacientes les causa más estrés intentar localizarlo en casa que esperar a la siguiente visita.

—De acuerdo. —Sasha asintió mientras Robin movía la varita a través del gel.

Se oyó un silbido y un poco de estática, pero luego un latido llenó la habitación.

Dun-dun. Dun-dun. Dun-dun. Era rápido. Constante. Tan increíble que no podía respirar por el nudo en la garganta.

Sasha se quedó mirando al techo. Tragó saliva y volvió a mirarme.

Mil emociones diferentes se arremolinaban en sus bonitos ojos.

Miedo. Esperanza. Emoción. Temor. Amor.

Yo reflejaba todas y cada una de ellas.

—Latidos muy sanos —dijo Robin antes de retirar la varita.

El sonido desapareció demasiado pronto, y con él, Sasha parpadeó y apartó los ojos, concentrándose una vez más en el techo.

—Dada la fecha de tu último período menstrual, pondremos tu fecha de parto el diecinueve de octubre.



—Oh. —Sasha palideció mientras un destello de pánico cruzaba su rostro—. Diecinueve de octubre.

¿Ocurría algo malo en octubre? ¿O era sólo otro detalle que hacía el embarazo aún más desalentador?

Diecinueve de octubre. Faltaban meses para eso. Podríamos hacerlo, ¿verdad? ¿Podíamos averiguar cómo ser padres antes del otoño?

¿Por qué no había prestado más atención cuando los gemelos eran bebés? Quizá debería empezar a hacer de niño de Grace. No sabía cambiar un pañal ni hacer un biberón.

Indya y West habían pasado esa primera semana caminando como zombis porque Grace no dormía más de dos horas seguidas. No funcionaba sin dormir. Habían vuelto a casa del hospital de Bozeman y habían estado...

Espera.

—¿Es este un hospital lo suficientemente bueno?

Tanto Sasha como Robin miraron en mi dirección.

—¿Deberíamos planear tener el bebé en Bozeman o Billings?

Los ojos de Sasha se abrieron de par en par, sin haber considerado eso todavía.

Los de Robin se estrecharon en rendijas.

—Esta instalación está bien.

—Pero la mayoría de la gente tiene a sus bebés en un hospital más grande, ¿verdad?

—Sí —admitió—. Algunos eligen ir a Bozeman o Billings. Si esa es su decisión, estaré encantada de coordinar con los médicos de allí. Pero somos perfectamente capaces de atender partos en Pioneer.

Capaces. Pero este era un hospital de pueblo con limitaciones de pueblo. Si había una emergencia, quería a Sasha en un centro más grande. Lo planearíamos cuando nos acercáramos a octubre.

—Es bueno saberlo —dije.

Robin volvió a ignorarme mientras revisaba una lista de recomendaciones con Sasha. Hablaron de todo, desde vitaminas hasta cambios en la dieta y programación de citas. Le dio a Sasha instrucciones para los análisis de orina y sangre y le entregó una letanía de folletos para futuras madres. Luego me tendió dos para que los tomara y los dejó caer sobre mi regazo antes de que pudiera atraparlos.

—Gracias —murmuré.

Esto iba a ser un problema, ¿no? Sasha y yo no necesitábamos más problemas cuando ya teníamos bastantes. No iba a faltar a estas citas sólo porque Robin estaba enfadada conmigo por algo que había pasado hacía una década.



—Encantada de conocerte, Sasha —dijo Robin, y luego, sin siquiera mirar en mi dirección, salió de la habitación.

Joder. Era más fácil respirar sin ella.

Sasha se vistió rápidamente y tiró la bata de papel a la basura.

—¿Qué fue eso?

—¿Ni siquiera vas a esperar hasta que estemos en el camioneta?

Su mirada era letal.

—Robin y yo salimos en nuestro último año en la escuela secundaria.

—¿Era algo serio?

—¿Más o menos? —Me encogí de hombros, manteniéndome sentado mientras ella me encaraba, con los puños apoyados en las caderas—. No lo sé. Rompimos el primer año en la MSU. No fue mutuo. Me enrollé con su compañera de piso tres horas después de dejarla, y desde entonces me odia.

—¿En serio? —Sasha arrugó la nariz.

—No fue mi mejor momento. —Me pasé una mano por el cabello.

Por primera vez en mi vida, me arrepentí de las aventuras casuales del pasado. Los rollos de una noche y las mujeres que me había llevado a casa del bar. Sasha conocería a otras. En este pueblo, no había forma de evitarlo.

—No tenía ni idea de que había vuelto y trabajaba aquí —le dije.

—No pasa nada. —Hizo un gesto con la mano, yendo a los ganchos de la pared para recoger su abrigo—. Sólo... fue incómodo.

—Podemos conseguir otro médico.

Sasha se quedó callada, metiéndose en el baño de al lado mientras yo esperaba en el pasillo. Después de pasar por el laboratorio para que le sacaran sangre, nos dirigimos a la salida.

Estábamos a un metro de escapar cuando se abrieron las puertas dobles.

Lily entró vestida de uniforme azul marino, con el bolso y la fiambra bajo el brazo.

A la mierda mi vida. ¿No trabajaba en el turno de noche?

—¿Jax? —Hizo una doble toma cuando me vio, luego me escaneó de pies a cabeza—. ¿Estás bien?

—Todo bien.

Era una tontería esperar que no reconociera a Sasha. En el momento en que su mirada se posó en los folletos que Sasha tenía en la mano, se quedó boquiabierta.

—Oh. Yo, um, no lo sabía.

—Nadie lo sabe —dije, con voz cortante—. Y nos gustaría que siguiera siendo así.

Lily tragó saliva.



—Por supuesto.

Mi mano encontró la parte baja de la espalda de Sasha, presionándola hacia delante.

Arqueó las cejas mientras yo seguía empujando pero, afortunadamente, siguió andando.

—Espera. ¿Jax? —Lily llamó antes de que llegáramos a las puertas.

—¿Qué? —Miré por encima del hombro, sin molestarme en girarme del todo.

—Felicidades.

No. Esto estaba mal. Todo estaba mal. No quería que Lily fuera la primera persona que supiera del bebé. No quería que ella tuviera nada especial cuando se tratara de Sasha o de mi hijo. No quería que me felicitara. No antes que West o Indya o papá.

Sasha aminoró la marcha y me miró de reojo, como si esperara que le diera las gracias.

No iba a decir nada. Así que sin decir nada, las dejé a las dos atrás y salí.

¿Cuán bien conocía Sasha a Lily? ¿Pasaban tiempo juntas? ¿Eran amigas como Lily se había hecho amiga de Indya?

Mi labio se curvó mientras me dirigía a la camioneta. Estaba sentado al volante, furioso, cuando Sasha me alcanzó.

—¿Por qué no tenías muebles? —pregunté en cuanto se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Qué?

—Muebles. En el alquiler. ¿Por qué no querías muebles?

Se encogió de hombros.

—No es que no quisiera muebles. Pero no tenía prisa por gastar un montón de dinero cuando rara vez estaba en la casa.

—¿Ni siquiera una cama?

—Las camas son caras, Jax.

Allí. Esa era la razón. El dinero.

Ganaba un buen sueldo, ¿verdad? Indya no era de las que escatimaban en pagar a sus empleados. ¿Estaba Sasha endeudada? ¿Estaba tratando de pagar los préstamos universitarios o algo así?

Pero había hecho mi pregunta, y no iba a recibir otra.

—¿Qué fue eso con Lily?

—Es complicado. Lily y yo no hemos hablado mucho últimamente. —Si *últimamente* significaba la mayor parte de la década anterior.

—¿Por qué?



—Larga historia. —Arranqué el camioneta y salí del aparcamiento—. ¿Qué pasa con el diecinueve de octubre?

Sasha me echó en cara mis propias palabras.

—Larga historia.

Así es como iba a ser, ¿eh? Respuestas vagas. Bien. Si ninguno de los dos estaba de humor para compartir, escucharíamos música. Subí el volumen de la radio, dejando que los últimos éxitos country llenaran el silencio mientras conducía hacia el rancho.

Cuando llegamos al albergue, Sasha bajó del camioneta sin decir palabra. Luego desapareció en el interior, a la seguridad de su oficina, mientras yo me retiraba a la mía, trabajando en los establos hasta el anochecer.

Las luces de la cabaña proyectaban un resplandor dorado en la noche cuando por fin llegué a casa. Mi camioneta parecía dirigirse solo hacia el espacio vacío junto al auto de Sasha.

Abrió la puerta antes de que pudiera llamar. Se había quitado los jeans y el suéter que llevaba antes y se había puesto un pantalón de chándal naranja y una camiseta de tirantes negra que dejaba ver los tirantes de su sujetador rosa. Volvía a tener el cepillo de dientes en la boca.

—Estoy de mal humor —advertí.

Se sacó el cepillo de dientes de la boca.

—Yo también.

—¿Quieres estar gruñones juntos?

Sasha se encogió de hombros.

—Vamos. —Metí la mano dentro y saqué su abrigo del perchero—. Vamos a desayunar para cenar.

—No tengo hambre.

—No tienes que comer.

Llevó el cepillo de dientes a la cocina y lo dejó sobre la encimera; luego se reunió conmigo en la puerta, se calzó unas zapatillas y se puso el abrigo. Luego me siguió hasta el camioneta.

Aparqué en el garaje y la acompañé al interior, me quité las botas y ella hizo lo mismo con sus zapatos antes de entrar en el salón.

—¿Quieres un tour?

—No pasa nada. —Se acurrucó en un lado de mi sofá de cuero mientras yo encendía el fuego en la chimenea.

Y cuando me dirigí a la cocina para empezar a preparar la cena, se sentó en un taburete junto a la isla, observándome mientras cocinaba.



Debería haber sido extraño tenerla aquí de nuevo. Quizá un poco incómodo, teniendo en cuenta que la última vez había pasado aquí cinco minutos antes de que la llevara al dormitorio. Pero se sentía fácil. Natural.

Me arriesgué a que tuviera hambre. Cuando tomé asiento junto al suyo, le tendí un plato de panqueques con fresas asadas antes de zambullirme en el mío.

Sasha agarró el tenedor y se zambulló.

—¿Tu primer desayuno para cenar? —pregunté.

—Sí. Esto está muy bueno —dijo mientras un escalofrío le recorría los hombros.

Dejé el tenedor sobre la mesa y fui a mi dormitorio, luego volví con una sudadera con capucha.

—Gracias. —Sonrió antes de ponérsela por encima de la cabeza—. Tengo mucho calor cuando no me siento bien. Luego se me pasa y estoy helada todo el tiempo.

La sudadera era tres tallas más grande y se le encharcaba en las muñecas, pero maldita sea si no me encantaba verla con mi ropa.

—Dime una mentira —le dije mientras seguíamos comiendo.

Pinchó una fresa, empujándola alrededor de su plato.

—No me molesta en absoluto que mi doctora sea tu ex novia.

Ahí había envidia. En cualquier otra situación, probablemente me habría excitado un poco esa envidia. Excepto que esta no era ella estando celosa de una ex novia y reclamándome como suyo. Sasha estaba incómoda. Y eso no estaba bien.

—Buscaremos otro doctor. Puedo pedirle recomendaciones a Lily. —La última llamada que quería hacer, pero la haría.

—¿Estás seguro? Yo también puedo preguntar.

—No tenemos una gran relación, pero trabaja en el hospital desde hace años. Me recomendará al mejor médico.

—Gracias.

—Claro. —Comí otro bocado, tomándome un momento para pensar exactamente cómo explicar esto—. Sobre Lily.

—Jax, no tenemos que hablar de esto.

—No, deberías saberlo. —Me limpié la boca y giré de lado para mirarla—. Lily es lo más parecido que tengo a una madre. Cuando era pequeño, hizo todo lo que haría una madre. Me enseñó a distinguir la bota izquierda de la derecha. Me hacía el desayuno, la comida y la cena. Me leía libros y me arropaba por la noche. Pero si la llamaba mamá, me corregía. Me decía que la llamara Lily.

Sasha arrugó la frente.

—¿De verdad? ¿Cuántos años tenías?



—Dos. Tres. Cuatro. No puedo recordar un momento en el que no la llamara Lily. Era sólo su nombre. West la llamaba mamá. Yo la llamaba Lily.

Y quizá si no hubiera hecho todo lo demás, si no nos hubiera tratado igual en todos los demás aspectos, no me habría molestado.

—Me abrazaba. Se burlaba de mí. Me regañaba. Cuando papá y ella se divorciaron, venía a visitarme y a ver cómo estaba. West se quedaba en su casa en el pueblo más a menudo, pero yo estaba sobre todo aquí en el rancho. No siempre, pero sí casi siempre. Si tenía un entrenamiento nocturno después del colegio y las carreteras estaban en mal estado, me quedaba en su casa con West. Me animaba en los partidos de fútbol y me ayudaba a recaudar fondos en el colegio. La mayoría de la gente asumía que era mi madre. Ese era su papel. Era lo que ambos dejábamos que la gente creyera. Hasta que me di cuenta de que no era suficiente.

No quería fingir que Lily era mi madre. No me gustaba tener que explicar a mis amigos por qué la llamaba Lily, o esquivar la pregunta por completo. Estaba harto de preguntarme por qué no podía quererme.

—Antes de irme a la universidad, nos peleamos. Le dije que podía estar dentro o fuera. Le dije que o era lo suficientemente hijo como para que actuara como tal y me dejara llamarla mamá. O no quería nada.

En retrospectiva, toda la pelea había sido impulsiva. Me había invitado a cenar para pasar una velada juntos antes de irme a Bozeman. Pero nos encontramos con uno de mis amigos y sus padres cuando salíamos del restaurante.

La madre de mi amigo había hecho un comentario sobre la necesidad de llamar por teléfono los domingos para dar una prueba de vida a nuestras madres.

Lily no me había pedido que la llamara. No me había pedido que la llamara con regularidad ni que la mantuviera informada sobre mis clases o mis notas. Tal vez sólo se sintió aliviada de que finalmente me fuera. Que el hijo de la mujer que había arruinado su matrimonio estuviera en otro condado.

Todo lo que yo había querido, como adolescente a punto de irme de casa, era llamar a mi madre los domingos si echaba de menos mi hogar.

Ni una sola vez en mis cuatro años de universidad había llamado a Lily un domingo. Ni ningún otro día.

—Ella tomó su decisión —le dije a Sasha—. Y no he hablado mucho con ella desde entonces.

—¿Te dijo que siguieras llamándola Lily? —Sasha preguntó.

—Sí.

Apretó la mandíbula y se levantó del taburete para tomar mi plato y el suyo y llevarlos al fregadero. Los platos sonaron y repiquetearon mientras los enjuagaba, y luego prácticamente los tiró al lavavajillas. Luego dio lo cerró de golpe y se volvió con los brazos cruzados sobre el pecho.



—Eso no está bien, Jax.

Sentía el pecho demasiado apretado. Su rabia por mí hacía que me costara respirar.

—No, no lo está.

—Fui amable con ella en el hospital. Después de que salieras enfadado, fui amable porque me sentí mal por ella porque estabas siendo un idiota. Ahora desearía no haber sido amable.

Había visto a Sasha enfadada, siempre conmigo. Era adorable la forma en que sus mejillas se sonrojaban. Hermosa, realmente, especialmente cuando esa ira no estaba dirigida en mi dirección.

—Puedes ser amable con Lily.

Se burló.

—De ninguna manera.

Dios, ella era algo. Sonrojada y agotada y absolutamente ahogada en mi sudadera.

—Dime una mentira.

Seguía echando humo mientras se apoyaba en la encimera.

—Desayunar para cenar es asqueroso. Tu turno.

—Te ves horrible con esa sudadera.

El cumplido suavizó su ceño, pero no lo hizo desaparecer. No del todo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no levantarme de mi asiento.

No besar ese ceño fruncido de su cara.

Excepto que ese no era el punto de la cena de esta noche. Ese no era el objetivo de nada de esto. Así que en lugar de besarla, recogí uno de los folletos que había traído del camioneta y lo abrí por la primera página.



CAPÍTULO 13

SASHA

123



Respiré hondo, levanté la mano y llamé a la puerta de Jax. Llevaba con el pulso acelerado, bueno... todo el día. Desde que entró en mi despacho esta mañana y me invitó a otra cena.

Tenía una excusa preparada. Un dolor de cabeza. Pero antes de que pudiera decirle la mentira, me lo pidió por favor.

«¿Por favor? Cena conmigo.»

No tenía que decir por favor para cenar con una mujer, ¿verdad? La mayoría probablemente saltaba ante la oportunidad de compartir una comida con Jax Haven. Aparte de eso, no me había pedido mucho en el último mes. No me había presionado por nada, ni siquiera por mi tiempo.

Así que ahí estaba yo, de pie en su porche, con el corazón latiéndome tan deprisa que me preocupaba que se me saliera del pecho.

Giré el pomo y allí estaba él, con un paño de cocina en la mano y una sonrisa en la cara. Una sonrisa que me robó el poco aire que me quedaba en los pulmones.

—Oye, tú.

Se me revolvió el estómago.

—Hola.

Dios, era una idea estúpida. Estaba guapísimo. Llevaba el cabello revuelto y le sobresalía en ángulos extraños. No se había afeitado esta mañana, y la barba incipiente de su mandíbula era más sexy de lo que era seguro para mi bienestar.

—¿Tienes hambre? —preguntó, apartándose para que yo entrara.

—Sí. —Me moría de hambre. Las náuseas con las que había luchado por las tardes durante el primer trimestre habían desaparecido. Un apetito insaciable parecía haber tomado su lugar, y estaba hambrienta. Los olores del tocino, el arce y la vainilla me hacían rugir el estómago.

Jax me sostuvo el codo mientras me descalzaba en la alfombra de la entrada.

Hasta ahora, la primavera había sido húmeda y fangosa. Pero nunca me había importado la lluvia. Todas las mañanas de la última semana me había despertado con el murmullo musical de las gotas sobre el tejado de hojalata de la cabaña.



—Entra. —Me hizo un gesto con la barbilla para que le siguiera a la habitación abierta, donde había un fuego ardiendo en la chimenea.

Jax se dirigió a la cocina, donde una sartén chisporroteaba con patatas fritas. Los jeans le caían por las piernas hasta los pies.

Estaba relajado y despreocupado. Era magnético. No podía apartar los ojos de su camiseta negra lisa que se extendía por sus anchos hombros y su fuerte pecho, tensando los bíceps.

—¿Panqueques está bien? —preguntó.

—Claro. —Me senté en un taburete de la isla y observé cómo se movía por el espacio, hipnotizada por la elegancia de un cuerpo tan grande.

—No te he visto mucho últimamente —dijo. Era sólo una afirmación, sin ningún atisbo de acusación en el tono.

No lo había evitado a propósito, pero tampoco lo había buscado exactamente. Sobre todo porque estaba embarazada de tres meses y medio.

Y a los tres meses era cuando las parejas solían empezar a hacer anuncios.

No estaba preparada para hacer anuncios, todavía no.

—Ha estado ocupada en el trabajo. —No es del todo mentira.

Con Indya aún de baja por maternidad, había mucho que hacer. Las reservas empezaban a aumentar con el tiempo primaveral, y el complejo estaba más ocupado ahora que desde las vacaciones.

Al igual que la primera vez que me mudé a Montana, el trabajo había sido mi salvación durante el último mes. Me daba una excusa para ignorar el desastre que era mi vida personal.

Todas las mañanas entraba en la oficina sobre las seis, y si volvía a casa a las siete, era para irme a dormir temprano. Ya fuera por el embarazo o por las largas horas de trabajo, cuando cruzaba la puerta de la cabaña solía estar tan agotada que no tenía tiempo de preocuparme por el bebé. O Jax. O Eddie.

Ignorar los problemas era mi nuevo truco. Y si alguna vez me fallaba, siempre me quedaba mi fiel recurso. *Finge hasta que te rompas.*

La gente del trabajo creía que tenía las cosas claras. La broma era para ellos.

—¿Te sientes bien? —Jax preguntó por encima del hombro.

Asentí.

—Estoy bien.

—Cita con el médico mañana.

—Sí. A la una. Si no quieres venir...

—Allí estaré.

El alivio fue asombroso.



Quizá aún no estaba segura de cómo afrontar todo esto. Probablemente sería una pésima madre. Excepto que estaba sucediendo. Estuviera preparada o no, estaba pasando.

Hasta ahora sólo había tenido una cita médica. Tan pronto, iría una vez al mes. Mañana, no podía ignorar la realidad. Y si él venía conmigo a la cita, al menos no estaría sola.

En caso de que algo malo sucediera, por una vez, no quería manejarlo sola.

—Gracias —dije—. Y gracias por hablar con Lily sobre un nuevo médico.

—De nada. —Abrió la puerta del horno y sacó una bandeja forrada con papel de aluminio y tocino crujiente.

No nos reuniríamos con la ex-novia Robin mañana. La contrapartida era que ahora mi médico era un hombre. Nunca había tenido un médico varón, pero me lo habían recomendado mucho, y también había sido el médico de Indya en durante su embarazo. No es que le hubiera preguntado a Indya por su experiencia. Todo esto era información de Lily.

Creí que la odiaba por lo que le hizo a Jax. Tal vez. Tal vez. Sería más fácil odiarla si no fuera tan... agradable.

¿Por qué tenía que ser amable? Cada vez que había hablado con Lily, había sido dulce y amable. Había venido al complejo a visitar a Indya o a West, y siempre se había preocupado de pasar por mi despacho y saludarme.

Antes de que Jax me contara su historia, Lily me agradaba. Mucho. ¿Ahora? *Odio* era una palabra muy fuerte. Y probablemente me había pasado con mi reacción la noche que Jax me contó toda la historia.

Pero ser madre no siempre era cuestión de sangre.

Lily había hecho la elección equivocada. Debería haber elegido a Jax.

Si yo fuera él, tampoco habría hablado con ella. Con un poco de suerte, no volveríamos a cruzarnos con ella en el hospital.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

—No. Yo me encargo.

Mientras cocinaba, tuve la oportunidad de estudiar más a fondo su casa. Desde los cálidos armarios verde bosque hasta las encimeras de granito salpicadas de oro. La isla era enorme y separaba la cocina del salón abierto.

Los muebles de cuero crudo eran claramente caros, pero también acogedores. Los arañazos aleatorios del sofá le daban carácter y encanto. Tenía un estilo similar al de la cabaña, rústico pero moderno. Pero había algo en su sofá que me atraía más que en el mío. Quería acurrucarme bajo su manta a rayas negras y cafés, empaparme del calor de la chimenea y dormir diez horas seguidas.

Bostecé, incapaz de contenerlo.



—¿Cansada? —preguntó Jax mientras sacaba dos platos de un armario.

—Sí. Estoy muy cansada en este momento.

Tarareó, terminando nuestra cena. Cuando puso un plato lleno delante de mí, se me desorbitaron los ojos.

—Esto es más de lo que podré comer.

—No pasa nada. —Levantó una mano y me apartó un mechón de cabello de la sien.

Sentí un hormigueo en la piel cuando sus dedos se posaron en la concha de mi oreja. Luego su mano desapareció y no pude recordar cómo respirar.

Eché sirope sobre sus panqueques mientras yo forzaba una inhalación.

¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué quería de mí? ¿Qué quería yo de él?

Ni idea. Pero me gustaba que me tocara. Me gustaba que fuera cariñoso. Aunque fuera confuso e imprudente y sólo complicara las cosas más de lo que ya estaban.

Me gustaba estar aquí, en esta isla, volver a desayunar para cenar.

Tal vez no debería haber ignorado tanto durante el último mes. Era fácil volver a este taburete. Me gustaba que fuera fácil estar aquí, cerca de él.

Pero así eran todos en su vida, ¿no? A la gente le gustaba Jax; caían en su órbita. Yo solo era otra de esas personas. La que por casualidad iba a tener a su bebé.

—Cuéntame una historia —me dijo.

—¿Qué clase de historia?

—Cualquier cosa. —Me dio un codazo con el suyo, dedicándome una sonrisa juguetona—. No hemos hecho un gran trabajo en el último mes para conocernos, ¿verdad?

—No, supongo que no. —Todavía no había acusación en su tono.

Quizá porque él también podría haberme localizado. Tal vez yo no era la única que no estaba segura de cómo navegar por esto. Tal vez yo no era la única feliz de ignorarlo por un tiempo.

—Fui reina del baile en mi último año del colegio —dije.

—Ah. —Sonrió satisfecho—. Eras la chica popular.

—Bastante. Y era animadora.

—¿Saliendo con el mariscal de campo estrella del equipo de fútbol? —bromeó.

—Sí. —Mi sonrisa se atenuó.

¿Cuándo fue la última vez que pensé en el colegio? ¿En la chica que solía ser?

Aquella había sido una vida diferente. La niña que había llevado vestidos de baile y tiaras no había sobrevivido a la muerte de sus padres.



¿Dónde estaría yo si mamá y papá siguieran vivos? ¿Qué habría pasado conmigo y Eddie? Tal vez habría sido exactamente igual. Tal vez no.

Pero dudaba que estuviera en Montana. No habría conocido a Jax. No estaría teniendo un bebé.

Vueltas. Ahí estaba el mundo de nuevo, dando vueltas.

—Cuéntame un secreto —me dijo.

Por una vez, no tuve que pensar mucho.

—Ayer pillé a Tara besándose con Reid en el pasillo.

—¿Qué? —La mandíbula de Jax cayó, su tenedor congelado en el aire—. ¿Reid? ¿El chef Reid? ¿Y Tara?

—Sí.

Tara había trabajado en el albergue durante años como ama de llaves y luego como subdirectora. Era fogosa pero honesta. Cuando empecé a trabajar en el complejo, respondió encantada a mis preguntas y me dio la bienvenida al equipo.

Al principio, Reid había sido bastante irascible, no quería recibir órdenes mías cuando llevaba tanto tiempo a las órdenes de Indya. Pero al final nos entendimos. Yo le dejaba hacer su trabajo y él se dio cuenta de que, cuando le hacía sugerencias, simplemente intentaba hacer el mío.

—No sé cómo me siento con esto. —Jax dejó el tenedor y se pasó una mano por el cabello—. Tara es como mi tía. Ha trabajado en el albergue toda mi vida. Es la mejor amiga de Lily. Adoro a Tara. Y Reid es, bueno... Reid. Es un bastardo gruñón la mayoría de los días. Siempre discuten. Me imaginé que no se gustaban.

Me encogí de hombros.

—Tal vez esas discusiones son el juego previo.

—Puaj. Ahora no puedo quitarme de la cabeza la imagen de ellos juntos. —Hizo una mueca—. Es como pensar en tus padres teniendo sexo.

—Lo siento. —Me reí.

—Guarda ese tipo de secretos para cuando no estemos comiendo. —Se rio entre dientes, volviendo a sumergirse en su comida.

—Tu turno.

—¿Secreto o historia?

Me encogí de hombros.

—Tú eliges.

Jax tarareó mientras masticaba. Luego volvió a dejar el tenedor y se giró de lado para mirarme.



—Cuando era niño, solía imaginarme a mi madre apareciendo. Me pedía perdón por haberme dejado aquí, pero que estaba ayudando a otros niños de todo el mundo que no tenían un lugar seguro donde vivir como yo en el rancho.

—Jax. —No estaba segura de qué decir. Tampoco era un secreto que esperaba.

—He estado pensando mucho en ella últimamente. Desde que hablamos de ella. Nunca hablo de ella. Con nadie.

Excepto conmigo. Había confiado en mí.

—¿Tienes idea de dónde está?

—Sí. —Movié el tenedor para pinchar sus huevos revueltos—. No salvando a los niños de todo el mundo. Sentí curiosidad hace unos años. Sobre todo quería saber si seguía viva. Así que contraté a un investigador para que la localizara. Actualmente cumple una condena de siete años en Nevada por tráfico de drogas.

—¿Q-qué? Dios mío.

—Nadie lo sabe —dijo—. Te agradecería que quedara entre nosotros.

—Por supuesto. —Ni siquiera necesitaba preguntar. Eso no era algo que compartiría sin su permiso.

—Odio las drogas.

—Yo también. —En eso, siempre estábamos de acuerdo.

—Lo siento. No era exactamente la conversación alegre que había planeado. Pero... pensé que deberías saberlo.

Podíamos compartir hechos aleatorios y secretos fáciles. Pero estábamos unidos, para siempre. Deberíamos compartir lo duro y lo pesado también. No podía guardármelo todo para mí, no con Jax.

—Gracias por decírmelo.

—Por supuesto. —Puso su mano en mi hombro, masajeando ligeramente.

Me incliné hacia él mientras seguía amasando con los dedos.

La tensión desapareció de mis músculos. Se me cerraron los ojos y me tragué un gemido.

Dios, tenía unas manos estupendas. ¿Cómo había olvidado eso de nuestra noche juntos? Jax me dio la cantidad perfecta de presión, fuerza y ternura.

¿Era esto lo que me había estado perdiendo todo el mes? ¿Desayuno para cenar y un masaje en los hombros para eliminar el estrés?

—Sabes, si dejaras de evitarme, esto podría convertirse en algo habitual —dijo como si pudiera leerme la mente.

—No te he estado evitando. Sabes exactamente dónde estoy.

—¿Así que esto es culpa mía?

—Básicamente.



Su risita tranquila me llamó a la mentira.

—¿Qué tal si salimos a cenar a el pueblo, Tom...?

Unos golpes en la puerta le impidieron terminar la invitación.

Bajó la mano, se levantó y se dirigió a la entrada.

Deberíamos haber oído acercarse un vehículo. Debería haber habido un destello de luz fuera. Pero supongo que ninguno de los dos habíamos prestado mucha atención a nada más allá del otro.

—Hola —respondió Jax—. Entra.

—Lo siento. —La voz de una mujer llegó desde el pasillo—. Intenté llamarte pero no contestaste.

—No pasa nada.

—Huele bien.—La bella mujer que conducía el Jeep salió cargada con una mochila y se detuvo al verme en la isla—. Oh. Lo siento mucho. Estoy interrumpiendo.

Jax se colocó detrás de ella y me dedicó una sonrisa triste.

—Deberías haberme dicho que tenías una cita. —Se estiró detrás de sí y golpeó a Jax en la tripa.

—No es una cita —dije al mismo tiempo que él dijo:

—Tengo una cita.

Puso los ojos en blanco y se acercó con la mano extendida.

—Hola. Soy Emery.

—Soy Sasha.

Emery era impresionante. Incluso con los ojos enrojecidos y las mejillas manchadas de lágrimas, estaba preciosa. Su cabello caía en gruesas y onduladas hojas alrededor de sus hombros. Tenía una figura esbelta, como un sauce, a pesar de su sudadera cuadrada.

La misma sudadera que había llevado hace un mes en esta isla.

La sudadera de Jax.

¿Por qué llevaba la sudadera de Jax?

—Me alegro de conocerte por fin —dijo—. Jax me ha hablado mucho de ti.

—Encantada de conocerte también —mentí. Tal vez habría sido agradable. Si no llevara su ropa.

Espera. ¿Cuánto le había contado? ¿Sabía que estaba embarazada? Mis ojos se desviaron hacia él y sacudí ligeramente la cabeza.

Uf. Realmente necesitábamos hablar sobre cómo y cuándo íbamos a decírselo a la gente. Pero no con Emery aquí. Y no hasta que supiéramos qué decir.



Todo el mundo sabría que fui la borrachera de una noche de Jax. Todo el mundo se daría cuenta de que era un desastre.

—Siento interrumpir —dijo Emery—. Voy a salir de aquí. Dejaré que vuelvan a su cena.

Abrí la boca, a punto de decirle que estaba bien y que se quedara. Sobre todo porque había estado llorando mucho, por lo que parecía. Pero antes de que pudiera decir nada, Jax le puso las manos en los hombros, masajeándole los músculos como había hecho antes conmigo, y la dirigió hacia un taburete.

Su taburete.

La sentó a mi lado, dobló la esquina de la isla y encendió los fogones.

—¿Cuántos panqueques?

—Dos —dijo, abandonando su asiento—. Pero puedo hacerlos yo misma. Termina de comer.

—Yo lo haré.

—Fuera. —Le echó de la cocina y se puso a trabajar, mezclando masa para panqueques en un cuenco.

Emery se movía por la cocina con la misma facilidad que Jax. Sabía dónde estaba cada cosa, desde la mezcla para panqueques hasta un batidor, pasando por un plato o un cuenco.

Cuando la mezcla de panqueques estuvo en la sartén, puso un plato en el espacio junto a Jax, apoyado en la encimera.

—¿Qué te parece la cabaña? —me preguntó—. ¿No es bonita?

—Muy bonita.

—Deberías haberla visto antes de que Jax hiciera su magia. Este lugar también. Hablando de un par de basureros.

—Oye. —Jax le acarició la punta de la nariz—. No era un basurero.

Emery le apartó la mano.

—Era un basurero total. Puedo probarlo también.

Jax gimió mientras ella sacaba su teléfono.

—Aquí vamos con las fotos.

—Cree que hago demasiadas fotos. —Pasó el dedo por el teléfono y se apartó de su alcance cuando él intentó arrebatárselo. Cuando encontró la que buscaba, me mostró la pantalla—. ¿Ves? Una basura total.

Era vieja pero no horrible. No era peor que lo que alquilaba en el pueblo.

—Voltea tus panqueques, Hill.

—No me des órdenes, Haven. —Emery le sacó la lengua, luego fue a la estufa para voltear sus panqueques.

No era exactamente coqueteo. No parecía haber ni una pizca de química entre ellos. Los toques juguetones y las bromas eran sólo... amistad.

Excepto que él había hecho lo mismo conmigo. Las sonrisas. El masaje en el hombro. La sudadera con capucha.

¿Era así como nos veía? ¿Amigos? ¿Estaba leyendo más de lo necesario?

Una relación entre nosotros era imposible. Con el bebé. Con Eddie. Con mi trabajo. Nunca funcionaría. Necesitábamos ser amigos. Seguir siendo amigos.

No debería querer más.

—¿Qué tal el trabajo? —Jax preguntó a Emery.

—Bien. —Se encogió de hombros—. ¿Sabes que la revisión del sistema de archivo que he estado trabajando? Creo que por fin he terminado. Somos oficialmente digitales. Quizá algún día tú también salgas de la edad oscura y te unas al resto de nosotros en la nube.

Se rio entre dientes.

—Sólo si Sasha me obliga.

¿Sabía lo de su sistema de archivo en papel? Claro que lo sabía. Probablemente había pasado mucho tiempo en su oficina. Más que yo.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó.

—Trabajar. Me las arreglé para dar una vuelta esta tarde. Subí a la cresta norte.

La cresta norte. No tenía ni idea de dónde estaba. Pero por la forma en que Emery asintió, lo sabía. Ella probablemente había estado allí también.

Mientras hablaban, me di cuenta de que yo era la tercera en discordia. Era la extraña. Era la observadora silenciosa de una conversación entre amigos.

Un dolor de cabeza floreció detrás de mis sienes. Hora de volver a casa.

—Creo que voy a salir —le dije mientras Emery le echaba sirope a sus panqueques—. Gracias por la cena.

—¿Qué? No. No te vayas. —Sus ojos azules eran suplicantes—. Todavía no.

—Deberían hablar —dije en voz baja, mi mirada se desvió hacia Emery. Si yo me iba, él podría preguntarle por qué había estado llorando.

Suspiró.

—De acuerdo.

—Buenas noches.

—¿Te vas? —Sus ojos se abrieron de par en par, el temor llenando su expresión. O porque se sentía mal por interrumpir, o porque si me iba, entonces Jax la haría hablar de lo que fuera que la había enviado fuera de su casa—. Deberías quedarte.

—Ha sido un día largo. —Rápidamente llevé mi plato al fregadero, luego me despedí con la mano y me dirigí a la entrada.



Jax se unió a mí mientras me ponía los zapatos.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí. Nos vemos mañana. —Abrí la puerta, saliendo a la noche.

Se quedó fuera hasta que llegué a la cabaña, levantando una mano antes de que desapareciera dentro.

Esta estaba bien. Mejor, en realidad. Era mejor así.

Mientras me preparaba para ir a la cama, fingí que esta decepción en mi corazón no era decepción en absoluto.

Jax y yo deberíamos ser solo amigos.

Amigos que iban a tener un bebé juntos. Nada más.

Al fin y al cabo, estaba haciendo esto sola. Tenía que valerme por mí misma. Si dependía demasiado de Jax, bueno... No podía correr ese riesgo. No podía depender de él, no cuando había tanto en juego.

Así que seríamos amigos. Amigos que deberían dejar de comer desayuno para la cena. Amigos que no necesitaban compartir secretos y mentiras.

Amigos. Eso estaba mejor.

Pero ¿cuándo se sentiría mejor?



Querido Eddie,

¿Sabes lo que nunca comimos para cenar? El desayuno. He desayunado para cenar un par de veces últimamente. Panqueques. Tocino. Huevos. Hash browns. Todas las cosas que nunca me tomaba el tiempo de hacernos por las mañanas.

¿Recuerdas cuando cenábamos helado? Sólo helado. Nos quedábamos despiertos hasta tarde y veíamos algún estúpido programa en la tele y nos atiborrábamos de helado. Sólo la idea de Cherry García me revuelve el estómago. Lo llevamos demasiado lejos, ¿no? No sólo con el helado. A veces creo que simplemente no sabíamos cómo parar y reajustar. Nos gustaba tanto algo que nos volvimos locos. Estoy divagando. En fin. Cuando te vuelva a ver, desayunemos para cenar.

S

CAPÍTULO 14

JAX

133



Nos vemos en el hospital.

El mensaje de Sasha me había puesto de los nervios desde que lo envió antes de comer. Podría no ser nada. Tal vez ella sólo quería venir por separado por alguna razón hoy. Pero teniendo en cuenta que habíamos planeado conducir juntos, que en su última cita apenas se había bajado de mi camioneta, no tenía sentido.

Anoche habíamos acordado ir juntos. ¿Por qué el cambio?

Un paso adelante, tres pasos atrás.

Cada vez que pensaba que Sasha se relajaba a mi alrededor, algo la asustaba. Era más asustadiza que un caballo salvaje.

Uno pensaría que después de haber desnudado mi maldita alma anoche, contándole toda esa mierda sobre mi madre biológica, se habría abierto, sólo un poco. *Pero no.*

Por mucho que me expusiera, seguía tan reservada como siempre.

Aunque tal vez nuestra noche habría terminado de manera diferente si Emery no hubiera aparecido.

Quería a Emery. Era lo más parecido a una hermana que había tenido. Pero por el amor de Dios, su sincronización era una mierda.

Debería haberla obligado a irse, pero con lo mal que habían ido las cosas con Calvin, no podía hacerlo.

Hasta que lo dejara, mi casa se había convertido en su espacio seguro.

Eso no me había molestado en lo más mínimo hasta anoche. Eso me hacía un bastardo egoísta, pero daba igual. Quería ese tiempo a solas con Sasha.

No teníamos una relación. Realmente no me gustaban las relaciones. Pero deberíamos tener algo, ¿no? ¿Algo más allá de una cena ocasional y un hijo que tenía la mitad de su ADN y la mitad del mío?

Quizá si Emery no hubiera interrumpido la cena, no estaría de mal humor, aparcando junto al auto de Sasha en el aparcamiento del hospital.

Me dirigí al interior, escudriñando el vestíbulo mientras me dirigía a las consultas de los médicos. No había caras conocidas. Menos mal.



El hecho de que hubiéramos sido capaces de mantener este embarazo en secreto durante tres meses era un maldito milagro en sí mismo. Era hora de contárselo a la gente, al menos a la familia y a los amigos. Me parecía mentira guardarme para mí una noticia tan importante.

¿Estaba Sasha preparada para contárselo a la gente? ¿O quería mantener el secreto? ¿Era por eso que había querido conducir por separado?

Era hora de empezar a contárselo a la gente. Tal vez hoy, después de pasar por esta cita.

Mis botas fueron un ruido sordo en la fina moqueta del pasillo. Me peiné con los dedos varias veces antes de llegar a la puerta del despacho.

La sala de espera estaba muy concurrida. Una madre en un rincón miraba a su hijo jugar en la pequeña zona de juguetes. Otra pareja ocupaba un par de sillas. Una mujer mayor estaba sentada sola leyendo una revista. Y Sasha estaba en la última fila, sentada con las manos recogidas bajo las piernas y lo más alejada posible de los demás.

—Hola. —Tomé asiento junto al suyo y me incliné para besarle la mejilla.

—Ho-hola. —Se puso rígida cuando mis labios rozaron su piel.

¿Qué demonios? Fruncí el ceño mientras me apartaba.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Su mirada se desvió hacia el techo.

—Pensé que íbamos a venir juntos.

—Necesitaba hacer unos recados. Oficina de correos. Gasolinera. —Sus ojos miraron al techo mientras mentía.

—Podría haber conducido contigo. O ir a hacer recados.

Se quedó callada, con los ojos caídos sobre su regazo.

Dejándome fuera. Otra vez.

—Si esto es por lo de anoche...

—No lo es. —Podría decirse que era la peor mentirosa que había conocido.

Era inútil hacerle ver ello, no aquí. Así que crucé los brazos sobre el pecho y esperé en silencio hasta que una enfermera dijo el nombre de Sasha.

Nos pusimos de pie al mismo tiempo y mi mano se dirigió a la parte baja de su espalda. Fue automático. Estaba cerca, así que la toqué.

Volvió a ponerse rígida y aceleró el paso.

¿Qué demonios pasaba?

Mis dientes rechinaron con tanta fuerza que mis muelas crujieron. Luego me metí las manos en los bolsillos de los jeans, no para no sentir la tentación de tocar a Sasha, sino para que no las viera en puños. Seguí detrás de ella y de la enfermera, observando en silencio cómo se subía a la báscula.



—De acuerdo, papá. —La enfermera, una mujer diferente a la de Robin del mes pasado, me indicó que me sentara en la silla de invitados una vez que llegamos a la sala de exploración—. Toma ese asiento.

Papá. Fue la primera persona que me llamaba papá.

Fue un error que la primera viniera de un extraño. Debería haber venido de West o Indya. Cualquiera que no fuera una enfermera que usaba el término porque no se había molestado en aprender mi nombre.

Me senté, con los codos apoyados en las rodillas, y mantuve la vista en el suelo mientras la enfermera medía la tensión arterial y el pulso de Sasha. Cuando nos dejó para ir a buscar al médico, me senté erguido y miré a Sasha.

—¿Qué pasa?

—Nada —mintió de nuevo—. ¿Qué te pasa?

—Estoy de un humor de mierda.

Parpadeó, sorprendida de que yo no hubiera mentido también. Pero no iba a ocultarle la verdad. No quería mentiras entre nosotros. Ella obtendría honestidad, siempre, incluso siapestaba.

Sasha volvió a sentarse sobre sus manos, con la mirada perdida en el suelo. Yo hice lo mismo hasta que el doctor Green llamó a la puerta.

No se molestó en hacer cumplidos. Estrechó la mano de Sasha y luego la mía, presentándose antes de iniciar su breve examen. Hoy no tuvo que cambiarse de ropa, sólo subirse el suéter para que él pudiera escuchar los latidos del corazón del bebé. Luego nos despidió.

No fue frío. Fue mejor que la incómoda visita con Robin. Pero Green fue sucinto. Clínico. No habría sentimientos cálidos y difusos durante estas visitas, ¿verdad?

Cuando salió de la habitación, Sasha saltó de la mesa mientras yo me levantaba.

—Es... diferente —dije.

—Mejor que *Robin* —murmuró mientras se ponía el abrigo.

Mis fosas nasales se ensancharon, pero mantuve la boca cerrada. Sí, Green era mejor que Robin. ¿Había dicho que quería a Robin? No. ¿Todo lo que dijera hoy iba a enfadar a Sasha?

—Tengo que ir al baño. —Se llevó la taza de orina que Green había dejado en el mostrador—. No tienes que esperar.

Me mandado a volar.

—Bien.

Ella salió de la habitación primero, girando a la derecha para ir al baño mientras yo me dirigía a la izquierda hacia la salida.

Un paso adelante. Tres pasos atrás.



En cuanto subí a mi camioneta, golpeé el volante con el puño.

—Maldita sea.

Debería volver dentro. No debería dejar que me empujara. Pero probablemente eso la enfurecería. Así que giré la llave y me fui a casa.

Más tarde. Hablaríamos más tarde.

Cuando llegué al rancho había una fila de camiones aparcados frente a los establos, la mayoría pertenecientes a los guías. Ahora que había llegado la primavera y se había derretido la mayor parte de la nieve, estábamos muy ocupados.

La temporada seguía siendo floja en comparación con la de verano, pero había contratado a tres guías más y los había emparejado con mis empleados experimentados para que aprendieran el oficio en las siguientes semanas.

Harry, uno de los guías que trabajaba todo el año y mi mejor mano con los caballos, levantó la barbilla cuando entré.

—Hola, Jax.

—Harry. ¿Cómo te va?

—Bien. —Señaló a una yegua alazana en un establo—. Iba a dar una vuelta con ella. Uno de los chicos nuevos la montó ayer y dijo que estaba actuando como una mierda. Pensé en dar una vuelta rápida para averiguar si es el caballo o el jinete.

A veces, los caballos sabían que su jinete era novato. Se comportaban de una manera con una persona y de otra totalmente distinta con un jinete experimentado. Pero no me gustaban los caballos engreídos. Si tenía tendencia a portarse mal, bueno... éste no era el rancho para ella.

—Yo la llevaré —dije. No era un caballo que hubiera montado antes. West la había probado antes de comprarla el otoño pasado. Dudaba que tuviera una actitud. Si no, West no la habría comprado.

Cada uno de los chicos que había contratado tenía experiencia en equitación en su currículum. Pero no sería la primera vez que un empleado exageraba sus habilidades. En este momento, yo era más leal al caballo, pero un paseo me daría una mejor idea de la situación.

—¿Seguro? —preguntó Harry.

—Sí. —Un largo y duro viaje sonaba mucho mejor que estar atrapado en mi escritorio—. Déjame buscar mis sombrero y mis guantes.

Me metí en mi despacho y me cambié el abrigo por otro más grueso. Luego me puse mi sombrero Stetson favorito. Recogí un par de guantes de cuero del desorden del sofá y estaba a punto de salir cuando llamaron a la puerta y papá entró.

—Hola —dijo—. Harry dijo que ibas a dar un paseo.

—Sí. ¿Cómo te va?

Se encogió de hombros.

—Esperaba poder acompañarte.

Bueno, mierda.

Si venía papá, querría hablar, y yo no estaba de humor para compañía. Lo que necesitaba eran unas horas para aclarar mi mente. Pensar en Sasha. Pensar qué carajo iba a hacer.

—Papá...

—¿Por favor? Hace siglos que no cabalgas con tu viejo.

Maldita sea.

—Sí. Claro.

—Bien. —Su exhalación fue fuerte, como si hubiera estado conteniendo la respiración—. Voy a ensillar un caballo.

Esperé a que se fuera para quejarme. Entonces dejé atrás mi frustración y salí a buscar mi caballo.

No tardamos mucho en alejarnos del rancho y, cuando llegamos a un claro, empujé a la yegua con los talones y la dejé correr.

Papá mantuvo el ritmo durante un rato, pero disminuyó. Pero yo seguí adelante, pasé junto a una arboleda y doblé una curva que nos llevaba al río. Cuando llegué a la orilla, di la vuelta y regresé junto a papá.

—Bueno, este caballo me parece que está bien —le dije—. Si hubo un problema, tal vez fue una casualidad.

—Es una cosa bonita —dijo papá—. Tiene una buena zancada.

—Sí, la tiene. —Me acomodé para andar junto a papá, respirando hondo. El aire estaba impregnado de hierba, tierra y pino. Olía a hogar.

Olía a Montana.

Le había prometido a Sasha que haría que se enamorara de este lugar. Hasta ahora, había hecho un pésimo trabajo. Aparte de un viaje a la tienda de comestibles, habíamos pasado casi nada de tiempo juntos.

Ya llevábamos tres meses en esto. Si odiaba estar aquí, ¿querría mudarse? ¿Cómo funcionaría?

No podía irse. De ninguna manera. Tal vez no podría convencerla de quedarse en la cabaña para siempre, pero Sasha no podía dejar el estado. No con mi hijo.

—Joder —murmuré, pasándome un guante por la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó papá.

Estuve a punto de mentir. Estuve a punto de ignorarle. En vez de eso, solté:

—Sasha está embarazada.

Papá se balanceó y, por una fracción de segundo, pensé que se caería de la silla.



—Cuidado. —Le tendí una mano, pero ya se había estabilizado.

—Estoy bien. —Sacudió la cabeza—. Sólo me sorprendió.

—Sí, a mí también me sorprendió.

—¿De cuánto tiempo?

—Tres meses.

Parpadeó sorprendido.

—Oh. Yo, eh, no me di cuenta que ustedes dos estaban saliendo.

—No. —Suspiré. No era por falta de ganas. Había perdido la cuenta de las veces que la había invitado a cenar, o que me habían interrumpido antes de poder pedírselo—. Nos enrollamos después de la fiesta.

—Ah. —Papá asintió—. Bueno. Un bebé. Eso es algo bueno.

—Sí. —Era algo bueno, ¿no? Aterrador, seguro. Pero eran buenas noticias. Noticias que uno querría compartir.

Me quité un peso de encima. Siempre había pensado que West sería el primero en saberlo. Pero esto también funcionaba. Puede que papá y yo no fuéramos tan unidos. Nos habíamos distanciado un poco después de que vendió el rancho a Indya. Pero seguía siendo mi padre.

Un resoplido llamó mi atención y miré a tiempo de ver cómo papá se secaba el ojo con la punta del dedo de su guante de piel de ante.

—¿Estás llorando? —Mi corazón se calentó. Sí, estaba llorando. Porque eran buenas noticias—. Contrólate, viejo —bromeé.

—Oh, cállate. —Fruunció el ceño—. Se me permite ponerme un poco emocional a mi edad. Especialmente sabiendo que voy a tener otro nieto.

—¿Lloraste cuando West te contó lo de sus hijos?

—Podría haber derramado una lágrima o dos. Pero nunca lo admitiré si se lo dices. Me pasé un dedo por la boca.

—Mis labios están sellados.

—¿Estás bien? —preguntó papá.

—Ansioso. Emocionado. Asustado.

—Eso suena bastante bien.

—He leído tres libros sobre el embarazo este mes. Sobre todo cuando no puedo dormir. No puedo decidir si lo hace mejor o peor. —Con cada página, me daba cuenta de lo poco que sabía sobre los bebés—. ¿Estabas nervioso? ¿Antes de que West naciera?

Teniendo en cuenta que ni siquiera sabía que mi madre estaba embarazada, sólo podía preguntar por mi hermano.



—Sí, estaba nervioso. Sobre todo por si lo estropeaba todo. Y en retrospectiva, lo arruiné bastante. Pero tú y West son mejores hombres que yo. Así que tal vez hice algunas cosas bien.

Habíamos sido duros con papá en los últimos siete años, ¿no? Demasiado duros.

Cuando vendió el rancho a Indya en secreto, West y yo lo tomamos como una traición. Tal vez era hora de dejar atrás los resentimientos. Para siempre.

Para que cuando mi bebé naciera, no tuviera mi bagaje lastrando su relación con papá.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó papá.

—No. Bueno, Lily.

Parpadeó.

—¿Lily?

—Estaba en el hospital cuando Sasha y yo fuimos a una cita el mes pasado. Pero por lo demás, no se lo hemos dicho a nadie.

—De acuerdo. Lo consideraré un secreto. Hasta que me digas lo contrario.

—Gracias, papá.

—De nada, hijo. —Mientras sonreía, sus ojos volvieron a ponerse llorosos.

—Más lágrimas —bromeé—. ¿En serio?

—Vete a la mierda. —Se rio, secándose los ojos de nuevo—. Sabes, una cosa de la que me arrepiento es de no haber sido más abierto contigo y con tu hermano. No sólo sobre la venta del rancho. Sé que metí la pata al no hablar primero con los dos. Pero todo lo demás también. Supongo que siempre pensé que pensarías que era débil si pedía ayuda. Si admitía que no podía hacerlo todo solo. Estoy trabajando en eso. Trabajando en estar más cerca por si me necesitan.

Había una vulnerabilidad en su voz que nunca había oído de mi padre.

—Te lo agradezco.

Tragó saliva y se aclaró la garganta. Luego ajustó el agarre de las riendas.

—¿Quieres correr?

Antes de que pudiera responder, salió disparado hacia delante, con su risa flotando en la brisa.

Sonreí y conté hasta diez para darle ventaja. Luego chasqueé la lengua y empujé a mi caballo para que me siguiera.

Era rápida. Más rápida que el caballo castrado de papá. Pero la contuve lo suficiente para que papá pudiera ganar.

Una vez que estuvimos en los establos, los caballos salieron a pastar y nuestras monturas colgaron de sus perchas, papá se despidió antes de volver a casa. Pasé el resto

de la tarde poniéndome al día con el trabajo, visitando a los guías y revisando los resúmenes de las actividades de hoy.

El sol se abría paso hacia el escarpado horizonte montañoso cuando me marché a casa. La suave luz del atardecer hacía brillar los colores de la tierra. Los verdes, azules y dorados eran un vívido caleidoscopio, y la primavera no había hecho más que empezar.

Tal vez no tendría que venderle Montana a Sasha. Tal vez Montana haría eso por su cuenta. Convencerla de quedarse.

Su auto estaba aparcado fuera de la cabaña cuando llegué a la casa. Estaba a salvo detrás de sus puertas, donde se escondería el resto de la noche.

Algo que dijo papá en nuestro viaje resonó en mi mente.

«Siempre pensé que pensarías que era débil si pedía ayuda. Si admitía que no podía hacerlo todo solo.»

¿Era por eso que Sasha estaba tan retraída? ¿Tenía miedo de que la viera débil si se apoyaba en mí? ¿O tenía miedo de que la gente la decepcionara? ¿De que yo desapareciera?

No estaba sola en esto. Lo sabía, ¿verdad? Yo estaba aquí.

Tal vez todo lo que realmente necesitábamos era tiempo. Tiempo para que ella viera que yo no iría a ninguna parte.

Aparqué en mi garaje, pero no entré. Recorrí la distancia entre nuestras casas y llamé a su puerta.

Me contestó con el mismo suéter y los mismos jeans que llevaba antes, con el cabello todavía recogido en el moño.

—Hola.

—Hola. Siento lo de antes.

—Yo también lo siento. Estaba de mal humor.

—¿Tregua?

Ella asintió.

—Tregua.

—Siento que Emery nos interrumpiera anoche. Debería haberle dicho que se fuera.

—No. —Sasha suspiró—. Ella estaba mal. Es bueno que tenga un lugar donde ir. ¿Está bien?

—Espero que sí. Él la llamó anoche y se disculpó. Volvió a casa hacia medianoche. Por ahora, se llevan bien. Dudo que dure, nunca dura, pero ya veremos.

—¿Sabe lo del bebé?

—No, no se lo he dicho. Pero hoy se lo he dicho a papá.

Sus ojos se abrieron de par en par.



—¿Lo hiciste?

—Esto no es exactamente algo que podamos mantener en secreto, cariño.

—Lo sé. —Mordió su labio inferior entre los dientes—. Creo que deberíamos esperar un poco más.

—¿Cuánto tiempo es un poco? —¿Unas horas? Seguro. Tal vez un par de días más. Pero al final, no habría más que ocultar esto.

—Hasta la ecografía.

—¿Más de un mes? —Mi voz rebotó en las paredes. ¿Pero qué demonios...? Ya había sido bastante duro ocultárselo a mi familia durante tanto tiempo. ¿Pero otro mes?—. Sasha...

—Por favor, Jax. Sólo hasta la ecografía. Sé que no podemos mantenerlo en secreto para siempre. Pero necesito...

Esperé a que terminara. Cuando no lo hizo, cuando bajó los ojos al suelo, me acerqué más, enganchando el dedo bajo su barbilla e inclinando su cara hacia la mía.

—¿Qué necesitas?

—Es hora de pensar qué decir. —Sus hombros se hundieron—. La gente va a hacer preguntas. No me apetece mucho decirle a mis empleados o a mi jefa, que resulta ser tu cuñada, que tuvimos una aventura de una noche y que se rompió un condón. Suena imprudente.

—Fue una imprudencia. —Me reí entre dientes, dejando que mi pulgar recorriera su mejilla—. Pero eso no significa que sea menos importante.

—Todo cambiará cuando se lo digamos a la gente —susurró.

—Todo ha cambiado ya.

—Lo sé. —La súplica en esos bonitos ojos fue mi perdición—. ¿Por favor? Sólo hasta la ecografía.

La ecografía marcaba la mitad del camino.

—Eso son seis semanas. No un mes —refunfuñé.

Sasha podría no tener cara de póker. Pero maldita sea si no era buena negociando. Era peor que los gemelos de West, que siempre suplicaban cinco minutos más para jugar. Tres minutos más en la bañera. Un abrazo más antes de acostarse.

Tenía la sensación de que si no aceptaba seis semanas, su siguiente oferta sería de ocho.

—Bien —murmuré—. Hasta la ecografía.

En ese momento, al menos sabríamos si íbamos a tener un niño o una Josephine.

—Gracias, Jax. —Una pequeña sonrisa de suficiencia se dibujó en su bonita boca.

Me costó todo lo que tenía no quitársela de la cara.



CAPÍTULO 15

JAX

142



La sala de ecografías era oscura y estrecha. Mi silla estaba apretujada en una esquina y, cada vez que me movía, mis rodillas golpeaban contra la mesa donde estaba Sasha.

—¿Y si no es una niña? —susurró.

¿Por qué estaba tan empeñada en tener una niña?

—Entonces tendremos un niño.

—Obviamente. —Me frunció el ceño—. No sé qué hacer con los chicos.

Ah. Esa era la razón.

—Bueno, yo sí.

Confiaba más en mis habilidades como padre con los niños que con las niñas. Pero en cualquier caso, lo resolveríamos.

Mi confianza no me hizo ganar la sonrisa de Sasha. Seguía preocupada por hacerlo todo sola, ¿verdad?

—Es una Josephine —dije.

—Eso no lo sabes.

—Pronto lo sabremos. —Me moví, intentando ponerme cómodo, pero todas las sillas de este hospital eran condenadamente pequeñas—. ¿Crees que podrían tenernos en una habitación más pequeña?

No era más grande que un armario y, con el equipo de ultrasonidos y la mesa de exploración, apenas quedaba espacio.

—Quizá deberíamos haber ido a Bozeman para esto. —Al menos estaríamos en un hospital más grande para el parto.

Sasha exhaló un largo suspiro y se acarició el vientre con los dedos.

En las últimas seis semanas, su cuerpo había empezado a cambiar. Sus pechos estaban más llenos. Se le había redondeado el vientre cuando se había subido la camisa para el examen con el Dr. Green.

Dudaba que alguien más hubiera reconocido las diferencias, pero pronto no habría forma de ocultar este embarazo. Tal vez una vez que estuviera al descubierto, Sasha finalmente dejaría de esconderse de mí también.



La había invitado a cenar cinco veces en el último mes y medio. Y con cada invitación, ella tuvo una excusa.

«Llevo todo el día con dolor de cabeza.

Pienso trabajar hasta tarde esta noche.

Iba a aparecer en el comedor esta noche y mezclarme con los invitados.

Estoy bastante ocupada.

Estoy agotada.»

Por supuesto, el complejo estaba absolutamente ajetreado ahora que estábamos a finales de mayo. Indya había vuelto de su baja por maternidad, pero sólo trabajaría a tiempo parcial hasta que Grace fuera mayor, lo que suponía mucho trabajo para Sasha.

Pero fue algo más que una apretada agenda lo que le impidió decir que sí.

¿Le emocionaba destrozar mi ego con regularidad? Con cualquier otra mujer, me habría ido. Pasado página. Pero Sasha había estado metida en mi cabeza durante meses.

Y no tenía nada que ver con nuestro bebé.

Me gustaba.

Ni siquiera sabía qué hacer con eso. Hacía años que no me gustaba una chica tanto como para invitarla a salir. Probablemente no desde que Robin era mi novia en la escuela secundaria, y eso había terminado en un basurero en llamas.

El compromiso no era exactamente mi fuerte. No es que estuviera pidiendo un compromiso. Sólo quería... algo. ¿Qué quería?

Para empezar, quería que dejara de negar la química que había entre nosotros. Cuando Sasha estaba en la habitación, era como un imán. Hacía falta un esfuerzo consciente *para no* tocarla. Esto no era una calle de un solo sentido. Ella también sentía esa atracción. Así que tal vez podríamos encontrar un término medio. Podríamos llegar a conocernos, ver lo que estaba pasando aquí, y... algo.

No podía articular ese algo, todavía no. ¿No era ese el objetivo? ¿Descubrirlo?

—Después de esto, vamos a...

La puerta se abrió antes de que pudiera terminar la frase y la ecografista entró con un gráfico.

—¿Sasha Vaughn?

—Sí. —Ella asintió.

La técnica dio un respingo cuando me vio en la silla de invitados.

—Hola, Jax.

—Hola. —Levanté una mano para saludar. ¿Cómo se llamaba? La reconocí por el pueblo, pero no estaba seguro de que nos conociéramos.

Se sentó en un taburete rodante, explicó el proceso y preparó su equipo. Luego hizo que Sasha se levantara la camisa y se bajara la cintura de los pantalones.

—¿Quieres saber el sexo del bebé?

—Sí, por favor. —Sasha respiró entrecortadamente cuando la técnica le echó un chorro de gel frío en el vientre.

Mis ojos se clavaron en el monitor, observando cómo las olas de blanco, negro y gris se arremolinaban hasta que finalmente...

—Joder —susurré. Eso era una cabeza. La cabeza de un bebé. La cabeza de *mi* bebé.

Mi mano encontró la de Sasha.

—Ahí está tu bebé —dijo la técnica, moviendo la varita—. Tiene un brazo y una pierna. Y parece que vas a tener una niña.

El aire salió disparado de mis pulmones al mismo tiempo que Sasha me apretaba la mano con tanta fuerza que me crujían los nudillos.

Me incliné, dejando caer mi cabeza sobre la suya.

—Josephine.

Esa era nuestra niña. En una pantalla, en blanco y negro borroso. Mi hija.

—Déjenme hacerle unas fotos. —La técnica terminó con la varita y limpió el estómago de Sasha. Luego, la impresora del rincón zumbó y sacó una serie de fotos. Se las entregó y se quedó un momento en el ordenador, antes de recoger el historial de Sasha y dirigirse a la puerta—. Felicidades.

En el momento en que la técnica desapareció, el rostro de Sasha se desencajó. Se cubrió la cara con las manos para ocultar las lágrimas, pero no pudo enmascarar el temblor de sus hombros.

—Oye. —Me levanté y me senté en el borde de su mesa, tomándola en brazos. Luego la envolví fuertemente mientras enterraba su cara en mi hombro y lloraba.

Las lágrimas no duraron mucho. Moqueó y se apartó, limpiándose debajo de los ojos.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Le aparté un mechón de cabello oscuro de la cara.

Últimamente llevaba el cabello suelto con más frecuencia. ¿Era porque no quería despeinarse cuando se tumbaba en las camillas? ¿O era porque se estaba relajando y por fin se estaba adaptando al ambiente informal del albergue? Esperaba que fuera esto último.

Sasha se arregló la camiseta y se ajustó la cintura elástica de los pantalones que se había puesto hoy, antes de bajarse de la mesa.

Doblé las fotos de la ecografía con cuidado y me desplazé por la habitación para reunirme con Sasha junto a la puerta.

Me dejó llevarla al pueblo. Esa era mi victoria del día. No me lo tomé como algo personal cuando se quedó callada mientras volvíamos al rancho. Miraba por la ventana



los campos de exuberante verde primaveral y las montañas añiles que besaban un cielo azul despejado.

—Cenemos esta noche —dije antes de llegar al albergue—. Le diremos a Reid que nos prepare un par de hamburguesas con queso o algo así.

—Quizás. —*Sus quizás* eran un código para decir *no*—. ¿Podemos ver cómo va el resto del día?

—Sasha...

Pero ya se había ido, salió del camioneta en cuanto me detuve y desapareció en el albergue sin mirar atrás.

—Carajo. —Me froté la mandíbula con una mano y puse el camioneta en marcha.

Antes de dirigirme al pueblo para la ecografía, me había asegurado de que todo lo relacionado con los guías estaba cubierto por ese día. Así que en lugar de ir a mi oficina de en los establos, atravesé el rancho en auto, siguiendo caminos de tierra hasta encontrar a mi hermano.

—Hola. —Levantó la barbilla cuando salí de mi camioneta aparcada junto a la suya.

—Hola. ¿Qué haces?

El olor metálico a gasolina de un motor de motosierra de dos tiempos llenaba el aire, mezclándose con el olor a pino recién cortado.

—Un par de árboles se estaban acercando demasiado a la valla, así que los estoy retirando. —Se quitó los guantes, se los metió en un bolsillo y se puso las gafas de seguridad en el ala de la gorra de béisbol—. ¿Qué pasa?

Tragué saliva y le entregué las fotos de la ecografía cuidadosamente dobladas.

—Voy a tener un bebé. Con Sasha.

West parpadeó.

Entonces su mandíbula golpeó el suelo.



Antes de que hubiera subido las escaleras del porche a casa de los abuelos, se abrió la puerta.

—Llegas justo a tiempo. —La abuela me abrazó en cuanto estuve lo suficientemente cerca—. La cena está casi lista.

Apenas eran más de las cinco. Normalmente, comería a las seis y media o a las siete. Pero después de mi conversación con West, estaba emocionalmente agotado, y la comida reconfortante de la abuela sonaba como una maldita buena idea.

—¿Trabajando hoy? —preguntó mientras recorríamos los pasillos de la granja donde ella y el abuelo habían vivido durante décadas.

—Sí. Salí un rato con West.



Después de que se hubo recuperado de la conmoción, él me abrazó.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había necesitado un abrazo.

Después pasamos unas horas cortando los árboles que había talado y quitando troncos de la valla, mientras le contaba lo que había pasado en la fiesta de enero. Y todo lo que había pasado desde entonces.

Decírselo a papá había aliviado parte de la carga. Pero hablar con West era lo que necesitaba.

No me había agobiado con consejos. No me había hecho muchas preguntas. Se había limitado a escucharme y a dejarme hablar. Me había dejado expresar mis miedos y contar mi historia y, cuando terminamos, me dio la mano y me dijo que sería un buen padre.

Quería mucho a mi hermano.

—He hecho un guiso —dijo la abuela cuando llegamos a la cocina. Olía a cebolla, hamburguesa y ajo—. Es una receta nueva.

—¿Es esa mi advertencia?

—Ha estado experimentando mucho. —El abuelo salió del salón y me tendió la mano para estrechármela—. Tuve diarrea durante dos días después de la última cazuela.

—Alan —regañó la abuela mientras se ponía dos guantes de cocina—. A eso le llaman compartir de más.

—No me importa cómo lo llamen, Sarah. Es la verdad. Nunca volveré a comer atún.

La abuela levantó una mano, probablemente para darle el dedo medio al abuelo, aunque ninguno de los dos pudimos verle los dedos.

—Jax, agarra un cubierto. Luego, tomen asiento los dos.

—Sí, señora. —Me reí entre dientes y seguí sus órdenes, apartándome de su camino mientras buscaba un plato en el armario y cubiertos en el cajón.

A la abuela le gustaban las servilletas de tela. Esta noche había sacado el juego de mantelería que le compré por Navidad, así que busqué un tercio a juego y me senté a la mesa junto al abuelo.

El comedor estaba empapelado de rosas. La mesa de roble estaba arañada y abollada por cincuenta años de uso. Mi silla crujía ligeramente bajo mi peso, pero en cuanto me senté y la abuela sacó la cazuela, me sentí como en casa.

Esta casa me era tan familiar como la mía propia. Formaba parte de mi infancia tanto como la casa de papá.

Después de que Lily y papá se divorciaran, la abuela había asumido el papel de madre. Las noches que papá estaba ocupado en el centro turístico, yo pasaba las tardes aquí. Ella me leía libros. El abuelo me enseñó a jugar a las cartas. Y hasta que fui adolescente, su habitación de invitados me había pertenecido.



La próxima vez, tal vez traería a Sasha. Nunca había llevado a una mujer a casa de mis abuelos, pero harían un espectáculo.

La abuela usaría la vajilla de su conejera. Combinaría los platos con sus servilletas bordadas más elegantes. Y prepararía mi asado favorito con galletas caseras.

El abuelo sacaría los viejos álbumes de fotos, repletos de imágenes en blanco y negro y sepia del albergue en sus inicios. Le contaría historias de los viejos tiempos y, como éramos cuatro, se ofrecía a enseñarle pinacle.

—Tengo una noticia —les dije una vez que habíamos bendecido la mesa y nos habían servido los platos—. ¿Conocen a Sasha? Trabaja en el albergue.

—La salvadora. —La abuela se rio—. Así la llama Indya. Parece que hace un gran trabajo dirigiendo el complejo.

—Sí, lo hace.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó el abuelo.

—Está embarazada. Vamos a tener un bebé.

La abuela parpadeó.

—O-oh. No me había dado cuenta de que eran pareja.

—Bueno, no lo somos exactamente.

La sala se quedó en silencio.

La abuela y el abuelo compartieron una mirada agria.

Espera, espera. ¿Estaban realmente molestos por esto? No estaba seguro de lo que esperaba al decírselo esta noche, pero desde luego no era una decepción tan madura que pudiera marchitar las rosas del papel pintado.

—Bueno, eso es una noticia. —El abuelo se aclaró la garganta—. ¿Se van a casar?

—No.

Arqueó una poblada ceja gris mientras el ceño de la abuela se fruncía en su curtido rostro. Ella volvió a comer primero. El abuelo hizo lo mismo.

Todo mientras me sentaba a verlos masticar y evitar mirarme por completo.

¿Qué carajo? ¿Cómo era esta su reacción?

¿Era por esto que Sasha había sido tan inflexible en no decirle a la gente? Gracias a Dios que no estaba aquí esta noche.

Los modales me mantuvieron en mi asiento. Los modales me hicieron comer. Los modales me enviaron al fregadero para enjuagar mi plato y meterlo en el lavavajillas.

Me costó un esfuerzo no fruncir el ceño cuando les di las gracias por la cena y salí de la casa, sin quedarme a comer el postre de tarta de manzana.

Maldita sea. No habían mostrado ni una pizca de emoción. Ni curiosidad para preguntar por la fecha de parto de Sasha. No les importó preguntar si era niño o niña.



Mis abuelos eran chapados a la antigua. Yo respetaba su forma de ver la vida. Pero por primera vez en la mía, me decepcionaron.

Mi frustración fue en aumento a medida que volvía a casa. Cuando llegué a mi casa, tenía ganas de darme la vuelta y llamarles la atención. Pero aparqué en el garaje y me dirigí a casa de Sasha.

Si mis abuelos iban a estar decepcionados conmigo esta noche, también podría incluir a Sasha en esa lista. Nuestro secreto había salido a la luz, le gustara o no.

Mi golpe fue más de puño que de nudillo.

Cuando abrió la puerta, seguía vestida con su ropa de trabajo. Aún llevaba los zapatos puestos, así que debía de acabar de llegar a casa.

—Hola.

—Se lo dije a West. Y a mis abuelos en la cena.

—Oh, de acuerdo. —Sus hombros se hundieron, el alivio suavizó sus ojos—. Gracias.

—Me imaginé que te enfadarías.

—No. Tenías razón. No deberíamos haberlo mantenido en secreto tanto tiempo.

La miré de reojo y le puse el dorso de la mano en la frente.

—¿Te sientes bien? Porque ha sonado como si hubieras dicho: «Tenías razón».

Una sonrisa se dibujó en su boca.

—Me retracto.

—Demasiado tarde. —Le di un golpecito en la punta de la nariz, el enfado de antes desvaneciéndose en la noche—. West te felicita. Estoy seguro de que se lo dirá a Indya, así que la espero en tu despacho mañana por la mañana.

—De acuerdo. Gracias por el aviso.

—De nada. —Me di la vuelta para marcharme, para darle el espacio que tan claramente deseaba, pero me detuve antes de llegar a casa, girándome para mirarla.

Llevábamos meses pasando de puntillas el uno por el otro, y estaba tan jodidamente harto que podía gritar.

Quizá fuera por la reacción de los abuelos. Me habían sorprendido tanto que perdí la calma. O tal vez porque, por una fracción de segundo, cuando el abuelo me había preguntado si Sasha y yo nos íbamos a casar, había querido decir que sí.

Yo, el tipo que rehuía el compromiso, había contemplado la idea del matrimonio. ¿Qué estaba pasando?

Tal vez en lugar de luchar, debería ir por todo. Exponerlo todo y ver dónde aterrizamos.

—Robin me dijo una vez que era muy lanzado. Siempre me pareció una afirmación graciosa, teniendo en cuenta que entonces era mi novia. Pero me lanzo de lleno cuando



veo algo que quiero. Y si la situación fuera diferente, si no estuvieras embarazada, estaría tanto en tu cara que nunca podrías librarte de mí.

Sasha tragó saliva.

—Jax.

Me acerqué a la puerta, inclinándome hacia ella. Nuestras miradas chocaron, azul buscando marrón.

—Tengo miedo de presionar contigo. Tengo miedo de alejarte. Pero maldita sea, Sasha, quiero presionar.

Me miró fijamente durante un largo rato, con los ojos muy abiertos y desprevenidos.

—Tal vez necesito que me presionen.

La comisura de mi boca se levantó.

—Cuidado. Si me das permiso, te quedarás conmigo.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Eso es lo que espero.

Así que mi suposición había sido correcta. Tenía miedo de ir sola.

—Es una promesa, cariño. —Apreté mi mano sobre su muñeca y tiré de ella hacia fuera.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa. Te haré la cena.

—Dijiste que ya habías cenado con tus abuelos.

Acerqué mi mano a la suya, entrelazando nuestros dedos.

—¿Eso significa que no puedo *hacerte* la cena?

Eso me valió un sonrojo.

—Supongo que no.



CAPÍTULO 16

SASHA

150



Jax estaba en su cocina haciéndome un sándwich de queso a la plancha.

No me gustaba el queso a la plancha, algo que le había dicho el día que nos conocimos en el supermercado. Algo que él recordaba. Pero me había prometido que este queso a la plancha sería diferente, así que le seguí la corriente. Sólo por esta vez. Me había dicho que no tenía por qué acabármelo si no me gustaba, y que no heriría sus sentimientos en lo más mínimo.

Así que dejé que me hiciera queso a la plancha —*puaj*.

Mientras él cocinaba, yo paseaba por su salón. Al libro que había en la mesita. Era una guía para futuros padres.

—¿Qué es esto? —Lo levanté para que lo viera.

Se encogió de hombros, de pie junto a los fogones, con una espátula en la mano.

—Oh, sólo algo que he estado leyendo en las noches cuando no puedo dormir.

Yo tenía el mismo libro, aunque para futuras madres, en mi mesilla de noche.

—Puede que esto me asuste —dijo—. Pero nadie puede decir que no he hecho todo lo posible para prepararme.

Mi corazón latía demasiado fuerte. Siempre parecía tan seguro. Tan firme. Emocionado en lugar de ansioso. Tranquilo en lugar de enloquecido. Al principio, había tenido algunos momentos de enloquecimiento, pero hacía tiempo que habían pasado.

—¿Todavía estás asustado?

—Bueno, sí. —Apagó la hornilla, sacando mi sándwich de la sartén a un plato. Luego lo cortó por la mitad en diagonal antes de sacar un tarro de jalea de fresa de la nevera—. ¿Agua? ¿leche? ¿Zumo de naranja?

—Agua. A esta hora de la noche, tendré una acidez miserable si bebo cualquier otra cosa.

—¿Tienes acidez por la noche?

—A veces. —Tomé asiento en la isla mientras él dejaba el plato—. No necesitabas hacerme la cena.

—Quería hacerlo, nena. —Desplazó un taburete hacia la esquina para que estuviéramos frente a frente.

—Gracias. ¿Para qué es la jalea?



—Tu sándwich. Ponlo encima. Pruébalo.

—¿En serio? —Giré la tapa del tarro y extendí una pequeña cantidad en una esquina. Un gemido se escapó al primer mordisco—. No debería estar bueno. No me gusta el queso así.

Sonrió.

—Ese es el límite de mis habilidades culinarias. Desayuno. O queso a la plancha.

—Tomo nota. Mi turno la próxima vez.

—Te tomo la palabra. —Sus ojos se arrugaron a los lados—. Cuéntame un secreto.

—Creo que Tara y Reid están comprometidos.

—¿Qué? —Se sentó derecho—. ¿En serio?

—La semana pasada. Los vi entrar juntos en el albergue una mañana. Él la besó antes de dirigirse a la cocina, y ella se quitó un anillo antes de ir a la recepción.

Jax parpadeó.

—¿Por qué lo mantendrían en secreto?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Tal vez sólo querían guardárselo para sí mismos por un tiempo. Como nosotros.

—Sí. —Su sorpresa se desvaneció en una suave sonrisa—. Como nosotros.

Comí unos bocados más mientras Jax apoyaba los antebrazos en la isla.

—¿Cómo se han tomado tus abuelos la noticia?

—Son... chapados a la antigua.

—Ah. —Así que, no muy bien. Tal vez pensaron que me había quedado embarazada intencionadamente en algún complot para colarme en la riqueza de la familia Haven.

Puede que esté sin plata, pero no quería el dinero de Jax.

—Ya se les pasará —dijo. Sonaba más como un consuelo para él que para mí—. Cuéntame otro secreto.

Levanté el cuchillo, a punto de contarle algún chisme trivial del albergue, pero me detuve.

Jax me había confiado sobre su madre. Sobre Lily. No debió ser fácil para él compartir esos secretos. Sin embargo, lo más personal que sabía de mí era que había pasado unos meses durmiendo en un colchón inflable.

Así que dejé el cuchillo.

—Mis padres murieron cuando volvían a casa de una boda. —No era exactamente un secreto, pero era algo que nadie en Montana sabía—. La boda era de una pareja mayor. Mi padre era instructor en un campo de golf y el novio era su jefe. Yo trabajaba en la tienda de golf ese verano y nos habían contratado a unos cuantos para que



ayudáramos a preparar el banquete. Me quedé un rato después de que llegaron mis padres. Estaban bailando cuando me fui a casa.

Sonriendo. Riendo. Girando. Ajenos a cualquier otra persona en el mundo cuando se tenían el uno al otro.

—Estaban realmente enamorados —dije pasando el nudo que crecía en mi garganta—. Creo que a papá le habría destrozado enterrar a mamá. Y ella no se habría recuperado si hubiera tenido que despedirse de él. Así que, en cierto modo, me alegro de que se fueran juntos.

Incluso si eso significaba dejarme atrás.

—Lo siento.

—Yo también —susurré—. Conducían a casa y chocaron de frente con un camionero que se durmió al volante y cruzó la línea central.

—Putra madre. —Jax siseó.

—No debería haber estado conduciendo. Superaba el límite de horas e iba demasiado rápido. Mamá y papá murieron en el impacto. El camionero murió en la ambulancia de camino al hospital. —Agarré el agua y me tembló la mano al llevarme el vaso a los labios.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó.

—Dieciocho.

Legalmente, una adulta. Legalmente, la persona que tenía que arreglar sus asuntos. Realísticamente, una niña que había perdido a sus padres. Pero nunca me había quejado. Había soportado todas las cargas sin rechistar, incluso cuando casi me habían hecho polvo.

—Han sido diez años extraños —le dije a Jax—. Cada vez que creo que me estoy asentando, algo cambia. Algo me desequilibra.

Quizá por eso siempre me preparaba para lo peor. Porque durante diez años, nunca había conseguido encontrar mi equilibrio. Constantemente me empujaban hacia un lado y, cuando volvía a estar en pie, algo me hacía tropezar.

Volví a recoger el cuchillo y añadí más jalea a mi sándwich. Luego me lo comí muy deprisa para poder dejar de hablar de mis padres.

El cuchillo permaneció en mi mano todo el tiempo.

—¿Por qué viniste a Montana? —Jax preguntó, robando el utensilio de mi agarre.

—Este trabajo. —Sobre todo, este trabajo.

Era una verdad a medias. Pero no estaba preparada para contarle a nadie lo de Eddie. Todavía no. Y especialmente a Jax.

—Estaba trabajando en un centro turístico de California cuando me topé con la oferta de empleo que Indya había publicado en Internet. Cuando envié mi currículum,



estaba segura de que recibiría un correo electrónico de rechazo enlatado. Pero me llamó y tuve que pellizcarme para creer que era real.

—¿No creías estar cualificada?

—La verdad es que no. No comparada con otras personas que se presentaron.

—Te estás vendiendo mal. Fuiste la primera elección de Indya.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Entrevistó a otras tres personas, ¿creo? Dijo que eras la único que la hacía reír.

Probablemente con una broma torpe y sarcástica.

—Sea cual sea la razón, me alegro de que estés aquí. —Jax se levantó y agarró mi plato, ahora vacío, y lo llevó al fregadero.

Lo seguí con mi vaso de agua.

—Yo también.

—¿Incluso si este bebé te desequilibró de nuevo?

—Sí. —¿Estaba asustada? Absolutamente. ¿Nerviosa? Definitivamente—. Esto fue inesperado. Pero no un error. Nunca un error, ¿de acuerdo?

—Fui un error. No necesitas convencerme de que nunca use ese término sobre nuestro hijo.

No, supongo que no.

—Lo siento, la conversación de la cena se puso pesada.

—Hombros anchos, querida. Pónmelo.

Hizo que pareciera tan fácil. Hizo que pareciera que todo estaría bien.

—Sé sincera. ¿Qué te parece el queso a la plancha?

—Me ha gustado.

Entrecerró la mirada.

—¿En serio?

—Sí. —Me tiré del lóbulo de la oreja mientras sus ojos permanecían fijos en mi cara. Era un hábito nervioso que había desarrollado hacia años. Me controlé y solté la mano, pero no antes de que Jax se diera cuenta.

—¿Por qué haces eso? —Donde habían estado mis dedos, los suyos ocuparon su lugar, tirando ligeramente.

Una sacudida recorrió mi espina dorsal y mi respiración se entrecortó.

—Es... un hábito nervioso.

—¿Por qué estás nerviosa?



Por ti. Porque estaba tan cerca. Porque seguía tocándome la oreja. Porque su mirada bajó hasta mi boca, y todo mi cuerpo pareció licuarse.

—Dime una mentira —susurró.

—No quiero que me beses. —Salió tan rápido que no pude evitarlo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba diciendo?

Sacó la lengua para lamerse el labio inferior.

—Cuéntame un secreto.

Sólo me vino a la mente un secreto. Un secreto que realmente, realmente no debería decir. Pero lo hice de todos modos.

—Siempre quiero que me beses.

Se movió tan rápido que jadeé cuando selló sus labios sobre los míos. Aproveché que tenía la boca abierta y me pasó la lengua.

Un gemido rebotó entre nosotros. ¿Era mío? ¿Suyo? ¿Ambos? ¿Importaba? Jax me estaba besando y, por primera vez en meses, no me permití pensar demasiado.

El beso no fue dulce ni suave. Fue duro, casi exigente, como si me estuvieran castigando por no haberle besado en todo este tiempo.

Dios, era bueno en esto. ¿Por qué no nos habíamos estado besando todo este tiempo?

Había razones. Era mi jefe, más o menos. Me iba de Montana, probablemente. Jax era un vaquero playboy, y un enredo romántico sólo rompería mi corazón —definitivamente.

Pero todas esas razones se esfumaron cuando me envolvió en sus fuertes brazos. Me levantó como si no pesara más que una pluma y me dejó sobre la encimera. Luego llevó sus manos a mi cabello, enhebrando sus dedos entre las hebras mientras inclinaba mi cabeza para saquearme.

Un gemido retumbó en su pecho y la vibración me llegó al corazón.

Le rodeé los hombros con los brazos y presioné con los dedos los firmes músculos de su espalda. Era como acariciar mármol caliente.

Ese aroma fresco y masculino me envolvió mientras saboreaba su sabor. Era mejor de lo que recordaba. Mucho, mucho mejor.

Deberíamos habernos besado todo este tiempo. Todo este tiempo.

Gemí cuando me chupó el labio inferior, metiéndoselo en la boca. Me moví sobre la encimera, acercándome más y ensanchando los muslos para que él pudiera colocarse entre ellos. El deseo se me enroscaba en el vientre, un latido palpitante que florecía a medida que se acumulaba el calor.

Tal vez fueron las hormonas del embarazo. O tal vez fue sólo Jax. Ningún hombre vivo me había excitado tan rápido.

Antes de que estuviera preparada para el final del beso, gruñó y apartó la boca.



Jadeábamos, con la respiración entrecortada y el pecho agitado, mientras nos mirábamos fijamente.

Sus manos seguían en mi cabello. Las mías seguían encerradas detrás de su cuello.

—Voy a llevarte a mi habitación. —Había algo oscuro en su voz. Una amenaza. Una promesa—. Voy a hacer que te corras tan fuerte que grites. Voy a hacer que nuestra noche de enero parezca un juego previo. A menos que me digas que pare. Ahora mismo.

—No pares.

Mañana sufriría las consecuencias. Mañana, me reprendería por ser tan débil. Mañana encontraría una excusa decente para que esto no volviera a ocurrir.

Pero esta noche, solo quería a Jax.

—Última oportunidad, Sasha.

No esperé a que me besara. Tiré de él hacia mí hasta que su boca estuvo sobre la mía.

Hizo exactamente lo que me había advertido, me bajó de la encimera y me llevó por el pasillo hasta su dormitorio, sin romper el beso ni una sola vez.

Las luces estaban apagadas, como la última vez. Quizá algún día viera el dormitorio de Jax en color, pero esta noche solo había negros y grises y un tenue destello de plata que se colaba por la ventana.

Me tumbó en la cama, con los codos apoyados en mi cara mientras me mordisqueaba la comisura de los labios. Era cuidadoso con su peso, suspendido sobre mí. Pero sus caderas cayeron sobre las mías y, en el momento en que hizo chocar su excitación contra mi centro, casi me caigo de la cama.

—Sí. —Cada nervio vibraba de anticipación. Mi cuerpo palpitaba, de la cabeza a los pies, su ritmo como pidiendo *más, más, más*.

Mis dedos se movieron entre nosotros, tirando de su camisa hasta liberarla de la cintura de sus jeans. Entonces empecé con los botones, torpemente gracias a la frenética energía de las yemas de mis dedos. Pero conseguí desabrochárselos todos, de abajo arriba, y empujé el algodón hasta que le quedó por encima de los hombros.

Mi victoria duró poco. Llevaba una camiseta de algodón debajo. Me estorbaba. Cuando necesitaba el calor de su piel, esta maldita camiseta me estorbaba.

Jax nos separó, llevándose la mano a la nuca para arrancarse la camiseta mientras yo me intentaba sentar, aferrándome al dobladillo de mi suéter. Él fue más rápido, su camiseta voló por encima de su hombro hasta el suelo. Me tiró del suéter por encima de la cabeza con un silbido y aterrizó con un *plop*.

Luego, la música para mis oídos: el tintineo de la hebilla de su cinturón. El sonido que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Un sonido que no había olvidado desde enero.



—Jax. —Mis manos se dirigieron a su pecho, presionando la piel suave y el músculo duro mientras subían por sus abdominales de tabla de lavar hasta su pecho. Sus pezones eran pequeños.

Les di un golpecito a ambos con los pulgares, ganándome un silbido entre sus dientes apretados.

—Jugaremos más tarde, nena. —Su voz era grave y áspera cuando se dirigió a mis pantalones, tirando de ellos y de mis bragas por encima de mis caderas, arrastrándolos fuera de mis piernas, centímetro a centímetro tortuoso.

Me había visto desnuda. Me había visto la barriga. Pero un repentino arrebató de timidez me hizo envolverme el estómago con los brazos.

—Sasha. —Me frunció el ceño, me agarró de las muñecas y me levantó las manos para ponerme los pechos—. Quítate ese sujetador, nena.

Dejó caer un beso sobre mi ombligo, un gesto tan dulce como sexy. Pero antes de que pudiera desabrochar el broche de mi sujetador, su boca bajó, provocando una oleada de cosquilleos en mi piel.

—Sujetador, Sasha.

Cierto. Tenía trabajo que hacer. Me incorporé, desabrochando el respaldo, y luego lo deslicé por mis brazos. Mis pezones estaban duros, desesperados por su boca.

Se echó hacia atrás y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus suaves labios.

—Estás jodidamente guapa, desnuda en mi cama.

El calor se apoderó de mis mejillas y el latido de mi corazón se convirtió en un dolor.

—Acuéstate.

Obedecí, con el corazón martilleándome cuando su rodilla golpeó el borde del colchón.

No buscó su mesita de noche.

—Jax. ¿Qué pasa con...? —Tragué saliva—. ¿Necesitamos...?

—¿Un condón?

Asentí.

—¿Has estado con alguien?

—No.

—Bien. —Pasó su lengua por la curva de mi pecho—. Yo tampoco.

—Oh, gracias a Dios. —Suspiré y me zambullí en su cabello, abrazándolo a mí mientras me chupaba un pezón, con la mente en blanco mientras sus dientes raspaban mi piel.

Me estrechó entre sus manos, apretando y chupando hasta que el dolor se unió al placer.



Me retorcí debajo de él, arqueando las caderas hacia su polla. La tenía dura y gruesa contra mi pierna, y no estaba donde yo quería que se quedara.

—Necesito sentirte dentro.

—Todavía no. —Me besó el esternón y luego rozó con sus labios la curva de mi vientre. Por un momento, pensé que se detendría ahí, pero cuando me separó las rodillas, un destello de pánico me hizo abrir los ojos y levanté un brazo.

—Jax, yo...

—¿Confías en mí? —preguntó con los ojos entrecerrados.

Tragué saliva pero asentí.

Eso me valió otra sonrisa burlona. No debería ser sexy. No debería. Mi coño se apretó.

Entonces mis pensamientos se disolvieron cuando arrastró su lengua por mi raja, y me desplomé de espaldas, llevándome las manos a la cara.

¿Por qué me daba vergüenza? Estaba ahí abajo y me sentía bien, tan *bien*, pero él estaba ahí abajo y yo estaba empapada. ¿Era normal estar tan mojada?

Cerré los ojos, intentando relajarme, pero me puse rígida mientras me besaba y me lamía con la lengua. *Relájate. Relájate.* ¿Por qué no podía relajarme? A todas mis amigas les encantaba esto. Siempre presumían cuando encontraban a un tipo que se la chupaba. Había sido raro. Para todas nosotras.

Una tarea, no un juego previo. Era lo que un hombre hacía para garantizar que lo follaran.

Nunca me había corrido así. Pero lo había fingido.

Excepto que Jax tarareó contra mí, el sonido era puro placer.

—Sabes tan jodidamente bien, nena.

¿De verdad? Volvió a lamerme antes de meterme un dedo.

Jadeé y abrí los ojos.

—¿Bien?

—Bien —jadeé.

Jax pasó su lengua por mi clítoris y un grito escapó de mis labios.

No era bueno. Era fantástico. Mi corazón se aceleró mientras un calor abrasador se extendía bajo mi piel. Abrí las piernas y levanté las caderas hacia su boca mientras él seguía lamiendo y chupando. Me temblaban los miembros y el sudor me corría por las sienes.

—¿Jax? —Salió como una pregunta justo antes de que se aferrara a mi clítoris.

Y todas las estrellas de la galaxia explotaron detrás de mis ojos.



Gritos incoherentes desgarraron mi garganta. Resonaban como una súplica para que Jax no parara. Que no parara nunca. Y me rompí en mil pedazos, cada célula de mi ser se agitó mientras mi orgasmo sacudía mi cuerpo en olas aplastantes.

Duró una eternidad, y fue demasiado corto. Cuando por fin respiré y mi cuerpo se desplomó sobre el colchón, completamente agotado, Jax se puso de rodillas con una sonrisa aún más amplia.

Su polla sobresalía entre nosotros y su tamaño me cortaba la respiración. Apretó su longitud, bombeando lentamente. Observarlo mientras su cabeza se inclinaba hacia un lado, con el placer en su rostro, fue el momento más erótico de mi vida. Acababa de tener el mejor orgasmo, pero necesitaba más. Lo necesitaba a él.

—Te quiero en mi lengua todas las noches, Sasha. —Me miró y se llevó un dedo a los labios, el dedo que había estado dentro de mí, y se lo metió en la boca. Cerró los ojos mientras tarareaba, como si estuviera saboreando la miel.

De acuerdo, ese fue el momento más erótico de mi vida.

—Jax. —Mi voz sonaba patética. Suplicante y desesperada. No me importaba.

Bajó encima de mí, sus ojos se clavaron en los míos mientras se cernía. Su cuerpo cubrió el mío. Su mano se movió hacia mi cabello, apartándolo de mi sien. Era el primer gesto tierno y dulce que hacía desde el beso de la cocina.

Otro momento erótico. Totalmente diferente a los otros. Igualmente poderoso.

Se colocó en mi entrada, esperando a que le hiciera un leve gesto con la cabeza. Entonces apretó la mandíbula mientras yo me aferraba a sus hombros, mi cuerpo estirándose alrededor de su longitud.

—Joder.

—Jax. —Todo mi cuerpo se estremeció. Mis paredes internas se apretaron mientras la espiral de otro orgasmo empezaba a retorcerse.

—Te sientes tan bien. —Jax se relajó y volvió a penetrar, hasta lo imposible.

Cerré los ojos, saboreando cada momento mientras él imprimía un ritmo constante. Era mejor que la primera vez. ¿Cómo era posible?

Una retahíla de gemidos y quejidos brotó de mi garganta sin permiso. Estaba demasiado perdida en Jax para hacer otra cosa que sentir.

Una de sus manos empezó a vagar, masajeando mis curvas y mi piel. Su tacto era eléctrico, y con cada movimiento de sus caderas, juntándonos, yo me enrollaba más y más y más fuerte.

—Sí. —Mis uñas se clavaron en su piel mientras me retorció bajo él.

Sus labios eran un susurro contra la concha de mi oreja.

—Córrete, Sasha.



No debería haber funcionado. No debería ser capaz de ordenar un orgasmo con una sola orden. Pero me desmoroné, haciéndome añicos a su alrededor mientras él follaba más fuerte, más rápido.

Su nombre llenó la habitación mientras lo gritaba con fuerza. Sentí que se me aflojaban los huesos mientras palpitaba a su alrededor, perdiendo todo contacto con la realidad. No era una persona a la que le gustara estar fuera de control. ¿Pero esto? Dejaría ir cada pizca de control para sentir esto de nuevo.

—Sasha —gimió Jax, tensando su cuerpo. Entonces se corrió con un rugido, derramándose dentro de mí hasta que se desplomó. Con un rápido giro, nos hizo girar a los dos, rompiendo nuestra conexión mientras me colocaba sobre su pecho.

Tenía la oreja pegada a su corazón atronador, cuyo latido coincidía con el mío. Nuestra piel estaba pegajosa y la habitación olía a sexo. Su semen y mi humedad goteaban por el interior de mis muslos.

Pero respiré. Por primera vez en lo que me parecieron meses, lo que *habían sido* meses, respiré.

Jax se movió para arrastrar las mantas sobre los dos. Luego me besó el cabello y murmuró:

—Buenas noches, Sasha.

—Buenas noches, Jax. —Bostecé, hundiéndome en su cuello.

Quizá debería haberme ido a casa. Tal vez debería haber puesto algún tipo de límite endeble entre nosotros. Pero cuando Jax me envolvió en sus brazos, cuando me envolvió en su calor, cerré los ojos.

Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, me dormí con una sonrisa en los labios.



CAPÍTULO 17

JAX

160



El ruido de un portazo me sacó del sueño. El ruido me despertó al instante y abrí los ojos de golpe.

Mi cuerpo estaba acurrucado alrededor del de Sasha, con la espalda apretada contra mi pecho. Tenía la cara hundida en la almohada y la boca ligeramente abierta.

Me aparté, intentando no mover la cama al salir de debajo de las sábanas.

Pero cuando el colchón se hundió, se revolvió.

—¿Jax?

—Hay alguien aquí.

Se apoyó en un codo y se apartó el cabello de la cara.

—¿Quién?

—No lo sé. Vuelve a dormir.

No me sorprendió lo más mínimo que se quitara las sábanas de las piernas y saliera de la cama, buscando su ropa por el suelo.

—Toma, nena. —Me quité la camiseta y me la eché por encima, antes de ponerme los jeans.

Tiró del algodón por encima de la cabeza y el dobladillo le llegó debajo del culo. Luego se puso las bragas. Su labio se curvó cuando se levantó los pantalones.

Si no estaba en el trabajo, le gustaban sus pantalones de algodón.

Me metí en el vestidor, saqué una franela de una percha y un pantalón de chándal doblado y se los entregué.

—Puedes usar estos.

—Gracias.

El reloj de mi mesilla de noche marcaba la 1:14. Si alguien estaba aquí tan tarde, algo iba mal.

—Tal vez debería irme a casa —dijo mientras se ponía los pantalones, enrollando la cintura tres veces para que se quedaran en sus caderas.

—No te vayas. —De ninguna manera la iba a dejar caminar sola a casa en la oscuridad, aunque sólo fueran cincuenta metros.



—De acuerdo. —Ella se puso primero la franela, cuyas mangas le sobrepasaban la punta de los dedos, mientras yo recogía una sudadera con capucha y me la ponía por encima de la cabeza.

Luego, cuando ambos estuvimos vestidos, tomé la mano de Sasha y salí del dormitorio.

Sonó un leve golpe en la puerta principal. A través de las ventanas del salón, vi el Jeep de Emery aparcado enfrente.

—Joder. Es Emery. Esto no puede ser bueno.

Emery era de las que se iba a la cama a las nueve. Si ella y Calvin se peleaban, solía ser justo después de que ambos llegaran a casa del trabajo. Él llegaba a casa de mal humor y se desquitaba con ella, lo que equivalía a echarla de casa porque, en lugar de discutir, ella se marchaba. Estos días, parecía que siempre tenía una bolsa de viaje preparada.

O habían estado peleando hasta tarde esta noche, o la pelea que habían empezado temprano había durado horas.

—Entra —grité, ya que antes no me había molestado en abrir la cerradura. Las luces de la cocina y el salón seguían encendidas.

Cuando Sasha y yo habíamos chocado, habíamos chocado.

El pomo de la puerta giró y las bisagras emitieron su sonido de barrido antes de cerrarse tras ella. El ruido sordo de sus zapatos contra el suelo al quitárselos recorrió toda la casa.

—Siento mucho venir tan tarde, Jax. —Emery lloriqueó, saliendo de la entrada. En el momento en que vio a Sasha, sus ojos se abrieron de par en par—. Dios mío, lo siento. Lo siento, estoy interrumpiendo. Estoy interrumpiendo. Otra vez. Mierda. Me iré. Olviden que estuve aquí.

—No te atrevas, joder. —El rojo cubrió mi visión.

Porque tenía el rostro rojo.

Rojo e hinchada. Rojo salpicado en la mejilla. Rojo que probablemente se volvería negro y azul.

Sasha jadeó.

—Emery.

Mi mejor amiga tragó saliva y bajó la mirada.

—No es lo que parece.

—¿En serio? —Mis fosas nasales se dilataron—. Porque parece que te han dado un puñetazo en la puta cara.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ese hijo de puta. —Busqué mi teléfono, aún en la isla de la cocina—. Voy a llamar a la policía.



Emery corrió hacia mí, sus calcetines resbalaban ligeramente en el suelo de madera.

—No llames a Zak.

—Te golpeó. —Ese hijo de puta. Calvin merecía pudrirse en la cárcel.

¿Era la primera vez? ¿Había ocurrido antes y me lo había ocultado? Mi corazón martilleaba mientras la rabia se extendía por mis venas como un reguero de pólvora.

—No puedes. —Emery sollozó, tratando de arrancarme el teléfono de las manos—. Para.

Pero no fue su mano la que me hizo parar. No fue su mano la que me robó el teléfono. Fue la de Sasha.

—Jax.

Su voz era firme y calmada, su agarre firme. Anclaje.

Un toque y la furia se desvaneció lo suficiente como para frenarme. Y pensar.

—Tienes que denunciar esto. Tal vez no termines presentando cargos, pero tiene que constar.

Emery negó con la cabeza.

—No puedo.

—Emery.

—Jax, yo...

—O la policía le hace una visita a Calvin. O lo hago yo. Tú eliges.

Tragó saliva, pero sacó el teléfono del bolsillo del abrigo. Le temblaban los dedos mientras las lágrimas corrían por su rostro. Pero hizo la llamada.

—¿Zak? Soy Emery.

El murmullo de su voz era audible, aunque no lo bastante alto como para distinguir lo que decía. Pero Emery asintió y se apartó, llorando mientras escuchaba.

No tuvo que contarle lo que había pasado. Se limitó a responder a todas las preguntas con un sí y un no.

Todos sabíamos cómo la trataba Calvin, incluido Zak, el sheriff local.

—Carajo. —Me pasé una mano por el cabello, con el corazón aun martilleándome—. Debería haber hecho algo. No debería haber llegado a esto.

Sasha me dedicó una sonrisa triste.

—Le diste un lugar donde venir. Eso es todo lo que podías hacer.

La agarré y la estreché contra mi pecho. Con la nariz hundida en su cabello, aspiré el dulce y fresco aroma de su perfume.

Me rodeó la cara con los brazos y apretó la nariz contra mi corazón.

—Debería irme. Dejarlos hablar.

—Ni se te ocurra. —La abracé más fuerte, esperando a que Emery colgara el teléfono.

—Va a venir aquí —dijo.

—¿Y Calvin?

Una nueva oleada de lágrimas brilló en sus ojos.

—Está enviando un ayudante a la casa.

Más vale que el idiota de su marido pase la noche en una celda.

—Voy a hacer un poco de té —dijo Sasha, aflojando su agarre.

No sabía dónde guardaba las bolsitas de té. No sabía dónde guardaba las tazas de café. No sabía que la tetera estaba en el armario junto a los vasos.

La habría seguido a la cocina de todos modos, sólo para ayudar, pero la mirada que me dirigió antes de alejarse bien podría haber sido una correa que me arrastrara a su paso.

Emery se bajó la cremallera del abrigo y lo dejó en un taburete de la isla. Luego se dirigió al salón, recogió una manta del brazo del sofá y se la envolvió alrededor de los hombros antes de acurrucarse en el enorme sillón.

Rebusqué en un armario un par de bolsitas de té que probablemente estuvieran caducadas, pero no encontré la fecha, así que puse el agua a hervir de todos modos. Mientras rugían las llamas del hornillo, apoyé las manos en la encimera junto a Sasha.

—¿Qué te gusta en el té? —le pregunté.

—No bebo té.

—Claro que no. —Negué con la cabeza, soltando una carcajada seca.

Si no me hubiera obligado a ir a la cocina, estaría interrogando a Emery. Iba a suceder, pero antes de eso, necesitaba calmarme. Sasha lo sabía. Había jugado bien conmigo.

Así que la abracé con fuerza hasta que la tetera empezó a echar vapor y a silbar.

—Emery, ¿quieres té? —le pregunté.

—Claro —murmuró.

Le preparé una taza, dejando que la bolsa se empapara, y luego Sasha y yo nos reunimos con ella en el salón.

Las manos de Emery se cruzaron alrededor de la taza mientras aspiraba el vapor.

Sasha se sentó cerca de mí en el sofá y me puso la mano en la rodilla. Cuando abrí la boca para hablar, me apretó la pierna, clavándome las uñas con fuerza.

—Bien —dije. Me callaría y esperaría.

Así que esperamos. Y esperamos. Y esperamos. Esperamos hasta que los faros parpadearon fuera. Hasta que saludé a Zak en la puerta, estrechándole la mano mientras le invitaba a entrar.



—Hola, Em. —Su voz era suave mientras ocupaba la silla vacía. Zak asintió a Sasha, una presentación sin palabras, pero se acomodó en el silencio sin problemas.

Érase una vez, había estado en el círculo cercano de Emery. Había una razón por la que ella no había llamado al 911, sino a su número personal en su lugar. Él era mayor por casi una década. Había ido al instituto con West. Pero antes, todos esperábamos que viera a Calvin como el imbécil que era.

Y ver la forma en que Zak la miraba.

Aparte de la agonía de su mirada, mantuvo una expresión neutra. Años de entrenamiento le habían enseñado la mejor manera de acercarse a las víctimas, así que si darle unos minutos para que bebiera ese té lo hacía más fácil, que así fuera.

—No es lo que piensan —dijo finalmente.

Abrí la boca para decir que eso era una tontería.

Las uñas de Sasha volvieron a clavarse en mi muslo. Maldita sea, esta mujer tenía manos fuertes.

Se me encendieron las fosas nasales, pero cerré la boca.

—Estábamos peleando —dijo Emery—. Ha sido... duro, últimamente.

—¿Con qué frecuencia se pelean?

Se encogió de hombros.

—Unas cuantas veces a la semana. Normalmente, vengo y me quedo aquí.

Zak asintió y sacó un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo de sus jeans. Se había puesto la camisa negra abotonada de sheriff, pero yo no lo había visto con el uniforme completo desde que era ayudante del sheriff.

—¿Qué ha cambiado esta noche?

—Salió a tomar unas copas con Jonathan. —Calvin trabajaba como carpintero para un contratista local del pueblo. Jonathan era igual de idiota, probablemente por eso se llevaban tan bien—. Llegó tarde a casa. Yo ya estaba en la cama. Quería sexo. Le dije que se fuera a follar a la ducha.

Sasha soltó una suave carcajada.

Emery la miró, con una leve sonrisa en los labios que pronto se desvaneció.

—Empezamos a pelear. Por dinero. Por sexo. Por no ir nunca a ver a mis padres a Tulsa. Por la forma en que su madre me habla con desprecio. Por todo. Siempre es así. Damos vueltas a estos temas una y otra vez, y siempre es lo mismo. Así que le dije que había terminado.

¿Lo decía en serio? ¿Lo decía en serio esta vez? Ya me había dicho que había terminado, pero Calvin la reconquistaría con disculpas y promesas de cambio. Nunca cambiaba nada.

—Hice la maleta y me siguió hasta el armario. Empezó a acusarme de tener una aventura.



—¿Con quién? —Zak preguntó.

—Jax. —Emery mantuvo sus ojos pegados a Sasha, como si de alguna manera se hubiera convertido en la persona más segura en esta habitación. Tal vez eso era cierto.

Sasha le devolvió la mirada, como si ofreciera esa seguridad con gusto.

Podría haberla besado por estar aquí por mi amiga. La besaría por ello más tarde.

—Lo juro, *no hay nada* entre Jax y yo —dijo Emery—. Nada. Sé que es raro que mi mejor amigo sea un hombre. Probablemente es extraño para ti verme mucho por aquí. Lo entiendo. Lo entenderé si te incomoda y necesitas que pasemos menos tiempo juntos.

—No me molesta —dijo Sasha.

Su mirada estaba dirigida directamente. Ningún parpadeo hacia el techo. Una verdad.

—Gracias. —Emery moqueó, secándose los ojos. Cuando sus dedos rozaron su mejilla roja, hizo una mueca de dolor—. Lo besé una vez. A Jax. Cuando teníamos trece años. Fue asqueroso. Cero ganas de repetir esa experiencia.

Sasha sonrió, y un poco de tensión se desvaneció de sus hombros. Como si tal vez ella también hubiera necesitado oírlo de Emery.

—Le dije a Calvin que no pasaba nada con Jax. No me creyó. Siguió gritando. Aún estábamos en el armario, y cada vez gritaba más fuerte.

Mis manos se cerraron en puños, pero mantuve la boca cerrada.

—Le dije que saliera de mi vista. No lo hizo. Le empujé y casi llego a la puerta del garaje, pero me agarró del brazo. Retrocedí contra la pared y él siguió gritando. —Emery cerró los ojos, con la barbilla temblorosa—. Estoy harta de gritar.

Zak apretó la mandíbula mientras garabateaba algunas cosas en el bloc de notas.

—¿Entonces qué?

—Empezó a gritarme en la cara. Sus brazos estaban rectos, extendidos a los lados de mi cabeza. Como atrapándome. Cuando le dije que quería el divorcio, echó una mano hacia atrás como si fuera a golpear la pared. Me moví al mismo tiempo. Su mano rozó mi mejilla antes de estrellarse contra la pared. Ahora tiene un agujero.

—¿Crees que quería golpearte? —Zak preguntó.

—No, no creo. Quería asustarme. En cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, se echó atrás. Empezó a disculparse y a llorar. Prometió que había sido un accidente. No intentó detenerme cuando me fui.

No importaba si sólo había sido un accidente. Calvin nunca debería haberla detenido en primer lugar. Nunca debió intentar asustarla.

—¿Qué pasará con él? —Emery preguntó a Zak.

—Un ayudante fue a la casa y lo recogió mientras yo conducía hacia aquí. Estará en la comisaría cuando vuelva al pueblo.



Ella asintió con la cabeza y miró su taza.

—No voy a presentar cargos. Fue un accidente.

—¿Qué? —El veneno goteaba de mi voz.

Por fin me miró a los ojos.

—Es la verdad, Jax. Voy a dejarlo. Voy a pedir el divorcio. Pero no voy a meterlo en la cárcel.

Los anchos hombros de Zak se hundieron. O de alivio. O de derrota.

¿Qué pasaría cuando Calvin se disculpara esta vez? ¿Qué pasaría cuando le rogara que le diera otra oportunidad? Si lo que ella dijo era cierto y él no había querido golpearla, ¿qué pasaría durante la siguiente pelea cuando decidiera que apuntar a la pared no sería suficiente?

—Esto es algo bueno —dijo Emery.

—¿Cómo demonios es esto bueno? —me quejé.

—Si no, no me habría ido —susurró—. Ambos sabemos que no me habría ido.

—A veces necesitamos lo peor para cambiar —dijo Sasha.

Su forma de hablar me puso los pelos de punta. Sonaba como si tuviera experiencia en esto. Como si hubiera sobrevivido a lo peor. No estaba hablando de la muerte de sus padres, ¿verdad?

—Nunca volveré. Lo juro. —Había acero en la voz de Emery.

Hacía tiempo que no oía de ella ese tipo de determinación.

—¿Puedo quedarme un rato en tu habitación de invitados? —me preguntó—. ¿Hasta que esto se arregle?

—Por supuesto.

Emery se volvió hacia Zak, sus ojos se suavizaron.

—Gracias.

—De nada. —Se puso de pie, levantando una mano para despedirse. Luego salió de la sala de estar, a punto de desaparecer. Excepto que se detuvo detrás de la silla de Emery. Levantó un brazo, como si estuviera a punto de alcanzarla. Pero luego lo dejó caer a su lado y caminó hacia la entrada.

Lo seguí y le estreché la mano antes de que saliera. Luego recogí el bolso de Emery que se le había caído junto a los zapatos.

Había doblado la manta y estaba metiendo la taza en el lavavajillas cuando volví.

Dejé sus cosas en la isla, fui al congelador y saqué la bolsa de plástico llena de sirope de maíz. Era un truco que me había enseñado la abuela. El sirope se enfriaba pero no se endurecía. Hacía una bolsa de hielo mejor que cualquier cosa que se pudiera comprar.

—Gracias —dijo cuando se lo di—. Me voy a la cama.



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

—Buenas noches.

Tomó su bolso, a punto de desaparecer, pero se detuvo y chocó contra mí para darme un abrazo.

—Lo siento.

—No te disculpes. ¿Estás bien?

—No, pero pregúntamelo mañana. —Bajó la voz a un susurro—. Me gusta Sasha.

—A mí también.

—Quédatela, ¿de acuerdo?

Miré por encima de la cabeza de Emery, encontrando los hermosos ojos de Sasha esperando.

—Ese es mi plan.

167



DEVNEY

SUN

PERRY

CAPÍTULO 18

SASHA

168



El agotamiento pesaba como mil kilos sobre mis hombros. Me dolían los pies. Me pesaban los párpados. Mi boca se estiró en un bostezo. Necesité todas mis fuerzas para aparcar el auto y abrir la puerta.

No me importaba que sólo fueran las cinco y media. Me zamparía cualquier sobra que hubiera en la nevera y me iba a la cama inmediatamente.

Con mi bolsa de trabajo colgada del hombro, me acerqué a la puerta y entré.

Había una persona en mi cocina.

—¡Ah! —grité, el agotamiento desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Había una persona en mi cocina. ¿Por qué había una persona en mi cocina?

—Hola. —Emery me dedicó una sonrisa de disculpa mientras se secaba las manos en una toalla—. Lo siento. No quería asustarte.

—Hola —balbuceé, apretando una mano contra mi acelerado corazón, y luego eché un vistazo a la habitación para asegurarme de que había llegado a mi casa y no a la de Jax.

Sí, esta era mi casa.

—No te has fijado en mi Jeep, ¿verdad? —preguntó.

—¿Eh? —Me giré para mirar por la ventana más cercana. Efectivamente, allí estaba su Jeep—. Oh.

En serio, necesitaba irme a la cama. Si me había perdido un vehículo entero, era un peligro para mi propia salud.

Anoche, después de que Emery se escabullera a la habitación de invitados, Jax y yo también nos habíamos ido a la cama, pero ninguno de los dos había podido dormir. Habíamos dado vueltas en la cama durante horas, hasta que finalmente, me había dado por vencida, y él me había acompañado a la cabaña para que pudiera prepararme para el trabajo.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—Bien. —Me quité los zapatos y caminé hacia la isla, inhalando los aromas de vainilla, azúcar y chocolate. En la encimera había una rejilla para enfriar galletas. El fregadero estaba lleno de cuencos y espátulas.

—¿Galleta? —Emery preguntó.



—¿De qué tipo? —Espera. Esa no era la pregunta que debía hacer—. ¿Qué estás haciendo en mi casa?

Se limitó a sonreír y sacó un plato para dos galletas calientes con pepitas de chocolate.

—He oído que hay que felicitarles.

—Oh. —¿Era esa la razón de las galletas?—. Sí.

—Jax me lo dijo antes.

Emery era la segunda persona que me felicitaba hoy. Tal como había advertido anoche, Indya había entrado en mi despacho a primera hora de la mañana con un ramo de rosas.

La lista de personas que sabían lo del bebé iba en aumento, pero yo no se lo había dicho a nadie. La única vez que había tenido que decir «estoy embarazada» en voz alta había sido a Jax y en mi primera llamada a la consulta del médico. Por lo demás, durante meses, esas palabras no habían cruzado mis labios.

Debería haberme sentido culpable por dejar que Jax hiciera los anuncios. Pero tenía que decírselo a Eddie. Eso ya sería bastante duro. Si Jax quería abordar a todos en el complejo, le dejaría.

—¿Una niña? —Emery preguntó—. Jax dijo que la vas a llamar Josephine.

Asentí.

—Como mi madre.

—Qué dulce. —Un destello de tristeza cruzó su expresión, pero lo ocultó rápidamente. Luego tomó su propia galleta.

Me metí un bocado en la boca, gimiendo mientras el chocolate se derretía en mi lengua. A la mierda la cena. Me comería un puñado y luego me desmayaría en un coma de azúcar.

—Están tan buenas.

—Gracias.

—¿Cómo estás?

—Meh. —Levantó un hombro—. Mejor que anoche.

Le había salido un moratón en la cara. Jax temía que se le hubiera puesto un ojo morado, pero, de momento, la única prueba de la noche anterior estaba en su mejilla.

—¿Has hablado con él?

Asintió.

—Jax me llevó al pueblo antes para recoger algunas cosas de la casa. Le llamé primero y le dije que no estuviera allí. Me dijo hola. Luego, okey. Eso es todo. Dos palabras.



¿Era algo bueno? ¿O malo? Su voz era llana, así que no podía distinguirlo por su tono.

—Está hecho. —Emery me dedicó una sonrisa triste—. Hablé con un abogado esta mañana.

—Lo siento.

Volvió a encogerse de hombros, justo cuando sonó el temporizador del horno.

Mientras se apresuraba a sacar la siguiente hornada de galletas, yo me escabullía por el pasillo hasta mi dormitorio, más que dispuesta a quitarme los jeans que había llevado todo el día.

A pesar de la cinta para el cabello que había pasado por el ojal y sujetado al botón para dar un poco de holgura a la cinturilla, seguían estando ajustados. Acababa de levantarme el suéter, a punto de desenrollar el elástico, pero en cuanto entré en el dormitorio, me quedé helada.

La voz de pánico de Emery llamó desde la cocina.

—Sasha, espera.

No esperé. Entré en mi armario.

Los suéteres y blusas que había colgado en perchas semanas atrás habían desaparecido. Los pantalones que había doblado en las estanterías habían desaparecido. Los zapatos que había alineado ordenadamente por pares habían desaparecido.

—Mierda. —Emery voló a través de la puerta—. Jax está en camino. Se suponía que tenía que retrasarte.

—Retrasarme. ¿De encontrar esto? —Señalé el armario vacío. Bueno, no del todo vacío. Había cuatro maletas deshechas en el suelo.

Volvió a fruncir el ceño exageradamente.

—Lo siento. Fue idea suya.

—¿Reubicar mis cosas? —Giré en un círculo lento, escaneando la habitación.

Mi bálsamo labial había desaparecido de la mesilla de noche junto con el cable de carga de mi teléfono. Mi almohada no estaba en la cama. Al echar un vistazo rápido al baño, mis artículos de aseo y mi cepillo de dientes sobre el tocador habían sido sustituidos por tres abultados estuches de viaje.

—Jax. —Me pellizqué el puente de la nariz—. ¿En serio me ha echado de esta casa?

—Sí.

Me quedé mirando la cama, deseando poder meterme debajo del cálido edredón. Lo haría. Pronto. Pero primero, tenía que estrangular a un hombre.

—Nunca le había visto así —dijo Emery—. Siempre ha sido el tipo que no quería un compromiso. Incluso cuando salía con Robin cuando éramos más jóvenes. Creo que estuvo con ella todo el tiempo que estuvo porque sabía que sería un drama si la dejaba,



así que esperó hasta que estuvieran en la universidad y lejos de la mierda del pueblo. Nunca actuó como si fuera duradero. Y con cualquiera desde entonces, ha estado fuera de control. Hasta ti.

—Es por la bebé —dije.

—No es por eso. —Negó con la cabeza—. Es por ti.

¿Era cierto? ¿Quería que fuera verdad?

Sí, maldita sea. Quería a Jax para mí. Lo había deseado durante más tiempo del que estaba dispuesta a admitir. Y después de anoche, no había vuelta atrás. No había olvidado.

Se me hizo un nudo en el estómago.

¿Qué estábamos haciendo? No podía pedirle que fingiera que no había pasado, no otra vez. No después de anoche. Y yo tampoco podría fingir.

Pero *si* me rompían el corazón, si nos hacíamos daño, nuestra niña quedaría atrapada en medio.

Además, me iba a mudar. No estaba hecha para Montana. La idea de otro frío invierno me revolvió las entrañas. ¿Pero cómo iba a irme? ¿Cómo podía quitarle una hija a Jax?

No le pediría que dejara este rancho. No le pediría que se alejara de su familia. Estoy segura de que no iba a vivir sin mi Josephine.

Aquí estaba, atascada. Totalmente atascada durante los siguientes dieciocho años.

Esto era todo, ¿no? Si no iba a rogarle a Jax que se mudara, si no iba a separarlo de nuestra hija, entonces estaba atrapada aquí.

Viviría en Montana.

Dios mío. Viviría en Montana.

Mi corazón se hundió lentamente, como una pluma flotando hacia el suelo. Viviría en Montana.

¿No debería estar más molesta? No, *estaba* disgustada. Pero tampoco estaba perdiendo la cabeza. Tal vez ese enloquecimiento vendría después de ocho o diez horas de sueño.

Ja. Montana era el último lugar donde esperaba terminar. ¿Qué diría Eddie?

—¿Sasha? —Emery puso su mano en mi brazo—. ¿Estás bien?

¿Estaba bien?

—No lo sé.

—Sasha. —La voz de Jax llamó desde la sala de estar.

Tragué saliva, parpadeando para enfocar el mundo. Luego salí de la habitación y fulminé a Jax con la mirada.

—Antes de que me arranques la cabeza... —Levantó las manos—, escúchame.



Me detuve frente a él, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Te escucho.

—Esto es sólo temporal. Emery y yo nos mataremos si tenemos que compartir techo más de unos días seguidos. Es una vaga.

—Oye —se burló Emery, acercándose por detrás.

Él levantó la barbilla hacia la cocina y el desorden de su repostería.

—Da igual —murmuró, recogiendo una galleta del estante antes de retirarse por el pasillo. Probablemente a desempacar *sus* cosas en *mi* habitación.

—¿Qué te hace pensar que podemos vivir juntos? —le pregunté.

—¿Qué te hace pensar que no podemos?

—No respondas a mis preguntas con preguntas. —Luché contra un bostezo y fracasé—. ¿Cómo sabes que no vamos a estar en la garganta del otro?

Se agachó, su boca se cernió unos centímetros sobre la mía antes de recorrer la línea de mi mandíbula y descender hasta mi cuello.

—Espero que estemos en la garganta del otro.

Su voz susurró sobre mi piel, provocándome un hormiguelo.

Se me cortó la respiración. *Maldita sea.*

—No, Jax. Esto es una mala idea.

—Es temporal.

Temporal. Como una fiesta de pijamas. *Dormir.* Necesitaba dormir. Esta noche, no me importaba dónde dormir. Sólo necesitaba una manta y una almohada. Mañana, cuando no estuviera tan agotada, discutiría con él sobre mover mis cosas.

—Bien —murmuré.

Una risita baja retumbó en mi oído antes de que dejara caer un beso en mi mejilla, luego se puso de pie, me agarró de la mano y tiró de mí hacia la puerta.

—Buenas noches, Em.

—¡Buenas noches! —llamó desde el dormitorio.

—¿De verdad has movido todas mis cosas? —pregunté mientras me ponía los zapatos y él se calzaba las botas.

—Sí. —Sonrió mientras abría la puerta—. Incluso el colchón de aire.

Puse los ojos en blanco mientras nos dirigíamos a su casa.

—Sólo me llevó cinco viajes. Caminando, yendo y viniendo. No bromeabas cuando dijiste que no tenías mucho.

—No. Viajo ligero —bromeé. No estaba segura de ser un viajero ligero. Nunca había viajado. Mudarme de California a Montana fue el viaje más largo que había hecho

desde el instituto—. Era más fácil mudarme aquí si no tenía mucho que transportar. Y no necesito mucho.

No podía permitirme mucho.

California era cara. Mis sueldos habían sido suficientes para cubrir mis gastos de manutención, pero cada mes parecía sobrarme menos. Mis ahorros eran inexistentes y mis padres no habían sido ricos. Lo que había heredado ni siquiera había cubierto los gastos del funeral.

Jax me sujetó de la mano mientras caminábamos, ralentizando su paso para igualarlo al mío.

—Te lo advierto. Hoy me he reunido con Indya y West, y ya está planeando una fiesta para la bebé. No saben cómo organizar una fiesta que no sea exagerada. Eso incluye regalos.

Gemí.

—¿No va a ser incómodo? Es mi jefa.

—Esta bebé es su sobrina. La mimará sin freno.

Por mi hija, me gustaba que su familia la mimara.

Mis pies se detuvieron.

—¿Qué? —preguntó Jax, sus cejas se juntaron mientras se detenía también.

Familia. Iba a tener una familia.

Una tía. Un tío. Primos. Abuelos.

Dos padres.

Iba a tener todo lo que me había perdido durante diez años. Todo lo verdaderamente importante en este mundo.

Chica afortunada. *Mi* chica.

No estábamos solos. Yo no estaba sola. Y vivíamos en Montana.

Se le saltaron las lágrimas, bien por las hormonas, bien por el cansancio, bien porque se había dado cuenta de demasiados cambios en su vida en un solo día.

Durante todo este tiempo, había estado muy concentrada en el embarazo. Había pasado incontables horas aprendiendo qué esperar durante cada trimestre. Qué cambios experimentararía mi cuerpo. Qué pasaría cuando me pusiera de parto.

Los detalles eran aterradores. Había estado tan concentrada en todo lo que me asustaba, que no había mirado lo suficiente hacia el futuro.

No había pensado en todo lo que tendría.

Y todo lo que ella me daría.

—Ey. —Las manos de Jax se acercaron a mi cara, deslizándose por mi cabello.



—Lo siento —balbuceé, moqueando mientras me limpiaba los ojos—. Ha sido un día largo, y estoy emocional y cansada, y lloro por todo en este momento.

—Llora, preciosa. —Me besó en la frente y me estrechó contra su pecho.

Apoyarme en él era peligroso, pero lo hice de todos modos, hundiéndome en su camisa hasta que se me pasó el escozor de la nariz.

—Mejor.

Estudió mi cara para asegurarse de que no mentía, y luego acercó su boca a la mía para darme un beso. Un beso que decía «calma» y «no llores».

Empezó lento y suave, pero con cada latido aumentaba la intensidad. Hasta que el beso lo consumió todo y el resto del mundo se desvaneció.

Nada en el movimiento de sus labios y su lengua era precipitado. Este beso no era un prelude. No era Jax rodeando la primera base para correr hacia la segunda o la tercera.

Me besó como si se dispusiera a besarme el resto de mi vida.

Fue un beso largo y lánguido. Y aun así terminó demasiado pronto, justo cuando el mundo dio la vuelta.

Jax me dedicó una sonrisa suave y fácil al separarse.

—¿Tienes hambre?

Una pregunta tan sencilla, como si no estuviera todo al revés y al derecho por milésima vez.

Tal vez algún día me acostumbraría a las vueltas. Tal vez aprendería a disfrutarlo.

Quizá ya lo hacía, sólo un poco.

—¿Puedes hacer algo por mí? —le pregunté.

—Si me pides que duerma en ese colchón de aire esta noche, te respondería: joder, no.

Me reí.

—No es eso. ¿Recuerdas que me dijiste que me harías enamorarme de Montana?

—Sí.

—Necesito que hagas eso. —Antes de que naciera el bebé. Antes de octubre.

Su sonrisa se ensanchó cuando me tomó de la mano, pero en lugar de guiarme al interior, atravesamos la hierba entre la casa y la cabaña.

Los prados a nuestro alrededor estaban verdes y exuberantes. La lluvia y la llovizna constantes de abril habían disminuido a medida que los días se transformaban en mayo. Cada mañana, el rocío brillaba en la hierba. Al mediodía, el sol lo había disipado.

Tras unos minutos de caminata, Jax nos detuvo, agachándose para arrancar una flor silvestre blanca. Luego usó los pétalos para hacerme cosquillas en la sien.



—Cierra los ojos.

—De acuerdo. —Obedecí—. ¿Y ahora qué?

—Respira.

—¿Eso es todo? —Abrí un ojo de golpe—. ¿Respirar es tu plan maestro?

—Cierra los malditos ojos, mujer.

Se me cerraron, con una sonrisa en la boca. Entonces respiré.

Dentro y fuera. Una y otra vez. Cada inhalación era larga y forzaba los pulmones. Cada exhalación eliminaba el estrés de la noche anterior y de un ajetreado día de trabajo.

Un pájaro silbó una melodía mientras sobrevolaba la zona. A lo lejos, el ganado bramaba. El viento agitaba las hojas de los árboles cercanos.

Mis zapatos se hundían más en la tierra con cada respiración, como si estuviera encontrando mi centro. Un equilibrio que no había sentido en años.

O tal vez mis pies estaban echando raíces.

—Sigue respirando, cariño.

Nena. Cariño. Hermosa.

Jax no usó un solo apodo. Los usaba todos. Parecía adaptarlos a su estado de ánimo. Nena, para los momentos normales en los que sólo hablábamos. Cariño, cuando quería ser dulce. Hermosa, cuando estábamos en su cama.

—Huele bien, ¿verdad? —murmuró.

—Sí. —Olía a primavera.

Olía a un nuevo comienzo.

El aire era relajante. El sol me calentaba la cara. Volví a bostezar, incapaz de contenerme.

El roce de sus labios en mi frente me hizo abrir los ojos.

—Vamos dentro —dijo.

—Okey. —Volví a bostezar.

Debería haber sido extraño, entrar en su casa después de que me hubiera trasladado sin mi permiso. Debería haber sido incómodo, dado el poco tiempo que había pasado en su casa. Pero no lo fue.

Hice todo lo que había planeado hacer en mi propia casa. Encontré mi ropa guardada en su armario, así que me quité los jeans y me puse mi sudadera favorita. Hice una incursión en la nevera y encontré restos de lasaña, así que calenté un plato para los dos.

Después de cenar, me dirigí al cuarto de baño de Jax, donde mis artículos de aseo estaban en el cajón superior y mi cepillo de dientes en el soporte junto al suyo.



Me lavé la cara. Me até el cabello. Me metí en la cama, sabiendo que Jax se uniría a mí cuando estuviera listo. Y mientras me dormía, intenté no asustarme de que Jax se hubiera asegurado de aclarar esto, no una, sino dos veces.

Temporal.

Esto era sólo temporal.



Eddie,

Ojalá no nos hubiéramos mudado. Todo cambió cuando nos mudamos. Estaba tan desesperada por empezar de cero, pero fue un error. ¿Cuándo empecé a tomar todas las decisiones equivocadas? Parecía una buena idea en ese momento. Pero mirando atrás, deberíamos habernos quedado donde estábamos. A pesar de que estábamos peleando. Aunque estuviéramos hartos el uno del otro. Aunque cada día fuera tan duro. Ojalá no nos hubiéramos mudado.

S



CAPÍTULO 19

SASHA

177



Jax llevaba su sombrero de vaquero mientras conducía su camioneta, con una muñeca colgando sobre el volante. El sol entraba a raudales por el parabrisas, resaltando las esquinas cinceladas de su mandíbula.

No se parecía en nada a la oscura noche de invierno de la fiesta, pero no podía quitarme la sensación de déjà vu mientras conducíamos por el rancho hasta el complejo.

—¿Qué? —Eché un vistazo y sonrió satisfecho.

—Nada.

—Mentirosa. —Extendió una mano sobre la consola, sacando la mía de mi regazo para sostenerla entre nosotros—. ¿Me estás mirando, Vaughn?

—Tal vez.

Su sonrisa se amplió.

—Bien.

Me sonrojé, aparté la mirada y sonreí por mi propia ventana. No era normal sonreír tanto. Definitivamente no lo era para mí. Pero no podía parar.

Jax y yo habíamos establecido una rutina fácil durante las últimas dos semanas. Demasiado fácil, teniendo en cuenta que aún nos estábamos conociendo. Sin embargo, fácil era la única manera de describirlo.

No confiaba en lo fácil. No esperaba que durara.

Pero por ahora, lo estaba disfrutando, sólo un poco. Hasta que se fue.

Vivir con Jax no era tan complicado como había pensado. Nuestras rutinas se habían sincronizado a la perfección. Nos duchábamos juntos. Comíamos juntos. Dormíamos juntos. Y Dios, el sexo. Era constante. Lo anhelaba hasta el punto de distraerme.

Mi mirada se desvió de nuevo hacia su lado del camioneta, echando otro largo vistazo mientras el calor florecía en mi centro.

—Si sigues mirándome así, vamos a llegar tarde.

—No deberías haberte puesto el sombrero. —Me mordí el labio inferior mientras él se movía, ajustándose la polla con la otra mano.



—Más tarde. —Levantó nuestras manos entrelazadas y me mordió la muñeca, rozándome la piel con los dientes. Luego gruñó, en parte con lujuria y en parte con frustración, cuando la cabaña se hizo visible—. ¿De quién ha sido la idea?

—Tuya. —Me reí y solté la mano de su agarre para asegurarme de que el cuello de mi blusa estaba recto.

Lo había estado cuando me vestí, pero entonces Jax lo había apartado para besarme la clavícula mientras me ayudaba a subir al camioneta.

Bajé la visera, asegurándome de que el color de mis mejillas parecía rubor y no el orgasmo que Jax me había provocado antes de salir de casa.

—Mierda —murmuré.

—¿Qué?

Señalé el espejo.

—Parece que acabamos de tener sexo.

—Acabamos de tener sexo.

—No necesito parecerlo antes de una función de trabajo.

Se rio entre dientes.

—Es sólo la barbacoa del sábado.

—Con mi jefa, mis empleados y un montón de invitados. —Fruncí el ceño y me alisé el cabello—. Todo el mundo va a saber que somos... algo.

¿Qué éramos? ¿Una pareja? ¿Una aventura? No era mi estilo tener una relación tan indecisa. Pero tenía miedo de preguntar.

Esto era casual o serio. Y ambas respuestas eran aterradoras. Así que estaba abrazando lo desconocido.

—Odio tener que decírtelo, cariño. Pero todo el mundo sabe ya que somos *algo*. —Pronunció la última palabra apretando los dientes, insinuando a que tampoco le entusiasmaba la oscuridad—. No es un secreto que estás embarazada. Ni que vivamos juntos.

—Viviendo juntos temporalmente, ¿verdad?

—Sí. Temporalmente.

Mi corazón se hundía un poco cada vez que oía esa palabra, aunque no teníamos ni idea de cuánto duraría este acuerdo temporal. Emery parecía contenta en la cabaña, y Jax no quería apresurarse a sacarla del rancho.

Durante las dos últimas semanas había estado casi sola. Iba al pueblo a trabajar cada mañana y volvía a la cabaña cada noche. Había contratado a un abogado para el divorcio. Y había empezado a buscar una nueva casa en el pueblo. Pero la búsqueda era lenta, y sólo habían pasado dos semanas.



Nadie la empujaba a hacer esos grandes cambios de golpe. Y no me quejaba de dormir en la cama de Jax cada noche.

El aparcamiento del albergue estaba abarrotado, lo que nos obligó a aparcar al final de una fila. Salimos y respiré el aire de junio, con el sol caliente en la cara.

Desde que me había llevado al prado de detrás de la casa, respiraba el aire de otra manera. Más profundo. Más lleno. Dejé que llenara mis pulmones, reteniéndolo un momento. Lo saboreaba.

El aire de Montana era fresco. Limpio. Casi tan adictivo como Jax.

—¿Lista? —preguntó mientras nos dirigíamos al albergue.

—No es mi primera barbacoa, ya sabes.

—Lo sé. —Me tomó la mano y me la apretó con fuerza.

—Jax —advertí, tratando de zafarme—. Función de trabajo.

—Función familiar, Sasha —corrigió, su agarre inamovible mientras su mandíbula se flexionaba—. Los sábados son una función familiar. Si quieres fingir que no somos nada de lunes a viernes, bien. Pero los sábados, vamos a ser algo real.

Espera. ¿Fingir que no éramos nada? Tal vez no sabía exactamente cómo definir esta relación, pero era algo.

—No pretendo que no seamos nada.

—Entonces toma mi maldita mano.

Entrelacé nuestros dedos.

La irritación de su rostro se desvaneció cuando me miró fijamente, moviendo la cabeza como si quisiera decir algo más. Pero se quedó callado mientras bordeábamos el exterior de la cabaña, pasando junto a la cabaña Beartooth de camino al patio trasero.

Voces y risas nos saludan junto con el aroma del humo de la hoguera y la carne a la parrilla. La gente se arremolinaba en el espacio abierto, pululando mientras tomaban cócteles, champán o cerveza.

Por la cantidad de cuerpos, parecía que la mayoría de los invitados habían venido esta noche.

West e Indya estaban hablando con una pareja de Texas que acababa de llegar ayer. Cuando Indya me vio, su sonrisa se ensanchó y nos hizo señas para que nos acercáramos.

Antes de que pudiéramos unirnos a ellos, los gemelos aparecieron de la nada, chocando contra las piernas de Jax y balanceándolo sobre sus talones.

—Tío Jax, tienes que ver esto. —Kade agarró la mano libre de Jax y empezó a tirar con todas sus fuerzas.

Jax se rio.

—¿Qué tengo que ver?



—Hoy fuimos a pescar. —Kohen estaba sin aliento como si hubiera estado corriendo durante una hora. Agarró la muñeca de Jax, tirando con su hermano—. Y Reid está cocinando nuestro pescado para la cena. Tienes que ver lo grande que es antes de que lo corte.

—De acuerdo. Veamos este pez. —Jax me guiñó un ojo y me soltó la mano.

Se desviaron hacia la hoguera mientras yo caminaba al lado de Indya, saludando a mi jefa y a los invitados.

Lo pensara Jax o no, esta noche era una función de trabajo, así que deambulé de grupo en grupo, asegurándome de que todos se lo estaban pasando bien. El personal de cocina preparó la barra de hamburguesas con queso mientras los camareros se filtraban por el patio con bandejas de aperitivos ligeros.

Los invitados apartaron a Jax de los gemelos y, al igual que la noche de la fiesta, sus ojos me esperaban a menudo cuando lo encontré en medio de la aglomeración. Finalmente hicimos nuestro camino de regreso el uno al otro justo cuando un músico local comenzó a tocar su guitarra desde el extremo opuesto del patio.

—¿Tienes hambre? —me preguntó, tendiéndome un vaso de agua con gas.

—Sí. —La mayoría de los invitados ya habían hecho la cola.

—Ahí está papá. —Levantó la barbilla hacia Curtis cuando éste salió por las puertas traseras de la cabaña.

—Buenas noches, hijo. Hola, Sasha. —Curtis sonrió mientras se acercaba con la mano tendida a Jax. Yo también esperaba un apretón de manos, pero antes de darme cuenta, Curtis me envolvió en un abrazo.

—Ho-hola. —Mis brazos se agitaron por un momento, inseguros de dónde posarse. Se posaron en sus costados mientras le devolvía el abrazo.

Curtis me abrazó fuerte, más fuerte incluso que Jax. Antes de soltarme, me dio un último apretón alrededor de los hombros.

Me resultaba familiar, aunque hacía una década que no lo sentía. Era el abrazo de un padre.

Había olvidado cuánto echaba de menos los abrazos de mi padre.

La emoción, el recuerdo, me arañaron la garganta. Pero no iba a llorar delante de los invitados, así que tragué con fuerza y, cuando Curtis me soltó, dejé que Jax me arrastrara a su lado. Me apoyé en él hasta que recuperé el equilibrio.

—Ahora que ya no es un secreto, supongo que por fin puedo felicitarte —dijo Curtis—. Tengo un amigo que hace carpintería a medida. Me gustaría... —Lo que iba a decir se interrumpió en el momento en que Lily apareció a su lado.

Todo el cuerpo de Jax se puso rígido.

Luché contra un labio torcido.



Y los ojos de Curtis se abrieron de par en par al mirar a su ex mujer, claramente sorprendido de que estuviera tan cerca.

—Hola, mamá. —West se acercó con Indya, ambos compartieron una mirada—. No sabía que ibas a venir esta noche.

Se encogió de hombros.

—Tara se reunirá conmigo aquí más tarde. Tengo que conseguir la primicia sobre ella y Reid.

—Estábamos a punto de conseguir una hamburguesa con queso —dijo Indya—. ¿Te gustaría unirme a nosotros?

Claramente estaba intentando alejar a Lily de Jax o de Curtis. Quizás de ambos.

Lily también lo captó y un destello de dolor cruzó su expresión antes de asentir.

—Me parece muy bien.

West extendió el brazo, dispuesto a acompañar a su madre. Pero antes de que ella lo acompañara, le dedicó a Jax una sonrisa triste.

—Me alegro de verte. Y a ti, Sasha. ¿Cómo te has sentido?

—Bien, gracias. —Por mucho que no me gustara cómo había tratado a Jax, mi madre se habría revolcado en su tumba si hubiera sido descortés.

—Bien. Es maravilloso. —Miró entre los dos—. ¿West dice que es una niña?

—Sí. —Asentí mientras las fosas nasales de Jax se ensancharon.

—Felicidades. —Ella le dio otra sonrisa, entonces su mirada se dirigió a Curtis—. Hola, Curtis.

—Hola, ¿Lily? —Sonó como una pregunta. Parpadeó un par de veces, mirándola con la mandíbula desencajada, incluso cuando ella tomó el brazo de West y se alejó.

—¿Qué demonios? —murmuró Jax.

A Curtis se le fue el color de la cara.

—Ella me saludó, ¿verdad? ¿Me dijo hola?

—Sí —dije. ¿Por qué le sorprendió?

—Necesito una copa. —Curtis tragó saliva y se dirigió a la barra.

—¿De qué iba eso? —le pregunté a Jax.

La mirada de Jax se dirigió hacia donde estaba Lily, en fila con Indya y West.

—No ha hablado con él en más de una década. Ni una sola palabra.

—¿En serio?

—En serio. ¿Hambrienta?

Más bien, famélica.

—No mucho.



—¿Te importa si nos vamos a casa?

—En absoluto. —Le tomé de la mano y los dos nos metimos en la cabaña, desapareciendo sin despedirnos.

Caminó rápido hacia el camioneta, rápido incluso para mis estándares. Pero le seguí el ritmo, y esta vez fui yo quien le agarró la mano para que no pudiera soltársela.

Jax no dijo ni una palabra mientras subíamos a su camioneta y salíamos marcha atrás del aparcamiento, alejándonos del complejo. Conducía más deprisa de lo normal, y el camioneta rebotaba y se balanceaba en la carretera en mal estado.

No fue hasta que llegamos a la última arboleda del camino a la casa cuando por fin levantó el pie del acelerador. Sus hombros se desplomaron y, mientras exhalaba un largo suspiro, redujo la velocidad a un galope.

—Lo siento. Eso fue... raro —dijo.

—No pasa nada.

Jax pisó el freno hasta que nos detuvimos. Estábamos en medio de la carretera, pero era su carretera. Si era aquí donde quería hablar, entonces le escucharía.

—Te dije que mi madre me dejó aquí con papá cuando era un bebé.

—Lo recuerdo. —Algunos de los detalles de sus divagaciones de borracho de la noche en que le dije que estaba embarazada eran confusos, pero esa historia no la olvidaría.

—Papá fue a Las Vegas con unos amigos a las Finales Nacionales de Rodeo. Se emborrachó y la conoció en un bar. Se enrollaron. Yo fui la sorpresa inesperada.

Era la forma amable de decir que fue un accidente. Un error. Siempre había odiado que los padres llamaran errores a sus hijos, ahora más que nunca.

—Papá la cagó, pero lo asumió. Le contó todo a Lily y le pidió perdón. Ella se quedó con él. Incluso después de que mi madre me dejara aquí un año después.

Sí, Lily se había quedado. Pero eso no era suficiente, ¿verdad? No cuando ella también le había hecho daño.

—Ya sabes el resto —dijo—. Cuando Lily y yo tuvimos aquella pelea hace años, cuando le di aquel ultimátum, papá se enfadó cuando ella no dejó pasar lo del nombre. No conozco los detalles, pero supongo que ellos también se pelearon. Ella no ha hablado con él desde entonces.

—Hasta hoy.

Asintió con la cabeza.

—Hasta hoy.

—¿Por qué?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. Fue extraño, ¿verdad? Ha estado actuando raro.



Para ser honesta, Lily estaba actuando bien. Se comportaba con ellos como siempre lo había hecho conmigo. Pero no la conocía lo suficiente como para decir si era extraño. Claramente estaba tratando de arreglar la ruptura con Jax.

Eso es lo que le diría si fuera honesta.

Pero no quería ser honesta, no todavía. No cuando todavía estaba enojada con ella en su nombre.

Jax tamborileó con los dedos en el volante.

—¿Sabías que no ha puesto un pie en casa de papá desde el día que se mudó? De eso hace ya siglos. Cada vez que venía a visitarnos a West y a mí, nos encontrábamos en la cabaña. Pero nunca volvió a esa casa. A veces recibe correo que es para él. La mayoría es basura dirigida a los dos y va a su casa, pero ella la guarda. Luego se la da a West para que se la entregue a papá.

—¿Por qué no va a la casa?

—Creo que porque lo quiere.

Ella lo quería. Pero no le hablaba y había obligado a West a ser su intermediario.

—Lily es una persona confusa.

Jax soltó una carcajada.

—Sí. Eso es seguro.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. —Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello—. O no lo sabía hasta que West me lo explicó. Lily quiere a papá. Probablemente siempre lo hará. No sale con nadie. Ni él tampoco. No le perdona que la haya engañado, pero también sigue enamorada de él. Viven vidas separadas. Están divorciados. Pero ella lo ama. Y creo que es por eso que no va a la casa. Le duele todo de nuevo. Y ha pasado tanto tiempo herida y enfadada, que ahora no puede parar.

—Ah. Así que Lily no ha terminado de castigar a Curtis.

Y tal vez tenía todo el derecho a infligir ese castigo. Tal vez la forma en que había roto su confianza y su corazón merecía una vida de silencio. Tal vez, en su lugar, yo habría hecho lo mismo.

Excepto que no podía racionalizar cómo había tratado a Jax.

—He estado pensando mucho en ella últimamente —dijo Jax, su voz tranquila y cautelosa—. Entiendo por qué no quería que la llamara mamá. Si me pongo en su lugar, lo entiendo. Pero en mis zapatos, todavía duele.

Maldita seas, Lily. Me arrepentí de haber sido educada en la barbacoa.

—En fin. —Jax inspiró largamente y levantó el pie del freno, siguiendo la curva de la carretera—. Lamento lo de la cena.

LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

—Prefiero que seamos sólo nosotros de todos modos. Voy a hacer... —Mi frase se cortó cuando salimos más allá de los árboles, y vi una gran camioneta color azul marino en la cabaña. Había un hombre fuera—. ¿Quién es...?

—Hijo de puta. —Jax nos disparó hacia adelante, enviándome profundamente en el asiento.

—Jax, ¿quién es? —pregunté, aunque tenía una buena corazonada.
Sus manos estrangulaban el volante mientras volábamos hacia la cabaña.

—Calvin.

184



DEVNEY

SUN

PERRY

CAPÍTULO 20

SASHA

185



— **N**o te muevas —ordenó Jax cuando nos detuvimos junto al Jeep de Emery. En el momento en que los neumáticos se detuvieron, estaba fuera de la puerta.

Definitivamente, no me iba a *quedar quieta*. Con el cinturón desabrochado, salí de un salto y di un portazo. Nadie miró siquiera hacia el ruido.

Emery estaba en el porche, con los brazos alrededor de la cintura, mirando fijamente al hombre que tenía las rodillas en el suelo. Las lágrimas corrían por su rostro.

También corrían por el de Calvin.

—Por favor, cariño. No lo hagas.

Las manos de Jax se cerraron en puños cuando me detuve a su lado. Me frunció el ceño, pero por lo demás mantuvo su atención en Emery y Calvin.

—Em, sabes que nunca te haría daño. Fue un accidente. Te lo juro. La mierda ha estado mal entre nosotros últimamente, pero podemos arreglarlo. Por favor, dame la oportunidad de arreglarlo.

Se secó las mejillas y nos miró a Jax y a mí. No había mucho color en su rostro ceniciento, pero el ligero tono rosado de sus mejillas se desvaneció y agachó la barbilla como si quisiera esconderse.

No deberíamos estar aquí. No deberíamos estar viendo esto. Puse la mano en el brazo de Jax, dándole un ligero tirón, pero él estaba inmóvil.

No hay posibilidad de que dejara a Emery aquí sola.

—Calvin, levántate —dijo Emery.

Sacudió la cabeza.

—No. No hasta que me des otra oportunidad.

El hombre era el retrato del remordimiento. Juntó las manos y le cayeron más lágrimas. No había duda de la desesperación en su voz y, por un momento, se me estrujó el corazón.

Luego se endureció hasta convertirse en piedra.

La estaba manipulando. Se hacía la víctima. La culpa era tan espesa que cubría el suelo como una niebla gris y lúgubre.



Jax abrió la boca, como si estuviera a punto de intervenir, pero clavé las uñas en el algodón de su camisa. Cerró los dientes con un chasquido audible.

Emery tenía que reconocerlo. Ella tenía que ser la que lo alejara. De lo contrario, nunca se detendría. Y este ciclo de ellos seguiría y seguiría y seguiría.

—Por favor —susurró Calvin—. Te amo. Eres mi mujer.

Lágrimas frescas se derramaron por sus mejillas.

—No puedo seguir haciendo esto.

—Voy a cambiar. Te lo juro. Volveremos a hacer lo de la terapia. Reduciré las horas en el trabajo. Podemos arreglar esto.

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

—Dijiste eso la última vez que nos peleamos.

—Lo digo en serio esta vez.

Ella lo miró fijamente durante un largo momento.

—También dijiste eso la última vez.

Calvin tragó saliva cuando Emery se enderezó y sus hombros se cuadraron.

—Creo que deberías irte —dijo.

—Emery, yo...

—Se acabó, Calvin. Hemos terminado.

El aire se escapó de mis pulmones.

Los hombros de Jax cayeron mientras exhalaba su propio aliento.

Antes de que pudiera decir otra palabra, Emery se dio la vuelta y desapareció en el interior de la cabaña, dando un portazo.

Calvin agachó la cabeza. Si no hubiera estado ya en el suelo, se habría desplomado.

Me alejé un paso, a punto de retirarme al camioneta, pero Jax no se movió.

Miró fijamente a Calvin, esperando a que pasaran los minutos, hasta que finalmente el otro hombre se movió y se puso en pie.

Calvin se quedó mirando la puerta de la cabaña durante un largo rato.

—Que te jodan, Haven. Esto es culpa tuya.

Idiota.

—Yo no soy el que la golpeó —dijo Jax.

—Fue un accidente. —La mirada que Calvin dirigió a Jax era de pura malicia—. Quizá si no te hubieras estado tirando a mi mujer todo el año, no me habría dejado.

El sonido que hizo Jax fue parte risa, parte burla.

—Lárgate de mi propiedad. Y no vuelvas.



Calvin sólo arqueó las cejas, un desafío silencioso para que Jax le obligara a marcharse.

El corazón se me subió a la garganta mientras mis manos rodeaban el antebrazo de Jax.

—No, Jax.

Cada músculo de su cuerpo parecía tenso, como un depredador listo para atacar. Pero el único movimiento que hizo fue inclinar la barbilla hacia el camioneta de Calvin.

—Que los jodan. —Calvin nos dio la espalda y se fue furioso.

El portazo del conductor me hizo dar un respingo. Entonces el motor rugió y él se alejó a toda velocidad por la carretera, levantando polvo a su paso.

Sólo respiré cuando desapareció el ruido de su camioneta. Entonces corrí a la cabaña, golpeando al abrir la puerta.

—¿Emery?

Estaba de pie junto a la ventana que daba al fregadero de la cocina, mirando el prado verde que se extendía más allá del cristal.

—Se ha ido.

Había dolor en esa afirmación. No se refería a hoy. Se había ido, para siempre. Su marido se había ido.

Quizá no habían tenido un buen matrimonio, pero ella quería a Calvin, ¿no?

—Lo siento. —Me puse a su lado y le rodeé los hombros con el brazo.

—Yo también. —Apoyó su cabeza contra la mía—. Eso fue lo más difícil que he hecho en mi vida.

—No es fácil apartar a alguien de tu vida, sobre todo cuando sabes que le rompes el corazón.

Cerró los ojos.

—¿A quién le rompiste el corazón?

A *Eddie*. Rompí a Eddie. De todas las formas imaginables. Y tendría que vivir con eso por el resto de mi vida.

—¿Quieres un rato a solas? —Hice mi propia pregunta en lugar de responder a la suya.

—Sí —murmuró, levantándose para secarse los ojos—. Creo que sí.

—De acuerdo. —Solté el brazo y, cuando me giré, me encontré con la mirada de Jax esperando.

No estaba concentrado en Emery. No, estaba concentrado en mí.

Lo que significaba que había oído la pregunta de Emery.

Y me había escuchado esquivarla.



—¿Estás bien, Em? —preguntó.

Se encogió de hombros. Después de una escena como aquella, un encogimiento de hombros era probablemente lo mejor que se podía esperar.

—Te llamaré más tarde —dijo.

Ella asintió, su voz cruda mientras decía:

—Okey.

Le dedicó una sonrisa triste mientras yo cruzaba la habitación, caminando hacia la puerta. Me siguió fuera y entró en su camioneta.

—Sasha...

—Por favor, no preguntes. —Dejé caer la barbilla. Si preguntaba, se lo diría. Y no estaba preparada para decírselo, todavía no.

Su decepción llenó la cabaña, pero permaneció callado mientras nos llevaba a su casa.

Me deslicé hasta el dormitorio mientras él se quitaba las botas. Las luces estaban apagadas y el atardecer entraba por las ventanas en forma de rayos rosas, melocotones y dorados. Me desplomé en el extremo de la cama y cerré los ojos.

Con cada respiración, esperaba que se aflojara la torsión de mi pecho. Que el peso desapareciera. Pero no lo haría. No hasta que Jax supiera la verdad. No hasta que le contara a Eddie lo de mi bebé.

Los secretos pesaban, sobre todo cuando los cargabas solo.

Mi mano flotó hasta mi vientre.

Érase una vez, le había contado todo a mi madre. Ella guardaba mis secretos. Quería hacer eso para mi hija, para que no tuviera que cargar sola con sus secretos.

—Dime una verdad. —La voz de Jax era un murmullo bajo desde la puerta.

Abrí los ojos. Jax se apoyó en el umbral.

—Tengo miedo de cómo será esto cuando termine.

Que volvería a la cabaña cuando Emery se fuera y volveríamos a ser... amigos. Que con el tiempo, él encontraría una mujer que no fuera tan cerrada, tan temerosa de ser pisoteada, tan desordenada y rota. Que se daría cuenta de que yo era demasiado trabajo.

—¿Por qué crees que terminará?

—Historia. —Lo bueno nunca duraba. O moría en un accidente de auto. O golpeado en una miserable pelea a puñetazos.

Jax empujó la puerta y cruzó la habitación, arrodillándose frente a mí. Parecía a punto de decir algo, pero verlo de rodillas me recordó demasiado al Calvin de antes, así que lo alcancé y lo agarré de la camisa para acercarlo.



Se levantó y su boca capturó la mía mientras yo me tumbaba de nuevo en la cama, con su camisa aún en mi puño. Su peso se asentó junto al mío sobre el colchón, su lengua se deslizó por mis labios y, en el momento en que se arremolinó contra los míos, todo lo que nos rodeaba se desvaneció.

El ruido de mi cabeza se calmó. Las preocupaciones desaparecieron.

Un zumbido vibró en mi pecho cuando enredé las manos en su cabello, tirando de las hebras rubio oscuro.

Jax inclinó la boca, hurgando en mi interior, antes de mordirme el labio inferior e inclinarse hacia otro lado. Su nuez de Adán se balanceó mientras sus ojos azules buscaban los míos.

—Cariño, te prometo...

—No lo hagas —susurré, poniéndole el dedo sobre los labios antes de que pudiera terminar la frase.

Frunció el ceño, pero se quedó callado.

No estábamos para promesas. Ambos lo sabíamos. Nos esperaba demasiada incertidumbre, demasiadas incógnitas.

Y si me hacía una promesa, no estaba segura de sobrevivir si no podía cumplirla. No es que no lo intentara. Jax Haven era el tipo de hombre que movería montañas para cumplir una promesa, incluso si nos destruía a ambos.

Le pasé el pulgar por el labio inferior y la mano por la mandíbula. Luego me incliné y lo besé.

Jax gruñó, el sonido un oscuro retumbar en su pecho mientras tomaba el control. Desapareció el tacto dulce y suave. Me devoró, volcando toda su frustración en el beso.

Mi respiración se entrecortó cuando su mano se deslizó por mis costillas y me acarició el pecho. Me arqueé contra su cuerpo mientras el calor recorría mis venas. El latido de mi corazón se convirtió en un tamborileo constante.

Me mordisqueó la comisura de los labios, lo bastante fuerte como para doler. Entonces nos convertimos en un frenesí, cada uno se sentó para quitarse la ropa, mientras nuestras bocas luchaban por mantenerse cerradas. Me desnudó en cuestión de segundos y mi ropa cayó al suelo con suaves golpes.

No fui tan rápida y sólo conseguí quitarle la camisa antes de distraerme con el calor de su piel contra la mía. Mis manos recorrieron el espeso vello que cubría su corazón hasta llegar a sus musculosos abdominales. Las yemas de mis dedos susurraron a lo largo de los picos y valles mientras bajaban más y más y más.

Con una serie de movimientos rápidos, la hebilla de su cinturón quedó suelta, el metal frío sobre mi cadera desnuda. Luego tiré del botón y deslicé la cremallera lo suficiente para meterme dentro y rodear su polla con la mano.

—Sasha. —Jax liberó su boca de la mía y se inclinó para tomar un pezón entre sus dientes.



Apreté con más fuerza su erección. Cuanto más apretaba, más fuerte chupaba.

—Jax —siseé mientras amasaba mi pecho—. Necesito sentirte.

Gruñó, se levantó y se quitó los jeans. Con cada movimiento, sus muslos se abultaban y sus bíceps se flexionaban.

Dios, era guapísimo. El trabajo duro había afilado el cuerpo de Jax en líneas rugosas y músculos rasgados. Cada día lo deseaba más.

No hubo preliminares cuando volvió a la cama y se acomodó en el hueco de mis caderas. No necesitábamos preliminares, no cuando ya estaba empapada. Se colocó en mi entrada y me penetró profundamente.

—Sí. —Me estiré mientras me llenaba, mis uñas se clavaron en sus hombros mientras me adaptaba a su tamaño.

Fácil. Con nuestros cuerpos conectados, era tan fácil.

—Te sientes tan malditamente perfecta, hermosa. —Enganchó su boca a mi pulso y chupó mientras salía y entraba.

Su polla golpeó exactamente en el punto exacto mientras marcaba un ritmo constante con las caderas. Me temblaban las piernas mientras me aferraba a él, aguantando el viaje.

—Mira qué bien me coges —murmuró, bajando la cabeza para ver cómo se introducía dentro de mi cuerpo.

—Jax. —Mi voz se convirtió en un susurro jadeante mientras mis paredes internas empezaban a agitarse.

Selló su boca sobre la mía, su lengua barrió el interior. Me besó como me follaba, duro e insistente. Como si estuviera haciendo un punto.

Como si estuviera haciendo la promesa que había dejado de hacer antes.

Cuando me corrí, fue en un grito en su garganta. Mi cuerpo se retorció bajo él mientras manchas blancas me nublaban la vista. De algún modo, los orgasmos duraban más, golpeaban más fuerte. Cada vez que estábamos juntos, era mejor que la anterior.

Se me curvaron los dedos de los pies. Me retumbó el corazón. El placer recorrió cada hueso de mi cuerpo.

Jax se corrió en un gemido que vibró de su pecho al mío. Se derramó dentro de mí, con la cara retorcida por el hermoso éxtasis. Y cuando por fin se desplomó, rompiendo nuestra conexión al rodar hacia un lado, nos enroscamos en un lío de miembros enredados.

Su mano se sumergió en mi cabello. La mía en el suyo. Su boca me esperaba cuando la encontré para un beso rápido. Cuando nos relajamos sobre las almohadas, su mano libre se desplazó hacia mi vientre, recorriendo el vientre de nuestra hija.



Afuera aún había mucha luz. Los dos necesitábamos cenar. Pero mientras Jax se relajaba en el colchón, yo me acurrucaba más en sus brazos, acurrucándome cerca de él con la oreja pegada a su corazón.

Esperé hasta que su respiración se calmó y se quedó profundamente dormido. Entonces salí de la habitación y me puse su camiseta y un par de mis sudaderas del armario antes de cerrar la puerta y retirarme a la cocina.

La bolsa que llevaba todos los días a la oficina estaba en la isla. Saqué un cuaderno, abrí la tapa en espiral y abrí una página en blanco.

Jax quería hacer promesas.

Quizá algún día, pronto, le dejaría.

Pero antes de llegar a ese punto, necesitaba saber la verdad. Sobre mi pasado. Sobre la verdadera razón por la que había venido a Montana.

Y antes de decírselo a Jax, tenía que ser sincera con Eddie.

Excepto cuando mi pluma entintó palabras azules en el papel, una confesión no era la carta que escribí. Todavía no.

Había otras cosas que decir primero. Cosas que debería haberle dicho hace mucho, mucho tiempo.



Eddie,

Te merecías algo mejor que yo. Ojalá hubiera sido lo que necesitabas. Te merecías algo mejor.

S



CAPÍTULO 21

JAX

192



Sentía la cabeza dos tallas más grande. Tenía las fosas nasales en carne viva de tanto sonarme. Cada vez que tragaba, sentía como si unas cuchillas de afeitar me rasparan la garganta y, maldita sea, este zumbido en los oídos me estaba cansando.

—Cuéntame un secreto —dije mientras Sasha llenaba una botella de agua del fregadero.

Cada día le pedía un secreto. Cada día me contaba algo trivial. Pero yo seguía preguntando.

—Estás enfermo —dijo.

—Eso no es un secreto.

Sonrió con satisfacción.

—¿Así que admites que estás enfermo?

—No estoy enfermo —murmuré.

—Sí, lo estás, y deberías quedarte en casa —dijo Sasha, enroscando la tapa de su botella—. Nunca he conocido a nadie tan empeñado en negar lo obvio, pero Jax, estás enfermo.

No tenía tiempo para estar enfermo. Admitirlo se sentía como una derrota, así que me negué.

—Estoy bien.

Puso los ojos en blanco.

—Vuelve a la cama.

La cama era exactamente donde quería pasar el día. Pero...

—No puedo. —Suspiré y recogí mi taza de café.

El abuelo me llamó anoche para preguntarme si podía montar en su nuevo caballo esta mañana. Por lo visto, cuando salió ayer, su caballo castrado se portó como un idiota y estuvo a punto de echarlo.

Mi abuela le había prohibido volver a montar a caballo, pero ahora teníamos que decidir si nos quedábamos con el animal o lo vendíamos. West estuvo inundado de heno toda la semana. El complejo era una maldita casa de locos con el ajetreo del verano, así que no podía prescindir de un guía para hacerlo.



Así que yo iría antes de que mi testarudo padre se lanzara a «ayudar». Ya no era tan joven como le gustaba pensar que seguía siendo, y lo último que necesitábamos era un accidente en el que saliera herido.

Además, había evitado a mis abuelos durante casi dos meses. Desde que les conté lo de Sasha y el bebé, nuestras conversaciones habían sido limitadas. Una llamada aquí y allá para saludar. Nos habíamos cruzado en el albergue hace unas semanas. Incluso había dejado de llevarle al abuelo sus billetes semanales de lotería.

La última vez que había ido a su casa había sido la noche de la cazuela. Parecía ayer, no hacía más de un mes.

El tiempo pasaba demasiado rápido.

Sasha vivía conmigo desde finales de mayo. Emery me había enviado un mensaje anoche para decirme que había encontrado una bonita casa nueva en el pueblo y que hoy se reuniría con un agente inmobiliario para hacer una oferta. Pero incluso después de mudarse de la cabaña, Sasha estaría bajo mi techo.

Indefinidamente.

La bebé nacería en tres meses. Lo que significaba que tenía tres meses para conseguir que se hundiera en esta cosa entre nosotros. Tres meses para seguir rompiendo esos muros.

Estaban bajando, centímetro a centímetro, pero esta rutina en la que habíamos caído últimamente se sentía precaria, como si fuera cuestión de tiempo hasta que llegara algo y la jodiera.

Si aquello era un comentario sarcástico o grosero de mis abuelos, perdería la cabeza. No es que esperara que fueran algo más que educados con ella, pero no iba a correr riesgos.

Era hora de aclarar las cosas. Me sintiera como una mierda o no.

—¿Quieres quedar conmigo para comer? —le pregunté a Sasha.

—No, quiero que hagas lo que tengas que hacer y luego vengas a casa a dormir. —Puso su mano en mi mejilla, su pulgar trazando la línea de mi mandíbula—. Pero como no creo que me hagas caso, entonces sí, podemos quedar para comer.

—Iré a la portería. —Le di un beso en la frente y la seguí hasta el garaje.

Había protestado por aparcar dentro. Me había costado tres noches de orgasmos convencerla de que colgara el mando de la puerta de repuesto en la visera. Pero había ganado.

Sasha podría ser terca, pero yo la tenía ganada.

—Tómalo con calma hoy —dijo mientras abría la puerta.

—Esa es mi línea, cariño.

—Lo digo en serio, Jax. Estás enfermo.

—No estoy enfermo —mentí.



Me dio otro largo y sonoro suspiro. Luego se dirigió a su auto y se puso al volante. Pero no fui a mi camioneta en la siguiente bahía. Caminé hacia afuera, siguiendo la línea de sus neumáticos hasta que estuve en el camino de entrada.

El aire de la mañana de julio hizo maravillas para despejarme. Inhalé, reteniéndolo en los pulmones, mientras inclinaba la cara hacia el cielo azul despejado y dejaba que el sol me calentara el rostro.

En la siguiente inhalación, una tos brotó de mi pecho, provocándome un ataque de tos que me dobló por la mitad.

Joder. Estaba enfermo.

No tenía tiempo para estar enfermo. No quería que Sasha enfermara, por eso tenía una torcedura en el cuello por haber dormido en la habitación de invitados las dos últimas noches.

Tenía la cabeza nublada, pero me sobrepuse a la bruma y me puse manos a la obra. Primero me dirigí a los establos, dejando de lado a todos los guías, porque no podíamos permitirnos que este resfriado afectara a todo el personal, y menos con todas las excursiones reservadas desde el amanecer hasta el anochecer.

Después de asegurarme de que todo el mundo tenía sus pedidos del día, me retiré a mi despacho para dedicar una hora al papeleo. Cuando las hojas resumen empezaron a desdibujarse, cargué mi montura y mis espuelas y me dirigí a casa de mis abuelos.

Me recibieron en la puerta antes de que pudiera llamar.

—Buenos días. —El abuelo me dio la mano.

La abuela entrecerró los ojos al verme la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Suenas enfermo.

Le hice un gesto con la mano.

—Estoy bien.

Frunció los labios.

—Te haré sopa.

—No hace falta. Sasha hizo pollo con fideos anoche. —Y no es que se lo fuera a decir a la abuela, pero era la mejor sopa de pollo con fideos que había probado en mi vida.

—Así que ustedes dos están... —El abuelo se interrumpió para que yo pudiera terminar la frase.

—Viviendo juntos. Teniendo un bebé. Aún sin casarnos.

Su ceño fruncido me enfureció.



—¿Saben qué? Supérenlo —espeté—. Me doy cuenta de que este no es el camino tradicional hacia una familia, pero ¿adivinen qué? Mi historia de origen tampoco es exactamente tradicional. Sasha es importante para mí. Así que busquen la forma de aguantarnos a los dos. O pueden olvidarse de tener mucho que ver con su bisnieta.

Fue la vez que más duramente me dirigí a mis abuelos: el resfriado tenía la culpa. No iba a alejar a mi hija de ellos, pero si tenía que amenazarles para que se sacaran los palos del culo, que así fuera.

Compartieron una mirada y, con ella, una de sus famosas conversaciones silenciosas. Tantos años casados, viviendo juntos, probablemente ya podían leerse el pensamiento el uno al otro.

La abuela rompió primero, sus ojos se suavizaron.

—¿Puedes traer a Sasha a cenar?

—Sí. —Asentí—. La cena sería genial. Le gustan las hamburguesas con queso.

—Te gustan las hamburguesas con queso. —Ella se burló—. ¿Qué es lo que realmente le gusta?

—Cualquier cosa menos queso a la plancha.

Sasha se había comido el sándwich que le había hecho, pero sospeché que era porque lo había untado con mermelada de fresa.

—De acuerdo. Haré tu asado favorito. —La abuela le dio un codazo en las costillas a mi abuelo.

—Uf —gruñó, pero el ceño fruncido desapareció—. Lo sentimos. Te apoyaremos.

—Se agradece. —Saqué los guantes de cuero del bolsillo de mis jeans—. Entonces, ¿dónde está este caballo?



—Nos quedamos con este caballo —le dije a West con el teléfono pegado a la oreja mientras montaba en el caballo castrado del abuelo por un prado.

—Pensé que era una mierda.

—Definitivamente tiene una voluntad de hierro, pero me gusta. —No para el abuelo, sino para mí. Y tal vez, después de que se asentara y madurara un poco, después de haber pasado incontables horas montándolo por el rancho, sería un buen caballo para Sasha.

Su personalidad me recordaba un poco a ella. Fuerte. Terco. Agradecido. Inteligente.

El sonido de un motor zumbaba de fondo al otro lado de la línea. Probablemente West estaba en algún hilerador, cortando heno.



No le importaba que su mujer fuera asquerosamente rica. No le importaba que hubiera contratado mano de obra para hacer la mayor parte del heno cada verano. Mi hermano no era de los que se quedaban de brazos cruzados cuando había trabajo que hacer.

Supongo que teníamos eso en común.

—Voy a montarlo a los establos. Comprobar todo. Entonces probablemente lo ponga con tu caballo, si eso está bien.

—Me parece bien —dijo—. ¿Estás muy ocupado hoy? He tenido una idea y quería saber tu opinión.

—¿Sobre qué?

—Es sobre unos potros. He estado mirando los precios del ganado, y tenemos tanta hierba en este momento. Podría tener sentido.

—Tengo tiempo para hablar.

—Suena muy bien. Debería terminar aquí en breve. Te veré en los establos.

—Nos vemos dentro de un rato. —Terminé la llamada, me subí a la silla y guardé el teléfono en un bolsillo de los jeans. Luego conduje el caballo negro hacia el río para dirigirnos a los establos.

West no necesitaba mi aportación al rancho. Lo dirigía y gestionaba él, y aunque yo poseía mi propia superficie, la mayor parte de la tierra estaba a su nombre.

Pero West me incluía en las decisiones de todos modos. Me pedía mi opinión, aunque él tenía la última palabra.

Estaba muy lejos de cómo se había llevado el rancho bajo el mando de papá. Papá no era de los que aceptaban consejos, al menos no de sus hijos.

Pero eso, junto con muchas otras cosas, había cambiado en los últimos siete años.

Para mejor. Gracias a Indya. Gracias a West.

Y últimamente, gracias a Sasha.

Indya podría haber vuelto de su baja por maternidad, pero no trabajaba a tiempo completo. No con los niños en casa durante las vacaciones de verano y Grace tan joven. Así que mientras Indya pasaba más tiempo en casa con sus hijos, Sasha dirigía el complejo como si fuera suyo.

Indya había hecho un gran trabajo construyendo este negocio. Pero también se había movido con rapidez. Había habido un ritmo frenético durante los últimos siete años, como si todo el mundo corriera de una tarea a la siguiente. E Indya había estado gestionando demasiadas cosas durante demasiado tiempo.

Sasha había traído esta energía fría y niveladora. Era una fuerza tranquilizadora.

No creo que nadie se diera cuenta hasta que ella apareció. Igual que yo no me había dado cuenta de lo solo que estaba hasta que ella entró en mi vida.



La idea de volver a los ligues ocasionales y las noches sin sentido me erizaba la piel.

Quería el auto de Sasha aparcado junto al mío en el garaje. Quería sus zapatos en la alfombrilla junto a mis botas. Quería su champú en el estante de la ducha y encontrar pelos sueltos en el lavabo de mi baño.

Me estaba enamorando de ella.

Diablos, ya había caído.

Habría sido la mejor sensación del universo, excepto que no tenía ni idea de si ella también estaba cayendo.

Sasha era cariñosa. Me tocaba tan a menudo como yo a ella. El sexo era fuera de este maldito mundo. Pero yo seguía repitiendo la conversación del mes pasado.

Tengo miedo de cómo será esto cuando termine.

Estaba tan segura de que terminaría. ¿Por qué? ¿Qué demonios había pasado en su pasado?

Había alguien. Se había identificado con Emery demasiado, como para que no hubiera alguien en su pasado.

¿Quién le había hecho daño? ¿Cuántas veces tendría que rogarle que me dijera un secreto hasta que me dijera la verdad?

Tres meses. Eso es todo lo que nos quedaba juntos. Entonces seríamos tres. Entonces todo sería diferente.

Tres meses.

No iba a ser suficiente, ¿verdad? ¿Y si necesitábamos más tiempo?

Mi teléfono sonó en mi bolsillo, el ruido hizo que el caballo se sacudiera. Lo saqué y en la pantalla aparecía un número desconocido. Mi pulgar se posó sobre el botón rojo, a punto de rechazarlo, pero entonces el caballo se asustó.

En un momento estaba en mi silla de montar. Al siguiente, volaba por los aires y aterrizaba en el suelo con tanta fuerza que se me salió el aire de los pulmones.

El caballo se alejó atronador por el prado, corriendo como si un oso pardo le pisara los talones.

—¿Qué demonios? —siseé, aspirando aire. Me dolía el hombro al moverme y, maldita sea, el brazo no me funcionaba bien. El dolor era tan intenso que me daba vueltas la cabeza.

Mierda. Esto era malo. Mi hombro probablemente estaba dislocado. Todo por culpa de ese maldito caballo.

Siguió corriendo, haciéndose cada vez más pequeño en la distancia.

Apretando los dientes, me obligué a sentarme.

Todo empezó a dar vueltas. Algo húmedo goteaba por mi cuello.



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

Con el brazo bueno, me palpé la nuca. Lo último que vi antes de que el mundo se volviera negro fueron las yemas de mis dedos cubiertas de sangre.

198



DEVNEY

SUN

PERRY

CAPÍTULO 22

SASHA

— **E**stamos listos para octubre —le dije a la novia al otro lado de la línea, con el teléfono de la oficina entre el hombro y la oreja para tener las manos libres y garabatear en una nota adhesiva.

Fin de semana de bodas en Hamilton el 29 de octubre

»Pasaré su información a nuestro coordinador de eventos, pero no dude en llamarme si tiene alguna pregunta.

Cuando terminó la llamada, aparté el teléfono y agité el ratón, añadiendo el grupo de novios a nuestro sistema de reservas. Luego envié un correo electrónico a Marsha, la coordinadora del evento, y arrugué mi nota de color amarillo neón.

El próximo octubre, la novia se casaría. Y yo tendría una hija de un año. Mi mano se extendió sobre mi bulto.

Incluso con la blusa suelta que había combinado con jeans esta mañana, no podía ocultar mi barriga. No es que quisiera ocultarlo.

No estaba preparada para esta bebé, pero lo estaba consiguiendo. Poco a poco. Día a día, lo estaba logrando.

Jax era una gran parte de ese progreso. Era la fuerza equilibradora que me había faltado durante tanto tiempo. Era el lugar en el que podía apoyarme cuando el mundo daba un vuelco. Se tomaba todo con calma y nada demasiado en serio.

Tal vez se me estaba pegando porque el último mes juntos había sido el mejor que había tenido en, bueno... toda mi vida.

Incluso con mi frenético horario de trabajo, estaba relajada. Él me relajaba.

Había otras cinco notas adhesivas esparcidas por mi mesa, cada una de ellas de diferentes llamadas telefónicas que había hecho esta mañana. Mi bandeja de entrada estaba abarrotada y tenía algunos mensajes de voz que devolver. Pero tendrían que esperar.

Mi estómago gruñó. ¿Dónde estaba Jax? Tal vez había decidido tomarse el día libre como le había sugerido esta mañana. Tal vez finalmente había admitido a sí mismo que estaba enfermo.

Agarré el móvil, a punto de enviarle un mensaje, cuando zumbó en mi mano.

199



Micah.

—Hola —contesté inmediatamente, levantándome de la silla para cruzar la habitación y cerrar la puerta de mi despacho—. Gracias por devolverme la llamada.

—Hola, Sasha. No hay problema. Siento haber tardado unos días.

—Está bien. —Siempre pasaban unos días desde que le dejaba un mensaje a Micah hasta que me devolvía la llamada. Intentaba no tomármelo como algo personal—. ¿Cómo está?

—Está bien.

El aire se me escapó de los pulmones. Era la primera vez que Micah decía algo positivo.

—¿Puedo hablar con él?

—Todavía no.

Mi alivio y alegría momentáneos murieron rápidamente.

—Dijiste que después de tres a seis meses podríamos hablar. Han pasado más de nueve.

—De tres a seis es lo que suele ocurrir, pero cada individuo es diferente. Eddie necesita más tiempo. Está recorriendo un largo camino. No voy a presionarle hasta que esté preparado.

Lo que significa que Eddie no quería hablar todavía. Y yo necesitaba dejar de presionar.

—Está bien.

—Sigue escribiendo cartas.

Las cartas. Las estúpidas y malditas cartas. Micah siempre se desviaba a las cartas.

Cartas que nunca recibían respuesta. Cartas que seguían siendo demasiado cortas. Cartas que sentían como si arrojara un trozo de mi alma al vacío. Pero si era necesario, seguiría escribiendo.

—De acuerdo. —Suspiré—. Gracias.

—Cuando quieras. Cuídate. —Me colgó primero.

Dejé el teléfono y me quedé mirando el salvapantallas. Era una foto granulada en blanco y negro de las ecografías. Llevaba semanas ahí, pero aún podía ver la foto a la que había sustituido. Era como si las imágenes estuvieran superpuestas y, si entornaba los ojos lo suficiente, la foto de Eddie y mía se asomaba.

El salvapantallas solíamos ser nosotros juntos en un raro día en el que ambos habíamos sido felices. Nos habíamos escapado a la playa y le habíamos pedido a un desconocido que nos hiciera una foto. Nos habíamos abrazado. Su mejilla se había apoyado en mi cabello. Y habíamos sonreído. Sonrisas reales y felices.

Fue la última vez que recordé que ambos sonreímos juntos.

200



Fue hace casi dos años.

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué un trozo de papel. Luego escribí una carta, arranqué un trozo de mi corazón y la metí en un sobre blanco.

El correo salía todos los días, pero estas cartas no eran algo que quisiera mezclar con los asuntos del complejo, así que las guardé en mi bolso para la próxima vez que fuera al pueblo.

Me rugió el estómago, esta vez más fuerte. Así que busqué el nombre de Jax, a punto de enviarle un mensaje de texto cuando, una vez más, el teléfono zumbó primero.

West.

Nunca me había llamado. Ni una sola vez. Se me revolvió el estómago y el miedo me recorrió la espalda.

—¿Hola? —respondí, ya de pie y recogiendo mi bolso.

—Hola, Sasha. —Había dulzura en su voz.

La dulzura que acompaña a las malas noticias.

—¿Es Jax?

—Sí. Es Jax. Está bien. Pero mi padre viene a recogerte al albergue.

Tragué con fuerza, la cabeza empezaba a darme vueltas.

—¿Y llevarme adónde?

—El hospital.



—Se suponía que no tenías que llamarla. —Jax fulminó a su hermano con la mirada desde la cama del hospital.

Parpadeé.

—Lo siento. ¿Qué dijiste? ¿No ibas a llamarme?

—No quería que te preocuparas.

—Tienes una contusión y un hombro dislocado. —Mis fosas nasales se dilataron mientras extendía una mano—. Estás en urgencias.

—Me recolocaron el hombro y no es mi primera contusión. Viviré. Estaré como nuevo en una hora. No te alteres por esto, cariño.

—No... —Señalé su cara—, me llames cariño ahora mismo.

Levantó la mano libre porque tenía la otra en cabestrillo.

—No deberías haber salido a cabalgar —le dije—. Estás enfermo.

—Estoy...

—¿Bien? —terminé por él, con la voz entrecortada.

El corazón me latía demasiado deprisa. Mi cabeza no había dejado de dar vueltas desde el momento en que West me había llamado para decirme que había encontrado el caballo de Jax sin Jax. Y cuando había localizado a Jax, estaba sentado en medio del campo, recién despertado tras haber sido noqueado.

Tal vez otra mujer le habría complacido. Le habría salpicado la cara de besos y llorado de alegría porque estaba bien.

Cuando llegué al hospital, le pedí con calma al médico un informe completo de las lesiones de Jax y una explicación detallada de su plan de recuperación. En cuanto el médico salió de la habitación, no hubo besos ni llantos. No cuando descendió la bruma roja de la furia.

Estaba tan enfadada que no podía ver bien.

—Sasha, estoy bien —dijo Jax—. Te lo prometo.

—Nuestra ubicación sugiere lo contrario. —Me puse a los pies de su cama y me rodeé con los brazos para ocultar los temblores. Los temblores habían empezado en los dedos y se habían extendido a las manos. Subieron por las muñecas y los antebrazos hasta llegar a los hombros, como si me estuvieran destrozando centímetro a centímetro.

—Me has asustado. —Tragué más allá del nudo en mi garganta—. Te hiciste daño y no me querías aquí.

—Nena, estoy bien. Ven aquí y siéntate.

Negué con la cabeza, apretándome mi labio inferior entre los dientes.

West y Jax compartieron una mirada, pero yo la ignoré y seguí caminando.

¿Y si West no lo hubiera encontrado? ¿Y si esa llamada hubiera sido diferente? ¿Y si...?

Apreté los ojos para bloquear los «y si...». Los mantuve tan cerrados que me empezó a doler la cabeza. Era inútil. Nada podía borrar el olor estéril del hospital. El ruido de las enfermeras trabajando al otro lado de la cortina cerrada no se podía ocultar.

—Sasha, creo que será mejor que te sientes. —West me puso la mano en el brazo, dirigiéndome hacia una silla.

—Sólo... necesito un poco de aire. —Antes de que pudiera detenerme, me zafé de su agarre y me salí por la abertura de la cortina.

—Mierda. Sácame de aquí —cortó Jax.

—Si te vas, tardarás el doble en recibir el alta. Quédate aquí. Yo la traigo. —Oí una voz de mujer, familiar, pero no pude ubicarla. No por encima del ruido de las máquinas y la gente hablando.

No me giré para ver quién me seguía. Seguí caminando, pasé las señales rojas de salida hasta que estuve fuera, respirando aire de verano que olía a hierba recién cortada. Un cortacésped zumbaba a lo lejos mientras caminaba hacia un banco situado frente a las puertas de urgencias y me hundía en el asiento.



Entonces volví a cerrar los ojos, esta vez concentrándome en mi respiración. Inhalando y exhalando. Una y otra vez. Hasta que la cabeza dejó de darme vueltas. Hasta que el temblor disminuyó. Hasta que el corazón se me salió por la garganta.

La luz del sol era cegadora cuando abrí los ojos, tan brillante que tardé un segundo en darme cuenta de que no estaba sola.

Lily se sentó en el banco a mi lado con una bolsa de papel marrón en una mano.

—¿Necesitas respirar con esto?

—No. —Volví a respirar hondo—. No soy buena en esto. Cuando la gente que me importa sale herida.

—La mayoría no lo son —dijo—. Pero tú lo hiciste bien. Mantuviste la compostura hasta después de hablar con el médico. La mayoría se desmoronan antes de llegar a ese punto.

Suspiré.

—No me di cuenta de que estabas ahí.

—Curtis me llamó. Estaba... quedándome atrás.

¿Había sido decisión suya? ¿O de Jax?

—No debería haber estado montando —le dije—. Debería haberle hecho quedarse en casa.

—Nada de lo que pudieras haber hecho lo habría mantenido en casa. Créeme. Jax odia estar enfermo. Siempre fue el chico que se negaba a admitir que no se sentía bien. Nunca quería perderse nada.

Era la observación de una madre.

—¿Por qué no dejas que te llame mamá? —La pregunta salió volando de mi boca antes de que pudiera tragármela—. Lo siento. No es asunto mío.

—No pasa nada. —Me dedicó una sonrisa triste y se quedó mirando a lo lejos—. Si pudiera volver atrás en el tiempo, haría las cosas de otra manera. No esperaría tanto antes de asumir mis errores. Eso fue un error.

Yo también. Si pudiera volver atrás, cambiaría muchas cosas.

—¿Alguna vez te han roto el corazón? —preguntó.

—Sí. —Aunque probablemente no de la forma en que la aventura de Curtis había destrozado el suyo.

—Quiero a Jax. Mucho. —Me dio una palmadita en la rodilla—. Será un padre maravilloso. Y si me dejas, me encantaría formar parte de la vida de esta niña. Me di cuenta de que si no hago las paces, si no arreglo esto, me la perderé.

Sí, lo haría.

—Esa es la decisión de Jax, Lily.

—Lo sé. —Hizo todo lo posible por ocultarlo con una sonrisa, pero había derrota en su mirada. Como si esperara estar tan alejada de la vida de mi hija como lo estaba de la de Jax.

Y sabía que la única culpable era ella misma.

Por primera vez desde que Jax me había contado su historia, mi corazón se compadeció de Lily. No estaba bien cómo había tratado a Jax. Pero ella también lo sabía.

Quizá era demasiado tarde para reparar tanto daño.

Por mi propio bien, esperaba que no *fuera demasiado tarde*.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Gracias por sentarte conmigo.

—Cuando quieras. —Se levantó, con la bolsa de papel en la mano arrugándose.

Me puse en pie de un empujón, a punto de dirigirme a las puertas, cuando me giré y me encontré con los ojos azules de Jax esperándome.

—¿Dado de alta? —preguntó Lily, fingiendo que él no había escuchado nuestra conversación. Tendría que averiguar más tarde cuánto había oído, pero por la expresión pétrea de su cara, era bastante.

—Sí —le dijo—. Papá nos va a llevar a casa. West sigue dentro.

—Iré a buscarlo. —Lily pasó junto a él y se detuvo para ponerle la mano en el brazo.

El contacto fue breve, no más que un roce de sus dedos sobre su piel, pero Jax no se apartó.

—Lo siento. Creo que nunca dije eso —susurró—. Lo siento, Jax.

Tal vez esa esperanza que tenía para mí también la tendrían para ellos.

Bajó la barbilla, pero por lo demás no habló mientras ella se alejaba, dejándonos solos en la acera.

Se había metido unos cuantos papeles doblados en el bolsillo trasero de los jeans. Con el brazo bueno, se frotó la mandíbula con una mano y exhaló un largo suspiro.

—Tengo una conmoción cerebral. Me he dislocado el hombro. Y estoy enfermo.

—No me digas —murmuré, acortando la distancia entre nosotros.

En cuanto estuve a su alcance, me atrajo hacia su pecho.

Enterré la nariz en su camisa, respirando su aroma.

—Siento haberme asustado.

—Siento haberte asustado.

No era la lesión lo que me había asustado. Era él.

Lo necesitaba.

Necesitaba a Jax más de lo que nunca había necesitado a otra persona.



—¿Puedo llamarte cariño ahora? ¿O todavía estás muy enfadada conmigo?

Me encogí de hombros.

—Inténtalo, a ver qué pasa.

—Estoy bien, cariño.

Él estaba bien. Nosotros estábamos bien. Si quedaba una pizca de rabia, se desvaneció.

Levanté la barbilla y le miré a los ojos. Luego me puse de puntillas para darle un beso.

—Vámonos a casa.

205



Eddie,

Lo lamento. Debería haberte dicho que lo sentía hace mucho tiempo. Micah me llamó hoy. Me dijo que siguiera escribiendo estas cartas, pero ya no sé si debo hacerlo. ¿Quieres que desaparezca de tu vida? ¿Que te deje seguir adelante? Si es así, antes de que me detenga, que sepas que lo siento. Por todo.

S



CAPÍTULO 23

JAX

La voz del maestro de ceremonias del rodeo sonó por los altavoces del recinto ferial, mezclándose con las risas, las conversaciones y el murmullo de la multitud.

A mi izquierda, las gradas estaban abarrotadas de gente que presenciaba la prueba de lazo por equipos en el estadio. A mi derecha, los puestos de comida estaban alineados en fila. Y a mi lado, Sasha caminaba con su mano entre las mías. El sol del atardecer brillaba a lo lejos, pero palidecía en comparación con el resplandor de su rostro.

Habían pasado unos dos meses desde el día en que acabé en urgencias después de que me tiraran de aquel caballo. Y de alguna manera, Sasha era más hermosa cada día. Había conocido mujeres embarazadas antes, pero Sasha las avergonzaba a todas.

Su barriga estiraba el algodón de su vestido negro de camiseta. Las mangas largas se le subían por los antebrazos y se había recogido el cabello en una coleta cuando se quejó de que tenía demasiado calor. El tiempo a principios de septiembre aún era cálido, pero cuando el sol se pusiera más tarde, refrescaría.

Llevaba zapatillas deportivas. Tuve que atarle los cordones en casa porque ya no le llegaban los pies.

Sus días de caminata rápida habían quedado en pausa. Caminaba sin rumbo y su paso lento se debía a que estaba ocupada contemplando el espectáculo o a que se estaba cansando. Probablemente ambas cosas.

Entre el caos del trabajo y la energía que le quitaba el bebé, solía caer rendida cada noche sobre las nueve, después de cenar y de que yo le diera un orgasmo.

—¿Pastel de embudo o mini donas? —le pregunté. El aroma a pan frito, azúcar y canela flotaba en el aire cuando pasamos por delante del puesto que vendía ambas cosas.

—Donas. —Se frotó el costado—. O nada. Tengo hambre, pero no hay más espacio.

—Compraremos donas. Comeré lo que tú no comas.

—Okey. —Apoyó la cabeza en mi brazo mientras bostezaba.

—¿Quieres salir temprano? ¿Ir a casa? —Por primera vez en mi vida, no me opondría a dejar el Rodeo Big Timber temprano. No si eso significaba que podíamos estar solos.

—No. —Sacudió la cabeza—. Esto es una experiencia. Me gustan estas aventuras en las que consigues que me enamore de Montana.



Ese no era el único propósito de estas aventuras, como ella las llamaba. Yo también necesitaba que se enamorara de mí.

Para alcanzar el lugar donde había estado por un tiempo. Tal vez desde el día en que la vi luchar contra Carla por el carrito de la compra.

Nos quedaba poco más de un mes antes de que naciera el bebé. Sasha no se había mudado, incluso después de que Emery dejara la cabaña por su nueva casa en el pueblo. Lo tomé como una buena señal.

Pero aún no sabía cómo se sentía Sasha. Y yo tampoco me había armado de valor para decirle cómo me sentía.

Estaba ahí, en la punta de la lengua cada noche, pero algo me lo impedía. Algo que no podía explicar.

Quizá porque no recordaba la última vez que había dicho esas dos palabras.

De niño, le había dicho a Lily que la amaba. Creo que ella probablemente me respondió, pero no lo recuerdo. Papá no era el tipo de hombre que decía *te amo* a menudo, especialmente a sus hijos adultos. West se lo decía todo el tiempo a su esposa y a sus hijos. ¿A mí? No. Éramos hermanos, criados por el mismo hombre, y tampoco era algo que nos dijéramos el uno al otro.

¿Era la falta de práctica? ¿O sólo estaba asustado porque honestamente no sabía si Sasha me lo respondería?

El instinto de conservación había vencido y, por el momento, simplemente me alegraba que me tomara de la mano en público. De poder besarla cada vez que entraba en una habitación.

Nos pusimos en la cola de las mini donas y me puse detrás de ella, rodeándole el pecho con un brazo para que pudiera apoyarse en mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—Pareces callado esta noche.

—Todo bien, cariño. —Le besé el cabello.

—¿Cuál es tu momento favorito del día? —me preguntó, acercando sus manos a mis antebrazos.

—Atardecer. —Dejé que mi mirada se perdiera entre el recinto ferial y las montañas en la distancia. Sus picos escarpados se iluminaban de oro cuando el sol rozaba sus puntas.

—¿Por qué el atardecer?

—Es cuando todas las chicas guapas salen a jugar.

—¿En serio? —Me clavó el codo en las costillas—. Jax.

—Es broma. —Me reí entre dientes—. Me gusta el final de un largo día. Quizá porque por las mañanas siempre tengo prisa por salir, por empezar el día. Pero al caer el



sol, lo único que puedo hacer es parar y respirar. Tomarme un momento para celebrar las victorias, aunque sean pequeñas. Disfrutar de esos últimos rayos de sol magníficos.

Sasha torció el cuello para encontrarse con mi mirada.

—Me gusta eso.

—¿Cuál es tu momento favorito del día?

Miró hacia el mismo lugar que yo hacía un momento, empapándose del naranja y el amarillo y el rosa y el azul del atardecer.

—Sería un cliché decir atardecer ahora, así que diré medianoche.

—Cuando estás profundamente dormido.

—Cuando todos los chicos salen a jugar. —Soltó una risita.

Yo también me reí y me incliné para besarle la mejilla mientras avanzábamos para hacer nuestro pedido.

Nos iba bien juntos. Tan jodidamente bien. Ella sentía eso, ¿verdad? ¿Sabía que teníamos algo especial que no era sólo por la bebé?

La querría estuviera embarazada o no.

Su mano bajó de mi brazo y su palma se posó en mi muslo. Incluso a través de mis jeans, sentí el calor de su contacto.

Ella lo sentía. *Tenía* que sentirlo.

—Jax. —Sasha se zafó de mi agarre—. ¿Seguro que estás bien?

—Todo bien —mentí, dejando a un lado las preocupaciones y haciendo nuestro pedido. Luego, con un barquito de papel de mini donas recubiertos de canela y azúcar en la mano, nos acomodamos de nuevo en nuestro paseo, deambulando hacia las cervecerías al aire libre.

West e Indya estaban en algún lugar de la refriega. Habían dejado a los niños en casa esta noche con Lily como niñera. Probablemente papá estaba en los jardines con ellos. Mis abuelos estaban sentados donde los habíamos dejado en las gradas.

Habíamos ido a cenar a casa de mis abuelos dos veces en los últimos dos meses. Una mirada a la barriga de Sasha y se habían portado muy bien. El abuelo había estado trabajando en un par de botines de cuero hechos a medida para la bebé. La abuela pasaba por la casa al menos una vez a la semana con algún tipo de dulce para Sasha, galletas, tarta o pastel.

Mi familia la había abrazado, exactamente como se lo había pedido. Eran suyos, tanto como míos.

Todo lo que tenía que hacer era dejarles entrar.

No es que vieran al guardia que ella no bajaría. Sasha no era más que educada y amable. Pero vi la distancia que mantenía. No los buscaba voluntariamente. Eran..... amigos.



Incluso Indya.

Pero no eran familia. Todavía no.

Tal vez fuera simplemente porque Indya era su jefa, y todo esto era tan condenadamente nuevo. Pero sentí una vacilación subyacente. Un temor de que si se acercaba demasiado, los perdería también.

O tal vez eran mis propios miedos y me estaba proyectando. Probablemente eran los nervios por la bebé, pero no podía evitar la sensación de que algo se avecinaba. Algo arruinaría lo bueno que habíamos encontrado en los últimos meses.

—Jax, ¿quieres irte?

—¿Qué? No. —Algo así.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Has estado... melancólico esta noche.

—Melancólico. —Arqueé una ceja—. Debes haberme confundido con West.

—West no es melancólico.

—No lo conocías antes de Indya.

Ella suspiró.

—Bonito desvío.

—Estoy bien. —Le quité un poco de canela y azúcar de la comisura de los labios—. Supongo que yo también estoy cansado. Ha sido una semana larga.

Seguimos en plena temporada alta, aunque el calendario haya cambiado a septiembre. En lugar de recibir a familias en sus vacaciones de verano, recibíamos a grupos más grandes de adultos.

Un grupo de quince treintañeros había llegado ayer para una especie de reunión y pasar una semana haciendo senderismo, montando a caballo y pescando. Había dos bodas más este mismo mes, y en ambas se había agotado el alojamiento.

Sasha no había aflojado ni un ápice, incluso con la fecha del parto en octubre acercándose rápidamente. Indya cubriría la mayor parte de la carga de trabajo de Sasha durante su baja por maternidad. Tara y los demás gerentes ayudarían. Pero Sasha estaba haciendo todo lo posible para prepararse para su ausencia. Trabajaba tan frenéticamente que era como si tuviera miedo de que su trabajo no la esperara.

Estaría ahí. Para ella, siempre estaría ahí.

Para ella, yo también estaría allí. Siempre.

—¿Quieres construir la cuna mañana? —le pregunté.

—Oh, um, estaba planeando trabajar mañana.

Mañana era sábado, pero no iba a señalarlo.

—Lo haremos cuando termines.

—De acuerdo. —Excepto que sonaba como si prefiriera hacer cualquier otra cosa.

La habitación infantil de la casa era un caos de bolsas y cajas de regalo. Indya había organizado un baby shower para Sasha el mes pasado, y la generosidad no sólo de Indya, sino de todos en el complejo, me había sorprendido incluso a mí. No era sólo ropa y pañales. Incluso nos habían comprado muebles.

La pila de regalos en medio del suelo de la guardería era prácticamente una montaña.

Había supuesto que la razón por la que Sasha no había empezado a limpiar el desorden era que estaba muy cansada. O tal vez era abrumador.

El desorden empezaba a crisparme los nervios.

La habitación infantil, junto con la suite principal, era uno de los dormitorios que había añadido a la casa durante la remodelación. Había sido una habitación de invitados, pero trasladé la cama y otros muebles al almacén.

¿No quería Sasha decorar? ¿Organizar? ¿No se suponía que las mujeres embarazadas pasaban por una fase de anidamiento? En todo caso, ella parecía estar evitando esa habitación. ¿Por qué?

—¿Por qué no quieres construir...? —Antes de que pudiera preguntarle en qué estaba pensando, un alboroto en las cervecerías robó mi atención.

Calvin salió dando tumbos de la entrada hacia atrás, como si alguien le hubiera empujado por el hueco de la zona vallada.

—Demonios —murmuré.

Sasha se detuvo y apretó su mano contra la mía.

Me desplacé e incliné mi cuerpo frente al suyo mientras Calvin recuperaba el equilibrio. Bueno, más o menos.

Se balanceó sobre sus pies mientras se alejaba de los jardines, levantando una mano para apartar a alguien de dentro.

—Vete a la mierda.

Alguien gritó lo mismo.

Hizo una mueca pero se alejó, dos pasos, luego tres. En el momento en que miró hacia delante y alzó la vista, nos vio y se detuvo. Calvin torció el labio. Tenía los ojos vidriosos. Tenía la cara roja.

—Mierda. Está borracho.

Agarré la mano de Sasha, a punto de marcharme porque lo último que necesitaba con mi novia embarazada... ¿era *mi novia*?

Pero antes de que pudiéramos darnos la vuelta, Calvin ladró mi nombre.

—Haven. Me imaginé que estarías aquí. Me sorprende que no estés con mi esposa.

—Ex-esposa. —O pronto lo será. Emery había presentado los papeles, y ahora sólo estaban esperando el divorcio para ser finalizado.



Calvin se acercó lo suficiente como para que pudiera oler la cerveza en su aliento. Me fulminó con la mirada, luego cambió sus ojos a Sasha y su vientre.

—¿No te importa que se haya estado follando a Emery a escondidas durante años?

—Basta, Calvin —le espeté—. No hay nada con Emery. Nunca lo ha habido.

—Tal vez no ahora que dejaste embarazada a esta perra.

Mi reacción fue instantánea. Solté la mano de Sasha y las mini donas. Me moví tan rápido que el hijo de puta no tuvo tiempo de parpadear antes de que mi puño conectara con su nariz y salpicara sangre.

Sasha jadeó.

—¡Putra madre! —Calvin se llevó las manos a la nariz mientras se doblaba, perdía el equilibrio y se dejaba caer de culo—. ¡Me has roto la puta nariz!

—No vuelvas a hablar de ella. —Mi pecho se hinchó con la adrenalina y la rabia.

La gente salía de las cervecerías para ver qué ocurría. West y papá estaban con ellos y se apresuraron a venir a mi lado, probablemente para detener una pelea en toda regla en cuanto Calvin se pusiera en pie.

La intervención era innecesaria. Levanté ambas manos y di un paso atrás.

—He terminado.

Una mujer que reconocí del pueblo corrió al lado de Calvin.

—Cariño, oh, Dios mío.

¿Cariño? Claramente, estaba realmente colgado por Emery si ya lo había superado. O tal vez había estado engañando a Emery durante años, desviando sus propios errores hacia ella. No importaba. Ya no es mi problema.

—¿Bien? —preguntó West.

—Sí. —Maldita sea. Sacudí mis nudillos.

La mujer ayudó a Calvin a ponerse en pie, levantándolo por un brazo.

Me fulminó con la mirada, aún le sangraba la nariz, pero por una vez en su vida tomó la decisión correcta y dejó que la mujer le ayudara a ir a los baños.

—¿Qué fue eso? —preguntó papá.

—Llamó perra a Sasha. Me cabreó.

—Bueno, eso tiene sentido. —West miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

—Justo... —*Aquí.* Había estado justo a mi lado—. ¿Sasha?

Busqué por la zona pero no pude encontrarla entre la multitud.

—Sasha —llamé.

No hubo respuesta.

—Tengo que irme —les dije a West y a papá, ya alejándome, sacudiéndome de nuevo los nudillos mientras escudriñaba la fila de puestos de comida.



¿Adónde había ido? Miré por encima del hombro, a punto de ir hacia el otro lado, pero me llamó la atención una cabellera oscura que se colaba por la salida.

—¡Sasha!

Siguió caminando. Rápido.

—Maldita sea. —Empecé a trotar, sorteando a la gente mientras corría para alcanzarlos.

Estaba a medio camino del aparcamiento cuando me puse a su lado.

—Nena...

—Quiero irme a casa, Jax. Ahora. —Su voz era fría como el hielo.

Suspiré.

—Está bien.

Caminamos en silencio hasta mi camioneta, e incluso cuando abrí la puerta para ayudarla a entrar, rehuyó mi contacto.

—Lo siento —dije cuando me puse al volante—. No debería haberlo golpeado.

Tragó saliva con dificultad y se giró para mirar por la ventana.

Hijo de puta. Por mucho que quisiera culpar de esto al dolor en el culo que era Calvin Hill, esto era cosa mía.

—Sasha. —Esperé hasta que me miró—. Lo siento.

Sólo asintió con la cabeza. Luego volvió a mirar por la ventanilla y, a cada kilómetro que pasaba de camino a casa, ni siquiera se movía.

En cuanto aparqué en el garaje, ella salió por la puerta.

La alcancé en el vestíbulo y le tendí la mano para sostenerla mientras se quitaba los zapatos. Pero en el momento en que mis dedos rozaron su codo, se apartó.

Luego me dejó solo con dos Nikes blancas desechadas.

Y nudillos que necesitaban hielo.



CAPÍTULO 24

SASHA

213



— **J**ax. —Mi voz era apenas más fuerte que una respiración a través de la almohada.

No se movió. Tenía la boca entreabierta mientras dormía al otro lado de la cama, y aunque sólo había un palmo de espacio entre nosotros, bien podría haber sido un kilómetro y medio.

No habíamos hablado después del rodeo. No podía hablar con él, todavía no. Primero había necesitado tiempo para luchar con los malos recuerdos. De puños volando. De una nariz crujiendo. De sangre brotando.

Así que cuando llegamos a casa, me retiré al dormitorio y me puse una de sus camisetas. Me había acostumbrado a dormir con ellas, ya que no me cabía ningún pijama. Luego me metí en la cama, fingiendo dormir cuando él se unió a mí.

Por primera vez en meses, no me había abrazado.

Hacía frío sin él. Demasiado frío.

Con cuidado de moverme con la mayor delicadeza posible, salí de debajo de las sábanas y avancé por la oscura habitación hasta llegar al armario, donde busqué entre las perchas una de sus franelas. Me la puse encogiéndome de hombros, con el dobladillo rozándome los muslos, y me subí las mangas mientras salía de la habitación, cerrando la puerta en silencio al llegar al pasillo.

Esperé con la oreja pegada a la madera, atenta a cualquier ruido. Solo cuando estuve segura de que seguía dormido, crucé de puntillas el pasillo hasta la habitación del bebé.

Había una lámpara con una pantalla rosa en el montón de regalos del suelo. La llevé hacia una pared, la enchufé a una toma de corriente y proyecté una suave luz sobre la habitación.

Cuando Indya me preguntó si podía organizarme una fiesta, me dijo que tenía que formar un registro de compras. Nunca lo había hecho y no quería elegir cosas al azar, así que me pasé horas buscando ideas para el cuarto de la bebé.

Había encontrado una foto de una habitación con paredes gris paloma y una cuna blanca enmarcada con un dosel rosa pálido. El diseñador había decorado una pared, del suelo al techo, con mariposas. A mí me encantaban las mariposas, así que pedí mariposas, un dosel rosa y una cuna blanca con un cambiador a juego.



Los muebles pensaba comprármelos yo, pero Indya me había sorprendido. Fue un regalo de ella y de West.

Había comprado casi todo lo que figuraba en mi lista, además de innumerables artículos que ni siquiera sabía que necesitábamos. Aún no estaba segura de qué tenía de mágico un Genio de los Pañales, pero el bote estaba en el rincón de la habitación del bebé, junto a la caja sin abrir con la cuna.

Me senté en la alfombra blanca de piel sintética que nos habían dado las asistentas y crucé las piernas. Luego pasé la mano por sus suaves fibras.

Estaba todo aquí, todo lo necesario para crear una preciosa habitación infantil para mi niña, pero no había sido capaz de montarla. Todos los días durante el último mes, había pasado por delante de esta habitación, echando miradas furtivas a las bolsas de regalo llenas de ropa y mantas que había que lavar y doblar. Pero siempre encontraba una excusa para no entrar.

¿Acaso a las futuras mamás no les encantaban estas cosas? ¿Qué me pasaba que no me apetecía nada decorar una habitación infantil?

La bolsa más cercana estaba a escasos centímetros de mi rodilla. Dentro había un pijama de color lavanda, el algodón adornado con estrellas plateadas. Pero no podía recogerlo. No podía sacarlo de la bolsa y empezar a hacer montones de ropa.

Así que me quedé allí sentada con la luz de aquella lámpara rosa para hacerme compañía hasta que un cuerpo alto y musculoso apareció en la puerta.

Jax sólo llevaba un par de calzoncillos negros ajustados. Me estudió un momento, como si estuviera evaluando si era seguro cruzar el umbral. Pero luego entró y se sentó detrás de mí, con sus largas piernas estiradas junto a las mías mientras apretaba mi espalda contra su pecho, como si fuera mi sillón personal.

Me relajé contra él, empapándome del calor de su pecho desnudo mientras el silencio nos envolvía.

—¿Por qué no quieres montar la guardería?

—Porque tengo miedo de que me encante —susurré—. Y tener que dejarlo atrás.

Jax enterró su cara en mi cuello, respirando hondo.

—Quítate de la cabeza que te vas.

—Dijiste que esto era temporal.

—Nunca ha sido temporal, cariño. Sólo lo dije para meterte bajo este techo. Pero no te equivoques, no irás a ninguna parte.

Me aparté cuando se enderezó y su mirada se clavó en la mía. Había promesas en sus ojos azules. Palabras que quería oír, pero ¿estaba preparada para ellas?

—Este es nuestro hogar —dijo.

Dios, quería eso. Un hogar. Una vida.

—Dime que me oyes, Sasha. Dilo. En voz alta. Este es nuestro hogar.



También podría haberme pedido que saltara de un acantilado. Caer en caída libre y confiar en que él estaría abajo para atraparme.

Quizá por fin había llegado el momento de confiar. De decir a la mierda y simplemente volar.

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, como si algo en mí se estuviera rompiendo. Paredes. Cadenas. La cinta adhesiva que me había mantenido unida durante una década.

—Este es nuestro hogar.

—Te tengo, nena. —Dobló su fuerte cuerpo alrededor del mío, envolviéndome en sus brazos—. Te tengo.

Lo oía. Pero, ¿y si también le creía?

Me acurruqué en su abrazo, respirando su reconfortante aroma.

Jax se movió para extender la mano sobre mi vientre justo cuando la bebé dio una patada. Ya la había sentido moverse antes y, como las otras veces, una carcajada de puro asombro llenó la habitación.

—¿Crees que nos está diciendo que preparemos su habitación?

—Sí.

Pero ninguno de los dos se movió. No hasta que se me durmieron las piernas y el pellizco en la parte baja de la espalda me obligó a levantarme del suelo.

—Siéntate tú. —Jax señaló la mecedora de terciopelo gris del rincón, un regalo de Curtis—. Léeme las instrucciones mientras construyo esta cuna.

Me acerqué y me hundí en el cojín de felpa, deslizándome suavemente mientras él empezaba a abrir la caja.

Era el momento, ¿no? Si este era nuestro hogar, si estábamos construyendo muebles, compartiendo una vida, era hora de empezar a contar secretos. Secretos de verdad.

Jax merecía saber mis verdades. Antes de hacer promesas, antes de esas palabras, debería saber en qué se estaba metiendo.

—¿Jax?

—Sí, cariño.

—Pídeme que te cuente un secreto.

Se quedó quieto, erguido.

—Cuéntame un secreto.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de trabajar en el complejo? Todo el mundo piensa que tengo la vida resuelta. Que soy organizada y tengo todo bajo control. Es mi gran secreto. En realidad soy un desastre. No tengo casi nada que mostrar de mi vida. Mudaste todo a esta casa en cinco viajes. Caminando. Estoy en la quiebra y pagando una montaña de deudas de la universidad. No tengo muchos amigos. Ni familia que venga a



visitarme al hospital cuando nazca la bebé. En el trabajo, retrato a la mujer en la que podría haberme convertido si mis padres no hubieran muerto. Pero es mentira. Me pides que te cuente mis mentiras. Yo soy la mentira.

Era una confesión que llevaba meses gestándose. Salió de golpe, pero me arañaba la garganta, como si respirara fuego. Como si todos mis instintos me gritaran: «¡Finge!», así que tuve que seguir fingiendo.

¿Y si dejara de hacerlo? ¿Y si sólo fuera... yo?

Los ojos de Jax eran suaves mientras miraba. Demasiado suaves. Lloraría si me mirara con lástima, así que dejé caer la mirada hacia mi regazo y la hinchazón de mi estómago.

¿No se suponía que te ibas a sentir mejor cuando desnudaras tu alma? ¿No se suponía que era un alivio?

Quería volver a meterlo todo dentro. Quería rebobinar el tiempo y seguir fingiendo. Seguir fingiendo.

Pero ese no era el ejemplo que quería dar a mi hija. Si quería ser su guardiana de secretos, tendría que enseñarle a contarlos. Tendría que enseñarle a ser vulnerable.

Así que cerré los ojos y dejé que las paredes se derrumbaran.

—¿Y si lo arruino todo? —susurré.

—No lo harás. —Jax cruzó la habitación, arrodillándose frente a mí. Luego tomó mis manos, llevando mis nudillos a su boca—. ¿Qué te dije antes?

—Mucho.

—Dije que te tengo. Te tengo, Sasha. Te tengo.

Pero oí algo totalmente distinto.

«Te tengo.»

Te amo.

Las lágrimas fueron instantáneas.

—Lamento lo de antes.

—Es culpa mía.

Sacudí la cabeza y tiré de las manos para secarme los ojos.

—No, no eres tú. Algo pasó hace tiempo. Esta noche sólo me trajo malos recuerdos.

—¿Qué? —Todo su cuerpo se tensó.

No podía quedarme sentada y contar esta historia, así que avancé, apoyando las manos en los brazos de la silla para impulsarme. Pero no era fácil salir de la silla, así que Jax se levantó y tiró de mí para ponerme en pie.

Se hizo a un lado, observando cómo me inclinaba para recoger una bolsa de regalo, el regalo con el pijama de lavanda.



Lo saqué y pasé una mano por el suave tejido mientras él ocupaba la silla, con los codos apoyados en las rodillas, mientras esperaba.

Ya casi habíamos llegado. Ya casi habíamos superado lo peor de mi pasado. Ya casi era hora de hablar de Eddie.

Abrí la boca, a punto de decir su nombre, pero me detuve en seco.

Todavía no. Todavía no. Eddie necesitaba saber primero. Sobre Jax. Sobre mi bebé. Después de todo lo que habíamos pasado, se merecía saberlo primero.

Así que Jax conseguiría ese último secreto.

Más tarde.

Por ahora, empezaría explicando la lucha.

—Hace aproximadamente un año, llegué a casa del trabajo una noche y fui por un tazón de cereales fríos, pero no tenía leche. Decidí ir corriendo a la tienda que estaba a dos manzanas de mi casa y comprar un litro. El barrio no era el mejor, pero tampoco era el peor de Sacramento. Caminé rápido. Tardé menos de cinco minutos en llegar. Compré mi leche y me fui. Estaba a medio camino de casa cuando oí un ruido extraño.

Había pasado todo este tiempo, pero aquel ruido seguía resonando en mi mente, tan real como si siguiera de pie en aquella oscura esquina. Quizá era normal no olvidar el sonido del dolor y la violencia.

—Vi a estos dos hombres peleando. Bueno, en realidad no era una pelea. Uno estaba en el suelo mientras el otro no paraba de darle puñetazos y patadas, una y otra vez. Se me cayó la leche y, cuando golpeó la acera, sonó como una pelota rebotando antes de que la tapa saliera volando y salpicara. Es extraño cómo recuerdas los sonidos, ¿verdad? Cómo se te quedan grabados.

Eso era lo que me había alejado de Jax en el rodeo esta noche. No la sangre. Ni la velocidad con la que se había movido, tan rápido como un rayo. Había huido del sonido de la carne golpeando la carne.

—Intenté interrumpir la pelea. Intenté detener al tipo que estaba golpeando al hombre en el suelo.

Jax apretó la mandíbula, sus manos se crisparon y los músculos de sus brazos se flexionaron.

—No fue la decisión más inteligente —dije, recogiendo otra bolsa de regalo, ésta llena de ungüentos y lociones, ninguno de los cuales sabía cómo o cuándo usar.

»En medio de la refriega, me empujaron y tropecé con el bordillo. Caí hacia atrás y me golpeé la cabeza. Me desmayé. Me desperté con las sirenas de la policía.

—Sasha. —Jax agachó la cabeza—. ¿Por eso te asustaste cuando me caí del caballo?

—En parte. —Me acerqué al cambiador, una pieza blanca que hacía juego con la cuna, y empecé a descargar la bolsa de productos para bebé en el cajón superior—. Fue un asunto de drogas que salió mal. Odio las drogas.



—Yo también.

Doblé la bolsa una vez vacía, formando una pila para ellos sobre la mesa.

—No debería haber golpeado a Calvin. —Jax se puso de pie—. Perdóname.

—Ya has pedido perdón.

—Reconozco mis errores.

—Lo sé. —Era lo que me gustaba de él.

Era honesto y bueno hasta la médula de los huesos.

¿Había oído a Lily decir básicamente lo mismo sobre los errores en el hospital meses atrás? Quizá tenían más en común de lo que él quería admitir. Tal vez, a pesar de sus errores, ella le había enseñado las cosas correctas.

Se acercó y me apartó el cabello de la sien.

—No volverá a pasar.

Me incliné hacia él y respiré hondo. Y ahí estaba, el alivio que había esperado antes.

Había más en esa historia. Más que necesitaba saber.

Más tarde.

Después de enviar una última carta.

Entonces Jax podría tener todos mis secretos. Todas mis mentiras. Todas mis verdades.

—¿Todavía quieres construir la cuna? —pregunté.

—No especialmente. —Se inclinó con fluida gracia y me levantó entre sus brazos.

—Jax, soy demasiado pesada.

—*Pfft.* —Se dirigió a la puerta y se giró de lado para sacarme de la habitación y cruzar el pasillo. Luego me llevó a la cama y me tumbó mientras se cernía sobre mí.

Era como un baile lento, la forma en que me quitaba la ropa del cuerpo. Le había dicho hacía meses que no quería bailar, pero él había encontrado la manera de hacerlo de todos modos.

Cuando los dos estuvimos desnudos, piel contra piel, se arrodilló entre mis piernas y atrajo mis caderas hacia sus musculosos muslos. Luego me penetró hasta el fondo. Nuestras manos se enredaron en mis costados mientras él movía las caderas, uniéndonos a un ritmo lento.

Sus ojos permanecían fijos en los míos mientras me follaba a fondo. Maravillosamente. El orgasmo me invadió como una corriente oceánica, arrastrándome hasta una ola que me recorría cada hueso, cada célula.

Cuando Jax se corrió, su cuerpo estaba tenso y tembloroso, con la cabeza echada hacia atrás.



—Sasha. —Mi nombre fue un gemido y una plegaria. Otro sonido que nunca olvidaría.

Cuando los dos estuvimos agotados, se tumbó a mi lado y me acercó a él, mi espalda a su frente. Me puso la mano en el vientre y me besó el cabello, murmurando algo mientras me dormía.

Murmurando ese algo que no estaba preparada para oír. Todavía no.

No hasta que escribiera otra carta.

Una carta de despedida.

219



Querido Eddie,

Hiciste mal en hacerle daño a ese hombre. Te equivocaste al vender esas drogas. Sé que no quieres oírlo, pero te equivocaste. Tenemos que empezar a asumir nuestros errores. El mío fue no hacerte responsable de los tuyos.

Quería decírtelo en persona o al menos por teléfono, pero tengo noticias. Estoy embarazada. Voy a tener una niña el mes que viene. La llamaremos Josephine.

Te quiero. Siempre te querré. Pero esta es mi última carta por un tiempo. Espero que encontremos la manera de volver el uno al otro algún día. Tal vez esta vez, podamos ser amigos. Yo estaré aquí. Siempre estaré aquí para ti. Aunque duela. Estaré aquí.

Sasha



CAPÍTULO 25

JAX

220



El ruido metálico me saludó al cruzar la entrada de casa de papá.

—Maldita sea. —Su voz llegó desde la puerta abierta del garaje—. Miserable pedazo de mierda.

—Hola a ti también, papá.

Levantó la cabeza de debajo del capó de su cortacésped y entrecerró los ojos a la luz de la tarde.

—¿Jax?

Entré en el garaje y salí del sol brillante.

—Hola.

—Hola. Lo siento. No te oí llegar.

—Está bien. —Señalé el motor expuesto del cortacésped. —¿Qué pasa?

—Diablos si lo sé. Creo que es el carburador. El motor sigue calándose. Pero quien diseñó esta configuración fue un bastardo sádico. Prácticamente tuve que desmontarlo todo para limpiarlo. Y ahora que lo he vuelto a montar, no consigo que arranque.

El hecho de que esta máquina hubiera durado tanto era en realidad un mérito del sádico bastardo que la había diseñado. Era el mismo cortacésped que yo había montado cuando era niño, ganándome tres dólares de papá cada vez que cortaba el césped.

Pisé la rueda delantera con la bota.

—Recuerdas que eres millonario, ¿verdad? Puedes permitirte un cortacésped nuevo. Apuesto a que el concesionario del pueblo te traería uno mañana.

—¿Por qué iba a comprar uno nuevo si puedo arreglar este?

—¿Pero puedes arreglar este? —bromeé.

Papá frunció el ceño.

—Bueno, supongo que eso está por verse. Pero ya llevo tres horas. No soy de los que se rinden.

Me reí entre dientes.

—¿Quieres ayuda?

Me entregó la llave inglesa.



—Hazlo.

Pasamos los siguientes treinta minutos encorvados sobre el motor, jugueteando y adivinando el problema. Hasta que, por fin, al girar la llave, el motor se encendió y empezó a zumbar.

—Que me aspen. —Papá se rio por encima del ruido que llenaba el garaje. Lo dejó funcionar un momento y luego lo apagó—. Gracias.

—No hay problema.

—¿Hoy no trabajas? —preguntó, como si acabara de darse cuenta de que era jueves y de que normalmente yo estaría en el complejo a estas horas.

—Estoy trabajando. West necesitaba ayuda para mover vacas en el prado este. Vi tu garaje abierto cuando volvía y pensé en saludarte.

—Me alegro de que lo hicieras. —Papá empezó a guardar las herramientas en los cofres contra la pared del fondo—. ¿Cómo va todo?

—Ocupado. —Las dos últimas semanas habían sido agitadas, no sólo en el trabajo sino también en casa.

Sasha se había lanzado de lleno a la decoración. Todas las noches, cuando llegábamos a casa, la ayudaba con lo que quisiera hacer en el cuarto del bebé y, al cabo de dos semanas, ya estaba listo. Había mariposas por todas partes y más rosas de las que jamás hubiera pensado tener bajo mi techo.

Esa habitación infantil era mi favorita de la casa.

Ahora que ya estaba hecha, tal vez bajara el ritmo, aunque teniendo en cuenta que sus horas de trabajo seguían siendo tan largas como siempre, no contenía la respiración. El albergue y las cabañas seguían repletas de huéspedes.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—No me puedo quejar. —Abrió un cajón de su armario de herramientas, colocando la llave inglesa en el espacio designado. Todas estaban ordenadas por tamaño.

¿Cuántas horas había pasado en este garaje, trabajando en un proyecto con papá, viendo cómo guardaba sus herramientas? Por algo sabía construir y reconstruir motores. Me había enseñado todo lo que sabía sobre mecánica. Sobre arreglar un fregadero que goteaba o cambiar una lámpara. Sobre montar a caballo y criar ganado.

Era un buen padre, a pesar de las desavenencias que habíamos tenido años atrás, después de que vendiera el rancho. Curtis Haven había cometido muchos errores en su vida, pero era un buen padre.

—¿Puedo preguntarte algo? —le pregunté.

—Dispara. —Se giró, apoyándose en el banco de trabajo.

—Cuando Indya compró el rancho, ¿sabías que tenía una historia con West? —Era una pregunta por la que había sentido curiosidad durante años, pero no me había molestado en hacerla.



En un principio, Indya había planeado quedarse aquí sólo un año después de la venta. Quería enderezar el complejo y sus problemas financieros, y luego pasar a otras empresas. Ella había hecho un trato con papá para asegurarse de que cuando se fuera, West estaría a cargo. Básicamente había obligado a papá a jubilarse.

Siempre me había preguntado si había aceptado porque era la mejor opción. O si sabía que si Indya vivía un año en Montana, quizá West y ella reavivarían una vieja llama.

—Tenía una corazonada —dijo—. Las semanas que venía de visita con su familia cuando eran más jóvenes, él desaparecía por completo. Pero nunca estuve seguro. ¿Por qué?

—Siempre me lo pregunté. —Me encogí de hombros—. ¿Es esa corazonada la razón por la que le vendiste el rancho?

Suspiró.

—Ojalá yo fuera tan romántico. Lo vendí porque necesitábamos el dinero. Nos tenía en un buen agujero. Ella era una salida.

—Mmm —tarareé, recogiendo un trapo del asiento del cortacésped para limpiarme las manos—. ¿Mi madre te contactó alguna vez?

Otra curiosidad. Pero la razón por la que no lo había preguntado no era porque nunca surgiera. Era una pregunta que llevaba años queriendo hacer, pero no me había armado de valor. Probablemente porque ya sabía la respuesta.

Papá parpadeó, como si le hubiera dado un latigazo el cambio de tema.

—Nunca te lo había preguntado. —Tiré el trapo, manchado de negro, a un lado—. Últimamente me ronda por la cabeza.

Compartir secretos y mentiras con Sasha había sacado los esqueletos del armario. Los había apartado durante demasiado tiempo y no iba a volver a hacerlo.

—Lo entiendo. Estás a punto de ser padre. Hace pensar a un hombre. —Sus ojos se suavizaron—. Ojalá pudiera decir que sí. Ojalá pudiera decir que me llamó para ver cómo estabas.

Pero no podía. Ambos lo sabíamos.

No la había necesitado. No con papá. Ni con los abuelos. Ni siquiera con Lily. Pero siempre me había preguntado si ella había mirado hacia atrás.

Ahora podría cerrar esa puerta. Para siempre.

Concentrarme en Sasha. Concentrarme en nuestra hija.

—Gracias, papá. Será mejor que vuelva al trabajo —dije. Pero antes de que pudiera salir del garaje en busca de mi camioneta, el crujido de los neumáticos sobre la grava llegó desde fuera.

Papá y yo nos dirigimos a la entrada justo cuando un todoterreno aparcó junto a mi camioneta.

—¿Es...? —Se quedó boquiabierto.



Lily abrió la puerta y salió.

—¿Habló conmigo en la barbacoa? —murmuró.

¿Era una afirmación? ¿O era una pregunta porque, incluso meses después, seguía sin creerse lo que había pasado?

Papá se aclaró la garganta, alisándose la parte delantera de la camisa mientras Lily se dirigía a la puerta trasera de su auto, sacando una caja envuelta en papel de rayas rosas.

Cuando se volvió y miró la casa, se detuvo y recorrió con la mirada el porche, el tejado y las buhardillas. Hacía años que no veía esta casa. ¿Por qué ahora? Dudaba que ese regalo fuera para papá.

Cuadró los hombros y se acercó, dedicándonos una sonrisa nerviosa.

—Hola.

Papá abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

—Ey. —Vine a su rescate—. ¿Qué pasa?

—Yo... te estaba buscando. Pasé por los establos y no te vi en tu oficina. Y no había nadie en tu casa. Así que pensé en comprobar aquí. —Su mirada se dirigió a papá, luego se alejó de nuevo—. Esto es para ti y Sasha.

Lily me empujó la caja rosa a los brazos, luego dio un paso atrás, una vez más apenas mirando a papá antes de mirar al suelo.

—Siento molestarte.

Esa fue una disculpa a papá, no a mí.

¿Qué demonios estaba pasando ahora? No sólo había hablado de su existencia, sino que estaba aquí, en su propiedad. Voluntariamente. Ella podría haber dejado esta caja en mi escritorio con una nota.

—No es molestia, Lily. —Papá la miró como si fuera un sueño—. Eres bienvenida aquí cuando quieras.

Una parte de mí deseaba que hubiera dicho lo contrario. Que la hubiera mandado de paseo. Decirle que había perdido su oportunidad mientras había estado tan ocupada aferrándose a su resentimiento y a su angustia.

Pero la otra parte de mí, la que siempre miraría a Lily como a una madre, la que sabía que papá la querría hasta el día de su muerte, se alegraba de que el gélido silencio entre ellos empezara a descongelarse. Por su bien.

—Es una manta de bebé. —Señaló la caja que tenía en las manos—. Llevo un rato haciéndola. Nunca había hecho una manta, así que no es la mejor.

—Gracias. —*Bueno, mierda.* Eso era considerado. Y amable. Y cualquier tonto podría ver que lo estaba intentando. Con fuerza.

—Escribí una carta. —Forzó una sonrisa más amplia, pero tambaleante, como si estuviera a punto de llorar—. Es para ti.



—De acuerdo. —Deslicé el sobre de la cinta rosa.

—Por favor, no la leas ahora. —Extendió las manos—. Es, eh... una disculpa. Por muchas cosas. Sobre todo por la pelea y por cómo actué. Pensé que sería más fácil ponerlo todo por escrito, pero ahora que lo pienso, probablemente no lo redacté bien. Sólo empeorará las cosas. Déjame...

Me hice a un lado cuando ella fue por el sobre, intentando recuperarlo.

—Me gustaría leerla.

Lily parecía a punto de llorar. ¿Qué tan difícil había sido para ella venir aquí? ¿Escribir la carta que no quería que yo leyera?

—Te escuché en el hospital —dije—. Cuando le dijiste a Sasha que querías formar parte de la vida de mi hija. ¿Lo decías en serio?

—Sí. —Tragó con fuerza—. Te quiero, Jax. He hecho un trabajo lamentable diciéndolo. Y demostrándolo. Me gustaría tener la oportunidad de hacerlo mejor.

Maldita sea. Me balanceé sobre los talones como si me hubiera dado un puñetazo en el corazón.

Lily lloriqueó, secándose las comisuras de los ojos. Luego sonrió a papá con tristeza.

No tenía que decirle que lo amaba. Siempre lo amaría.

El amor nunca había sido el problema. Pero hasta que ella estuviera dispuesta a perdonarle, permanecerían en ese limbo.

Lily, odiando a papá por un error de hace casi treinta años.

Papá, odiándose a sí mismo por lo mismo.

Estarían atrapados con ello, la ira y el odio, hasta que pudieran soltarlo todo.

¿Era ese también mi problema? ¿Estaba atrapado en este limbo con ellos?

—No voy a llamarte Lily —le dije—. Tampoco voy a llamarte mamá. ¿Qué tal Nana?

Esta vez, no pudo detener las lágrimas antes de que se derramaran por sus mejillas.

—Me gustaría Nana. Mucho.

Con una inclinación de cabeza, los dejé en la entrada, llevando el regalo y la carta a mi camioneta.

Seguían en el mismo sitio, mirándose fijamente, mientras yo me alejaba.

Se me escapó una pequeña carcajada mientras rodaba por la carretera.

No esperaba que el día de hoy fuera así. Cuando llegué al albergue, pasé por delante de los establos y aparqué en la plaza vacía que había a tres del auto de Sasha.

Estaba en su mesa cuando entré en su despacho con la carta de Lily en el bolsillo.

Pero la nota se olvidó en cuanto vi su cara.



Estaba blanca. Le temblaban las manos mientras agarraba un papel.

—¿Qué ocurre? —Corrí por la habitación a su lado, con el corazón saltándome a la garganta—. Sasha, ¿es la bebé? ¿Te duele...?

Se levantó de la silla y dejó caer el papel como si estuviera ardiendo. Luego corrí hacia la puerta. Fue lo más rápido que había caminado en meses.

Estaba a punto de perseguirla, pero la página que había tirado captó mi atención.

JÓDETE

Había cartas esparcidas por su escritorio. Debía de haber una docena o más. Algunas eran más largas que otras. Cada página tenía la pulcra y limpia letra de Sasha.

Y garabateadas encima de su letra con tinta roja, furiosa y despiadada, había palabras que no podía dejar de ver.

JÓDETE

QUE SE JODA TU BEBÉ

ME DEJASTE

TE ODIO

TE ODIO

Mi mandíbula se apretó.

¿Quién demonios era Eddie?



CAPÍTULO 26

SASHA

226



Sentí a Jax detrás de mí. Lo había estado durante los últimos diez minutos. Pero seguí caminando. Y él siguió siguiéndome.

Probablemente había visto las cartas. Probablemente había echado un vistazo a las feas palabras rojas garabateadas sobre mis notas y pensado lo peor. Tal vez creyó las palabras de Eddie.

Que le había dejado. Que me odiaba.

Era extraño que durante meses hubiera sido un desastre hormonal, llorosa y con mocos. Pero en un día como este, con el corazón roto y dolorido, mis ojos estaban secos.

No podía llorar.

Así que seguí caminando. Por el camino que se alejaba del albergue. Más allá de las cabañas que alquilábamos a los huéspedes. Hacia la arboleda y el recodo de la carretera donde se me había atascado el auto en la nieve este invierno.

Paso tras paso tras paso.

JÓDETE

ME DEJASTE

TE ODIO

Me dolía. Me dolía tanto que apenas podía respirar. Pero lo hice porque tenía que respirar. Aspiré el aire, reteniéndolo en mis pulmones mientras las zapatillas que Jax me había ayudado a atar esta mañana crujían en la grava bajo sus suelas.

Dentro y fuera. Respiración tras respiración. Aspiré el aire limpio y fresco del otoño del mismo modo que Jax me había dicho que respirara meses atrás, cuando me acompañó al prado que había detrás de la casa.

Olía a hierba y tierra y a la lluvia de la noche anterior.

Llevaba casi un año en el rancho Haven River. Había vivido todas las estaciones de Montana. Y ahora podía decir que el otoño era mi favorita.

Los árboles que nos rodeaban eran un derroche de colores, desde el dorado al verde, pasando por el naranja.

—Cuando era niña, solía hacer manteles individuales. —En el momento en que hablé, Jax caminó a mi lado, igualando mi paso.



No era rápido. Estaba demasiado cansada, mi corazón demasiado pesado, para caminar rápido más.

—¿Manteles individuales? —preguntó.

—Sí, de hojas. ¿Lo has hecho alguna vez? Ir a dar un paseo por la naturaleza y recoger hojas bonitas. Luego las aplastabas entre dos trozos de papel encerado con un montón de virutas de lápices de colores. Mi madre lo planchaba todo junto y teníamos manteles individuales.

—Creo que lo hicimos en la escuela una vez para un proyecto de arte.

Reduje la velocidad y me desvié a un lado de la carretera, donde las hojas yacían intactas en el arcén rocoso. No fue fácil agacharme hasta el suelo, pero conseguí recoger una perfecta hoja amarilla en forma de pala. Sentí un dolor en el costado que me hizo estremecerme, pero se calmó cuando me puse en pie.

—¿Has visto las cartas? —Mi mirada permaneció fija en la hoja mientras retorció el tallo entre mis dedos.

—Sí.

El aire se escapó de mis pulmones. Tal vez sería más fácil de esta manera. Como cuando Jax le dijo a todo el mundo que estaba embarazada, esas cartas serían la presentación de Eddie.

No era una buena primera impresión.

Todo este tiempo, casi un año, y yo había querido hablar con él. Esperé y esperé y esperé a que me prestara atención. ¿Cuántas veces había llamado a Micah?

¿Lo sabía Micah? ¿Había consentido una respuesta tan despiadada y desgarradora?

Eddie no sólo me había escrito una carta. Había tomado todas las mías, todas las que yo había escrito, y me las había tirado a la cara. Ni siquiera se había molestado en encontrar su propio papel.

QUE SE JODA TU BEBÉ

Si hubiera omitido eso, quizá ahora estaría llorando. Pero había ido demasiado lejos. Había cruzado una línea.

Así que Eddie no iba a conseguir mis lágrimas. Hoy no.

—Sasha. —Jax arrancó la hoja de mis dedos—. Háblame, nena.

Tenía la preocupación grabada en la cara. La última vez que alguien había parecido tan preocupado por mí fue hace años. Antes del accidente. Antes de que mamá y papá se hubieran ido. Se habían preocupado por mí. ¿Pero desde entonces?

Nadie. La verdad es que no.

No hasta Jax.

Lo amaba porque se preocupaba por mí. Lo amaba por mucho más que eso, pero la preocupación era importante.



Yo también me preocupaba por él.

Lo amaba.

Así que respiré hondo el aire fresco de Montana y le conté el último secreto.

—Eddie. —Me dolió decir su nombre—. Es mi hermano menor.

Jax parpadeó, como si el mundo le hubiera dado un vuelco.

—¿Tienes un hermano?

—Tengo un hermano. —Asentí—. Es once años menor que yo. Mis padres no querían otros hijos, pero él fue un accidente.

No un error. Nunca había oído a mamá o papá decir la palabra *error*.

—A veces usaban esa palabra cuando él estaba cerca. Siempre era en broma. Decían cosas como «nuestro bebé accidente» o le decían a la gente que no había sido planeado. No creo que se dieran cuenta de que lo recordaría. Probablemente pensaron que lo olvidaría.

Eddie nunca lo había olvidado. *Accidente* no era exactamente una palabra que quisieras asociar con todo tu ser.

Si alguien podía entenderlo, ese era Jax.

—Quizá si no hubieran muerto, si hubieran estado más tiempo que los primeros siete años de su vida, él también habría aprendido a reírse de ello. Se habría dado cuenta de que era una expresión que los adultos no deberían decir. Pero... murieron. Y de todas las cosas que recuerda de mamá y papá, me gustaría que ésa no fuera una de ellas.

La comprensión cruzó la expresión de Jax.

—Por eso me dijiste que nunca llamaríamos a Josephine un accidente.

—Sí. —Le dediqué una sonrisa triste—. Nunca.

Me cogió la mano.

—Nunca.

—¿Podemos...? —Me giré, señalando hacia la cabaña.

Ya había caminado demasiado. Otro paso en la dirección equivocada y tendría que llevarme a casa cargada.

Jax lo haría. Me arrastraría y me abrazaría durante kilómetros. Así que teníamos que volver antes de que él decidiera por mí que había caminado demasiado.

—Sí. —Me tomó de la mano mientras nos dirigíamos a la carretera, paso a paso.

—Eddie era muy pequeño cuando murieron mamá y papá. Estaba en segundo grado. No teníamos abuelos. Mi mamá tenía una hermana, pero hacía mucho que no se hablaban. Supongo que a mi tía no le caía bien papá, así que decidí que ella tampoco me caía bien a mí. Papá era el más joven de su familia, y mis dos tíos vivían con sus familias en la costa este. Después del accidente, el hermano mayor de papá se ofreció a llevarse



a Eddie, pero no los conocía. Yo no los conocía. Y Eddie era mi hermano. No podía imaginarme no tenerlo cerca.

Me habían matriculado en la universidad cuando murieron mamá y papá, pero aún no había empezado los estudios. No me había mudado. Nunca había vivido en otro lugar que no fuera nuestra casa. Y después del funeral, simplemente no pude irme.

—Así que te quedaste con la custodia —dijo Jax.

—Sí.

—Tenías dieciocho años.

—Sí —repetí, esta vez con voz más baja.

—Carajo, Sasha. Eso es...

Demasiado.

Yo era demasiado joven para ser la madre de Eddie. Ambos nos habíamos perdido en nuestro dolor. Las responsabilidades que había cargado no habían ayudado.

—Debería haberlo dejado ir con mi tío. Tal vez. No lo sé, la verdad que no lo sé. He dudado de esa decisión tantas veces que he perdido la cuenta. Mi tío se ofreció, pero no actuó como si realmente quisiera a Eddie. La última vez que hablé con él fue el día que le dije que iba a pedir la custodia al tribunal. No se opuso.

—¿Y todos los demás? —Jax preguntó.

—No. Nadie se opuso. La última vez que hablé con alguien de mi familia fue en el funeral de mamá y papá.

Todos habían desaparecido de mi vida. Tampoco es que los hubiéramos tenido antes, pero nos habían dejado crecer solos.

A Jax le tembló la mandíbula, pero se quedó callado.

Tal vez enviar a Eddie con nuestro tío habría sido peor. Podría haber terminado exactamente donde estaba hoy. Pero siempre me he preguntado si esa fue la primera decisión equivocada de una larga lista de decisiones equivocadas.

—Trabajé todo lo que pude. Mamá y papá no tenían mucho dinero. Eran de los que preferían llevarnos de viaje a guardar dinero para un día lluvioso. Así que conseguí trabajo en un hotel, limpiando habitaciones. Estudiaba por la noche para terminar la carrera. Estuve fuera mucho tiempo. Eddie estaba casi siempre solo. Se quedaba en casa de sus amigos. Lo inscribí en todos los programas extraescolares que encontré. Los días que necesitaba ayuda, le rogaba al vecino que lo dejara salir. Pero eso era sobre todo cuando era más pequeño. Cuando creció, estaba solo la mayor parte del tiempo. Estaba demasiado solo.

Había sido más fácil ignorar el dolor. Me había asegurado de estar tan ocupada que no tenía tiempo para afrontarlo. Para sentirlo.

Mientras tanto, Eddie había sido un niño pequeño, sin nada que hacer más que echar de menos a nuestros padres.



—Me esforcé tanto por manejarlo todo. Cuando lo digo en voz alta, sueño como una madre holgazana. Dejando a un niño pequeño a su suerte. Pero te juro que lo intenté con todas mis fuerzas.

Era importante que Jax supiera lo mucho que lo había intentado. Lo mucho que siempre lo intentaría por nuestra hija. Me quemaría hasta los cimientos intentando no fallarle como le había fallado a Eddie.

—Ey. —Su mano se apretó contra la mía—. Lo sé.

No merecía su fe en mí.

—¿Así que te quedaste en casa de tus padres? —preguntó.

—Sí. Durante unos seis años. Las facturas empezaron a acumularse. Conseguí tarjetas de crédito y las usé para mantenerme a flote, pagando sólo la cantidad mínima cada mes. No podía permitirme la hipoteca y el seguro y los impuestos. Y fue muy duro, Jax.

Aún sentía el peso de aquellos años sobre mis hombros.

—Vivir en aquella casa, oír sus voces, entrar en la cocina esperando ver a mamá y encontrar en su lugar una pila de platos sucios. Ver los palos de golf de papá en el garaje llenándose de polvo. Vivíamos con sus fantasmas, y un día, simplemente... no pude más. Necesitaba un cambio.

Lamenté esa decisión de mudarme. Pero al mismo tiempo, no lo hice.

Eddie tenía trece años cuando nos mudamos. ¿Podría haber vivido en esa casa otros cinco años hasta que cumpliera los dieciocho? Financieramente, tal vez. Habría sido duro y agotador. ¿Pero emocionalmente? Nunca. Aquellas paredes me habían ido asfixiando, poco a poco, cada día.

—Encontré un apartamento asequible. Vendí la mayoría de las cosas de mamá y papá para pagar mis tarjetas de crédito. Las cosas importantes, las conservé. Los palos de golf de papá. Los libros favoritos de mamá.

—¿Dónde están? —preguntó Jax, probablemente porque no había movido los palos de golf.

—Un almacén. Realmente debería deshacerme de la taquilla, pero es barata, y no estaba segura de dónde iría después de Montana.

Jax dejó de caminar.

—¿Después de Montana? ¿Ibas a irte?

—Sí.

—Ya no. —Me agarró la mano con más fuerza.

—Ya no. —Me apoyé en su brazo, aprovechando su fuerza, robándole la seguridad que me había atraído desde aquel primer día en el aparcamiento del supermercado.

—¿Qué pasó después de que te mudaras? —preguntó.



—Problemas. —Esa era la única manera de describirlo. Eddie había entrado en una espiral de problemas.

En retrospectiva, todo había sido su arrebató porque yo nos había alejado de la casa, de su escuela y de sus amigos.

—Sus notas empezaron a bajar hasta que apenas aprobaba. Cuando entró en la secundaria, se hizo amigo de los peores chicos posibles. Se metía en peleas. Les acusaron de destrozar un auto, aunque el colegio no pudo probarlo. Y cuando estaba en casa, que era poco, nos peleábamos todo el tiempo.

Si le pedía que lavara la ropa, me llamaba zorra. Si le decía que tenía que hacer los deberes antes de ver a sus amigos, me mandaba a la mierda y salía enfadado por la puerta. Cada vez que le pedía que habláramos, me mandaba a la mierda. Y había empezado a referirse a sí mismo como el accidente. El error.

Para mamá y papá.

Para mí.

—Todo se descontroló. Hasta que se puso tan mal... que aterrizamos aquí.

—¿Aterrizamos? —Jax preguntó—. ¿Tu hermano está aquí?

—Está en Montana. ¿Esa pelea de la que te hablé? Fue Eddie. Se metió en las drogas. Sobre todo marihuana, pero también algunos analgésicos. Se metió en esa pelea porque el tipo al que Eddie fue a comprar pastillas intentó robarle el dinero. Así que Eddie le dio una paliza.

—¿Eddie fue el tipo que te derribó cuando intentaste interrumpir la pelea? —A Jax se tensó por completo—. Así es como te hiciste la contusión.

—Fue un accidente. —¿Cuántas excusas había puesto por el comportamiento de Eddie? Incluso ahora, cuando había sido culpable, seguía defendiéndolo.

No era blanco o negro. Tal vez por eso podía empatizar con Emery. No era tarea fácil apartar de tu vida a una persona a la que querías.

—Eso fue hace un año. Tenía dieciséis años. Enojado. Fuerte. Lo arrestaron. También al traficante. El juez se apiadó de Eddie, sobre todo por su edad. En lugar de enviarlo a un centro de menores, conseguimos que Eddie ingresara en un campamento para adolescentes con problemas.

—¿Un campamento? ¿Qué tipo de campamento?

—Ni siquiera sabía que existían hasta entonces. Pero es un campamento y una escuela. Está aquí, en Montana, a unas cuatro horas.

Eddie tenía tutores que le ayudaban a ponerse al día en la escuela. Era una alternativa al instituto en un entorno controlado. Allí, tendría compañeros que compartían muchos de sus sentimientos. Amigos, esperaba, con los que pudiera relacionarse.

—Se centra mucho en la terapia en la naturaleza. Está aislado y los chicos viven en la propiedad. Pasan algún tiempo viviendo en la propia escuela, pero otras veces van al bosque y acampan con los consejeros.



Todas las mañanas, los chicos preparaban el campamento y salían de excursión. Cuando encontraban el siguiente punto de parada, montaban el campamento para pasar la noche, preparaban la comida y charlaban. Luego se iban a dormir y, a la mañana siguiente, volvían a hacer lo mismo. Durante semanas y semanas.

—Se supone que les ayuda a resetearse. Alejarlos del mundo y darles la oportunidad de sentir.

Tal vez necesitaba un campamento salvaje.

En realidad, creo que había encontrado uno. El Rancho Haven River.

—A veces los chicos se quedan seis meses antes de volver a vivir con sus familias. Otras veces, se quedan más tiempo. Micah, que es el terapeuta de Eddie y mi enlace con la escuela, me dijo que cree que Eddie debería quedarse aún más tiempo. No tienen el típico calendario escolar, pero ha tenido algunos problemas de comportamiento y sigue sin ir bien académicamente.

Así que se quedaría hasta que Micah le diera el visto bueno para irse. O hasta que Eddie cumpliera dieciocho años y pudiera irse sin permiso de nadie.

—No he hablado con Eddie desde el día que lo dejé. He llamado y hablado con Micah, pero no cree que Eddie esté listo para hablar conmigo todavía. En cambio, me pidió que le escribiera cartas. Hoy ha sido la primera vez que me han contestado.

Jax exhaló un largo suspiro y me soltó la mano para rodearme los hombros con un brazo.

—Lo siento, cariño.

—Yo también.

Todos estos meses había estado cuestionando la decisión de Micah de mantenernos separados. Pero visto lo que había aparecido hoy en el correo del complejo, estaba claro que no le había dado suficiente crédito a Micah. La distancia que había impuesto entre nosotros debía de ser más necesaria de lo que pensaba. Eddie estaba más enfadado de lo que pensaba.

¿Era esto parte de la terapia? ¿Dejar que Eddie enviara lo que quisiera como respuesta? ¿O esas cartas habían sido enviadas sin el conocimiento de Micah?

—Está muy enfadado conmigo, Jax. —Se me partió el corazón al recordar al niño de siete años que se aferró a mí en el funeral de mamá y papá. El niño que saltaba del autobús y corría a mis brazos cada vez que tenía un día libre y lo esperaba en casa.

Habíamos tenido días buenos. Hubo muchos días buenos. Pero en algún momento, le había fallado.

—El campamento es una instalación privada. Parece un último recurso. Tampoco es precisamente barato. Pero si lo mantiene fuera de la cárcel, entonces pagaré.

—¿Por eso estabas durmiendo en un colchón inflable?

Sí.



—No me importaba.

—Sasha. —Jax me soltó para pasarse una mano por la cara—. ¿Por qué no me dijiste nada de esto?

—Le fallé a Eddie. Yo era su madre. Y fallé. ¿Y si fracaso con ella también?
¿Y si no fuera capaz de ser madre?

—No lo harás. —Jax me arrastró en sus brazos, sosteniéndome a un lado de la carretera—. No es igual, Sasha.

—Yo soy igual.

—Sí, lo eres. Y serás la mejor madre del mundo. Lo has sacrificado todo para darle a tu hermano la mejor oportunidad posible. No le has fallado. Ni en lo más mínimo.

Dios, quería creerlo.

Me sujetó la cara con ambas manos y la inclinó hacia arriba hasta que nuestras miradas se cruzaron.

—Te tengo. Cuando se trata de nuestra bebé y de la vida y de todas las cosas. Te tengo. ¿Tú me tienes?

La emoción que no había sido capaz de encontrar antes se precipitó y mis ojos se inundaron.

—Te tengo.

—Juntos. —Me pasó el pulgar por la mejilla, atrapando una lágrima—. Hacemos esto juntos.

—De acuerdo —susurré, hundiéndome en su pecho.

—Vamos, cariño. Vamos a casa. ¿Quieres que te lleve?

—No, puedo caminar.

Así que nos pusimos en marcha por el carril de grava, despacio, gracias al destello de dolor en mi costado.

Un dolor que ignoraba porque era sordo comparado con el dolor de mi corazón.



CAPÍTULO 27

JAX

234



El gemido de Sasha me despertó de un sueño muerto.

—Jax.

—¿Qué? —Me levanté sobre un codo, despierto al instante. Estaba sentada en la cama, inclinada sobre su estómago. Mis manos volaron hacia las suyas, presionadas a los lados de su vientre.

—Algo no va bien. —Aspiró con fuerza—. Me duele.

—Vamos al hospital. —Me levanté de la cama en un segundo y corrí hacia el armario. Me vestí más rápido de lo que nunca me había vestido en mi vida, luego busqué ropa para Sasha.

Se había desplazado hasta el borde de la cama, con la cara retorcida por la agonía.

Mi corazón y mi estómago cayeron en caída libre.

—Todo va a estar bien.

Asintió con la cabeza, pero le brillaban las lágrimas en los ojos mientras le ponía una sudadera con capucha en la cabeza, ayudándola a ponérsela por encima de la camiseta mía que se había puesto para dormir. Luego, pierna por pierna, la ayudé a ponerse el chándal, remangándole los tobillos dos veces antes de ayudarla a levantarse.

Un paso y ella siseó, curvándose hacia delante.

Antes de que pudiera objetar, la cargué en brazos y la saqué del dormitorio y atravesé la oscura casa.

No me molesté en buscar sus zapatos. También la cargaría al hospital. Así que la llevé a la camioneta y la senté en el asiento del copiloto antes de entrar corriendo por mis zapatillas y la bolsa de viaje que había preparado anoche después de aquel paseo.

Fue por el paseo, ¿no? La había dejado caminar demasiado. O tal vez fue el estrés de esas malditas cartas de su hermano.

El Dr. Green le había dicho a Sasha en su última cita que quería controlar su tensión arterial. Todavía no era un riesgo importante, nada que indicara preeclampsia. Pero había subido en las últimas semanas, y había tomado nota de que era algo a tener en cuenta.

Había trabajado demasiado. Le había dejado trabajar demasiado. Incluso cuando volvíamos del albergue, se ponía a trabajar en la guardería. Luego habían llegado esas cartas, y era demasiado estrés.



Green nos había dicho que redujéramos el estrés. Que bajáramos el ritmo.

¿Por qué demonios no habíamos escuchado?

Tiré la bolsa de Sasha en el asiento trasero y me subí, dando marcha atrás para salir del garaje en cuanto se abrió la puerta. Volamos por la carretera, con el motor de la camioneta acelerando cuando pisé el acelerador.

—Jax. —Sasha se agarró a la consola central—. No demasiado...

Hizo otra mueca de dolor antes de que pudiera decirme que fuera más despacio.

Conduje más rápido, volando por el rancho en plena noche, guiado únicamente por mis faros y la luna. En cuanto llegamos a la autopista, aceleré a fondo y rebasé todos los límites de velocidad para llegar al pueblo.

Con una mano, sujetaba firmemente el volante. Con la otra, la mano de Sasha aferraba la mía, apretando fuerte cada vez que dolía.

—Es demasiado pronto para contracciones. —Su otra mano estaba en constante movimiento mientras frotaba círculos sobre su vientre.

Pero eso es lo que eran, ¿no? Eran contracciones.

Aún nos quedaban tres semanas. Se suponía que teníamos tres semanas más.

Se suponía que íbamos a ir a Bozeman para que pudiera tener al bebé en un hospital grande, con muchos médicos y equipos en caso de que ocurriera lo peor.

¿Era esto lo peor? Me quité ese pensamiento de la cabeza y me centré en la carretera.

—Todo irá bien. —Me llevé su mano a los labios y besé sus nudillos. Luego mantuve los ojos en la carretera, totalmente alerta porque lo último que necesitábamos esta noche era chocar con un ciervo.

—Es demasiado pronto —susurró.

Era demasiado pronto.

Mi teléfono. Mierda. Había olvidado mi teléfono. ¿Por qué no lo había agarrado? Debería llamar al hospital primero. Hacerles saber que estábamos en camino. Pero en mi prisa por salir, lo había olvidado en el cargador al lado de nuestra cama. Sasha tampoco había traído el suyo.

Así que conduje y recé en silencio en treinta minutos más de lo que había rezado en un año.

Cuando las luces del pueblo se hicieron visibles, titilando bajo el cielo de medianoche, solté un suspiro. Pero no solté el acelerador. No hasta que estuvimos en el aparcamiento del hospital.

Aparqué fuera de urgencias y corrí alrededor del camioneta para llevar a Sasha dentro.

Lily estaba en el mostrador de urgencias. En cuanto atravesé la puerta, salió disparada de su silla y trotó por el pequeño vestíbulo.



—¿Qué ocurre?

—Tiene dolor. Creo que son contracciones.

—Es demasiado pronto. —Sasha abrió mucho los ojos y se contoneó para que la dejara en el suelo, pero la mantuve acunada.

—Vamos a llevarte a una habitación. —Lily nos hizo señas para que la siguiéramos por la entrada y entráramos en Urgencias.

Las camas estaban vacías, todas las cortinas abiertas. Lily pasó por delante de la silenciosa enfermería y dobló la esquina. A través de otra puerta, reconocí el pasillo que conducía a las consultas de los médicos donde normalmente íbamos para las revisiones de Sasha, pero todo estaba al revés, como si hubiéramos entrado por una puerta trasera. No había pasado suficiente tiempo en el hospital como para memorizar la distribución.

Lily nos llevó a una gran habitación en un rincón. Las luces se encendieron en cuanto cruzó el umbral. Había máquinas contra la pared que no reconocí. La cama del centro de la habitación estaba cubierta por una sencilla sábana blanca y una manta.

—Esta es nuestra sala de partos —dijo Lily—. Voy a llamar al médico de guardia.

Sasha asintió mientras la dejaba en la cama.

—¿Con qué frecuencia estás teniendo las contracciones? —Lily preguntó.

—Cada dos minutos —respondí. Llevé la cuenta durante el viaje.

—¿Cuánto duran?

—Dos minutos —dijo Sasha—. Más o menos. Hoy me ha dolido un poco, pero no era constante, así que no me he preocupado. Se sentía más como un dolor en el costado. Pero luego empeoró y me despertó.

—De acuerdo. —Lily me dedicó una pequeña sonrisa, luego se dirigió a un armario de suministros contra la pared—. Traeremos al doctor para que nos ayude, ¿de acuerdo? Aguanta.

—Mi camioneta está en la entrada —le dije—. Necesito moverla.

—Yo me encargo. —Tomó una bata verde doblada y descolorida del armario y se la acercó a Sasha—. Adelante, cámbiate.

—De acuerdo. —Sasha se paró sobre sus pies descalzos.

—Llaves. —Lily extendió la mano, esperando a que se las pusiera en la palma—. Volveré pronto.

Cuando salió de la habitación y cerró la puerta, ayudé a Sasha a quitarse el chándal y ponerse la bata. Después de otra contracción, con la respiración entrecortada hasta que se me pasó, la ayudé a meterse en la cama y bajo la fina manta blanca justo cuando llamaban a la puerta.

Lily entró, con la bolsa de Sasha en la mano junto con mis llaves.

—El doctor estará aquí en diez minutos.



Lily llevaba años trabajando en Urgencias. Ganaba más dinero en el turno de noche y, aunque le había dicho a West que estaba lista para jubilarse, nuestro pequeño pueblo solía estar bastante tranquilo. Estaban trabajando con poco personal, llamando a los médicos y enfermeras que necesitaban.

Al menos el Dr. Green no tardaría mucho en llegar. Podría llegar en diez minutos. El aire salió de mis pulmones.

—De acuerdo.

—Su enfermera también vendrá enseguida. Estaba terminando con otro paciente.

—Espera. ¿No eres nuestra enfermera? ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

Diferencias aparte, esta noche, necesitaba una madre.

—Yo también estaré aquí. —Sujetó mi mano y la apretó—. No voy a ninguna parte. Pero la otra enfermera tiene más experiencia en partos. Quiero que tengas lo mejor.

—De acuerdo. Gracias. Me alegro de que estés aquí esta noche.

—Yo también. —Me dio un último apretón en la mano y salió de la habitación.

—¿Qué necesitas? —le pregunté a Sasha—. ¿Agua? ¿Tienes sed? ¿Tienes calor?

Temblaba, de terror, no por el frío de la habitación. Las luces fluorescentes del techo resaltaban todo el miedo de su rostro. Le quitaban el color a su ya pálida piel.

—Es demasiado pronto.

Me senté en el borde de la cama, apretando sus manos heladas entre las mías.

—Estará bien.

Por favor, que esté bien. Que las das dos estén bien.

—Ay. —Sasha apretó los dientes cuando le sobrevino la siguiente contracción, aún más seguida de la anterior.

¿Dónde demonios estaba el médico? Tenían que haber pasado diez minutos, ¿no?

—Respira, cariño. Sólo respira.

Sasha soportó dos contracciones más antes de que la puerta se abriera por fin.

Excepto que no era el Dr. Green quien entró. Era Robin.

Por el amor de Dios. Esto no era lo que necesitábamos esta noche.

—Hola, Sasha. —Robin vino directamente a la cabecera de la cama, sentándose en el borde opuesto al mío—. He oído que estás teniendo contracciones. Vamos a conectarte a un monitor para ver qué está pasando, ¿sí?

—De acuerdo. —Sasha asintió, su mano agarrando la mía.

Le aparté un mechón de cabello de la sien, sintiendo el sudor que humedecía su piel.

Robin le dedicó una sonrisa amable y se levantó para lavarse las manos. Era un torbellino de movimientos, trabajando rápida y eficazmente.



¿Dónde estaba la otra enfermera? ¿Quién iba a ayudar a Robin?

Tal vez debería haber llevado a Sasha a Bozeman. Tal vez deberíamos haber corrido hacia la ciudad. Pero ya era demasiado tarde. Cuando Robin conectó a Sasha a un monitor que mostraba las contracciones, éstas se sucedían con menos de un minuto de intervalo.

—Vas a tener este bebé esta noche —dijo Robin—. Voy a preparar algunas cosas. El botón de llamada está en el mando de la cama por si necesitas algo.

—Es demasiado pronto. —El pánico en la cara de Sasha fue como un cuchillo en mi corazón—. Es tres semanas antes.

—Es pronto, pero estás a punto de llegar a término —dijo Robin—. Y tu parto está progresando muy rápidamente. Dame unos minutos, ¿de acuerdo? Volveré pronto.

Robin salió de la habitación a toda prisa. No estaba entrando en pánico, pero se movía muy rápido. ¿Era lo suficientemente buena doctora para esto?

Cuando miré a Sasha, tenía la misma pregunta en sus hermosos ojos.

—Es demasiado pronto, Jax. —Gruesas y pesadas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Estará bien. —Me incliné, dejando caer mi frente sobre la suya—. Estamos bien. Sasha moqueó.

—Fue la caminata. No debería haber...

—No lo hagas, cariño. No lo dudes. Estas cosas pasan. No es tan pronto. Todos los chequeos han sido buenos. El ritmo de las contracciones es normal. Todo va a salir bien.

Mi voz sonaba más segura de lo que realmente me sentía, pero menos mal que había leído todos esos libros sobre el embarazo. De lo contrario, me estaría desmoronando.

Aún había muchos riesgos. Complicaciones. Preeclampsia. Era pronto, pero no demasiado pronto. Estaríamos bien. Teníamos que estar bien.

—Tengo miedo. —Su barbilla tembló mientras su voz se quebraba.

—Te tengo. —Era una puta mentira.

Estaba a punto de salirme de mi propio pellejo, pero por Sasha, mantuve la compostura y le froté la parte baja de la espalda mientras otra contracción le desgarraba el cuerpo.

Pero no gritó. No chilló. Apretó los dientes durante cada segundo de dolor, con las manos apretando las sábanas rasposas, y lo soportó todo.

Cuando Robin volvió, estaba con otras tres enfermeras, cada una vestida con un tono de bata azul. *Por fin*. Trajeron un aluvión de actividad a la habitación, moviéndose con eficiencia práctica.

—¿Has atendido un parto antes? —le pregunté a Robin.

—Ciento veintitrés —dijo, acercando un taburete al extremo de la cama antes de sacar un par de guantes de látex del estante de la pared. Siguió hablando mientras hacía que Sasha levantara las rodillas para poder examinarla—. Atendí muchos partos durante mi residencia. Este es el primero desde que volví a casa. Pero tenemos todo el equipo necesario y, si hace falta, puedo hacer una cesárea.

Los ojos de Sasha se abrieron de par en par. No quería que le hicieran una cesárea. Me lo había dicho al menos cinco veces.

—No creo que haga falta —dijo Robin, leyendo el pánico en su cara—. El bebé está en la posición perfecta. Su ritmo cardíaco es normal. Ya casi está. Ya casi está aquí.

Nuestra hija. Nuestra niña.

—Es demasiado pronto —susurró Sasha.

—Estamos listos. —Tomé su mano entre las mías y me incliné para besarle la frente.

—Me duele. —Moqueó, secándose la cara mientras caían más lágrimas—. Distráeme. Cuéntame un secreto.

—Te amo.

Las palabras salieron de prisa. Sin esfuerzo. Tan automático como respirar.

Era lo más fácil que había dicho en mi vida.

Las máquinas pitaban. La enfermera del rincón le decía algo a Robin, que se apartó rodando el taburete.

Pero todo se desvaneció en un borrón cuando tomé la cara de Sasha en la mía.

—Te amo. Creo que te amé desde el momento en que intentaste robar ese carrito de compras.

—Jax. —Los ojos de Sasha buscaron los míos.

No tenía que responder. Si no estaba preparada, no pasaba nada. Yo estaba preparado.

Después de todo lo que me había contado hoy con sus padres, con su hermano, quizá lo que más necesitaba Sasha era la oportunidad de vivir tranquila para variar. La oportunidad de caer.

Y saber que yo estaría aquí para atraparla.

Abrió la boca, a punto de hablar, cuando le sobrevino otra contracción. Llegó con un gemido de agonía, la primera señal de que estaba perdiendo el control.

—A nadie le importará si haces ruido. Déjalo salir —le dije mientras el dolor se desvanecía y ella se desplomaba sobre la cama.

—No quiero que me oiga gritar.

—¿Robin? —Enganché mi pulgar hacia donde ella estaba hablando con una enfermera—. ¿A quién demonios le importa?



—No. —Sasha me dedicó una sonrisa triste y bajó la mirada hacia su vientre. Josephine.

No quería que la bebé la oyera gritar.

Porque recordaba sonidos. Y no quería ese sonido en esta habitación.

Amaba a esta mujer.

La besé, fuerte y rápido, y luego me aparté para que pudiera descansar antes de la siguiente contracción.

—Dime una mentira.

—Odio Montana.

Una sonrisa se dibujó en mi boca.

—Misión cumplida.

—Ahora un secreto —murmuró, aún respirando con dificultad—. Pídeme que te cuente un secreto.

—Cuéntame un secreto.

—Te amo.

Dos palabras y pude respirar. Por primera vez en lo que parecía toda mi vida, podía respirar.

No necesitaba nada más. Ni dinero. Ni fama. Ni poder ni influencia. Sólo a Sasha.

Las lágrimas se mezclaron con nuestros labios cuando la besé, esta vez suavemente. Pero al igual que el anterior, fue interrumpido por otra contracción. Y otra más. Y otra más. Como fichas de dominó, cayendo cada vez más rápido, hasta que Robin se había puesto un gorro y cubierto su bata con una bata verde azulada de manga larga y estaba colocada a los pies de Sasha.

—Sostén su pierna, Jax —ordenó—. Sasha, cuando te lo diga, vas a pujar. ¿Lista?

Sasha clavó sus ojos en los míos.

Trabé mi brazo bajo su rodilla.

—Te tengo.

Me asintió con seguridad.

—Lista.

La habitación pareció enmudecer. Robin seguía hablando. Sasha jadeaba. Las enfermeras le daban palabras de aliento con cada puje. El rugido de la sangre en mis oídos ahogaba todos los ruidos.

Hasta que un sonido atravesó la bruma.

Una niña gritando.

Mi Josephine.



CAPÍTULO 28

SASHA

241



La ducha caliente era mágica. Tenía las manos en el cabello, enjabonándome champú mientras echaba la cabeza hacia atrás bajo el chorro y dejaba que el agua se llevara la niebla de una noche en vela.

Toda una vida atrás, me había estado lavando el cabello en un alquiler de mierda y se había cortado el agua. Una sonrisa se dibujó en mi boca mientras me enjuagaba el cabello.

Deseaba poder volver a aquel día. Asegurar a mi yo del pasado que todo iría bien. Que pronto, el hombre de sus sueños pondría su mundo patas arriba. Que los años de soledad habían terminado.

La sonrisa siguió en mi cara cuando salí de la ducha y me envolví en una toalla. La sonrisa persistió mientras miraba en el espejo las ojeras.

Dios, estaba exhausta. Felizmente agotada.

Era diecinueve de octubre. Mi fecha de parto.

Josephine tenía tres semanas y yo había olvidado lo que era dormir más de dos horas seguidas.

Habíamos pasado algún tiempo en el hospital. Más tiempo del que yo quería. Pero cuando Robin nos aseguró que Josephine estaba sana y podía volver a casa, la trajimos al rancho.

Jax nos había llevado a casa, un martes al atardecer, al rancho Haven River.

Josephine estaba sana y creciendo. Era pequeña y ruidosa. Era la luz de mi vida.

Y su padre también.

Después de peinarme el cabello, lo dejé secar al aire y me dirigí al armario. Mi ropa se extendía a lo largo de una mitad, frente a la de Jax en la otra. El cesto rebosaba de sus cosas y de las mías. La cama estaba deshecha, las sábanas revueltas y las almohadas amontonadas en el centro, donde dormíamos acurrucados cada noche.

Vestida con un pantalón de pijama holgado y una camiseta de tirantes, saqué una de sus franelas para ponérmela y salí del dormitorio, esperando oír la televisión. Cuando fui a ducharme, Jax estaba en el salón viendo el fútbol y Josephine en su columpio.

Pero no oí ningún ruido en el salón. El único ruido era el zumbido constante del aparato de sonido de la habitación infantil.



Me asomé al interior y encontré a Jax en la mecedora con nuestra hija en brazos. Se me hinchó el corazón, tanto que me pasó una mano por el pecho.

Ella estaba dormida, su rostro perfecto sereno y sus manos cerradas en pequeños puños. Él también dormía, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla y la boca ligeramente entreabierta.

La última noche que pasamos en el hospital, Josephine estaba intranquila. Jax la había sacado del moisés de plástico y la había acurrucado en el incómodo y demasiado pequeño sillón reclinable en el que había dormido durante días. Los dos se habían quedado dormidos, igual que ahora. Una enfermera había entrado y nos había regañado por no dormir con el bebé en un arnés.

Pero yo le había hecho señas.

Él nunca la dejaría caer. Dormido o despierto, no la dejaría caer.

No nos dejaría caer.

Cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido y me dirigí al salón, observando el desorden.

En un rincón había una caja, con la tapa abierta para revelar un par de botas vaqueras de color caramelo. *Mis botas vaqueras*. Curtis las había traído la noche anterior junto con la cena para que no tuviéramos que cocinar. De algún modo, se había enterado de que yo no tenía botas, y cualquier hija suya necesitaba botas.

Yo había llorado, y Josephine había elegido ese momento para llorar también. Hubo mucho llanto en ese momento.

El columpio y la hamaca de Josephine llenaban la mesita. En la alfombra junto al sofá había un cambiador y unos cuantos pañales desparramados. El Kindle que Emery me había comprado la semana pasada para que pudiera leer durante las noches de insomnio estaba en una mesita auxiliar. La taza de café del desayuno de Jax estaba sobre un posavasos.

Todas las habitaciones eran iguales. Sus cosas. Mis cosas. Las cosas de la bebé.

La casa no estaba abarrotada ni desordenada, pero estaba llena de vida.

Excepto que aún faltaba una pieza. *Eddie*.

Me acerqué a la isla y saqué un taburete.

El anillo de diamantes de mi mano izquierda brilló mientras recogía la bolsa que había dejado sobre el mostrador.

Jax me había propuesto matrimonio hacía tres días mientras comíamos desayuno para la cena. Había puesto el anillo encima de mis panqueques.

En cuanto me lo puso en el dedo, sentí la certeza de que estaba exactamente donde siempre había estado destinada a estar. Aquellas raíces que había sentido crecer meses atrás por fin se habían arraigado. Todos los días duros que había soportado habían sido por una razón: para llegar a Montana.



Para llegar a Jax.

Algún día, esperaba que Eddie pudiera conocerlo.

Saqué el portátil de la bolsa y lo dejé a un lado mientras sacaba un montón de cartas. Las cartas que Eddie me había enviado.

Si Jax se saliera con la suya, estas cartas serían leña para el fuego que encendía cada noche en el hogar.

Tal vez mi relación con Eddie nunca se recuperaría del día en que lo dejé en el campamento. Tal vez nos habíamos distanciado hacía mucho tiempo. Tal vez lo que necesitaba era tiempo.

Pero iba a seguir escribiendo. Había pensado que lo mejor sería tomarme un descanso, pero él no me había dicho que dejara de escribir. Me había acusado de abandonarlo.

Así que no iba a rendirme. No hasta que él me dijera que parara. Tal vez ni siquiera entonces.

Saqué un bloc de notas y un bolígrafo, y no me permití pensar demasiado las palabras mientras fluían sobre el papel.

Querido Eddie,

Tienes una sobrina. Eres tío. Su nombre es Josephine, como mamá. Y su segundo nombre es Bryan, por papá. No es exactamente un segundo nombre típico para una niña, pero fue idea de Jax. Algún día, espero que los conozcas a ambos. Ella tiene mi cabello oscuro y sus ojos azules. Rara vez duerme y llora mucho, pero es perfecta. La caca de bebé es de un color amarillo raro, es asquerosa. Le encanta que la envuelvan bien apretadita para que no pueda mover los brazos ni las piernas, como un burrito de bebé. Y tiene las mejores pestañas.

Te quiero. Incluso cuando te enfadas conmigo, incluso cuando me enfado contigo, te quiero. Y te echo de menos. Todos los días, te extraño.

Sasha

Acababa de firmar con mi nombre en la parte inferior cuando sonó mi teléfono. Me bajé del taburete y busqué entre el desorden hasta encontrarlo en el cargador junto a la chimenea.

Se me hizo un nudo en el estómago al ver el nombre en la pantalla.

Micah.

La única vez que me llamaba en el último año que no fue en respuesta a un mensaje mío fue para decirme que Eddie se había peleado con otro alumno. Que ambos estudiantes habían sido reprendidos y apartados durante una semana.



¿Se trataba de otra pelea? ¿O algo peor? El corazón se me subió a la garganta al contestar.

—Hola, Micah.

—¿Sasha?

Esa voz. Conocía esa voz. Me dio un vuelco el corazón.

—¿Eddie?

—Sí, soy yo.

Me llevé la mano a la boca.

—¿Estás ahí?

—Sí. —Me aclaré la garganta mientras las lágrimas llenaban mis ojos—. Estoy aquí.

—Micah dijo que podía llamarte.

—Me alegro mucho. —Me enjuagué los ojos, intentando detener las lágrimas que seguían cayendo, pero al menos él no podía verme llorar—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Supongo. Estuve en las montañas unas semanas. Ya nevó allá arriba.

—Oh. Aquí aún no ha nevado.

—¿Sigues en ese rancho o lo que sea?

—Sí, estoy en el rancho. En casa.

—Eso está bien. —Su voz era más grave de lo que recordaba. Más áspera.

¿Cuánto había cambiado el año pasado? ¿Qué aspecto tenía ahora? ¿Más parecido a papá? ¿O sus rasgos habían madurado?

Ay, Dios. Estábamos hablando. Me había llamado. Volví a taparme la boca para que no me oyera llorar.

—Yo, eh, quería pedirte perdón. Sobre esas cartas. Estaba teniendo un mal día. Me enfadé y escribí... ya sabes.

Sí, lo sabía. Había memorizado cada palabra.

—No era mi intención, Sasha. Quería escribirte y pedirte perdón, pero entonces Micah me envió a una excursión por la naturaleza porque estaba siendo un imbécil. Él no sabía que te envié esas cartas. Un día estaba enfermo y le mentí a uno de los otros consejeros diciéndole que tenía que enviar las cartas a mi hermana y que Micah ya las había revisado. Se lo conté hoy en nuestra sesión, y está, bastante cabreado conmigo.

—Por eso llamas.

—Sí. Realmente lo siento.

Me tragué el nudo en la garganta.

—Gracias.

—¿Estás... bien? ¿Has tenido al bebé?



—Sí. De hecho acabo de escribirte una carta contándote todo sobre ella.

La línea quedó en silencio durante unos latidos.

—¿Me escribiste? ¿Otra vez?

—Siempre te escribiré, Eddie. Pase lo que pase.

Esnifó, como si yo no fuera la única que lloraba.

—Te echo de menos. Mucho. Quiero volver a casa.

—Esa casa parece muy diferente de lo que era. No voy a volver a California.

—No me importa. Sólo quiero estar donde tú estés.

Respiré hondo, luchando para que no me temblara la voz.

—Creo que te gustaría mucho el rancho. Podrías venir de visita cuando Micah te lo permita.

—Cree que debería quedarme aquí. Terminar la escuela. ¿Habló contigo de eso?

—Sí. Creo que tal vez sea una buena idea.

—Sí. Tengo notas bastante decentes.

—No me sorprende. —Nunca fue una cuestión de inteligencia con Eddie. Era increíblemente inteligente. Pero había dejado de hacer el trabajo—. ¿Qué quieres hacer? ¿Quedarte?

Ya se había quedado más tiempo del establecido por el tribunal.

—Sí, más o menos. Tengo algunos amigos que también se quedan.

—De acuerdo. Voy a hablar con Micah, y podemos ultimar un plan.

—Okey. —Suspiró—. Tal vez pueda llamarte de nuevo.

—Me gustaría mucho.

—A mí también. —Se quedó callado de nuevo—. ¿Sasha?

—¿Sí?

—¿Puedes leerme tu carta? ¿Así no tengo que esperarla?

Asentí y caminé hacia la isla, volviendo al taburete mientras le leía la nota.

—Josephine Bryan —murmuró—. Es un nombre genial.

—Yo también lo creo.

—Mejor me voy. Es casi la hora de comer. ¿Hablamos luego?

—Estoy aquí. Siempre estoy aquí. Adiós.

En cuanto terminé la llamada, me brotó una nueva oleada de lágrimas. Me tomé un minuto para respirar, para secarme la cara, y luego me levanté del taburete.

Jax estaba apoyado en la pared del pasillo, con Josephine aún dormida en la cuna de su brazo. Se apartó de la pared y se acercó, extendiendo el brazo abierto. Caí a su lado y hundí la cara en su pecho.



LIGHT

HAVEN RIVER RANCH - 2

—¿Escuchaste?

—Sí, cariño. —Jax besó mi cabello húmedo—. Lo escuché.

Rodeé su estrecha cintura con mis brazos, agarrándome fuerte.

—Dime una mentira.

—No estoy cansado.

Me reí.

—Cuéntame un secreto.

—Te amo.

Eso no era un secreto. No teníamos secretos el uno para el otro, ya no.

Así que el resto de mi vida, cada vez que quería un secreto, le decía lo mismo.

—Yo también te amo.

246



DEVNEY

SUN

PERRY

EPÍLOGO

JAX

247



NUEVE MESES DESPUÉS...

La mano de Josephine me golpeó en la mejilla mientras balbuceaba.
—Ay-aye-aye. Baaaah.
—Pa-pá. —Le agarré los dedos, fingiendo morderlos mientras ella soltaba una risita—. ¿Dónde está mamá?

Se suponía que Sasha nos encontraría en el vestíbulo del albergue hace quince minutos. No era propio de ella llegar tarde o no responder a mis mensajes. No estaba en su despacho, ni en el comedor, ni en la cocina, y cuando fui a la sala de eventos para ver si seguía preparando la cena de ensayo, los únicos que estaban allí eran Lily y papá.

Se habían ofrecido a ayudar a la coordinadora de nuestra boda con las decoraciones de última hora para que Sasha y yo pudiéramos disfrutar de la fiesta esta noche.

Durante los últimos nueve meses, papá y Lily habían establecido una especie de amistad. Una tregua. No hablaban a menudo, pero hablaban. Y por primera vez en mucho tiempo, mi familia parecía estar en paz.

—Mmmaammama. —La cadena de *mms* y *ahs* de Josephine no era «mamá» claramente enunciada, pero estaba cerca. Demasiado cerca.

Josephine aún no había dicho perfectamente mamá o papá. Aún no era más que una jerga de bebé. Pero no tardaría en entenderlo.

Sasha y yo teníamos una apuesta sobre qué diría primero. El ganador tenía que elegir posiciones sexuales durante un mes, y yo ya tenía algunas ideas.

—Pa-pá —le dije a mi hija—. Pa-pá.

Se metió un dedo en la boca.

—Vamos, mariposa. Veamos si podemos localizar a mamá. —Le di un beso en la mejilla y me dirigí a la puerta.

En cuanto salimos al porche, Sasha subió corriendo las escaleras.

—Eh, tú.

—Hola. —Ella suspiró—. Lo siento.



—No pasa nada. —Extendí mi brazo libre y la arropé a mi lado—. ¿Todo bien?

—¿Sí? —Miró hacia el viejo granero, donde habíamos pasado la mayor parte de la semana pasada decorando para la boda de mañana—. Sólo un poco traumatizada.

—¿Por qué?

Tomó a Josephine de mis brazos y la abrazó. Luego me hizo un gesto para que la siguiera a un lado del porche, lejos de la puerta y de cualquier invitado que pasara por allí.

—Estaba en el almacén buscando un jarrón más. Pensé que estaría bien tener un pequeño ramo en la mesa del pastel. Había una caja escondida en el rincón de atrás, detrás de las estanterías, así que estuve rebuscando algo. Emery y Zak entraron y, antes de que pudiera decirles que yo estaba allí, ellos... —Se estremeció y se interrumpió.

Mi mandíbula golpeó las tablas bajo mis botas.

—¿Se enrollaron?

—Sí. Y por todo lo que tuve que oír, por mucho que me tapara los oídos, no era la primera vez.

—Mierda.

—Sí. He estado atrapada en esa habitación durante treinta minutos. No me atreví a sacar mi teléfono para mandarte un mensaje. Debería haber dicho algo, pero pensé que sólo se estaban besando y luego... bum. No sólo besándose.

Así que se agachó en un rincón, con los ojos apretados y los dedos en las orejas, quieta y callada para que nuestros amigos pudieran follar.

Se me escapó una carcajada.

—No es gracioso, Jax. —Sasha me golpeó en las tripas—. Hay cosas que no necesitaba saber sobre Emery.

Hice una mueca.

—Guárdate esos detalles para ti, nena.

Sasha gimió.

—Literalmente el momento más incómodo de mi vida.

—¿Te vieron?

—No. Esperé a que se fueran, luego me escabullí y vine aquí. Antes de verlos en el ensayo, necesito unos minutos.

No iba a conseguirlos. De más allá de su hombro, Emery y Zak vinieron caminando, tomando las escaleras del porche.

—Hola, chicos. —Emery sonrió más de lo que había visto en años. Probablemente porque acababa de echar un polvo.

Hice otra mueca.

—¿Qué? —Me miró de reojo.



—Nada —mentí y saludé a Zak—. Me alegro de que hayan podido venir esta noche.

—No me lo perdería. —Miró a Emery.

Se esforzaba por mirar a otra parte mientras un rubor se apoderaba de sus mejillas.

Qué asco.

Ya era hora de que se juntaran, pero no necesitaba verlos follando.

Pobre Sasha.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudar? —Emery preguntó.

—Creo que ya está todo listo —dijo Sasha, apartando un mechón de cabello oscuro de Josephine de sus ojos—. West e Indya deberían estar en el prado con el pastor. Tenemos que reunirnos allí dentro de una hora.

—Vamos de camino allá entonces. A ver si podemos hacer algo —dijo Zak—. ¿Quieres ir juntos, Em?

—Claro. —Ella se encogió de hombros, una sonrisa jugueteando en su boca—. Supongo.

Definitivamente iban a follar en el asiento trasero de su camioneta. Me dieron arcadas.

Por suerte, ni Emery ni Zak lo vieron. Ambos estaban demasiado ocupados tratando de no mirarse o caminar demasiado cerca mientras se dirigían al estacionamiento.

El divorcio de Emery y Calvin había finalizado hacía meses. Todavía estaba por el pueblo, actuando como un imbécil, pero ya no era el imbécil de Emery.

No me había dado cuenta de que había estado pasando tiempo con Zak últimamente, pero maldita sea si no esperaba que durara. Eran buenos el uno para el otro.

—Bueno, al menos fue una distracción. —Sasha exhaló un suspiro tembloroso, luego sacó su teléfono del bolsillo—. Debería estar aquí pronto.

Eddie se dirigía al rancho Haven River por primera vez.

Venía a estar aquí para nuestra boda.

West era mi padrino. Indya era la dama de honor de Sasha. La ceremonia sería pequeña e íntima en un prado a una milla de aquí. Pero la recepción sería un alboroto. Cada persona en el complejo iba a venir. Amigos y familiares también.

Finalmente, Sasha iba a ser mi esposa.

Habría sido más fácil casarnos en invierno o primavera, antes de la caótica temporada de verano en el complejo, pero Eddie no había terminado su estancia en el campamento.

Así que habíamos esperado hasta junio.



Hasta que terminara la escuela, obtuviera su diploma y pudiera empezar el siguiente capítulo de su vida.

Me había llevado algún tiempo entrar en razón en lo que se refería a Eddie. Al principio, después de las cartas que le envió a Sasha, dudé de su relación. No quería herirla de nuevo.

Pero muchas cosas habían cambiado en los últimos nueve meses.

Sobre todo, Eddie parecía haber cambiado.

Hablaban a diario. Todas las noches, tenían un videochat para que él pudiera ver a Josephine. Sasha seguía escribiéndole cartas y, de vez en cuando, él le respondía.

Hacía meses que no tenía problemas de comportamiento en el campamento, y Micah tenía toda la confianza del mundo en que Eddie estaba listo para seguir adelante.

A partir de hoy.

Así que había recogido sus cosas y, esta mañana, había abandonado el campamento después de casi dos años. Este verano, iba a vivir en la cabaña de al lado. Pasaría unos meses reconectando con Sasha. Conociendo a Josephine. Averiguando dónde iría después.

Eddie había mencionado la universidad. También había hablado de conseguir un trabajo y trabajar para pagarle a Sasha las cuotas del campamento. Decidiera lo que decidiera, ese chico tenía suerte. Tendría el apoyo inquebrantable de su hermana.

—¿Estás bien? —le pregunté a Sasha. ¿Era demasiado para un día? Un emotivo reencuentro con su hermano. Una cena de ensayo para nuestra boda mañana.

—Me tienes, ¿verdad?

—Te tengo.

Se apoyó en mi costado.

—Entonces estoy bien.

Josephine bostezó y apoyó la cabeza en el hombro de Sasha. Hoy habían pasado tantas cosas que no había podido dormir. O se desmayaba a pesar de la multitud y la emoción. O se convertiría en un pequeño monstruo. Si eso ocurría, Lily se la iba a llevar a casa.

Lily y yo estábamos más o menos en la misma situación que ella con Curtis. Tardaríamos más de nueve meses en arreglar nuestra relación, pero cada día era mejor. Sobre todo porque ella quería a mi niña. Y el sentimiento era mutuo.

Era muy probable que Josephine no dijera primero mamá o papá. Probablemente diría Nana.

Un auto apareció en la distancia, y Sasha se paró más erguida, mirando como entraba en el aparcamiento.

—¿Crees que son ellos?



Normalmente, habríamos ido a recoger a Eddie, pero Micah se había ofrecido a traerlo. Pasaría el fin de semana en el albergue, bien para hacer de apoyo para Eddie, o bien porque Sasha les había hablado lo suficiente del complejo en como para que ambos sintieran curiosidad. Así que lo habíamos invitado a la boda.

El auto aparcó y, cuando la puerta del copiloto se abrió y salió un joven alto y larguirucho, Sasha aspiró con fuerza.

Eddie.

Recorrió la zona con el rostro inexpresivo. Pero en cuanto vio a su hermana, esbozó una sonrisa tan brillante que rivalizaba con el sol de la tarde. Se alejó del auto y corrió hacia el albergue.

Solté a Josephine de las manos de Sasha mientras Eddie subía de dos en dos las escaleras del porche y prácticamente cargaba a su hermana.

—Hola. —Se rio, levantándola de sus pies.

—Hola. —Ella también se rio, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas.

Su estuche de maquillaje estaba en el camioneta con la bolsa de pañales de Josephine para que pudiera retocarlo antes del ensayo.

—Te he echado de menos —dijo Eddie.

—Yo también te he echado de menos.

Solté el aliento que había estado conteniendo desde el amanecer. Esperaba que todo saliera bien, dada la frecuencia con la que hablaban. Pero siempre cabía la posibilidad de que fuera incómodo o tenso.

Eddie la soltó y le dedicó una sonrisa mientras se secaba las mejillas. Entonces su mirada, del mismo marrón que la de Sasha, se posó en Josephine.

—Hola, Jojo.

Jojo había sido el apodo de su padre para su madre.

Josephine escondió la cara en mi hombro.

—Al principio es tímida. Pero no durará —le dijo Sasha.

—No pasa nada. —Eddie le tocó el codo y me tendió la mano—. Hola, Jax. Soy Eddie Vaughn.

Habla como un hombre, no como un muchacho de dieciocho años.

—Encantado de conocerte, Eddie. —Le di la mano—. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Eddie era alto, cerca de mi metro noventa. Algo en lo que no me había fijado a través de las videollamadas. Era un chico guapo con rasgos similares a los de Sasha. No había duda de que eran hermanos. Aún no había completado su ancha figura, pero lo haría con el tiempo.



Miró hacia el aparcamiento, donde Micah estaba de pie junto a su auto. El hombre mayor tenía una sonrisa orgullosa en la cara.

—Será mejor que vaya a sacar mis cosas del auto de Micah.

—Te echaré una mano —dije—. Lo cargaremos en mi camioneta.

—Gracias. —Eddie se volvió de nuevo hacia Sasha, sonriendo. Luego le dio otro abrazo rápido antes de bajar corriendo las escaleras, reuniéndose con Micah.

En el momento en que se fue, Sasha exhaló.

Una exhalación de casi dos años.

—Es diferente —dijo en voz baja—. Es como el chico que recordaba de antes.

De antes de que murieran sus padres.

—Le ayudaré con sus cosas. —Le entregué a Josephine, sabiendo que tener a nuestra hija en brazos durante unos minutos la ayudaría a relajarse. Luego le besé el cabello antes de cruzar el porche.

Cuando miré hacia atrás, Sasha se balanceaba con Josephine en brazos. Se me hinchó el corazón, como siempre que las veía juntas.

Todos esos meses había tenido tanto miedo de ser madre. Era una madre increíble. Nuestra hija era una chica afortunada.

Yo era un hombre afortunado.

No tardamos mucho en reunirnos con Micah y trasladar las cosas de Eddie al camioneta. Luego todos partimos hacia el prado, reuniéndonos con todos para el ensayo.

Una vez que practicamos el paso por el altar que West y yo habíamos construido, nos reunimos todos en el granero para cenar. Yo estaba en el bar tomando una cerveza cuando una mano me dio una palmada en el hombro.

Eddie sonrió mientras se ponía a mi lado y pedía una Coca-Cola al camarero.

—Gracias por dejar que me quede aquí.

—Por supuesto. —Mañana oficialmente, también era mi hermano. Haríamos lo que pudiéramos para ayudarle a mantenerse en pie.

—Sasha dijo que te contó todo. Sobre mí. —Tragó duro—. Sólo quiero que sepas que no soy ese tipo. No me meteré en problemas.

—Te lo agradezco. Mentiría si dijera que no se me había pasado por la cabeza.

—Es justo. —Asintió—. Estuve enfadado durante mucho tiempo. Micah me ayudó a ver que lo dirigí a Sasha en lugar de lidiar con mis emociones. Me salvó la vida, enviándome a ese campamento. Pasaré el resto de mi vida compensándola.

Creí cada palabra.

—Me alegro de que estés aquí, Eddie.

—Yo también —dijo—. No tienes que decir que sí, pero ¿crees que podrías enseñarme a montar?

—Absolutamente.

—Genial. —Sonrió, luego se filtró entre la multitud que se mezclaba antes de la cena.

Había estado cerca de Micah durante el ensayo, pero también le había visto hablar con West y con mis abuelos.

Sasha estaba sentada a la mesa, con Josephine dormida en brazos, mientras hablaba con Indya. Kade se acercó corriendo, susurrando algo al oído de Indya que hizo que sus ojos se desorbitasen y su cuerpo volase de la silla. Luego ambos salieron corriendo de la habitación, probablemente en busca de Kohen y de cualquier problema que hubieran encontrado los gemelos.

Ocupé la silla que había dejado libre Indya y me acerqué a Sasha mientras le ponía una mano en el respaldo.

—Dime una mentira.

—Esta es la peor noche de mi vida. —Me besó, luego la frente de Josephine.

La niña en sus brazos que nos había unido. Que nos había convertido en una familia.

No un accidente. No un error. Nuestro milagro.

—Cuéntame un secreto —le dije.

Esperaba que me dijera te amo, como hacía siempre que le pedía un secreto. En lugar de eso, levantó la comisura de su deliciosa boca.

Y me susurró al oído.

—Estoy embarazada.



ACERCA DE LA AUTORA



254



DEVNEY PERRY es la autora de más de cuarenta novelas románticas número uno en los bestsellers de Amazon, *Wall Street Journal* y *USA Today*. Tras trabajar en el sector tecnológico durante una década, abandonó las conferencias telefónicas y las agendas de proyectos para dedicarse a su pasión por la escritura. Nació y creció en Montana y ahora vive en Washington con su marido y sus dos hijos.





SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS

